

Autora best seller del USA Today

MELANIE HARLOW

**DESPUÉS
DE *caer***



CHIC



Gracias por comprar este ebook. Esperamos que disfrutes de la lectura.

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



CONTENIDOS

Portada

Página de créditos

Sobre este libro

Dedicatoria

Capítulo uno

Capítulo dos

Capítulo tres

Capítulo cuatro

Capítulo cinco

Capítulo seis

Capítulo siete

Capítulo ocho

Capítulo nueve

Capítulo diez

Capítulo once

Capítulo doce

Capítulo trece

Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo treinta y cinco
Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

DESPUÉS DE CAER

Melanie Harlow

Traducción de Aitana Vega para

Principal Chic



DESPUÉS DE CAER

V.1: diciembre, 2018

© Melanie Harlow, 2016

© de la traducción, Aitana Vega, 2018

© de esta edición, Futurbox Project S.L., 2018

Todos los derechos reservados.

Publicado mediante acuerdo con Bookcase Literary Agency y RF Literary Agency,

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Imagen de cubierta: Jacoblund /iStock

Publicado por Principal de los Libros

C/ Aragó, 287, 2º 1ª

08009 Barcelona

info@principaldeloslibros.com

www.principaldeloslibros.com

ISBN: 978-84-17333-49-2

IBIC: FR

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

DESPUÉS DE CAER

«No necesito ser su primer amor, pero ojalá me dejara ser el último...»

Jack no es el tipo de Margot. En absoluto. Es granjero y, aunque las películas de *cowboys* están bien, ella prefiere un hombre elegante, con traje y corbata. Jack es muy atractivo, pero también tosco y grosero. No obstante, pronto empezarán a saltar chispas entre los dos y Margot descubrirá que Jack esconde un duro pasado y necesita que lo salven.

Descubre a Melanie Harlow, autora best seller del USA Today

«Después de caer es una de las mejores lecturas del año.»

Brittainy C. Cherry, autora de la serie *Los elementos*

«Una novela muy adictiva. ¡La recomiendo muchísimo!»

Aestas Book Blog

Para J y C:

vuestro cariño y vuestro valor son una inspiración.

«Las segundas oportunidades no se conceden para arreglar lo que hemos hecho mal, sino para demostrar que podemos ser mejores después de fallar».

ANÓNIMO

Capítulo uno

Margot

No tiré la tarta.

Creo que merezco algo de reconocimiento por ello. Por el tremendo autocontrol, por la serenidad casi budista y por la resistencia que me hicieron falta para echar un vistazo a la puñetera tarta de cerezas y decidir no hacerlo. Aunque reconozco que el único motivo por el que no lo hice fue la camisa que llevaba. Por muy furiosa que estuviera, no me atreví a profanar el blanco impoluto y perfectamente planchado de una prenda de Brooks Brothers. No soy un monstruo.

Tampoco es que lanzarle a tu ex una bandeja de panecillos, uno detrás de otro y con no muy buena puntería, sea un comportamiento admirable. Eso lo entiendo. Cualquiera que me conozca dirá que no es propio de mí; Margot Thurber Lewiston jamás haría algo así. Siempre me he enorgullecido de mi capacidad para controlar las emociones, de ser elegante a pesar de la situación, de mantener la calma y seguir adelante. Rara vez pierdo la compostura y mucho menos en una sala llena de donantes para la campaña al senado de mi padre.

Nunca en mi vida he lanzado comida. Ni ninguna otra cosa, en realidad, y, desde luego, nunca dentro de casa, lo que explica por qué me costó tanto dar

con el blanco. Le he pedido disculpas mil veces a la señora Biltmore por el lino chamuscado. Y por el jarrón Belleek.

Me enseñaron buenos modales a la antigua. En mi familia creemos en la modestia, la cortesía y, sobre todo, la discreción.

Nunca, bajo ninguna circunstancia, se debe montar una escena.

Como dice mi madre, Margaret Whitney Thurber Lewiston, o Muffy, como la llaman todos: «No hay mayor indicador del mal gusto o, peor, de la riqueza recién adquirida, que montar una escena».

Según ella, la que he montado hoy estará en boca de todos durante años.

Probablemente es verdad.

Puedo explicarlo.

El martes por la noche recibí el mensaje que nadie quiere recibir de su ex a la una de la madrugada. A ninguna hora, la verdad.

Tripp: Necesito verte. Estoy fuera.

Margot: Es tarde. ¿Lo dejamos para mañana?

Tripp: No, tiene que ser esta noche. Por favor, te necesito.

Fruncí el ceño en la oscuridad y me pregunté qué querría. Hacía un año que habíamos roto y, aunque manteníamos una relación cordial, no habíamos tenido una conversación privada y a solas desde la noche de la ruptura. Mientras buscaba una manera educada de decir que no, me volvió a escribir.

Tripp: Por favor, Gogo. Es importante.

Me ablandé un poquito al leer el apodo. No porque me gustase demasiado, sino porque me recordaba días mejores. Nos conocíamos desde hacía mucho, nuestras familias se llevaban bien y durante un tiempo creí que estaríamos juntos para siempre. No me costaba nada ser amable.

Margot: Dame un minuto. Nos vemos en la entrada.

Aproveché el minuto para quitarme la goma de la coleta, ponerme un sujetador debajo de la camiseta con el logo de la universidad que usaba para dormir y ponerme unos pantalones de pijama de seda de color rosa. En la calle llovía con fuerza, una tormenta de verano, así que bajé corriendo las escaleras para abrir la puerta, pero a Tripp no le había tocado ni una gota, por supuesto.

—Hola —saludé.

Me aparté para dejarle pasar, cerró el paraguas y entró en el vestíbulo. Con él se coló una ráfaga de aire caliente y húmedo, así que me apresuré a cerrar la puerta y encendí la luz.

—Hola —respondió.

Dejó el paraguas en el paragüero junto a la puerta y se pasó una mano por el pelo, rubio oscuro y bien peinado. Llevaba una camisa rosa abotonada hasta el cuello, con las mangas remangadas y metida por dentro de unos pantalones cortos blancos con ballenas verdes estampadas. También tenía calzoncillos con ballenas estampadas, de todos los colores. Llevaba puestos los náuticos de Sperry tan familiares, sin calcetines.

—Gracias por dejarme entrar —dijo.

—¿Qué pasa?

Jugueteé con un mechón de pelo y crucé los brazos sobre el pecho.

—¿Nos sentamos? Tenemos que hablar.

El aliento le olía a whisky y, al mirarlo más de cerca, me di cuenta de que tenía los ojos rojos.

—¿No podemos hablar aquí?

Se removió incómodo.

—Verás, sé que lo que pasó entre nosotros no fue plato de buen gusto.

—Eso fue el año pasado, ya lo he superado.

Era casi verdad. A veces todavía me entristecía al recordar los tres años que pasamos juntos y la esperanza de que a estas alturas ya estuviéramos prometidos o incluso casados, pero mi terapeuta me había convencido casi por completo de que no era a él a quien echaba de menos, sino la vida de ensueño que había imaginado para nosotros. La verdad, seguía sin tener muy clara la diferencia.

—¿Qué pasa si yo no?

Sacudí la cabeza, desconcertada.

—¿Perdona?

—Si no lo he superado, lo nuestro.

—¿A qué te refieres? No digas tonterías. Lo superaste mucho antes que yo. Fuiste tú quien dijo que no quería casarse conmigo, yo estaba preparada.

—No dije eso. No me refería a eso. Lo que dije es que no estaba seguro de si quería casarme.

Inclinó su prominente barbilla hacia delante.

—Yo sí lo estaba y no iba a pasarme toda la vida esperando a que te decidieras. He pasado página. Y tú también.

Decir que había pasado página quizá era demasiado, pues no había salido con nadie en serio desde la ruptura. Pero a él lo habían visto por ahí con todo un ejército de universitarias. Ahora salía con una chica a la que mis amigas llamaban Margot 2.0, ya que era básicamente una versión de mí más joven, más rubia y con las tetas más grandes. Según Muffy, sin embargo, todo eso daba igual, porque era una «nueva rica». Es decir, que Mimi y Deuce, los padres de Tripp, jamás la aceptarían.

—¿Y tu novia? ¿Sabe que estás aquí?

—¿Amber? —Frunció el ceño—. No, no lo sabe. Cree que estoy con mi padre, y hasta hace un rato he estado con él, pero...

Se le ensombreció el gesto y tragó saliva.

—¿Pero qué?

Empecé a preocuparme entonces. Deuce tenía más de setenta, la presión alta y obsesión por los chuletones y los licores fuertes. A finales del año pasado sufrió su tercer infarto.

—¿Tu padre está bien?

—Sí, sí, tranquila, pero...

Cambió el peso del cuerpo de un pie a otro, inquieto, y sus zapatos mojados rechinaron en el suelo de madera. Nunca lo había visto tan nervioso e incómodo. Por lo general, es el rey de la seguridad, sobre todo después de beberse un buen *whisky*, cuando rebosa de la autoconfianza propia de un hombre blanco atractivo, con dinero y de buena educación.

—Suéltalo ya —dije mientras contenía un bostezo—. Si no, ya lo hablaremos mañana. Estoy cansada y tengo que madrugar. Si no puedes

conducir, te pediré un taxi. A juzgar por cómo hueles creo que será lo mejor.

—¡Cásate conmigo! —Se arrodilló delante de mí con vehemencia—. Quiero casarme. Contigo.

—¿Qué? —El corazón me palpitaba a mil por hora. ¿Iba en serio?

—Cásate conmigo, por favor. Siento muchísimo todo lo que pasó.

Me abrazó las piernas y enterró la cara entre mis rodillas. Lo empujé por los hombros.

—No me toques las narices, Tripp. Estás borracho, levántate.

—No estoy borracho. Sé lo que digo. Tengo que casarme contigo.

Dejé de golpearlo y lo miré con el ceño fruncido.

—¿Cómo que tienes que hacerlo? ¿Por qué?

Se quedó quieto un momento, pero se recuperó de inmediato.

—Porque me he dado cuenta de que eres mi alma gemela. Estamos hechos el uno para el otro. Siempre has sido tú, Margot, siempre.

La escena era bastante patética, con los chirriditos de los zapatos, los ojos enrojecidos y los pantalones de ballenas, pero me dio pena. Nunca se le había dado bien expresar lo que sentía. Yo tampoco es que fuera una experta, la verdad.

—Levántate, por favor. Vamos a hablar de ello.

—Primero dime que sí. Tengo un anillo —dijo, como si se hubiese acordado de repente de que lo había traído. Se sacó una cajita negra del bolsillo y la abrió con dedos torpes.

Ahugué un grito y me llevé las manos a la boca. El enorme y brillante pedrusco tallado me guiñó un ojo desde el fino aro de diamantes. Debía de tener al menos dos quilates y era de una calidad y un color preciosos.

—Póntelo —instó y lo sacó de la almohadilla de terciopelo.

Me moría de ganas, pero no quería casarme con Tripp. Ponerme el anillo cuando sabía que iba a rechazarlo no estaba bien, ¿verdad?

Porque tenía que rechazarlo. A pesar de sus palabras, ya no éramos buenos el uno para el otro. Ya no lo quería.

«Debería probármelo para estar segura», pensé. Quizá, al hacerlo, mi vida se llenaría de repente de música, arcoíris y rayos de sol. ¿Y si todavía lo quería, pero no lo sabía? Me mordí el labio, levanté la mano izquierda y dejé que el anillo se deslizara en mi dedo anular. Perfecto. Un escalofrío me

recorrió cuando se puso en pie. Pero no hubo música. Ni arcoíris. Ni rayos de sol. Seguía lloviendo, sus zapatos seguían chirriando y creando un charco en el bonito suelo de madera, y él seguía llevando los horribles pantalones de ballenas.

Suspiré, me miré la mano una última vez y me dispuse a quitármelo.

—Es precioso, pero no...

Me rodeó las manos con las suyas para evitar que me sacase el anillo.

—No lo digas. Por favor, no. Tienes que casarte conmigo.

Molesta, aparté las manos y me quité el anillo.

—No tengo que hacer nada.

—Te lo suplico, por favor. —Se le quebró la voz y me miró con desesperación. Hacía mucho tiempo que no lo veía así.

—Tripp —lo llamé, despacio—. ¿Te pasa algo?

Hace años había tenido problemas con el juego. Perdió miles de dólares y contrajo deudas que al final tuvo que pagar su padre. Pero, hasta donde yo sabía, cuando empezamos a salir ya había dejado las apuestas. Además, ¿por qué su adicción iba a hacer que me pidiera matrimonio?

Tragó saliva.

—No, de verdad. Mi vida es un asco desde que lo dejamos, me siento solo.

—No lo parecía.

—Es verdad, en serio. Me porté como un capullo.

—En eso estamos de acuerdo.

—Lo siento. —Me dio un abrazo un poco raro, pero yo mantuve los brazos pegados al cuerpo, con el anillo apretado dentro del puño—. Somos perfectos el uno para el otro, sé que lo sabes. Que estemos juntos tiene sentido. Pronto cumpliremos los treinta, ya es hora de dejar de ir de flor en flor.

Lo aparté y me crucé de brazos.

—Qué romántico. Aquí el único que va de flor en flor eres tú.

—Perdona, esto se me da fatal, ya lo sabes. Pero... —La inspiración pareció llegarle de sopetón—. Tú me completas.

Contuve el impulso de echarle en cara que esa frase era de Jerry Maguire. Cogí la caja del anillo y, un poco de mala gana, volví a guardarlo dentro.

—Esto es una locura. Hace más de un año que rompimos. No puedes

presentarte aquí y declararte como si nada.

—Pero quiero casarme contigo —lloriqueó y apartó la mirada.

—Quizá deberías invitarme a cenar antes.

Le pasé la caja del anillo y me sentí orgullosa de mí misma por cómo había manejado la situación. Hace un año, ya estaría enviando fotos de mi anillo de compromiso a Jaime y Claire.

Asintió, derrotado, y se guardó la caja en el bolsillo.

—Vale, como quieras.

En la puerta, le di el paraguas y, siguiendo un impulso, lo abracé. Sabía lo duro que había sido para él, a los tíos como Tripp les cuesta mucho reconocer que se han equivocado y pedir perdón. Esto podía considerarse un signo de madurez, ¿no?

—Lláname en un día o dos, ¿vale? Tengo que pensar.

Abrí la puerta, él se marchó sin decir nada más y desplegó el paraguas bajo la incesante lluvia. Apagué la luz, entré en el salón y lo observé subirse al coche desde la ventana. La lluvia se deslizaba en abundancia por el cristal, difuminando su figura. Encendió las luces y, tras verlas desaparecer en la oscuridad de la noche, subí para volver a la cama.

«Joder», pensé mientras me metía debajo de las sábanas. Menuda locura. No me lo habría imaginado ni en un millón de años. Tripp apareciendo en mi puerta en mitad de la noche con un anillo de diamantes para suplicarme que me casara con él. Si me lo cuentan, no me lo creo. Hace un año habría sido impensable.

Por una parte, me cabreaba que ahora, de repente, hubiera decidido que debíamos estar juntos, pero por otra, me preguntaba si quizá lo único que había necesitado desde el principio era tiempo. ¿Me equivoqué al presionarlo cuando no estaba preparado? ¿Me había pasado al soltar el ultimátum de «ahora o nunca»? ¿Había insistido demasiado en hacer las cosas según mis planes?

Una mierda, ¡lo habíamos hablado! Durante tres años, fantaseamos con casarnos en el club de campo, comprar una casa de estilo colonial, tener dos hijos, un velero y un Cavalier King. No era la única que quería esas cosas, él también.

¿Acaso yo no las seguía queriendo? ¿Debería considerarlo? Por muy molesto que fuera que hubiese mencionado que iba a cumplir treinta, no le

faltaba razón. Mi círculo de amigos era pequeño, no había conocido a nadie que me gustase ni un poquito en un año, ¿cuánto más debía esperar para pasar a la siguiente etapa? Muffy no se cansaba de repetirlo: «Las mujeres Thurber se casan y tienen hijos antes de los treinta, Gogo. Incluso las lesbianas».

No es que no fuera feliz. Tenía unas amigas estupendas, una buena relación con mi familia, un trabajo nuevo que me encantaba y una casa preciosa. ¿Por qué sentía que me faltaba algo?

Estaba cansada, pero me quedé despierta un buen rato acariciando distraída el anular de mi mano izquierda.

Capítulo dos

Margot

—Estás de coña.

Jaime se quedó de piedra, con la copa de Martini con ginebra en el aire. Claire estaba igual de sorprendida, pero le dio un buen trago a su cóctel.

—Para nada. —Sacudí la cabeza y sonreí.

—¿Por qué no habías dicho nada? —me reprendió Jaime—. ¡Nos hemos visto esta mañana en el trabajo y no has dicho ni pío!

Trabajábamos juntas en Shine PR, una empresa de marketing y relaciones públicas que montamos el año pasado. Formábamos un buen equipo. Sus licenciaturas en psicología y marketing y su experiencia en publicidad combinaban a la perfección con mi experiencia como relaciones públicas y mis contactos. De momento, nos iba muy bien. Ya habíamos contratado a una ayudante para llevar las redes sociales de varios clientes y teníamos pensado contratar a otra el año que viene.

—Porque hemos estado ocupadas y has estado reunida con clientes toda la tarde. Me pareció mejor esperar para contároslo a las dos ahora.

—Bueno, yo me alegro de que esperases —comentó Claire.

Era nuestro miércoles de chicas y estábamos en el Buhl Bar, un poco más temprano de lo habitual porque después tenía que irme a una gala benéfica que organizaba mi padre.

—Ahora que trabajáis juntas y os veis a diario, me da miedo perderme los cotilleos —explicó Claire—. Entonces, ¿se declaró de verdad?

Asentí.

—De rodillas y con un buen pedrusco.

—¡Menuda sorpresa! —chilló Claire.

—Menudo imbécil —apuntó Jaime—. Más vale que le hayas dicho que se metiera el anillo por donde amargan los pepinos.

Di un sorbo al Martini con ginebra y respondí con cautela.

—Pues claro que no. Me porté bien, fui amable y comprensiva.

—¿Por qué? —replicó Jaime, boquiabierto—. Fue un capullo contigo.

—Porque soy educada. Sí, fue un capullo —reconocí—, pero lo admitió. Me pidió perdón y prácticamente me suplicó que volviéramos. La verdad es que me dijo un montón de cosas bonitas.

La mirada de Jaime me incomodó y aparté la vista hacia mi copa. Me conocía demasiado bien. Es lo que pasa cuando conoces a alguien desde el instituto. Por muy experta que seas en esconder lo que sientes, una vieja amiga te lee como un libro abierto.

—Está bien que por fin se haya dado cuenta de lo que tenía —concedió Claire, la eterna optimista—. Aunque sea un poco tarde.

—¿Lo es? —me atreví a preguntar, dando voz a la pregunta que me había rondado la cabeza todo el día.

Las dos se quedaron en silencio mientras procesaban lo que acababa de decir.

—¿A qué te refieres? —preguntó Jaime, aunque su tono decía «sé exactamente a qué te refieres, pero espero que sea una broma».

—¿Es demasiado tarde para nosotros?

—Joder, pues claro. —Dio un puñetazo a la barra y las copas temblaron.

—Bueno, a ver, a lo mejor no —comentó Claire—. Las segundas oportunidades son muy románticas.

—No estamos en una película —insistió Jaime y se volvió hacia Claire—. Esto es la vida real y se portó como un gilipollas.

—La gente cambia —replicó Claire—. Quinn y tú sois un ejemplo. Juraste que nunca tendrías novio y mucho menos él, pero le diste una oportunidad.

—Es diferente —contestó Jaime, irritada—. Además, Quinn es un dios en la cama. Tripp era un desastre, ¿o no?

Hice una mueca.

—Decir que era un desastre tal vez sea exagerar. El sexo era anodino. A lo mejor no es lo único que importa, en una relación hay otras cosas importantes aparte del sexo.

Jaime me miró, alucinada.

—¿Como qué?

—Como los intereses comunes —respondí y me enderecé en el taburete—. Los lazos familiares, compartir una historia y unos valores.

Jaime puso los ojos en blanco.

—Así que vuestras familias llegaron juntas en el Mayflower, pues vaya cosa. Si ayer no te dieron ganas de arrancarle la ropa cuando entró en tu casa, es que no tenéis química.

Lo medité unos instantes. Me entró la risa al pensar en arrancarle los pantaloncitos de ballenas y la camisa rosa.

—No nos va ese rollo —dije—. Nunca hemos sido así. Somos más reservados. Algo conservadores. ¿Me gustaría que el sexo fuera mejor? Sí, claro. —Me encogí de hombros—. Pero voy a cumplir treinta. Tal vez sea hora de preocuparse menos por esas cosas.

—No eres una anciana con treinta años. No me gusta verte volver atrás, Margot. Hace un año estabas fatal. Has progresado muchísimo.

—Es cierto —concedí—, pero en el fondo sigo siendo la misma. Sigo queriendo lo mismo. Soy tradicional, ¿vale? Quiero una vida tradicional, la vida con la que crecí. Un marido, una casa y una familia.

—Eso no tiene nada de malo —medió Claire y me dio una palmadita en el dorso de la mano—. No vamos a juzgarte por lo que quieres.

—Además, Tripp me entiende —apunté, molesta porque era verdad—. El anillo que eligió era perfecto. Conoce mi estilo, mis gustos. Tiene una buena educación, un buen trabajo y una buena familia. Todo eso me importa más que el sexo.

Jaime no se rindió.

—¿Qué pasa con la pasión? ¿La conexión física que pone el mundo del revés? ¿No quieres sentir mariposas en el estómago al verlo o que se te acelere el pulso cuando se acerca?

—A lo mejor es que no soy así —dije. Era algo que siempre me había dado miedo—. A lo mejor no soy una persona apasionada. No soy de las que

dejan a alguien sin respiración. ¿Me merezco estar sola por ello?

—Por supuesto que no —negó Claire, decidida, y fulminó a Jaime con la mirada—. Si quieres darle otra oportunidad a Tripp, es cosa tuya. Te apoyaremos decidas lo que decidas.

Miré a Jaime.

—¿De verdad?

—Claro que sí. —Dulcificó el gesto y apoyó la cabeza en mi hombro—. Perdona. Sabes que te quiero, Gogo. Quiero que seas feliz, eso es todo. Si crees que Tripp es tu hombre, a por todas. A mí siempre me tendrás.

—Gracias. Aún me lo estoy pensando. —Eché un vistazo al móvil y vi la hora—. Vaya, tengo que irme o no llegaré a lo de mi padre.

—¿Una cena? —preguntó Jaime mientras se llevaba la copa a la boca.

—No, solo unos cócteles y unos postres con algunos donantes que han puesto mucho dinero para la campaña de mi padre.

—¿Cómo va la campaña? —preguntó Claire.

—Bien, creo. No me he involucrado mucho porque mis opiniones políticas y las de mi padre difieren un poco, pero no hablamos de ello.

Jaime sacudió la cabeza.

—Me encanta tu familia. Pásalo bien. ¿Tripp estará allí?

Dejé un billete de veinte en la barra y me acabé la copa.

—No lo sé. Deuce es uno de los donantes, así que es posible. ¿Qué tal estoy?

Me miraron. Llevaba un vestido azul marino de tubo sin mangas con unos zapatos de color piel y mi collar de perlas favorito. Me había alisado el pelo, hecho la manicura y afeitado las piernas. Me retocaría el pintalabios en el coche, ya que mi abuela me había enseñado a no usar cosméticos en público.

—Perfecta —dijo Claire—. Pareces Grace Kelly.

Jaime asintió.

—Impoluta, como siempre.

—Gracias, os veo mañana.

Le di un beso a cada una en la mejilla y salí por la puerta de atrás, que daba al aparcamiento.

Mientras conducía hacia la enorme mansión en una calle sin salida de Grosse Pointe donde se celebraba la gala, tuve una sensación extraña en el

estómago. No creo que fueran mariposas exactamente, sino más bien una corazonada de que algo iba a pasar. Parecido a lo que sientes cuando en la peluquería te cortan un par de centímetros de más, estás asustada, pero también emocionada.

Me detuve en la entrada y le di las llaves al aparcacoches, que se quedó embelesado mirando el impoluto Mercedes azul pastel de 1972 que mi abuela me había regalado el año anterior, cuando por fin decidió dejar de conducir. Después, entré en la casa.

La sensación extraña se intensificó cuando vi a Tripp en el enorme salón, a la derecha de donde me encontraba. Aquel espacio era tan grande que ni siquiera el piano de casi tres metros de la esquina desentonaba. Había varios sofás, butacas y sillones dobles colocados en grupos para que la gente se sentara a hablar. Los muebles, las cortinas e incluso la alfombra tenían ese aspecto descolorido y algo desgastado de las casas antiguas. Un aspecto que decía: «Somos asquerosamente ricos, pero no tiramos nada que no esté roto y no nos gustan las cosas brillantes y nuevas».

Mi padre le daba la mano a alguien junto a la chimenea y mi madre disfrutaba de un *gin-tonic*, seguramente el tercero, en uno de los sofás, pero me dirigí hacia Tripp y me esforcé por convertir la sensación de vértigo en mariposas. Hablaba con un grupo de mujeres junto a la ventana y parecían muy atentas a sus palabras. Al acercarme, dio un paso atrás y vi que no estaba solo. Amber estaba con él, con un vestido que casi le quedaba bien. Tenía la mano derecha levantada frente al grupo, como si exhibiese algo.

«No. Ni hablar. Imposible. No tendrá las narices de haberlo hecho».

Pero las había tenido.

Amber llevaba en el dedo el mismo anillo con el que Tripp se me había declarado la noche anterior.

—Fue tan romántico —se regodeaba—. Apareció en mitad de la noche y me dijo que no podía esperar más porque estábamos hechos el uno para el otro.

Casi me atraganto. Me alejé sin que me vieran y, temblando de rabia, llegué hasta el bar y pedí un Martini. Algo bueno que tienen los ricos es que en sus fiestas siempre hay ginebra de la buena.

Medio aturdida, me llevé la copa a la terraza, donde me encontré con mi hermano mayor, Buck, que me enredó en una conversación con un grupo de

hombres trajeados cuyos nombres olvidé al instante. Lo único en lo que pensaba mientras bebía y escuchaba a medias cómo cotorreaban sobre barcos y política era que Tripp era un capullo. Debió de ir a verla en cuanto se fue de mi casa. ¿Cómo se puede ser tan gilipollas?

Al final, los hombres se marcharon a rellenar sus copas de *whisky* y Buck se volvió hacia mí.

—¿Qué te pasa? No has abierto la boca ni una sola vez y tienes una cara que hace que la expresión de asco permanente de Muffy parezca agradable.

—Lo siento, tengo la cabeza en otra parte.

Sonrió burlón y bebió un trago de su *whisky* con hielo.

—A ver si lo adivino, ¿es el compromiso de Tripp? No te preocupes por eso.

—¿Por qué no? Me hace quedar como una imbécil. Todos saben que rompimos porque yo quería casarme y él no.

No estaba segura de si contarle lo de anoche. Dio otro sorbo a la copa y sacudió la cabeza.

—Sigue sin querer, pero Deuce le ha cambiado las condiciones a su herencia porque no deja de cagarla con las apuestas. Debe unos cien mil dólares o así. Deuce le ha dicho que si quiere el dinero, tiene que dejar de ir de flor en flor y casarse.

Abrí la boca de par en par. ¿Dejar de ir de flor en flor y casarse? Ya había oído eso antes.

—Me tomas el pelo.

—Para nada. Me lo ha contado hoy un tío que trabaja para Deuce, a quien escuchó comentarlo con los abogados. —Se rio—. Menudo capullo. En mi opinión, te libraste de una buena. —Brindó su copa con la mía—. ¡Salud!

Me acabé el resto de la bebida echando humo.

—Perdona un momento.

Dejé la copa vacía en la bandeja de una camarera que pasaba por ahí y fui directa a la barra a por otra. Me encerré en el tocador del primer piso, di un trago, la dejé a un lado y me apoyé en el lavamanos de mármol. Respiré despacio mientras me miraba en el espejo y me reprendía. Me odiaba.

«¡Serás idiota! ¡Pues claro que no te quiere, ya te lo dijo el año pasado! Solo le importa su puñetero dinero y eras la forma de conseguirlo. Ridícula,

estúpida, ingenua, ¿cómo se te ocurre pensar en darle otra oportunidad?».

Afortunadamente, no lo había hecho. Aunque ahora estaba llena de rabia, ginebra y frustración. Estaba cabreada con Tripp, conmigo misma y con Amber, por ser tan tonta como para no darse cuenta del engaño. Por una vez, deseé ser el tipo de persona que muestra lo que siente en público, volver al salón y ridiculizarlo delante de todos, echarle en cara su patética desesperación y sus mentiras, dejarlo en evidencia como el cerdo que era. Lo deseaba tanto que temblaba.

Pero no podía.

No pude, al menos, hasta que vi a Tripp y Amber en el salón deleitando a una multitud con la romántica historia de su inesperada pedida de mano.

—Ni siquiera quería casarse antes de conocerme —presumió ella—, ¿verdad que no, cielo?

—Así es, muñequita.

«Muñequita. Será gilipollas». Dejé la tercera copa vacía en el suelo (creo que era el suelo). Llegados a este punto, lo veía todo un poco borroso.

—Tuve que esperar a conocer a la mujer perfecta para cambiar de opinión. —Miró a Amber con falsa adoración—. Cuando la encuentras, lo sabes.

La mujer perfecta. Creo que se me escapó una carcajada, porque algunos se volvieron hacia mí. Los ignoré y me giré hacia la mesa de los postres, fingiendo buscar el capricho perfecto para después de la cena.

—El anillo es precioso —dijo alguien.

—¿Verdad que sí? —respondió Amber, encantada—. Lo encargó a medida para mí.

A medida para ella. Las manos me empezaron a temblar mientras miraba una bandeja de plata de panecillos. Cogí uno y calculé la posible trayectoria.

—Es cierto. —Tripp le besó el dorso de la mano—. Solo para ti.

Un segundo después ya había lanzado el primer panecillo, que no dio en el blanco, su cara de engreído, sino que le golpeó en el pecho.

Sorprendido, levantó la vista justo en el momento en que un segundo panecillo rebotaba en el candelabro y aterrizaba a su lado en el suelo.

—¿Qué cojones...?

La gente empezó a mirar alrededor y a quitarse del medio. Menos mal, porque el tercer proyectil impactó contra un jarrón de la mesa, que se estrelló

a los pies de Tripp.

Por fin me localizó y me miró.

—Margot, ¿qué narices haces?

Fuera de mí, le lancé otro.

—¡Tres años! —grité cuando otro panecillo le acertó en la frente. ¡Por fin! Lo intenté otra vez, pero este se desvió hacia Amber, que se apartó a tiempo—. ¡Tres años aguantando tus soporíferas historias de golf, tus pantaloncitos de ballenas y tu diminuta polla inútil!

Se oyeron risas ahogadas entre la multitud. Tripp estaba de piedra y aproveché para darle en el pecho con otro panecillo.

—¡Ay! —se quejó, lo que me hizo mucha gracia—. ¡Deja de tirar cosas! ¡Y no la tengo pequeña! ¡Ni es inútil!

—¡Joder que no! —Le lancé otro, pero se estaba moviendo y no le di, sino que rebotó en la pared—. ¡No conseguirías que una mujer se corriese ni aunque tuvieras cinco manos! ¡Siempre me las tenía que apañar sola cuando te marchabas, imbécil!

Escuché risas entre dientes mientras lanzaba el siguiente panecillo, que volcó una delgada vela que, por desgracia, estaba encendida. Hizo un agujero en el mantel antes de que alguien se acercase a apagar el pequeño incendio.

—¿Se te ha ido la olla? —gritó Tripp desde el otro lado de la mesa, mientras se protegía la cara con las manos como si estuviese lanzando granadas en vez de panecillos.

—Es posible —siseé. Fui a buscar otro proyectil, pero encontré la bandeja vacía—. Es muy probable, porque iba a decirte que había pensado en tu patética pedida e iba a decirte que sí.

Tripp se puso pálido.

—¿Qué pedida? —preguntó Amber, mirándonos a los dos.

Abrí la boca y se estremeció. Fue fantástico.

—Por favor, Margot, no lo hagas. —Sus ojos me suplicaban clemencia—. Nos vas a dejar a los dos en ridículo. Hablemos en privado. Tengo una buena explicación.

No pensaba volver a hablar con él en privado nunca y mucho menos escuchar su explicación de mierda, que ya me sabía. Pero tenía razón, si contaba lo de anoche, yo también quedaría en evidencia. Acababa de anunciar

que había acudido esa noche con la intención de aceptar su proposición, que en realidad solo había sido una farsa.

Bajé la vista y miré de reojo la tarta de cerezas. Alargué la mano hacia ella y me dispuse a hacer un último lanzamiento, el más humillante. Escuché un grito ahogado entre la gente.

Volví a mirar a Tripp y me sentí poderosa, lo que me devolvió una pizca de autocontrol, dignidad y modales.

Era Margot Thurber Lewiston y tenía clase. Ningún capullo iba a quitarme eso.

Con una expresión de lo más fría y una sonrisa sarcástica, dije:

—La verdad es que no me apetece volver a hablar contigo nunca. Que disfruten de la noche, voten a Lewiston.

Mientras me alejaba, le escuché murmurar:

—Joder, puta loca.

Sé lo que pensáis.

Debería haberle tirado la tarta de marras.

Capítulo tres

Jack

No podía dormir.

No es que me sorprendiera, siempre me costaba dormir, pero en agosto me resultaba incluso más difícil. Conciliaba el sueño, con suerte, un par de horas cada noche.

—Es por el calor —había dicho Georgia, mi cuñada, la semana anterior—. ¿Por qué no pasas un par de noches con nosotros?

—O, mejor, pon aire acondicionado en esa vieja cabaña —sugirió Pete, mi hermano pequeño—. No creo que cueste mucho poner uno en la ventana.

No era el calor.

—A lo mejor es por la luz —había dicho Georgia el verano anterior—. Si apagases la luz, te relajarías más.

Pero necesitaba la luz encendida. A veces me costaba respirar y no me quedaba dormido hasta el amanecer.

Intentaba no enfadarme con mi familia cuando me aconsejaban qué hacer o buscaban soluciones simples para mis problemas. Lo que me pasaba era más complicado, no lo entenderían. Lo malo es que no se me daba muy bien pensar antes de hablar o controlar mi temperamento.

Ayer, sin ir más lejos, había perdido los nervios con Pete porque me asustó por detrás mientras reparaba la valla que delimitaba la propiedad con el bosque. Visto con perspectiva, tirarlo al suelo mientras le gritaba que era «un soplollas de mierda con media neurona» estuvo un poco fuera de lugar.

Pero, joder, sabía que no era buena idea tocarme el hombro sin avisarme de que estaba ahí. El único motivo por el que no escucho música mientras trabajo es para estar atento a lo que me rodea. No me gusta que me pillen desprevenido.

Steph había sido la única que lo entendía. Hace unos años, mi familia me preparó una fiesta sorpresa cuando cumplí los treinta, supongo que porque sabían que me habría negado a participar en cualquier celebración en la que tuviera que socializar con otros seres humanos. Steph se aseguró de contarme todos los detalles con tiempo. Intentó convencer a mis padres y a mis hermanos de que era una idea horrible, pero insistieron en que «salir de casa y celebrar la vida» me vendría bien.

Fui porque Steph me lo suplicó. Al principio estaba furioso y me negaba siquiera a considerarlo, pero me contó que mi madre y mi tía habían volado desde Florida, que mi cuñada había preparado una tarta *cassata* siciliana y que mi sobrina Olivia había aprendido a tocar *Cumpleaños feliz* en el piano solo para mí. Era difícil decirle que no a Steph cuando se le metía algo en la cabeza. Además, me había hecho una mamada de la hostia esa mañana en la cama.

Conocía todos mis puntos débiles.

Tumbado en la oscuridad, le di vueltas al anillo de boda que llevaba en el dedo.

Tres años.

Parecía imposible que hubiera pasado tanto tiempo. Sus gafas seguían en la mesita de noche y su ropa en el armario. Todavía esperaba verla cuando me daba la vuelta en nuestra vieja y ruidosa cama, deseando abrazarla con fuerza.

Sin embargo, al mismo tiempo, parecía que había pasado una eternidad desde la última vez que la oí cantar en la ducha o la observé prepararse para irse a dormir, o la última vez que hicimos el amor. Siempre me pedía ir despacio al principio, decía que la tenía muy grande y le preocupaba que le hiciera daño, a pesar de que llevábamos años juntos. Es probable que solo quisiera hacerme la pelota, pero siempre funcionaba. Era muy menuda, con curvas en los lugares perfectos. Nunca me importaron esos seis kilos que decía que le sobraban, porque la verdad es que me encantaban. Adoraba que su cuerpo fuera suave y el mío duro, la forma en que sus curvas se adaptaban a mis manos y a mi boca y cómo me rodeaba con las piernas. Darle placer era

maravilloso.

Joder, echaba de menos el sexo. Lo echaba de menos todo.

—Tienes que volver a salir —dijo mi hermano mayor, Brad, que siempre tenía todas las respuestas—. Deja que te presente a April, la nueva agente de la inmobiliaria. Está buena y lo pasaríais bien. Por lo menos echarías un polvo.

Lo mandé a la mierda.

—Venga, tío —insistió la semana pasada cuando salimos juntos a correr por los caminos de tierra que rodeaban nuestra granja de tres hectáreas—. Han pasado tres años. Ni siquiera intentas superarlo. ¿Cuándo vas a olvidarla?

—Que te jodan, Brad —respondí y me alejé a grandes zancadas.

¿Que lo superara? Lo intentaba todos los putos días. Cada vez que me levantaba de la cama, cada vez que respiraba o me movía.

En cuanto a lo de olvidarla, no iba a pasar, nunca. Ya podía ponerme delante a todas las tías buenas del planeta, sería una pérdida de tiempo.

Ya había conocido al amor de mi vida, la conocía desde que éramos niños.

Me casé con ella y la perdí.

No había forma de recuperarse de eso. No había redención posible ni segundas oportunidades.

Tampoco las quería.

Capítulo cuatro

Margot

—¿Seguro que quieres hacer esto justo ahora?

Jaime me pasó la carpeta de un cliente por encima del escritorio mientras me miraba con inseguridad. Acababa de ofrecerme voluntaria para hacerme cargo de una cuenta nueva que conllevaba viajar unos días, muchísima investigación y poco dinero. El cliente era una pequeña granja familiar dedicada a la agricultura sostenible. El lugar perfecto para desaparecer y no encontrarme con nadie conocido durante un tiempo.

—No me parece que te vayan mucho las granjas.

—¿Por qué no? —pregunté mientras guardaba el expediente en el maletín—. Antes montaba a caballo, ¿te acuerdas? Creo que todavía tengo un par de botas por ahí.

—Tenías un caballo en un club de campo. Esto es una granja.

—No será tan diferente. —Agité la mano para restarle importancia—. Podré con ello. Además, Muffy opina que es mejor que me vaya de la ciudad un tiempo, al menos hasta que se acaben los cotilleos.

—¿Hasta que se acaben los cotilleos? —Sonrió burlona y se cruzó de brazos—. Llevará lo suyo.

No bromeaba. Había pasado casi una semana, pero la historia del lanzamiento de panecillos seguía siendo la favorita en el club, hacía meses que nadie montaba una escena de tal envergadura.

—Comportarse todo el rato es agotador —se había quejado mi abuela en

la cena la semana anterior.

Poco a poco habían ido adornando la historia. Ahora decían que uno de los panecillos le había dado en la entrepierna a Tripp, lo cual no me disgustaba. También decían que Amber me había tirado un plato de buñuelos a la cabeza, pero esa parte ya no me hacía tanta gracia. Las panaderías locales vendían panecillos a mansalva y la tienda donde se compraron los que lancé empezó a llamarlos «herederas despechadas». Rechacé la oferta de cobrar derechos por ello. En las fiestas de toda la ciudad se había extendido el chistecito de que «la venganza es un plato que se sirve lleno de panecillos».

A mi madre le iba a dar algo.

—De verdad, Margot, nadie quería que lo vean contigo ahora.

Sin embargo, mi abuela estalló en carcajadas cuando se enteró de la historia. Mi padre parecía no entender nada y Buck lamentaba habérselo perdido.

Me disculpé con la señora Biltmore el día siguiente al desastre, cuando tuve que volver a buscar el Mercedes, ya que la noche anterior había estado demasiado borracha para conducir. Después, todos acordamos que lo mejor sería que me esfumase el resto del verano.

—O hasta que alguien más la líe —susurró la abuela—. Estaré atenta. Nadie presta atención a las viejas, pero nos enteramos de todo.

—Háblame del nuevo cliente —le dije a Jaime mientras preparaba todo lo que necesitaba llevarme de la oficina para las próximas dos semanas.

La Granja de los hermanos Valentini estaba en el pulgar de Michigan, un par de horas hacia el norte desde Detroit. Había alquilado una casita frente al lago Huron, más o menos a un kilómetro y medio de allí, y planeaba pasar el tiempo que no estuviera trabajando en una tumbona, con un buen libro, mientras me replanteaba el rumbo de mi vida.

—No hay mucho que contar —reconoció Jaime, apoyada en la mesa—. La granja la llevan tres hermanos. Quinn conoció a uno de ellos, Pete, y a su mujer, Georgia, en el mercado agrícola local. Se pusieron a hablar porque ya sabes cómo es Quinn, se hace amigo de todo el mundo. —Puso los ojos en blanco, pero no se me escapó el rubor que apareció en sus mejillas, como siempre que hablaba de él. No le gustaba que la considerasen una romántica, pero estaba loca por su novio—. En fin, comentaron que no les iba muy bien y que tenían problemas para promocionar su marca y mejorar la fidelidad del

cliente, aunque no con esas palabras, claro. Quinn, por supuesto, les habló de mí. «¡Mi novia puede ayudaros, se dedica a eso!». Les dio mi tarjeta y Georgia me llamó la semana pasada.

—¿Saben que la que va seré yo y no tú? —Metí un par de bolis y un subrayador en el maletín junto con un taco de post-its.

—Sí, les parece bien. Están casi desesperados por que alguien les ayude.

—¿También son granjeros? —Me imaginaba a una pareja como la tía Em y el tío Henry de *El mago de Oz*.

—No. Bueno, creo que Pete sí que trabaja en la granja, pero el que lo lleva todo es otro hermano. En realidad, Georgia y Pete son chefs. —Ladeó la cabeza—. O lo eran. Lo que te cuento es lo que me ha dicho Quinn, así que será mejor que te leas el formulario de nuevos clientes que han rellenado, te lo he mandado al correo esta mañana. Ahí habrá más información.

—Le echaré un vistazo. —Cerré el portátil y lo guardé en su funda, luego apagué la lámpara—. Te mantendré informada mientras esté allí y seguramente te llame para hacerte alguna consulta.

—Me parece bien. —Se levantó con una sonrisa pícar—. Intentaré imaginarte en una granja, ordeñando una vaca o montando en un tractor. O a un vaquero, ya puestos.

Puse los ojos en blanco y la esquivé para salir.

—No pienso montar nada que no sea un caballo. No tengo ningún interés en tractores ni en vaqueros.

—Nunca se sabe —dijo mientras me seguía fuera del despacho—. Un revolcón en el granero con un vaquero joven y fornido seguro que te viene de lujo para acabar con la sequía.

A mitad del pasillo, me di la vuelta con las manos en las caderas.

—Voy allí a trabajar. Después, me esconderé una temporada mientras respiro aire fresco y me relajo, no necesito a ningún hombre, fornido o no, para eso.

Chasqueó la lengua y me miró divertida.

—¡Serás frígida! Aléjate de los panecillos mientras estás allí.

Me volví hacia la puerta para que no me viera sonreír.

Llegué a Lexington aquella misma tarde, poco después de las siete. Solo me equivoqué de camino una vez, lo que considero todo un éxito. Como todas las mujeres Thurber, carezco por completo del sentido de la orientación, así que no entiendo cómo iban de un lado a otro antes de que existiera el GPS.

—Teníamos chófer —responde siempre la abuela.

La dueña de la propiedad me dijo que la llamase cuando llegara para traerme las llaves. Mientras esperaba, me di un paseo alrededor de la pintoresca casita hasta la playa. Hacía calor y algo de viento, las olas se estrellaban con fuerza en las rocas. Me aparté el pelo de la cara, me quité las sandalias y caminé hasta la orilla. El agua estaba helada.

Respiré hondo y me empapé del olor del lago y las algas. También olía a comida a la brasa y el estómago me rugió. ¿Había comido? No me acordaba. Fuera lo que fuera, olía de maravilla.

—¿Hola? —dijo una voz desde atrás—. ¿Señorita Lewiston?

Al girarme, me encontré con una mujer fornida de mediana edad con sombrero y gafas de sol que me saludaba con unas llaves en la mano. Eché a andar por la playa en su dirección y me dispuse a preguntarle si había una parrilla en la propiedad. Nunca había usado una, pero con ayuda de Google seguro que me las apañaría. Era hora de salir de mi zona de confort. Sin lanzar cosas.

La dueña, Ann, me dio la llave y me enseñó la casa, aunque no es que hubiera mucho que ver. Una habitación y un baño al fondo y un salón cocina en la parte delantera, cuyas ventanas daban al lago. Pero estaba limpia y era muy luminosa. La había decorado hacía poco con un estilo playero, me recordaba un poco al cabo Cod. Me sentía como en casa.

Después de instalarme, me acerqué al mercado que había visto en el pueblo, de camino a la casa, para comprar algo de comida. Había una pequeña parrilla en el patio de la casa, pero Ann me dijo que no tenía ni idea de si habría un manual de instrucciones por ahí.

—Pero es una parrilla de carbón normal y corriente —apuntó, como si eso significara algo para mí—. Debería haber carbón y acelerante en la despensa.

«¿Acelerante? ¿Para cocinar? Suena peligroso». Le di las gracias y le dije que echaría un vistazo, pero decidí que sería mejor ceñirme a lo que ya conocía en la cocina, que se limitaba a pulsar los botones del microondas, hervir agua y preparar sándwiches de mermelada y mantequilla de cacahuete.

Al final me comí la ensalada preparada que había comprado, pero me las arreglé para cocinar unas judías verdes que había cogido como antojo porque en el letrero ponía que eran locales, y resultaron deliciosas. Igual que el melocotón que me tomé de postre con un poco de helado de vainilla. Me pregunté si las verduras, la fruta o el pollo serían de la Granja de los hermanos Valentini y pensé en lo raro que era que nunca en toda mi vida me hubiera planteado de dónde salía la comida que terminaba en mi plato.

Sería parte del desafío, conseguir que otras personas como yo se diesen cuenta de que lo que comían venía de alguna parte y convencerles de que importaba.

Lo medité mientras comía, después repasé los documentos y aprendí todo lo que pude sobre la granja y la familia que la llevaba. Leí la hoja informativa de nuevos clientes que Jaime me había enviado e investigué términos como «producto orgánico certificado» y «agricultura sostenible». Luego busqué la Granja de los hermanos Valentini en Google.

Ahí empezaron los problemas.

Para empezar, no tenían cuenta en ninguna red social y su página web necesitaba una actualización urgente, o rehacerse por completo. Era confusa y anticuada, resultaba difícil navegar por ella y el contenido no llamaba la atención. No tenía ninguna personalidad.

Al menos había una foto de familia.

Puse el *zoom* y estudié a las personas que aparecían mientras me preguntaba quién sería quién. Al hermano mayor empezaba a caérsele un poco el pelo, pero era alto y guapo. Estaba en buena forma, solo se le intuía un poco de barriga. Apoyaba las manos en los hombros de una niña de unos siete u ocho años a la que le faltaban dos dientes. A su lado había una pareja, supongo que la que Quinn había conocido en el mercado, Pete y Georgia. Él era el más bajito de los tres, pero tenía una sonrisa encantadora y el pelo negro y fuerte. Su mujer, la única rubia de la foto, tenía la piel clara, era guapa y le sacaba unos centímetros de altura. Sus manos reposaban sobre su abultada barriga y me pregunté qué edad tendría el bebé ahora. Por último, estaba el otro

hermano, el único que no sonreía. Amplié la imagen un poco más.

Joder, a lo mejor sí que me daba por montar a un vaquero.

Era alto, de hombros anchos y cintura estrecha. Llevaba unos vaqueros ajustados y gracias a la postura en la que se encontraba, como si intentase escapar de la cámara, pude hacerme una idea de su culo. Llevaba una camisa de cuadros con las mangas remangadas que dejaban a la vista unos músculos marcados. Tenía el pelo igual de oscuro que el hermano bajito, aunque lo llevaba un poco más largo. Sus labios eran carnosos, bordeados de una barba de pocos días, y tenía el gesto duro. Fruncía el ceño y se le marcaban dos arrugas en la frente. Muffy comentaría que le hacía falta un «tratamiento de belleza», lo que en su idioma hacía referencia a un montón de productos carísimos que una dermatóloga le inyectaba en la cara cada pocos meses.

¿Tendría siempre una mirada tan sombría o la foto lo había pillado en un mal momento? Quizá el sol le daba en los ojos.

Me quedé dormida pensando en ese culo mientras escuchaba el vaivén de las olas. Soñé que recogía melocotones deliciosos y maduros de un árbol y me los comía con un deleite voraz.

Capítulo cinco

Jack

—Un momento, parad. —Estábamos en la cocina de Pete y Georgia hablando de los gastos de la granja cuando mis hermanos mencionaron algo sobre un presupuesto para publicidad—. ¿Por qué necesitamos un presupuesto para publicidad?

—En primer lugar, para pagar a la asesora que va a venir mañana, es bastante probable que quiera que le paguemos por sus servicios —dijo Brad.

Los miré alucinado.

—¿Qué asesora?

—La que contratamos la semana pasada para que nos ayude a promocionar la granja —dijo Pete—. ¿Puedes bajar la voz? Cooper por fin se ha dormido.

—No sé de qué cojones habláis —espeté, aunque intenté bajar la voz. A Cooper, mi sobrino de un año, le costaba dormir por las noches cuando Georgia trabajaba. Lo adoraba, así que hice el esfuerzo—. Nunca he dicho que sí a contratar a una asesora.

—Es verdad, no lo hiciste. —La calma de Brad me sacaba de quicio—. Pero te superamos en votos. La granja es de los tres y nuestras opiniones sobre cómo llevarla valen lo mismo.

—¿Y decidisteis hacerlo sin decirme nada? —volví a gritar, no me pude contener. Odiaba las sorpresas, joder.

—Fuiste tú quien se largó como un energúmeno cuando no te saliste con la tuya —dijo Pete—. Nosotros nos quedamos hablándolo un buen rato y

decidimos que valía la pena gastar dinero en contratar a alguien que nos ayudase a hacer publicidad.

Me crucé de brazos.

—No nos lo podemos permitir.

—Tampoco nos podemos permitir no hacer nada —dijo Brad—. Papá era un buen granjero con ideas revolucionarias, pero los negocios se le daban fatal, así que nos tocó a nosotros hacernos cargo de sus deudas. Luego tuvimos que comprarle a mamá su parte cuando se mudó a Florida.

—No soy gilipollas —espeté—. Ya lo sé.

—Ahora tenemos familias y facturas que pagar.

Ellos tenían familia, yo no. No me hacía gracia que me lo recordasen.

—No es problema mío que tu exmujer te pida una manutención. Haberlo pensado antes de ponerle los cuernos.

—¡Eh! —advirtió Pete—. No seas capullo. Tenemos un buen proyecto, pero una granja orgánica no es barata. ¿De qué nos sirven los principios y el trabajo duro si no tenemos dinero para mantener el negocio activo?

—Cada vez hay más competencia —apuntó Brad—. El mercado está saturado. Hay que destacar.

Me hundí en la silla con el ceño fruncido. No tenía que recordarme la competencia, la saturación del mercado, las deudas ni ninguno de los otros puntos de la lista «Motivos por los que los granjeros tienen la tasa más alta de suicidios de entre todas las profesiones».

Pete se llevó la mano al pecho.

—Soy chef, no empresario. Tú eres un exsargento del ejército que lleva la agricultura en la sangre y está decidido a hacer las cosas bien. Pero si queremos que la granja salga adelante, tenemos que empezar a pensar que también es un negocio. —Suavizó el tono—. Sé que era tu sueño y el de Steph, pero ya no es un sueño, Jack, es la realidad. Para todos nosotros. Si quieres conservar la granja, tenemos que invertir en ella.

—Te conocemos —dijo Brad—. Somos conscientes de que prefieres ir a lo tuyo y guardarte lo que piensas. Hasta ahora hemos dejado que tomases todas las decisiones importantes y hemos apoyado tu visión a pesar de saber lo caro que sería. Joder, me habría encantado venderlo todo cuando aquel tío de la soja nos hizo una oferta. Nunca he querido ser granjero.

—Ni yo —dijo Pete—. Después de ver los altibajos por los que pasaban papá y mamá cada año, quería algo más estable para mi familia. Pero tú tuviste una idea, una buena. Me convenciste para volver y echar una mano. Nuestras raíces están aquí. Queremos que la granja tenga éxito y eso no va a pasar si la gente no sabe ni que existe.

Escuchamos a Cooper llorar a través del vigilabebés de la encimera y Pete suspiró.

—Mierda. —Se dispuso a levantarse, pero me adelanté.

—Es culpa mía, déjame a mí. —Agradecía tomarme un descanso de la discusión. Apagué el vigilabebés de la cocina y subí a la habitación de Cooper. Se me olvidó el mal humor de un plumazo en cuanto vi a mi sobrino y lo cogí en brazos—. Hola, coleguita.

Siguió llorando mientras buscaba en la cuna la mantita que le había regalado cuando nació. Medía un metro cuadrado, era de color azul claro y la cabeza de una conejita sobresalía de una esquina. «Conejita» era una de las pocas palabras que Cooper sabía decir. Rara vez se separaba de ella.

Me la puse en el hombro y acuné a Cooper, que apoyó la mejilla en la mantita, con un pulgar en la boca, y se calmó. Me senté en la mecedora y abracé su cuerpecito con cuidado mientras le acariciaba la espalda y tarareaba una nana en voz baja. Siguió inquieto un rato, pero a los pocos minutos se relajó y se quedó dormido. Lo besé en la cabecita cubierta de diminutos rizos castaños e inhalé el dulce olor a champú para bebés. Me sentía muy afortunado de ser tío, pero al mismo tiempo me mataba saber que nunca sería padre. Me llevaba muy bien con el mío y su muerte fue un duro golpe.

Ocurrió de repente, apenas seis meses después de dejar el ejército. Por aquel entonces estaba hecho un desastre, no había conseguido lidiar por completo con las cosas que había visto y hecho en Iraq y Afganistán. Intentaba volver a encajar en casa, pero lo único que quería era aislarme del mundo. Siempre estaba con los nervios a flor de piel, tanto que me entraba el pánico solo con ver una bolsa de plástico en la carretera. Bebía demasiado, me enfadaba con facilidad, tenía pesadillas y ansiedad. Entonces, mi padre sufrió un ataque al corazón.

Me sentí impotente y estuve a punto de rendirme.

Fue Steph la que me hizo seguir adelante. A saber por qué se molestó. Estaba hecho una mierda y nunca la había tratado bien cuando éramos jóvenes.

Sin embargo, ella siempre había estado a mi lado. Decía que me quería desde los seis años y que no iba a dejar de hacerlo ahora que pasaba por un mal momento.

—No voy a permitir que te hundas, Jack Valentini —me dijo, intentando parecer dura, con su casi metro sesenta—. Me prometiste que volverías y lo hiciste. Te prometí que estaría aquí y aquí estoy. —Suavizó la voz—. Quédate conmigo.

Gracias a su apoyo fui al médico para tratar el insomnio, hablé con un psicólogo del trastorno de estrés postraumático y dejé de abusar del alcohol.

Empecé a preocuparme más por lo que me metía en el cuerpo y me informé de los beneficios de los productos orgánicos, tanto de comerlos como de cultivarlos. Me acordé de las ideas de mi padre sobre agricultura sostenible e investigué enfoques modernos a pequeña escala. Encontré un propósito. Era una forma de honrar a mi padre y, además, sentía una conexión con la naturaleza que no tenía con las personas.

Me llevó un tiempo, pero me fui recuperando. No estaba curado, pero estaba mejor. Steph estuvo a mi lado todo el tiempo.

Nos casamos al año siguiente y nos partimos el lomo trabajando en la granja. Pensábamos comprar a mis hermanos su parte en cinco años.

Menos de dos años después, ya no estaba.

«Joder, Steph, te echo de menos. Deberías estar conmigo. Siempre hacías que me sintiera mejor».

Ahora iba a pasarme los días con una extraña que metería las narices en todo, intentaría mangonearme y querría hacer cambios para que «destacásemos».

Seguramente habría planeado algún truco publicitario de mierda en el que esperaba que participase. Pues me daba igual destacar. Solo quería hacer lo que me gustaba y llevar una vida tranquila. Tampoco es que fuéramos pobres. No nos estábamos haciendo ricos, pero nos iba bien. Mejor que a nuestros padres. Con el ceño fruncido, me levanté para dejar a Cooper boca abajo en la cuna con cuidado. Me besé las yemas de los dedos y las apoyé en su frente antes de salir de la habitación.

Pete me miró esperanzado cuando entré en la cocina.

—¿Se ha dormido?

—Sí. —Volví a encender el vigilabebés.

—Gracias. Se te da genial.

Me encogí de hombros, aunque en el fondo me gustaba tener tanta mano con Cooper. Mi relación con los adultos de la familia era otro cantar. ¿En qué lugar me dejaba eso?

—¿Has pensado en lo que hemos dicho? —preguntó Brad.

Me quedé de pie con las manos en los bolsillos.

—No me parece necesario y estoy seguro de que es mucho dinero. ¿Cómo cojones va a ayudarnos una niña pija de ciudad?

—Tal vez no pueda —reconoció Pete—. Pero lo descubriremos. Vendrá mañana a la una para comer y hablar de negocios. ¿Estarás aquí?

Puse mala cara. No me apetecía nada ir a la puñetera reunión, porque sería como reconocer que me rendía, pero si faltaba no tendría voz ni voto en lo que hablasen y me quedaría sin saber lo que planeaban hacer o cuánto pretendían pagarle a la publicista. ¿Qué era peor?

Lo decidiría mañana, pero no quería demostrar ningún atisbo de duda.

—Me da igual. Encargaos vosotros, yo no quiero saber nada.

Salí de la cocina cabreado y me largué por la puerta de atrás, con cuidado de no dar un portazo para no despertar a Cooper.

Empezaba a anochecer cuando crucé el patio. Vivía en una vieja cabaña de caza en el bosque, lo que me pegaba mucho. Cuando mis abuelos compraron el terreno, la cabaña ya estaba ahí. Mis padres vivieron en ella de recién casados y más tarde pasaron a usarla como casa de invitados. Cuando volví, me pareció el mejor lugar para vivir, simple y privada, así que les pedí que me dejaran mudarme y pagarles un alquiler.

Le había hecho algunos arreglos y cuando Steph vino a vivir conmigo, empleaba todo su tiempo libre en hacerla bonita a base de manos de pintura, almohadas nuevas y marcos de fotos. Lo llamaba nuestro pequeño escondite del mundo. No es que ella necesitase esconderse, era de lo más sociable, pero sabía que a veces yo sí y le parecía bien. Nunca intentó convertirme en lo que no era, a diferencia del resto de mi familia.

En cuanto entré, la gata de Steph saltó del alféizar de la ventana y se metió entre mis pies.

—Hola, Bridget, ¿me echabas de menos?

Al agacharme para acariciarla se me pasó un poco el cabreo. Siempre

había preferido los perros, pero Steph era alérgica. Cuando apareció con una gatita a los pocos meses de casarnos, protesté, pero terminé por adorar al bichejo. Siempre que tenía pesadillas, saltaba a la cama y se acurrucaba en mi pecho con un ronroneo. Me recordaba a cuando Steph me susurraba palabras tranquilizadoras y me acariciaba la espalda con delicadeza en las noches difíciles, en las que me despertaba empapado en sudor.

Cuando a Bridget le pareció que ya había recibido bastante atención, se marchó a la cocina y eché un vistazo en busca de alguna tarea que hubiera quedado a medias, algo que hacer en lugar de acostarme.

Pero no había nada. Siempre fregaba los platos nada más comer y no dejaba que la colada se amontonase. Había limpiado el baño hacía dos días y fregado el suelo de la cocina el fin de semana. Las estanterías estaban organizadas, los muebles no tenían polvo y las ventanas estaban limpias. Georgia siempre se sorprendía de lo impoluta que estaba la cabaña.

—Ojalá tu hermano aprendiera un poco de ti —me decía—. Es un vago.

Solo había una tarea que me negaba a hacer: sacar la ropa de Steph del armario. Georgia se había ofrecido a hacerlo. Suzanne, la hermana de Steph, también. Incluso mi madre dijo que no le importaría volar hasta aquí para encargarse.

Siempre me negaba. ¿Para qué? ¿Para que me resultara más fácil vivir aquí sin ella? No quería que fuera más fácil. Si mi familia no lo entendía, que se fueran a la mierda.

Era mi dolor. Me lo había ganado.

Me tocaba sufrirlo.

Capítulo seis

Margot

Llamé a la puerta acristalada de madera de la pintoresca casa blanca de Pete y Georgia Valentini a la una de la tarde para nuestro almuerzo de negocios. Mientras esperaba en el porche, eché un vistazo alrededor. La casa estaba a unos treinta metros de la carretera, en el lado oeste, pero orientada hacia el este, en dirección al lago. Había venido en coche, pero podría haber llegado a pie sin problema. La casa, aunque era vieja, estaba bien cuidada. La pintura blanca de la fachada era nueva y había cestas con flores colgando en el porche. A ambos lados de la entrada había unos sillones con aspecto de ser muy cómodos.

A la izquierda de la casa había abedules, un columpio para bebés y unos cuantos juguetes esparcidos por el césped. Más allá de los árboles se veía un gigantesco granero rojo y, detrás, uno blanco. A la derecha de la casa había un garaje y, al otro lado de este, unos árboles más pequeños plantados en filas. ¿Manzanos, tal vez? Más adelante se veía un camino de tierra y, justo enfrente, una enorme y antigua villa victoriana, abandonada a juzgar por el aspecto de la pintura descascarada y los jardines cubiertos de vegetación.

Estaba a punto de volver a llamar cuando la mujer rubia de la foto abrió la puerta con un bebé regordete en brazos. Llevaba el pelo más corto, más o menos por la barbilla, y estaba mucho más delgada.

—Hola. ¿Georgia?

Esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

—Margot, supongo. Pasa.

Entré en el vestíbulo y le ofrecí la mano.

—Margot Lewiston.

Me la aceptó con un apretón firme, después cerró la puerta y cambió al niño de lado.

—Georgia Valentini. Y este es Cooper. Estaba a punto de acostarlo, es la hora de la siesta.

Sonreí al bebé de mejillas sonrojadas.

—Dulces sueños, Cooper.

—Espérame en la cocina, está por allí. —Señaló el pasillo con la mano—. Pete está preparando algo. ¿Has comido?

—La verdad es que no. Ni siquiera he desayunado.

—Vale. En cinco minutos estoy con vosotros.

Subió por las escaleras, que crujieron bajo sus pies, y recorrí el pasillo hasta la cocina, donde encontré a Pete junto a la encimera, con un delantal y cortando tomates a una velocidad sorprendente.

—Hola. —Sonreí cuando levantó la mirada—. Soy Margot. Tu mujer me dijo que viniera.

—Sí, claro, bienvenida. —Dejó el cuchillo, se limpió las manos con un trapo y se acercó para darme la mano—. Soy Pete Valentini, encantado de conocerte. Siéntate.

—Gracias. —Me acomodé en uno de los taburetes altos de la encimera y eché un vistazo alrededor—. Bonita cocina, es enorme. ¿Es de la construcción original?

Pete sacudió la cabeza y siguió cortando verduras.

—No, mis padres la añadieron hace unos veinte años. Como es evidente, no la hemos tocado desde entonces.

Me reí.

—No está tan mal. —La decoración estaba algo anticuada, pero estaba acostumbrada a casas en las que nunca se cambiaba nada—. ¿Cuándo se construyó la casa?

—Hace unos cien años. ¿Qué tal el viaje?

—Tranquilo, fueron menos de dos horas.

—¿Te alojas cerca?

—En la acera de enfrente, un par de manzanas más abajo, en dirección al lago. Tuve suerte. Alguien había reservado la villa para todo el mes de agosto y lo canceló en el último momento.

—Pues sí, mucha suerte, estamos en temporada alta.

Admiré la confianza con la que se movía por la cocina.

—Tengo entendido que Georgia y tú sois chefs, ¿cierto?

—Lo éramos cuando nos conocimos en Nueva York, pero ahora Georgia dirige un restaurante en el pueblo y yo cocino allí solo un par de veces por semana. El resto del tiempo lo dedico a la granja y a cuidar de Cooper. Cuando nos mudamos hace tres años, teníamos la idea de abrir un restaurante en el que servir los productos de la granja, pero... —Suspiró y Georgia entró en la cocina—. De momento no ha podido ser.

—Lo conseguiremos, cariño —dijo ella—. Paso a paso.

Me gustaba la forma en que le sonreía, parecían comunicarse sin necesidad de palabras.

Georgia se sentó conmigo y hablamos un rato de la zona, me recomendó algunas tiendas y restaurantes y me contó cómo conocieron a Quinn. Poco después, llegó el hermano mayor de los Valentini, Brad, que me saludó con amabilidad, aunque de manera más formal y profesional que su hermano pequeño y su cuñada. Llevaba traje, mientras que la pareja iba en vaqueros y camiseta. No dejaba de mirar a la puerta de atrás, preguntándome si el tercer hermano aparecería, pero cuando Pete sugirió que empezásemos a comer seguía sin hacer acto de presencia.

—¿Deberíamos esperar a Jack? —preguntó Georgia y miró de reojo por la ventana del patio.

Pete y Brad intercambiaron una mirada. Ninguno de los dos respondió de inmediato.

—No creo que venga —dijo finalmente Pete.

—Y yo tengo que enseñar casas esta tarde, así que prefiero que no perdamos el tiempo esperando. —Brad se quitó la chaqueta y la colgó en el respaldo de la silla antes de sentarse.

—De acuerdo. —Georgia pareció quedarse algo decepcionada, pero rápidamente se recompuso y me indicó una silla donde sentarme. Después, llenó cuatro platos con trozos de quiche, beicon y verduras frescas—. Todo lo que tienes delante ha salido de esta granja —dijo con orgullo—. Los huevos

son de nuestras gallinas, el beicon de nuestros cerdos y las verduras de la huerta.

—Vaya. —Sonreí mientras estiraba la servilleta y me la colocaba en el regazo—. Es...

¡Bum!

La puerta de la cocina se cerró de un portazo y me hizo saltar en el asiento. Levanté la vista y ahí estaba. Jack Valentini. Parecía incluso más alto e imponente que en la foto de la página web. Tal vez porque estaba sentada. O por la camiseta sudorosa del ejército (¿habría sido soldado?) que se le ajustaba a la cintura y al pecho a la perfección y le marcaba los músculos. Puede que fuera por su postura, con los pies separados, el pecho erguido y los puños apretados a los lados. Daba la sensación de que venía buscando pelea.

Por la forma en que me miraba, diría que conmigo. Si lo hubiera sabido, me habría traído una bandeja de panecillos.

—Me alegro de que hayas podido venir —lo saludó Georgia con una sonrisa—. Siéntate, te traeré un plato.

—No voy a quedarme.

—Al menos saluda a Margot Lewiston. —Pete intentó sonar despreocupado, pero advertí la tensión en su voz—. Es la mujer de la que hablamos anoche.

—Me lo he imaginado. —Me atravesó con la mirada con los brazos cruzados sobre el pecho, pero no saludó. Tenía la cara oscurecida por la sombra de una gorra negra, pero no me pasó desapercibido cómo apretaba la mandíbula.

¿Era un capullo o es que tenía un mal día? «Da igual, es un cliente», me recordé. Me puse en pie, desplegué todos mis encantos y le saludé con la mano.

—Es un placer conocerte. Tengo muchas ganas de trabajar con tu familia. Este lugar es precioso.

—Le estaba contando a Margot que todo lo que va a comer lo hemos cultivado o criado aquí —intervino Georgia en un intento evidente de animarlo a unirse a la conversación.

Le sonreí.

—Es impresionante. Anoche mientras cenaba me di cuenta de que cuando

hago la compra o voy a un restaurante nunca me paro a pensar de dónde viene lo que como ni de qué modo se prepara.

—No eres la única —dijo Pete mientras servía cuatro vasos de vino—. Si más gente conociera los peligros que conlleva la agricultura industrial a gran escala, tanto para los seres humanos como para los animales y el medio ambiente, estoy seguro de que se preocuparían más de la procedencia de lo que llega a sus platos.

—Y de lo que le dan a sus hijos —añadió Georgia y se sentó a mi lado—. Jack me ha explicado los efectos secundarios que pueden tener los pesticidas, antibióticos, aditivos y otras cosas del estilo.

Se escuchó un lloriqueo lastimero y todos nos volvimos hacia la encimera donde estaba el vigilabebés. Georgia suspiró y se levantó.

—Era demasiado bonito para ser cierto que se durmiera a la primera. Ahora vuelvo.

—Déjame a mí.

Jack apagó el vigilabebés y salió de la cocina en dirección al llanto, ahora distante. Cuando pasó a mi lado nos miramos a los ojos. Apartó la mirada de inmediato, pero me dio tiempo a observar de cerca lo guapo que era, o sería, si cambiase el gesto avinagrado. Casi me deja sin aliento y me hizo falta un segundo para recuperarme.

—Por mí, perfecto. —Georgia se volvió a sentar y levantó el tenedor—. A Jack se le da genial tratar con Cooper y es infalible a la hora de dormirlo.

—No sabemos qué le hace. —Pete se rio—. Apuesto a que lo droga.

—Por Dios, cariño —dijo Georgia—. Solo es cariñoso y paciente. Le gusta cantarle.

¿Cantarle? Me costaba imaginarlo.

—¿Jack tiene hijos? —Miré de reojo las escaleras. Sentía curiosidad por el granjero guapo y gruñón que parecía tener un lado sensible.

—No. —Me llamó la atención el cambio en el tono de voz de Georgia. Aquella única palabra parecía esconder una larga historia.

—Venga, comamos —interrumpió Brad, impaciente.

Empezamos a comer y, a los pocos minutos, Jack regresó. Fue directamente hacia la puerta trasera, sin detenerse. Sin embargo, no se me escapó la forma en que me miró al pasar. El corazón se me aceleró un poco.

Georgia lo llamó antes de que se fuera.

—¿Por qué no te sientas con nosotros un rato?

—Porque estoy ocupado —espetó con la mano ya en el pomo—. Soy el único que trabaja hoy.

—Esto también es trabajo —dijo Brad.

Jack hizo un ruido extraño, una mezcla entre un resoplido y un gruñido.

—Ya os dije anoche que no quería saber nada de esto.

Sabía que con «esto» se refería a mí, pues me miró cuando lo dijo. Fue como una bofetada y enrojecí.

—Pues lárgate —respondió Brad, cortante.

—Encantado.

Se marchó sin decir nada más y, después de que cerrara con un portazo, Pete suspiró.

—Perdona. Jack tiene... problemas.

Seguía algo abrumada, pero intenté disimular.

—Imagino cuál es uno de ellos. ¿No quiere contratarme?

—No es por ti —se apresuró a decir Georgia—. Es muy protector con la granja y se pone muy quisquilloso cuando cree que van a empezar a decirle lo que tiene que hacer.

—Sobre todo si lo hace alguien de fuera, supongo.

Entendía su poca disposición a recibir consejos de un extraño, pero no era una excusa para sus modales. «Qué pena, con lo guapo que es».

—No comprende que esto no solo es una granja, también es un negocio —dijo Brad, bastante molesto—. Y un negocio necesita publicidad.

—No tenemos mucho dinero para invertir. —Pete me miró preocupado—. Pero si crees que puedes ayudarnos, encontraremos la manera de pagarte. A lo mejor Jack se conforma con trabajar en el campo, cuidar de los animales y no hablar con nadie, pero Georgia y yo tenemos sueños.

—El restaurante. —Le sonreí y me obligué a dejar de pensar en Jack. Esto era lo que más me gustaba de mi trabajo, ayudar a la gente a mejorar sus negocios y cumplir sus objetivos. Podía ayudarlos, estaba segura. Al menos, a los que deseaban mi ayuda—. Quiero que me contéis vuestra idea, seguro que podemos encontrar algo que se ajuste al presupuesto. Aunque antes quisiera saber más sobre vosotros, vuestra familia, la historia de la granja y lo que

queréis para el futuro. Me ayudará mucho.

Disfruté de la comida mientras los tres me contaban cómo pasaron a ser los dueños de la granja. Estaba claro que a quien menos ilusión le hacía era a Brad, pero estaba dispuesto a ayudar a sus hermanos a triunfar. Comentó que esperaba que algún día le compraran su parte.

—El plan era hacerlo a los cinco años, pero cuando Steph murió, nadie quiso hablar con Jack del tema.

Por primera vez, se formó un silencio incómodo en la mesa.

—¿Quién era Steph? —pregunté.

—La mujer de Jack. —Georgia respondió en voz tan baja que se escucharon las manecillas del reloj de la pared—. Murió hace tres años.

Me quedé sin aliento.

—¿Qué pasó?

—La atropellaron. Un conductor borracho.

—Dios mío, qué horror. —Me pareció un poco menos imbécil.

Brad carraspeó.

—Hemos tenido paciencia. Está claro que la necesita. No te lo tomes a pecho si se pone borde o te ignora por completo. Pero no es idiota, sabe que si quiere conservar la granja, tendrá que dejarse aconsejar, aunque no le haga gracia.

Asentí. Esperaba estar a la altura del desafío, quería ponerme a prueba.

—Me esforzaré al máximo. Quiero que me respondáis algunas preguntas y anotar algunas cosas.

Saqué el cuaderno del bolso mientras Georgia se levantaba para recoger la mesa.

—Voy a quitar todo esto del medio, ahora vuelvo.

—Perfecto. Muchas gracias por la comida, estaba deliciosa. Me ha encantado conocer todo esto. Tengo muchas ganas de empezar. —Destapé el boli—. Hablemos de vuestra marca.

—¿Qué marca? —Pete me miró confuso.

Sonreí.

—Exacto.

Más tarde, Georgia me acompañó al coche.

—Gracias por venir hasta aquí —dijo—. Te lo agradecemos mucho.

—Ha sido un placer. Este lugar es precioso y me muero por descubrir más cosas y conocerlo a fondo. ¿Crees que podríais enseñármelo todo?

—Por supuesto. Pete te llevará mañana. —Frunció el ceño—. Jack lo haría mejor, pero... —Suspiró—. A veces es imposible.

—No pasa nada.

No quería causar más problemas en lo relativo al hermano mediano de los Valentini. Ni siquiera le gustaba que estuviera aquí, así que mucho menos le apetecería perder un día de trabajo para enseñarme la granja.

Georgia negó con la cabeza.

—Sí que pasa. Siento que haya sido tan maleducado. Es una persona muy dulce, pero lo esconde. Los últimos años han sido duros.

Ahora que estábamos solas, decidí calmar mi curiosidad y pregunté:

—Me he fijado en que llevaba una camiseta del ejército. ¿Es militar?

—Lo era —dijo mientras se colocaba el pelo detrás de la oreja—. Estuvo fuera unos seis años. Sirvió en Iraq y Afganistán. Cuando volvió... —Tardó en encontrar las palabras adecuadas—. Le costó adaptarse.

—¿En qué sentido?

—Tenía mucha ansiedad. Mi padre también era un veterano, estuvo en Vietnam cuando era muy joven. Le afectó toda la vida. A veces Jack me recuerda a mi padre —dijo, melancólica—. Malhumorado, sombrío, a la defensiva. Les cuesta reconectar con la gente y se tragan lo que sienten. Al menos mi padre tenía a mi madre, pero Jack no tiene a nadie y sus hermanos a veces son muy duros con él. No lo entienden. Me esfuerzo por ser alguien en quien pueda apoyarse.

Se me encogió el corazón.

—Es triste que perdiera a su esposa.

—Fue terrible. Estaban muy enamorados. Pero así es la vida. —Sacudió la mano—. No le da derecho a portarse mal contigo.

—No, pero me ayuda a entenderlo. Gracias por contármelo, será nuestro secreto.

Sonrió.

—Gracias.

Nos despedimos y prometí decirles algo al día siguiente.

Mientras conducía de vuelta a la villa, pensé en lo que me había dicho. «Estaban muy enamorados». ¿Cómo sería eso? Tripp y yo habíamos estado tres años juntos, pero nunca me había sentido «locamente enamorada» y me imagino que él tampoco. Sonaba apasionado, seguro que era evidente para todos lo mucho que se querían. Seguro que les costaba no tocarse todo el rato.

Durante un momento me permití pensar en cómo sería Jack en la cama. ¿Duro o dulce? ¿Egoísta o generoso? ¿Rápido o lento? ¿Cómo sería su cuerpo desnudo, tan fuerte y musculado? ¿Qué se sentiría al tenerlo encima? ¿Besaría bien? ¿Sabría usar las manos? ¿La tendría grande?

Noté un hormigueo en el estómago. Había pasado de pensar en Jack con su esposa a imaginarlo conmigo. ¿Qué diantres me pasaba? ¡Ni siquiera se había dignado a sonreírme! ¡Más bien, había sido un capullo! Los músculos estaban bien, pero los modales eran más importantes y los de Jack brillaban por su ausencia.

Sin embargo, lo que Georgia me había contado me hizo pensar que había algo más debajo de tanta bravuconería.

Alguien que había amado así debía de tener un gran corazón, aunque estuviera enterrado bajo capas y capas de dolor y resentimiento.

Le daría otra oportunidad.

Capítulo siete

Jack

No volví a acercarme a la casa en toda la tarde, a pesar de que me sacaba de mis casillas pensar en qué estarían hablando sobre mi granja y qué planes estarían ideando, que afectarían a su funcionamiento. Que me afectarían a mí. Sí, vale, técnicamente solo era dueño de un tercio, pero ninguno de mis hermanos había invertido tanto en la granja como yo. A Pete solo le importaba su restaurante y a Brad le encantaría venderlo todo sin mirar atrás.

«Pues entra ahí y di lo que piensas. Hazte valer. Di que no».

Pero no podía. Eran dos contra uno, así que tenía todas las de perder.

Además, ahora también estaba esa Barbie. ¿De verdad creían que esa mujer tenía alguna idea de cómo llevar una granja? Dudo que supiera diferenciar un huevo de gallina de uno de pato. Se lo preguntaría.

La verdad es que la idea me hizo sonreír mientras salía del establo, después de echar un vistazo a uno de los caballos más viejos, que llevaba el calor peor que los demás. «Oye, Barbie, ¿has visto alguna vez unos buenos huevos?».

Me reí al imaginar la cara que pondría. Seguro que se sonrojaba y abría los ojos como platos. Tenía unos ojos bonitos, lo reconocía. Grandes y azules. Su sonrisa también era bastante destacable.

Pero no era mi tipo. Me gustaban las chicas naturales. Con los pies en la tierra. Sin maquillaje. Steph se pasaba la vida en vaqueros y botas, le salían pecas por el sol y no creo ni que tuviera un secador de pelo. Siempre dejaba

que su melena de rizos oscuros se secase al viento.

Barbie llevaba una especie de traje de chaqueta y seguramente zapatos de tacón. Su piel parecía no haber visto nunca el sol y sus labios estaban pintados de un rosa artificial. Su pelo era bonito, rubio, liso y brillante. ¿Qué se sentiría al acariciarlo? ¿Y al tirar de él? ¿Al tenerlo derramado sobre el pecho desnudo?

Cuando la polla respondió a la pregunta por mí con una sacudida, me obligué a dejar de pensar en ella y a concentrarme en la siguiente tarea.

No significaba nada para mí.

Hacia las cinco, Pete se acercó al invernadero que habíamos construido mi padre y yo, donde me encontró preparando algunas semillas de col rizada para plantar. El próximo fin de semana tenía que rotar algunas plantaciones.

—¿Te ayudo?

—Casi he terminado. Pero me vendría bien una mano para arreglar la valla del extremo oeste de la propiedad, si tienes tiempo.

—Yo me encargo.

Subimos al todoterreno y condujimos en silencio. Me moría de ganas de saber qué habían hablado en la reunión, pero era demasiado cabezota para preguntar. Pete seguramente buscaba algún modo de sacar el tema sin que le saltase a la yugular. Fui el primero en claudicar.

—¿Qué tal con la Barbie publicista?

Suspiró.

—Es muy maja, Jack. Y lista. Creo que podría ayudarnos mucho.

—¿Por cuánto? ¿Has visto su coche? Un Mercedes clásico en perfectas condiciones. ¿Sabes lo que vale eso?

—No.

—Yo tampoco. Pero seguro que una burrada.

—No tienes por qué ser tan capullo. Nadie conspira contra ti ni quiere quitarte nada.

—¿Qué cojones iban a quitarme? Como dijisteis, la granja no es mía, ni la cabaña, ni siquiera tengo una familia. —Repetí sus palabras mientras aparcababa

junto a la valla que había que reparar.

Pete se me quedó mirando un par de segundos, luego sacudió la cabeza.

—No quiero discutir más. Me he cansado de intentar convencerte. Si quieres conocer sus ideas, pregúntale a ella.

—No me interesa —mentí.

—Pues vale. —Salió del coche—. Acabemos con esto.

Terminé de trabajar, limpié un rato y me hice la cena. Sin embargo, me estaba volviendo loco a solas en la cabaña, así que me fui al pueblo a tomar una cerveza. Entré en un pequeño *pub*, The Anchor, me senté al final de la barra y recé para no ver a nadie conocido. No hay nada peor que encontrarte a alguien con ganas de hablar cuando lo único que quieres es echar un trago y autocondolerte. Con cara de pena, me preguntarían cómo me iba, pero sin querer saber la verdad. Lo que buscan es que digas que estás bien y después pasar a comentar los últimos cotilleos o, mejor aún, encontrar alguno que difundir.

Era viernes por la noche y el local estaba lleno, pero, por suerte, los dos últimos taburetes al final de la barra estaban vacíos. La televisión, en la que se emitía un partido de béisbol, se encontraba justo encima. Me bebí la cerveza e intenté fingir que estaba muy concentrado en el juego de los Tigers para evitar que alguien se sentase a mi lado e intentase hablarme. El plan funcionó unos diez minutos.

—Perdona, eres Jack Valentini, ¿verdad?

Miré por encima del hombro y la vi. De cerca era más guapa de lo que parecía desde el otro extremo de la cocina, lo que no mejoró mi humor.

—¿Sí?

Sonrió y mostró una fila de dientes perfectos y blancos entre sus labios pintados.

—Me había parecido que eras tú. —Me tendió la mano—. Soy Margot Lewiston, de Shine PR. Nos hemos conocido hoy en casa de Pete y Georgia.

No me apetecía tocarla, pero no podía evitarlo. Le di la mano. Tenía los dedos pálidos y delgados y los rodeé con facilidad. Nos miramos a los ojos y

sentí algo extraño en el pecho, como un pinchazo. Retiré la mano. ¿Qué cojones? Volví a mirar a la pantalla, con suerte captaría la indirecta y me dejaría en paz.

No hubo suerte.

—¿Está ocupado este asiento? Me muero por beber algo frío. —Se sentó sin esperar a que respondiera.

La miré por el rabillo del ojo. Tenía las piernas larguísimas e iba vestida con unos pantalones cortos y unas sandalias de tiras que le subían por las pantorrillas. Me removí incómodo en el asiento mientras el camarero se le acercaba con una sonrisa.

—Hola, ¿qué ginebras tenéis? —preguntó. Le dio algunos nombres que no parecieron convencerla—. ¿Y la carta de vinos? —El camarero se la dio y ella la ojeó antes de enseñármela—. ¿Alguna recomendación? Tienen algunos vinos locales. ¿Crees que debería probar alguno?

—Pide lo que quieras.

Me esforcé por no mirarla cuando se inclinó hacia mí. Joder, me llegaba el olor de su perfume, floral, veraniego y *sexy*. Seguro que había pagado cientos de dólares por un frasquito de mierda. Contuve el aliento.

Me miró un momento y después se volvió a sentar en el taburete. Solté el aire.

—Si quieres, yo puedo recomendarte algo —se ofreció el camarero, un universitario idiota que creería que echaría un polvo si le servía el Riesling adecuado.

—Me encantaría, gracias —dijo y le devolvió la carta.

Minutos después, daba sorbos a una copa de Pinot Noir local. Me acabé la cerveza a toda prisa, quería perderla de vista lo antes posible. Algo en ella me hacía sentir incómodo. No era ella exactamente, sino cómo reaccionaba mi cuerpo al tenerla cerca.

—No quieres que esté aquí, ¿verdad? —me dijo cuando dejé un billete de veinte en la barra.

—No es eso. Me he acabado la cerveza y tengo que irme. —Me atreví a mirarla.

—No hablo del bar, hablo del pueblo. De la granja. De trabajar con tu familia. —Sonrió algo tensa—. Es bastante evidente, no te molestes en

negarlo.

Fruncí el ceño mientras guardaba el cambio y dejaba algo de propina.

—No es nada personal, es que no creo que tengamos que gastarnos dinero en publicidad. Hay muchas otras cosas importantes que nos hacen falta.

—Pero la publicidad es importante. —Sacudió la cabeza—. ¿De qué sirve todo lo que invertís si nadie conoce la granja, la comida que cultiváis ni los animales que criáis? Si nadie conoce los beneficios de comer y comprar en negocios locales, pequeños y sostenibles como el vuestro, ¿de qué sirve? He pasado toda la tarde investigando vuestro trabajo, los costes y los beneficios, así como los peligros de la agricultura industrial. La gente no tiene ni idea de estas cosas. Podríais enseñárselo.

Abrí la boca para responder, pero levantó una mano y me cortó.

—Déjame adivinar, no te apetece enseñarle esto a nadie. Vale, perfecto. Pues deja que lo haga yo. —Se señaló el pecho justo por debajo del collar de perlas. Me puse a pensar en lo que no debía—. Déjame que os prepare las estrategias, tu familia puede llevarlas a cabo. Lo que quiero decir es que tus hermanos tienen razón. Acabo de empezar a investigar, pero ya he visto que la competencia es cada vez mayor y que tenéis que haceros notar.

—¿Y cómo hacemos eso? —Crucé los brazos sobre el pecho, lo que la distrajo un momento. Los miró durante cinco segundos enteros, se sonrojó y, antes de responder, levantó la vista de nuevo.

—¿Qué te parece el agroturismo? ¿Lo habéis considerado alguna vez?

—¿Convertir la granja en una atracción de feria para que la gente campe a sus anchas y se queje de que los tomates tienen formas raras y son mucho más caros que los del supermercado? No, gracias.

—¡Es uno de los sectores con mayor crecimiento en la industria del turismo! —insistió, ignorando por completo la negativa. Reconozco que era tenaz—. Es una oportunidad para educar a la gente y aumentar los beneficios, pero además ofreceríais una experiencia. A las nuevas generaciones les encanta vivir nuevas experiencias, y seguramente serán los más preocupados por lo que comen y los más dispuestos a pagar un poco más por opciones más sanas.

—¿A qué te refieres? —pregunté, algo confundido.

—A que valoran más hacer cosas y enseñar fotos de cómo las hacen que tener cosas, como coches o joyas. Y están dispuestos a pagar por hacerlas.

Vendrán a la granja, disfrutarán de la experiencia maravillosa y auténtica que se nos haya ocurrido y publicarán fotos en las redes sociales con un montón de etiquetas divertidas para que todos sus amigos y seguidores lo vean y piensen: «¡Vaya! Yo también quiero hacer eso o comer eso o comprar eso o lo que sea». Harán el trabajo de publicidad por vosotros. ¡Y gratis! —Sonrió de oreja a oreja—. ¿No suena bien?

¿Bien? Lo último que me apetecía era tener a un puñado de gente dando vueltas por la granja con intención de que los entretuviera. Una mierda. Tampoco es que pudiera elegir, no me costaba imaginar a Pete, Brad y Georgia dando saltos de alegría con la idea. Me volvió la mala leche. Además, seguía oliendo su perfume, no dejaba de mirar el collar de perlas que llevaba y, cuando cruzábamos la mirada, el estómago me daba un vuelco. Tenía que largarme.

—No, menuda pesadilla. Me piro.

Ignoré la forma en que su expresión perdió el brillo y el pinchazo que me provocó en las entrañas. Me alejé de la barra y salí por la puerta.

Quería perderla de vista.

Capítulo ocho

Margot

—¿Qué tal va todo? —preguntó Jaime. La había llamado de camino a la villa.

—Bien, creo. Hoy he conocido a los clientes y son muy agradables, casi todos, al menos.

—¿Hay alguien que no?

—Desde luego, no conmigo, el menos. El hermano mediano, Jack.

Lo recordé sentado a mi lado en el bar y se me aceleró el ritmo del corazón. No conocía a nadie a quien le quedara tan bien una camiseta. ¿Se habría dado cuenta de cómo le miraba el pecho? Sus ojos también me gustaban. Eran oscuros, pero salpicados de motas doradas. No me había pasado desapercibida la forma en que observaba mis piernas, ni cómo se esforzaba por no acercarse demasiado, ni la chispa que había saltado al darnos la mano. Había algo. ¿Por qué era tan capullo conmigo?

—¿El que está bueno? He visto la foto de la web.

Me mordí el labio.

—¿Te parece que está bueno?

—Joder, ¿a ti no?

—Sí, supongo que sí —respondí con cautela y me apresuré a añadir—: Pero no es mi tipo.

—¿Por qué no?

—Para empezar, es un granjero desaliñado y sudoroso al que le hace falta

un corte de pelo. Además, es cabezota, cascarrabias y no tiene modales. —La verdad es que me daba igual su pelo, que fuera sin arreglar o lo sudado que estuviera. Esa noche estaba aseado y peinado y olía de maravilla. Había tenido que resistirme para no inclinarme y olerlo.

Jaime se rio.

—¿Cascarrabias sobre qué?

Mientras caminaba, le conté lo que había pasado en la reunión con los Valentini y lo que me habían contado sobre Jack. Cuando llegué a lo de su esposa, jadeó.

—Dios mío, ¿qué le pasó?

—Un conductor borracho.

—¡Qué horror!

—Lo sé. Es terrible. Todavía lleva el anillo. —Me había dado cuenta de inmediato en el bar—. Georgia dice que estaban muy enamorados.

—Menuda mierda, pobre hombre. Por eso la gente no debería casarse, pasan cosas malas.

Tuve que sonreír.

—¿Quinn ha vuelto a tirarte indirectas?

—Sí. Si se declara, lo mato.

—No seas idiota. Estáis locos el uno por el otro, lleváis juntos más de año y medio y vivís bajo el mismo techo desde hace meses. ¿Por qué no casaros?

—¡Porque somos felices! —rebatí, como si fuera una buena explicación—. ¿Para qué joderlo?

Suspiré y eché un vistazo alrededor. ¿Había tardado tanto en llegar al bar?

—Lo que tú digas. No te cases. Creo que me he perdido.

—¿Dónde?

Me detuve y di una vuelta entera. Nunca había visto ese parque de la esquina, estaba segura. No hay nada más escalofriante que un parque por la noche.

—Volviendo del pueblo a la villa donde me alojo. Joder, no era tan difícil.

Jaime se rio.

—Cuelga y abre Google Maps. Mándame un mensaje cuando llegues para que no me pase la noche preocupada pensando que estás dando vueltas sola y a oscuras.

—Vale.

—Y llámame mañana para hablar de las estrategias que se te hayan ocurrido.

—Lo haré. Quiero investigar un poco más y pensar más ideas, pero ya se me han ocurrido algunas cosas. El presupuesto es limitado.

Suspiró.

—Ya me lo imaginaba.

—La verdad, me da igual. Quiero ayudarles, lo haría gratis.

—Tienes que dejar de hacer cosas gratis —me reprendió—. Ya no trabajas para tu padre. Eres adulta y tienes tu propia empresa.

—Y mi propio fondo fiduciario. —Solté una risita—. No me importa no cobrar por una buena causa y la suya me gusta. Además, no lo haría solo por ellos, sino por la sociedad, la economía y el bien común. ¿Sabías que existe la inseguridad alimentaria?

—¿Qué cojones es eso? ¿Tomates con baja autoestima?

—La falta de acceso a alimentos apropiados, nutritivos y asequibles. No pasa solo en las zonas urbanas, también en las rurales. Hay gente que vive rodeada de granjas y que nunca llega a comer lo que se cultiva en su patio trasero. Exportamos lo que cultivamos e importamos lo que comemos. ¡Es una locura!

Se rio.

—Tú sí que sueñas un poco loca.

—Perdona. Hoy me he distraído con las estadísticas de pobreza mientras investigaba sobre agricultura sostenible y justicia alimentaria.

—¿Justicia alimentaria?

—El derecho de las comunidades a cultivar, vender y comer alimentos sanos. Es un movimiento muy extendido que no sabía ni que existía, pero me ha inspirado mucho. Quiero involucrarme.

—Eres una blanda. Avísame cuando estés en casa.

—Lo prometo. Buenas noches.

Colgué y escribí la dirección de la villa en Google Maps. Mientras parloteaba con Jaime había seguido caminando en vez de girar y me había pasado la calle tres manzanas. Volví sobre mis pasos, encontré el camino correcto y le mandé un mensaje cuando llegué.

Un cuarto de hora después, apagué las luces y me metí en la cama, acurrucada en una esquina. En cuanto cerré los ojos, Jack Valentini se materializó en mi cabeza y se negó a marcharse. Típico de él.

Me tumbé boca arriba. Me sacaba de quicio. ¿Iba a echar por tierra todas mis ideas? ¿Siembre había sido tan irascible? ¿Se reía alguna vez? ¿Era diferente antes de la muerte de su mujer? ¿Antes del ejército? ¿Qué lo había vuelto tan diferente a sus hermanos?

En un impulso, encendí la lámpara y me levanté a por el portátil. Me lo llevé a la cama y me senté con las piernas cruzadas. Busqué en Google a Stephanie Valentini, intentando no sentirme una morbosa.

No encontré nada en la primera búsqueda, así que añadí «Michigan» y «atropello» y me sentí todavía peor. Pero funcionó. Al cabo de un rato encontré un artículo de un periódico local sobre el accidente y lo abrí.

Había dos fotos al principio de la página y me cubrí la boca con la mano. La foto de la izquierda era un primer plano de una mujer guapa, de pelo negro, ojos marrones y hoyuelos. La de la derecha era una foto de boda de Jack y Steph. Me sorprendió verlo tan feliz y sonriente, estaba guapísimo.

El titular me puso la carne de gallina: «Un hombre con dos condenas por conducir bajo los efectos del alcohol mata a una mujer de la localidad en un atropello con fuga». Los detalles daban escalofríos. Steph acababa de salir de su turno como camarera en un bar de la autopista y, de camino a casa, se le había estropeado el coche. No tenía batería en el móvil, así que decidió caminar hasta la granja, a menos de un kilómetro. Un conductor borracho con condenas previas y un recipiente con alcohol abierto en el coche la atropelló y se dio a la fuga, pero cayó en una zanja a menos de tres kilómetros. Otro conductor vio el accidente y llamó a emergencias. La llevaron al hospital, pero murió varias horas después a causa de las lesiones. El conductor fue condenado a prisión con una fianza de un millón de dólares.

Volví a leer el artículo y me quedé un rato mirando la foto de boda. Después, apagué el portátil, lo puse a cargar y me metí otra vez en la cama.

No me extrañaba que fuera como era. Una pérdida así, además de la muerte de su padre y las vivencias en el ejército, afectaría a cualquiera.

Me sentí mal porque mi presencia le causara más angustia. «Esta noche he presionado demasiado. Ha sido culpa mía». Tenía que convencerle de que me importaba de verdad lo que hacían y de que quería ayudar, pero necesitaba un

enfoque menos directo. ¿Cómo conseguir que me viera con otros ojos? ¿Que me viera como a una amiga?

O como algo más...

«Quieta ahí, ni se te ocurra, Margot. Por el amor de Dios, ¡es un cliente! ¡Y todavía lleva el anillo! Te gusta, sí. Te da pena, vale. Quieres ayudarlo con la granja, perfecto. Pero nada más. Y punto».

Suspiré, me tumbé boca abajo y me esforcé por dejar de pensar en él, pero estuve dando vueltas toda la noche.

A las cinco y media renuncié a intentar dormir. Me levanté y me puse unos pantalones cortos de deporte, una camiseta de tirantes y unas zapatillas de correr. Si no podía dormir, aprovecharía para hacer algo de ejercicio. Pensé en ir hasta la autopista, cruzar y seguir por el camino de tierra que rodeaba la granja de los Valentini. Exploraría un poco.

Me recogí el pelo, cerré la puerta y me guardé la llave en el bolsillo interior de los pantalones. Luego me marché en un trote ligero. El sol empezaba a asomar sobre el lago y el cielo se tiñó de un precioso rosa anaranjado. Faltaban horas para que el calor empezase a ser insoportable y el aire frío me refrescaba los brazos y las piernas. Sonreí a una madrugadora que paseaba a su perro y a una pareja de ancianos que caminaban de la mano al amanecer, pero perdí un poco el ánimo cuando llegué a la autopista y me di cuenta de que tendría que haber ido al baño antes de salir.

Bueno, no tardaría demasiado en volver. Solo una vueltecita a la propiedad. ¿Cómo de grande podía a ser una «pequeña granja»?

Grande de cojones, al parecer.

Me dirigí hacia el oeste por el camino de tierra y pasé frente al huerto, grandes parcelas con verduras plantadas, un pasto y, finalmente, bosques espesos. Cuando por fin giré a la izquierda en el límite de la propiedad, no aguantaba más, la vejiga me iba a explotar.

Me mordí el labio y eché un vistazo a mi izquierda, al bosque que había al otro lado de la valla que delimitaba el terreno de los Valentini, y al pasto abierto de la granja de otra persona a la derecha, antes de volver la vista atrás, por donde había venido. No había ni un alma. Y estaba al aire libre. ¿Me atrevería?

No creo que haga falta mencionar que no soy precisamente una chica de campo. Mi idea de una aventura es un hotel de tres estrellas. Desde luego,

nunca acampaba y la única vez que había tenido que usar un baño portátil, en un concierto al que Jaime me convenció para ir, casi me muero del asco. O de una infección bacteriana.

¿Hacer pis en el campo como un animal sería peor que usar un baño portátil? ¿Con qué me iba a limpiar? Había escuchado a chicas contar situaciones similares alguna vez, pero no había prestado suficiente atención. ¿Te sacudías como un chico? ¿Usabas una hoja? ¡Tenía la piel sensible! ¿Y si cogía una hiedra venenosa por error? ¿O cualquier otra planta peligrosa? ¿No había algo llamado roble venenoso? ¡No sabía cómo era! ¿Por qué me había dejado el móvil? Una cosa era lanzar panecillos, pero esto me parecía demasiado desagradable.

Empecé a dar saltitos, desesperada, deseando que apareciera alguna solución por arte de magia para no tener que perder la dignidad o acabar con una erupción en la vagina. Pero no pasó nada, así que trepé la valla de los Valentini y me escondí entre los árboles mientras maldecía haber sido tan despistada al salir.

Atravesé el bosque a toda velocidad, corriendo sobre agujas de pino y hojas secas para alejarme del camino hasta perderlo de vista. Estaba a punto de ponerme en cuclillas (por favor, qué palabra tan poco elegante) cuando escuché un chapoteo. Ahogué un grito, me incorporé y eché un vistazo mientras me recolocaba los pantalones a toda velocidad. Escuché otro chapoteo y eché a andar en esa dirección con cuidado.

¡Por Dios!

No muy lejos de donde había estado a punto de hacer mis necesidades había un claro entre los árboles y un pequeño lago con un pequeño muelle de madera, sobre el cual se encontraba Jack Valentini, mojado y desnudo.

Como si se hubiera accionado un interruptor en mi cabeza, el instinto tomó el control y solo fui capaz de pensar en una cosa: «Necesito verlo mejor».

Había un sauce llorón a unos seis metros en dirección al lago y, sin pensar, corrí hacia él y me encaramé a una rama baja.

Sí, acababa de subirme a un árbol.

Me agarré a la rama que tenía encima y me incliné con cuidado para echar un vistazo entre las hojas. Me mordí la lengua y observé cómo se apartaba el pelo mojado de la cara y estiraba los brazos sobre la cabeza. «Acabo de descubrir el concepto “moreno granjero”».

Bajé la mirada como un resorte y me quedé con la boca abierta al ver el tamaño de su pene. Si era tan grande así, ¿cómo sería en erección? Me sentí como una niña a la que dejan ver su tarta de cumpleaños, pero no probarla. Me asaltaron un montón de pensamientos irracionales y nada decentes.

«Quiero ver cómo se le pone dura. Quiero tocarlo y llevármelo a la boca. Quiero ver cómo se toca. Joder, la tiene enorme. Quiero que me follen con una polla así. Seguro que me parte en dos. Casi me puede follar desde allí».

«¡No! Mejor que me vea. Si me descubriera tendría que castigarme por espiarlo. Que no tenga piedad».

Estaba jadeando.

¿Qué diantres me pasaba? Nunca había pensado así en nadie, menos en un extraño. ¿Tenía la crisis de la mediana edad a los veintinueve?

Se dio la vuelta y me brindó la oportunidad de apreciar el culo perfecto en el que me había fijado en la foto, los músculos de su espalda y sus hombros y los tatuajes que le rodeaban las costillas en el costado derecho. ¿Qué eran? Nunca había conocido a un hombre con tatuajes. Y mucho menos desnudo.

Tampoco es que hubiera visto a tantos hombres desnudos. A lo mejor ese era el problema. Me fascinaba, como si fuera una exhibición en un museo, un animal exótico o una actuación de circo. Los cuerpos masculinos que había visto eran pálidos y delgados, nada que ver con la obra de arte que tenía delante, llena de bultos y líneas marcadas, oscurecida por el sol de la mañana. Me daban ganas de...

¡Crac!

La rama sobre la que me apoyaba se partió y caí al suelo de barriga sin ninguna elegancia.

También es posible que me hiciera pis. Un poquito.

Me incorporé sobre los codos y miré a Jack. Me sorprendió verlo tirado en plancha en el suelo. Un segundo después levantó la vista y me vio. No se parecía en nada a la fantasía que había imaginado hacía un momento.

«Joder, esto es peor que lo de los panecillos».

¿Cómo iba a explicarlo?

Capítulo nueve

Jack

Primero, terror. La adrenalina en aumento, el corazón acelerado y el bombeo de la sangre en los oídos propios del auténtico terror.

Después, rabia. Por no haber estado lo bastante atento y haber ignorado las señales de peligro. Por haber fallado.

Por último, comprensión. Estaba bien. Todos estaban a salvo. No había pasado nada.

Al menos, nada peligroso.

El corazón recuperó su ritmo normal y la respiración se normalizó cuando procesé la escena (Margot Lewiston tirada en el suelo boca abajo) y comprendí que el ruido que me había sobresaltado había sido el de una rama al ceder bajo su peso.

—Joder —murmuré.

Me sentía un imbécil, como siempre que me pasaba aquello.

Y eso que no solía estar desnudo.

Me levanté de un salto y me apresuré a ponerme los pantalones de deporte que estaban tirados en el muelle, junto a las deportivas y los calcetines. Pete se encargaba de los animales esa mañana, así que había decidido darme un baño después de correr. No contaba con tener público.

Una vez vestido, me incorporé con los puños apretados y me dispuse a ponerla verde por colarse en una propiedad privada, por espiarme y por asustarme. «Por no salir de mi cabeza».

Pero la forma en que se levantó y echó a correr hacia mí, de puntillas, con las rodillas apretadas y las manos en la entrepierna, me dejó fuera de combate.

—Anda, hola —saludó, como si pasara por aquí de casualidad—. Te preguntarás qué hago aquí y me encantará explicártelo. Pero antes, por favor, ¿puedo usar tu baño?

—Eh, vale.

Por muy cabreado que estuviera por la invasión de privacidad, casi me da un ataque de risa al verla ir dando saltitos hasta la puerta de la cabaña. La adelanté, la dejé pasar y le señalé el baño.

—Gracias —musitó al pasar corriendo a mi lado.

Esperé en el porche de atrás mientras estuvo dentro. Me incomodaba la idea de estar a solas con ella en la cabaña. ¿Qué cojones hacía aquí? Bastante horrible había sido pasar la noche en vela intentando no acordarme de sus piernas, sus ojos azules y el puñetero collar de perlas. ¿Era necesario que apareciera por aquí a primera hora de la mañana con unos pantalones casi inexistentes y una camiseta ajustada? La polla se me despertó e hice todo lo posible para aplacarla, pensando en rotación de cultivos y sistemas de riego por goteo y los pronósticos meteorológicos a largo plazo.

Por suerte, cuando salió con una sonrisa de alivio ya había conseguido serenarme.

—*Uf* —dijo y cerró la puerta tras ella—. Por poco. Muchas gracias.

—De nada. —Me crucé de brazos. Ojalá tuviera una camiseta a mano—. ¿Vas a contarme qué hacías?

Se sonrojó.

—Salí a correr.

—¿En un árbol?

Se rio, nerviosa.

—No, claro, no empecé en el árbol. Eso ocurrió después.

Ladeé la cabeza, incapaz de resistirme a hacerle pasar un mal rato.

«Ya no te sientes tan segura, ¿eh, Barbie?».

—¿Y bien?

—A ver. Salí de la villa que tengo alquilada sin ir al baño —explicó mientras se retorció los dedos—. Pensaba dar una vuelta alrededor de la granja y volver, pero es más grande de lo que esperaba.

—¿Y te pusiste a buscar un baño en el bosque?

—Pues sí. —Tragó saliva—. Más o menos. Pero escuché un chapoteo y te vi. —Se sonrojó tanto que sus mejillas parecieron violetas.

Me hice el tonto.

—¿Me viste?

—Te vi desnudo, ¿vale? —soltó y levantó las manos en señal de derrota—. Lo reconozco. Te vi desnudo.

No tenía ningún problema con la desnudez, pero me tomaba muy en serio la privacidad y la gente que se me acercaba a hurtadillas.

Sin embargo, reconozco que me divertía lo avergonzada que estaba. Las otras veces que nos habíamos visto parecía impecable y serena. Sentaba bien tocarle un poco las narices.

—¿Así que te subiste a un árbol para ver mejor?

Agachó la cabeza y arrastró un pie sobre las tablas de madera del porche.

—Algo así. —Después me miró y respiró hondo—. Lo siento muchísimo. No estuvo bien. No debería haberlo hecho. —Suspiró y cerró los ojos un segundo—. No tengo excusa. ¿Me perdonas?

Estaba más guapa sin maquillar. Además, el pelo recogido le resaltaba los ojos, los ángulos de las mejillas y la curvatura de las cejas. No le hacía falta ningún pintalabios de mierda, sus labios eran de un color rosado perfecto. Me pregunté si serían tan suaves como parecían.

Joder, llevaba tres años sin besar a nadie.

Me aclaré la garganta y retrocedí.

—Sí, claro, está olvidado.

«Ahora lárgate».

No se movió.

—Entonces, ¿no vas a despedirme?

—Yo no te he contratado.

—Lo sé, pero quiero este trabajo, de verdad. Creo que puedo ayudar, Jack, sé que puedo.

—Lo que tú digas.

Escucharla pronunciar mi nombre no ayudó a calmarme. Tenía que alejarme de ella, así que eché a andar hacia el muelle para recoger las deportivas y los calcetines, pero me siguió. Joder, era peor que una plaga. Me

recordaba a cómo Steph se nos pegaba al grupo de chicos cuando éramos críos porque quería jugar con nosotros.

—¿Vas a seguir así todo el tiempo que esté aquí?

—¿Cómo?

—¿Borde y nada cooperativo?

—Seguramente.

—¿Por qué? ¿Tanto me odias?

—No odio a nadie. Es solo que no me parece bien pagar a una chiquilla de ciudad que nunca ha pisado una granja para que nos dé consejos.

Llegamos al muelle y me agaché a por mis cosas.

—¡Ni siquiera pensaba cobraros, así que cierra el pico! —chilló.

Me enderecé.

—¿Vas a trabajar gratis?

—Sí.

—Entonces eres idiota. O tan rica que no te importa el dinero.

—No soy idiota —dijo entre dientes.

—Así que eres rica. —No sé por qué era tan capullo, no quería dejar que me conociera, ni conocerla yo—. Debí imaginarlo.

Se cruzó de brazos.

—¿Qué quieres decir?

—Que tienes pinta de haber tenido una vida de ensueño. Como si te hubieran dado todo lo que has querido y nunca te hubieras ensuciado las manos.

—Pues ayúdame a ensuciarlas.

Casi me caigo al agua.

—¿Perdona?

—Quiero ensuciar las manos. Enséñame a trabajar en la granja. Quiero aprender.

¿Hablabas en serio? No me apetecía nada pasar el día llevándola de un lado a otro y explicándole cosas. «Ni pasar el día mirándola e imaginando otras cosas». Pero me miraba desafiante, así que sacudí la cabeza.

—Si te digo que no, no me vas a dejar en paz, ¿verdad?

Sonrió y enlazó las manos detrás de la espalda mientras se balanceaba sobre los pies.

—Exacto. No me gusta que me digan que no.

—Vaya sorpresa. —Joder, era una lianta. Una manzana envenenada, brillante por fuera y podrida por dentro. Pero claudiqué, sabe Dios por qué.

—Vale. Ve a cambiarte.

Sonrió de oreja a oreja.

—¿Dónde nos vemos? Tardaré más o menos media hora en llegar a la villa, cambiarme y volver.

—No sé dónde estaré, tendrás que buscarme.

—Me parece bien. —Miró hacia los árboles por encima del hombro—. ¿Cuál es el camino más rápido? ¿Por ahí?

—No, sigue el camino que lleva a la casa para volver a la autopista.

Dio una vuelta completa.

—¿Por dónde está la casa? Me oriento fatal.

—Madre mía. Por ahí. —Señalé detrás de mí con el pulgar, pero decidí que sería mejor enseñárselo o no llegaría nunca—. Puedes atajar por la cabaña. Ven.

Caminamos hasta allí, entramos y me siguió hasta la cocina.

—Qué bonita. Es acogedora. Y muy limpia.

—Gracias.

La gata saltó de la encimera y pasó por delante de nosotros para ver qué pasaba.

Margot se agachó a acariciarla.

—Qué mona. ¿Cómo se llama?

Hice una mueca.

—Bridget Jones.

Soltó una carcajada.

—¿Tienes una gata que se llama Bridget Jones?

—Sí. ¿Por qué te hace tanta gracia? —pregunté algo brusco.

—No sé. No te enfades. Pensé que te irían más los perros.

—Así es —reconocí, algo menos tenso—. La gata era de mi mujer.

Abrí la puerta principal, a ver si pillaba la indirecta. Por supuesto, no lo hizo.

—¿Siempre has vivido aquí?

—Desde que dejé el ejército.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace seis años.

Asintió, se incorporó y echó un vistazo a la habitación. Le llamaron la atención las fotos de boda de la pared.

—Qué bonitas. ¿Puedo verlas?

—Adelante.

Dejé que la mosquitera volviera a cerrarse mientras se acercaba a las fotos. No recuerdo cuándo fue la última vez que alguien que no fuera yo había mirado esas fotos. Me ponía nervioso, pero me agradaba que se hubiera dado cuenta.

Había tres: una foto de familia, una durante la ceremonia, cogidos de las manos debajo de un arco de flores, y otra en el granero, en la que Steph estaba subida en una bala de heno para que nuestras cabezas estuvieran a la misma altura al besarnos. Cuando Margot llegó a esa foto, se rio.

—¡Qué adorable! Qué chiquitita es, y lleva botas de vaquera con el vestido de novia gigantesco, ¡me encanta! —Señaló a Steph, que se levantaba la base del vestido para enseñar los pies.

—Le encantaban esas botas. Decía que los tacones no eran lo suyo y que no quería llevar unos el día de su boda. —Si cerraba los ojos, todavía podía escuchar la determinación con que lo había dicho.

Margot asintió.

—Los tacones sí son lo mío.

—No me digas.

—Pero todo el mundo debería sentirse libre para ser quien es el día de su boda. Me encanta que no tuviera miedo de ser ella misma.

—No tenía miedo de nada.

Por lo general, nunca me abría con nadie que no conociera. En realidad, ni siquiera con los que conocía. Pero me gustaba hablar de Steph con Margot. Era agradable.

—Tú tampoco estás mal. También llevabas botas.

—Sí, no me van los zapatos elegantes. Ni la ropa. Pero Steph quería que me pusiera un esmoquin.

—Te quedaba bien.

—Gracias.

Permanecimos en silencio un momento.

—Siento lo que le pasó. —Seguía mirando la foto—. La echarás de menos.

—Mucho.

Suspiró y se giró.

—Será mejor que vaya a cambiarme.

Asentí y abrí la puerta otra vez. Al pasar a mi lado, me rozó el pecho desnudo con el hombro. Se me puso la carne de gallina y los pezones se me arrugaron. Cerré la mosquitera en cuanto salió, antes de indicarle el camino.

—Sigue recto hasta llegar a esos árboles y luego camina por el camino que los atraviesa. Al otro lado verás la casa.

—Entendido.

Empezó a bajar los escalones del porche.

—Ten cuidado al cruzar la autopista.

En el último escalón se detuvo y me miró.

—Lo tendré. Lo prometo.

Se marchó corriendo a buen ritmo y me esforcé por no mirarle el culo.

Tendría que intentar no hacerlo durante todo el día.

Capítulo diez

Margot

Me apresuré en volver a la villa, más emocionada de lo que debería con el día que me esperaba. Joder, Jack y yo apenas éramos capaces de pasar cinco minutos juntos sin discutir. Pero esto me parecía una victoria.

La había cagado. En lugar de deslumbrarlo de amabilidad como había planeado, lo había espiado y después llamado borde y poco cooperativo. ¡Pero era tan frustrante! ¡Yo solo quería ayudar!

Lo más raro era que no parecía muy enfadado con lo ocurrido. Incluso me había dado la sensación de que le hacía gracia, juraría que hasta lo había visto sonreír.

Y eso me hacía sonreír a mí, a saber por qué.

Una vez en la casa, me quité la ropa de correr y decidí no ducharme para ahorrar tiempo. No quería llegar tarde y que usase eso como excusa para no enseñarme la granja. Tampoco es que fuera a acercarse mucho a mí, así que no me preocupaba. A ningún hombre le había incomodado tanto tenerme cerca. Siempre se apartaba y me esquivaba, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Me puse ropa interior limpia, calcetines nuevos, unos vaqueros pitillo y una camisa de cuadros, y me solté la coleta.

En el baño, me lavé los dientes, me hice una trenza y abrí el neceser de maquillaje.

Entonces me detuve.

«¿Qué haces? No es una cita. No te hace falta rímel en un granero».

Lo cerré, pero me puse el collar de perlas y un poco de perfume.

Hay que estar guapa, aunque sea un poco.

Antes de irme, me puse mis antiguas botas de montar, menos mal que no las había tirado. Eran preciosas, de cuero marrón y estaban casi nuevas.

Salí corriendo por la puerta quince minutos después de haber llegado y subí al coche, satisfecha. No solo iba a conocer mejor la granja, lo que me ayudaría con el trabajo, sino que tendría la oportunidad de demostrarle a Jack que no era su enemiga. Respetaba lo que hacía y quería ayudar. Si además conseguía que me mirase con otros ojos, mucho mejor.

Estaba decidida a verle sonreír de verdad.

Capítulo once

Jack

—¿Estás seguro?

Margot echó un vistazo al primer nido, en el que tres huevos descansaban sobre el heno.

—Sí. Solo tienes que cogerlos y meterlos en la cesta.

Pensé que recoger huevos sería algo fácil para empezar, pero ¡Dios bendito!, empezaba a preguntarme si incluso eso era demasiado para ella. ¡Era tan de ciudad! Sin embargo, estaba mona con los vaqueros, la camisa de cuadros y el pelo trenzado sobre la espalda, aunque las botas eran ridículas. Parecían sacadas de una película sobre una niña rica a la quien regalan un poni. Al menos, no se había maquillado.

Pero, por muy increíble que pareciera, se había puesto el collar de perlas.

Me iba a dar algo.

—Venga —apremié, más molesto conmigo que con ella—. Cógelos, hay mucho que hacer.

—¿No se enfadarán? —Miró alrededor del gallinero y observó nerviosa las gallinas a nuestros pies.

—No, están acostumbradas.

—Vale. —Estiró la mano, agarró dos huevos y los metió con cuidado en la cesta—. ¡Lo conseguí! —dijo y sonrió orgullosa.

Estuve a punto de devolverle la sonrisa, pero me contuve.

—Bien hecho. Ahora sigue o perderemos todo el día.

Cogió el tercero y lo dejó con los otros dos, luego se los quedó mirando.

—¿Las gallinas marrones ponen huevos marrones y las blancas ponen huevos blancos?

—No. Se sabe de qué color son los huevos de una gallina por sus orejas.

Abrió los ojos de par en par.

—¡No me lo creo!

—Sí. Venga, date prisa. Así.

Me acerqué al siguiente nido, saqué los tres huevos con una mano, los metí en la cesta y pasé al siguiente.

—Sí que se te da bien.

—Tengo práctica. Te toca el siguiente.

Pasó delante de mí, se inclinó y miró dentro de la caja.

—Hay alguien dentro.

—Pues mete la mano debajo y saca los huevos. —Hice un esfuerzo titánico por no mirarle el culo.

—No sé si debería. Me mira mal.

—Por el amor de Dios, quita. Ya sigo yo.

La agarré por la cintura y la aparté a un lado para que no me molestase, pero en cuanto la toqué, ya no quise soltarla.

Y como soy gilipollas y tengo una voluntad de mierda, no lo hice. Me quedé con las manos en su cintura un par de segundos de más.

—¿Jack? —Me miró por encima del hombro, confundida.

Bajé las manos.

«¿Qué cojones haces?».

—Dame la cesta —ordené con brusquedad y se la arranqué de la mano.

Se dio la vuelta.

—¿He hecho algo mal?

—No.

Me alejé y empecé a recoger los huevos que quedaban, cabreado conmigo mismo.

«Esto ha sido una mala idea».

Fue un día largo.

Como sospechaba, no tenía ni idea de nada y se dedicó a hacerme cientos de preguntas estúpidas.

¿No se puede ordeñar a una vaca macho?

¿Por qué necesitáis una cerca eléctrica?

¿Cuánto mide una hectárea?

¿Eso son cabras?

¿Qué son los productos de kilómetro cero?

¿Por qué se rotan los cultivos?

¿No es raro matar a un animal que has criado durante tanto tiempo? ¿No te dan ganas de quedarte con los más monos?

¿Las gallinas ponen huevos por el culo?

Respondí a todo y pensé que, si se daba cuenta de lo poco que sabía, entendería que no había nada en lo que pudiera ayudar. Pero aprendía deprisa y, a última hora de la tarde, sus preguntas eran más elaboradas, se movía con mayor seguridad y avanzaba más deprisa. Acabé admirando la curiosidad que sentía por la granja y lo dispuesta que estaba a enfrentarse a cualquier tarea que le mandase. Además, no se quejó ni una sola vez del sol, el calor, los olores ni la suciedad que se le metía debajo de las uñas o que ensuciaba sus botas sofisticadas.

Lo peor era que seguía con ganas de tocarla. No dejaba de pensar en lo que había pasado en el gallinero y estuve a punto de repetirlo un millón de veces. ¿Me había vuelto loco?

No me quedó otra que reconocer que, por primera vez desde que Steph había muerto, me sentía atraído por alguien.

Fui casi un alivio.

No me hacía gracia, pero era un impulso biológico y no debía sentirme mal por ello. Además, solo iba a estar aquí un tiempo. ¿Quién no se sentiría atraído por Margot? Era guapa, lista y simpática. Aunque no supiera nada de la vida fuera de su burbuja de lujo, era agradable estar con ella. Se reía de sí misma, si algo no le salía bien volvía a intentarlo hasta conseguirlo y se le daban muy bien los caballos.

—¿Montas? —le pregunté cuando entramos en el establo al final del día.

—Tuve un caballo de niña —dijo mientras acariciaba el cuello de la yegua que me había tenido preocupado el día anterior.

—Cómo no, niña rica.

No me resistí a tirarle de la trenza, pero lo que de verdad me apetecía era agarrarla, echarle la cabeza hacia atrás y besarle el cuello.

«Mierda, ya basta».

—Oye —dijo con un mohín—. No seas así. He hecho todo lo que me has pedido, ¿no?

Me miró esperanzada, con la frente sudorosa manchada de barro y no fui capaz de llevarle la contraria.

—No lo has hecho mal —respondí, mientras le acariciaba el hocico a un caballo para tener las manos ocupadas.

Pero la polla se me inflamó en los pantalones, como si confesar que me atraía hubiera despertado a una bestia dormida. Además, la voz en mi cabeza no se callaba. «Quiero lamerte entre las piernas, despacio».

—Gracias. Y gracias por dejarme ir contigo, de verdad.

—De nada. —«¿Y si me dejas metértela hasta la garganta?».

—¡Mira! —Se rio—. ¡Me he ensuciado las manos!

—¿Sí? A ver. —La agarré de las muñecas y le giré las manos para verle las palmas—. Fíjate, están asquerosas.

Soltó una risita.

—Igual que yo. Me muero por una ducha caliente y...

Se calló y observó cómo le acariciaba las muñecas con los dedos. Me miró con sus enormes ojos azules y los labios entreabiertos. La piel pálida de su cuello me llamaba a gritos.

Sabía lo que iba a hacer antes de hacerlo.

Era una mala idea. Me iba a arrepentir.

Aun así lo hice.

El corazón me latía con fuerza en el pecho cuando tiré de ella hacia adelante por las muñecas hasta que su boca quedó tan cerca de la mía que sentí su aliento en los labios.

Y la besé. Despacio al principio, mis labios apenas rozaban los suyos, luego con más intensidad. Abrí la boca y deslicé las manos por su espalda hasta llegar al culo. La apreté contra mis caderas, de manera que las suyas

frotasen mi erección.

Me rodeó la cintura con los brazos y se puso de puntillas, su pecho apretado contra el mío. Nuestras lenguas se encontraron y la devoré con avidez, como si nunca fuera a saciarme.

Me recordó a cuando Pete y yo nos comimos todo el helado de vainilla que nuestra madre había comprado para el décimo cumpleaños de Brad el día antes de la fiesta. Sabíamos que no debíamos hacerlo, que nos iban a pillar y que acabaríamos castigados, pero estaba tan bueno que no podíamos parar. Así era Margot, un sabor dulce y prohibido al mismo tiempo.

«Déjame disfrutar», le pedí a mi consciencia. «Solo esta vez».

Le agarré la trenza con una mano y tiré para girarle la cabeza. Acerqué la boca a su cuello, respiré el olor de su piel y saboreé su delicadeza con los labios, el sabor dulce y salado a la vez. Encajé una pierna entre sus muslos y pasé la lengua sobre el collar de perlas. Me clavó los dedos en la espalda.

—Jack —susurró.

Mi nombre. Susurrado por otra mujer.

La mujer equivocada.

«Esto está mal».

«Aléjate de ella».

Capítulo doce

Margot

Nadie me había besado así.

Como si se marchara a la guerra. Como si le diera igual respirar. Como si necesitase algo de mí con desesperación y si no lo encontraba, moriría.

Se lo daría encantada. Habría lanzado las bragas por el granero como un panecillo en una gala benéfica.

No se parecía en nada a los hombres a los que había besado. Era fuerte y masculino hasta el último detalle. Su pecho era ancho y sus brazos musculosos. La tenía dura y su boca se movía con exigencia por mi cuello. Era embriagador. Habría dejado que hiciera lo que quisiera conmigo y habría disfrutado de estar a su merced.

«Joder, ¿cómo ha pasado?».

Sé que a lo largo del día habíamos empezado a acercarnos y hubo un momento en el gallinero en que saltaron chispas cuando me tocó, pero esto...

Me movió para encajar la pierna entre mis muslos, tiró de mi trenza para hacerme levantar la cabeza y pasó la lengua por las perlas de mi collar en la base del cuello. Le clavé las manos en la espalda.

«Madre mía. Voy a tener un orgasmo. En un establo. Con un granjero. Al que conocí ayer».

«Y va a ser brutal».

Susurré su nombre.

Y me apartó.

Como si su nombre hubiese marcado el final de una escena que estuviéramos rodando, me puso las manos en los hombros y retrocedió.

Nos miramos en silencio con la respiración acelerada. Su mirada estaba teñida de algo que no comprendí. Había deseo, pero también dolor.

Apartó las manos.

—Deberías irte.

—Jack, por favor, hablemos...

—¡Vete! —bramó y se llevó las manos a la cabeza—. Lárgate de una puta vez, Margot. ¡Ya!

Herida y confundida, me di la vuelta y salí corriendo del establo a punto de llorar. Atravesé el cobertizo alrededor de la casa, esperando que Pete y Georgia no me vieran, y salí corriendo hacia la carretera donde había aparcado. Una vez dentro del coche, a salvo de miradas, cerré la puerta y me derrumbé sobre el volante.

Se me escaparon algunas lágrimas que me limpié con las manos sucias, enfadada conmigo misma por ponerme así por un beso.

—Vete a la mierda, Jack Valentini. No me equivocaba contigo. Eres un capullo sin modales.

Daba igual lo guapo que fuera debajo de tanta mugre. Daba igual que tuviera un gran corazón roto. Daba igual que tuviera una polla enorme que seguro que sabía usar de maravilla.

Era un imbécil.

Y era un cliente.

Pero ese beso, menudo beso.

¿Por qué el mejor beso de mi vida había tenido que ser con él?

—¡Mierda! —Me di un par de cabezazos contra el volante y después me recompuse.

Saqué un pañuelo del bolso y me sequé los ojos y la nariz, consternada por la cantidad de suciedad que tenía en la cara. Lo miré y noté que la M bordada de mi nombre, de color azul marino, empezaba a deshilacharse. Tiré a un lado el trozo de lino, arranqué el coche y volví a casa mientras me reprendía a mí misma.

¿En qué narices estaba pensando? Daba igual lo guapo que fuera, lo bien que besara o por qué me había apartado. Trabajaba para él, nunca debería

cruzar esa línea.

«Seguro que él también se ha dado cuenta. Agradece que haya recuperado la razón antes de que te bajaras las bragas».

Una vez en la casa, me di una ducha larguísima con agua hirviendo y me prometí dejar de pensar en Jack y concentrarme en el trabajo. Al día siguiente tenía una reunión con Pete, Brad y Georgia y quería estar preparada. Más que preparada. Si Jack les hablaba de mi comportamiento tan poco profesional, necesitaba contraatacar demostrando lo buena que era en mi trabajo.

Una vez limpia, me puse el pijama, saqué del congelador una lasaña nada apetecible que probablemente había salido de una línea de montaje hacía seis años y abrí una botella de vino. Mientras esperaba a que la lasaña se calentase en el microondas, llamé a Jaime.

—Hola —saludó—. ¿Qué tal?

—De maravilla. —Me esforcé por parecer animada—. Estoy a tope. Tengo un montón de ideas.

—Genial. Cuéntame.

Le conté algunas de las cosas que se me habían ocurrido, aparte de las obvias, como crear un logo, modernizar la página web y usar las redes sociales. Le hablé del agroturismo y por qué pensaba que funcionaría.

—Lo he comprobado y no hay muchos sitios que ofrezcan experiencias de ese tipo por la zona. Hablaré con Pete y Georgia de la posibilidad de abrir un pequeño restaurante con mesa del chef, clases de cocina, bodas y otros eventos especiales. Creo que podríamos convertirlo en un destino único.

—Suenas de maravilla. ¿Y el gruñón? ¿Estará dispuesto?

Suspiré mientras sacaba la lasaña del microondas. Seguía congelada por el centro, pero las esquinas hervían.

—No, seguramente no.

—Qué pesado. ¿Puedes convencerlo?

—A saber. Antes me ha dicho que le daba igual lo que hiciera mientras lo dejara en paz. Aunque es posible que estuviera enfadado porque lo había visto desnudo.

—¿Perdona?

Mientras calentaba la lasaña un poco más, le conté el episodio de la mañana y se rio.

—¿Qué te pasa últimamente? Llevas treinta años siendo la mujer perfecta de modales impecables y de repente te dedicas a lanzar panecillos y a subirte a los árboles para espiar a hombres desnudos.

Saqué otra vez la lasaña, ahora quemada por los bordes, y la pinché con el tenedor.

—Me habré cansado de comportarme siempre bien. Quiero ver qué pasa si me dejo llevar por el instinto.

—Apoyo totalmente el experimento. Siempre has estado demasiado contenida. Diviértete. Lanza panecillos. Espía a hombres desnudos. Ve más allá, si te apetece.

Mastiqué un trozo de lasaña insípido y consideré contarle lo que había pasado en el establo. Nunca he sido de las que se dedican a contar sus aventuras, pero si lo hablaba con Jaime, a lo mejor me ayudaba a entenderlo.

—La verdad es que fui un poco más allá —insinué y se quedó callada.

—Joder —dijo cuando llegué al final y le conté cómo me había gritado que me largara—. Qué locura.

—Lo sé.

Pasé de la lasaña y saqué una bolsa de zanahorias *baby* de la nevera. Me recordaban a la comida de ese día en casa de Pete y Georgia, una deliciosa ensalada de remolacha, hecha por completo con ingredientes de la granja excepto por el queso de cabra (que era de una fábrica de productos lácteos de Michigan) y un poco de lomo de cerdo a la parrilla con salsa barbacoa hecha con duraznos de la zona. Miré las zanahorias de la bolsa, todas exactamente iguales y sin ninguna personalidad. Lo perfecto a veces era aburrido.

—Además, es un cliente —me recordó Jaime.

—Ya lo sé, no dejo de repetírmelo. Pero por alguna razón me atrae y no sé explicarlo —dije, irritada—. Podría darte diez motivos por los que no debería gustarme.

Se rio.

—Te lo puedo explicar yo. Está buenísimo, la tiene enorme y llevas sin mojar desde el rancio de Tripp.

Refunfuñé.

—Gracias por recordármelo.

Sentí un pinchazo entre los muslos al acordarme de la polla de Jack contra

mis caderas.

—Perdona, Gogo, no quiero martirizarte. ¿Qué vas a hacer?

—Olvidarlo. ¿Qué otra cosa podría hacer?

Suspiró.

—Será lo mejor. Me gusta que hagas locuras, pero tirarte a un granjero veterano viudo que además es un cliente a lo mejor es pasarse un poco.

—Muchísimo. —«Tanto que ya da igual».

—¿Estás bien? ¿Quieres que vaya a la reunión de mañana?

—No, no hace falta. —Quise sonar segura—. Te prometo que no va a afectar a mi trabajo.

—Eso ya lo sé. Eres una perfeccionista, no vas a cambiar. —Hizo una pausa—. ¿De verdad has dado de comer a los cerdos?

Me hizo sonreír.

—De verdad. Y a vacas, caballos y cabras. Y recogí huevos de gallina. ¿Sabías que les salen del culo?

—No. Y no quería saberlo.

Chasquéé la lengua.

—Jaime Owens, deberías prestar más atención a lo que comes y de dónde viene.

—En este caso en concreto, opino que la ignorancia es una bendición. Llámame mañana, ¿vale?

—Lo haré. Buenas noches.

—Buenas noches.

Pasé el resto de la noche preparando la reunión e intenté no distraerme pensando en Jack, pero fue imposible.

Reviví el beso una y otra vez. Sentí de nuevo el tacto de sus manos en las muñecas, su lengua en mi cuello y su pierna entre los muslos.

Cerré los ojos y me lo imaginé en su cabaña. ¿Qué haría? ¿Pensaría en mí? ¿Echaría de menos a su mujer por la noche? ¿Alguna vez intentaría apaciguar la pena con otras mujeres? Me sentí celosa al imaginarlo con otras y esa posesividad me sorprendió.

Sus cambios de humor me sacaban de quicio, pero era masculino, fuerte y auténtico. Era un soldado. Un superviviente. Y se había ganado todo lo que tenía, había trabajado muy duro para conseguirlo. No temía ensuciarse las

manos.

Era muy *sexy*.

Nunca me había sentido tan atraída por nadie.

Pero había poco que pudiera hacer al respecto.

Capítulo trece

Jack

¿Qué cojones había hecho?

«Lo sabes perfectamente. Bajaste la guardia. Perdiste el control. La cagaste».

La había cagado de verdad.

Había sido un capullo con Margot, que no se lo merecía. Me había enrollado con una mujer que trabajaba para mí y traicionado la memoria de Steph.

Me sentía culpable por todo. Necesitaba hablar con alguien. Alguien que me conociera y me entendiera.

No es que buscara el perdón, no me lo merecía, pero necesitaba recordarme quién era. Cuando acabé en el establo, volví a casa, me asexé, recogí algunas flores silvestres que crecían delante de la cabaña y conduje hasta el cementerio.

Enterramos a Steph como quería su familia. Ella nunca había hablado de lo que deseaba para su entierro. ¿Quién piensa en la muerte cuando es joven y acaba de casarse? Yo estaba demasiado hundido en la pena y el arrepentimiento, así que dejé que sus padres y su hermana lo decidieran todo, desde dónde enterrarla hasta la ropa que llevaría.

Lo único que pedí es que llevara sus botas.

—Hola, nena. —Me senté en la hierba delante de su tumba y apoyé los brazos en las rodillas—. Mira lo que te he traído.

Dejé las flores sobre la lápida de granito rosa y me entretuve en arrancar algunos hierbajos que habían crecido alrededor desde la semana pasada. «Seguro que a Margot le gustan las rosas de invernadero y no las flores silvestres».

Tiré los hierbajos a un lado, fruncí el ceño y me saqué a Margot de la cabeza. Me concentré en imaginar a Steph sentada a mi lado y en todas las cosas que echaba de menos hasta que me dolió.

—No lo estoy pasando bien. Agosto siempre es difícil.

Si cerraba los ojos, era capaz de escuchar su voz y adivinar lo que me diría.

«¿Duermes bien?».

—No mucho.

«¿Y los medicamentos?».

—He dejado de tomarlos.

Se enfadaría. «¡Mierda, Jack, tienes que tomarlos! ¡Te ayudaban! Habías conseguido dormir una noche entera».

—A la mierda dormir.

«¿Has venido a discutir? Ya hemos pasado por esto mil veces».

—Es culpa mía. Todo es culpa mía.

«Tú no conducías. Tú no me atropellaste».

Cerré los ojos y la imaginé caminando sola por la autopista mientras unos faros se le acercaban en la oscuridad. La culpa me golpeó con el peso de tres mil kilos de metal y vidrio.

«Tú no me atropellaste, Jack».

Sacudí la cabeza con ojos llorosos.

—Da igual cuánto lo repitas. Fue culpa mía.

«¿Por qué lo crees?».

En mi mente, otro coche avanzó en la oscuridad, esta vez venía hacia mí.

—Ya sabes por qué. Eres la única que lo sabe.

«Basta».

—«Y al que hiera a su prójimo, se le pagará con la misma moneda».

«¡No! No me lo creo y nunca lo haré. Hiciste lo que tenías que hacer».

Se me formó un nudo en la garganta. Intenté tragarlo, pero aun así se me quebró la voz.

—El precio fue demasiado alto.

No respondió, por supuesto.

Ella solo veía lo bueno de mí y, sin embargo, mis actos acabaron con su vida, estaba seguro.

Siempre llevaba esa carga conmigo, incluso en los días buenos.

La verdad es que no merecía dormir tranquilo. No merecía el amor y el cariño de mi familia. Y, desde luego, no merecía dejarme llevar por el deseo hacia otra mujer.

Por mucho que lo anhelara.

Más tarde, aquella noche, estaba sentado en el patio trasero de la cabaña con una cerveza en la mano al anochecer cuando apareció Georgia. Traía un plato cubierto con papel de aluminio.

—Hola —dijo—. Te he traído la cena.

—Gracias.

Subió al porche.

—He llamado a la puerta delantera, pero no has respondido.

—Perdona, no lo he oído.

—¿Estás bien?

—Sí. —No la miré y desvié la vista hacia una familia de patos que había en el estanque.

Se quedó callada un rato.

—¿Has ido al cementerio?

No tenía ni idea de cómo lo sabía, pero no tenía ganas de mentir.

—Sí.

Asintió despacio y tuve ganas de que me preguntara por ello, que dijera algo de Steph, cualquier cosa para recordarla. La gente casi nunca lo hacía. Solo me preguntaban cómo estaba y cómo me sentía, evitando el motivo. ¿Creían que si no lo mencionaban me dolería menos?

Por supuesto, Georgia cambió de tema.

—¿Has cenado o lo guardo en la nevera? —Levantó el plato y sonrió—. Es pollo frito. Está para chuparse los dedos.

—Ya he cenado, guárdalo.

Era mentira, pero no tenía hambre. Me sentía asqueado por lo que había hecho y no conseguía dejar de pensar en el beso. Recordaba cuánto me había gustado sentir su cuerpo contra el mío, su pelo en las manos y su piel en los labios. Las ganas que tenía de perderme en su cuello perfecto y perfumado rodeado de perlas. Ojalá pudiera.

«No puedes, así que olvídalo de una puñetera vez».

Georgia suspiró, pero entró en la cabaña y escuché cómo abría y cerraba la nevera. Luego abrió una botella.

—¿Te importa si me tomo una cerveza contigo?

—No.

Lo cierto es que me apetecía estar solo con mi desgracia, pero no quería ser un capullo con ella. Siempre se portaba bien conmigo. A lo mejor así me distraía y dejaba de pensar en Margot un rato.

Volvió a salir y se sentó en la silla a mi lado.

—¿Qué tal el día con Margot?

«Perfecto, justo lo que quería».

—Bien.

—¿Te volvió loco?

«No te haces a la idea».

—Bastante.

Bebió un sorbo de cerveza y se rio.

—Sé que no está bien, pero me la imagino por la granja con esas pintas, con esas botas elegantes y el collar de perlas y me muero de risa.

Me costó no sonreír.

—La Barbie granjera.

Se palmeó las piernas.

—¿Verdad que sí? Aunque ha sido un gesto bonito. Está bien que se interese tanto y se ofrezca a ayudar, ¿no crees?

—No me ayudó mucho —dije con ironía.

—Yo no era mucho mejor cuando llegué. Os partíais de risa cuando intentaba subirme a un caballo. ¿Te acuerdas?

—Cómo olvidarlo. —Pero el recuerdo me puso algo triste. Steph también estaba en él—. Creíamos que eras un caso perdido.

Me pellizcó el brazo.

—Pero aprendí.

—Lo hiciste.

Bebí y me imaginé a Margot subida a un caballo.

—La verdad es que creo que Margot sabe montar.

—¿En serio?

—Sí, dijo que había tenido un caballo cuando era pequeña. Estaba muy a gusto con los nuestros.

Me miró y ladeó la cabeza.

—¿Quién iba a imaginar que tendríais algo en común! Deberías dejarla montar antes de que se vaya.

Casi me ahogo.

—¿Qué?

—Que deberías dejarla montar antes de que se vaya. Tal vez esta semana.

—Ah. —Joder, ahora no podía borrar la imagen de Margot a horcajadas sobre mí. ¡No me daban ni un minuto de paz!—. Sí, tal vez.

—Mañana por la mañana vendrá a explicarnos sus ideas. —Una indirecta muy poco sutil.

—Ajá.

Suspiró y se recostó en el asiento. De momento, se rendía. Bebimos en silencio mientras el sol se ponía y nosotros aplastábamos algún que otro mosquito y escuchábamos a los grillos. Cuando las botellas estuvieron vacías, se levantó.

—Tengo que volver. Gracias por la cerveza.

—No tienes que darlas. Gracias por la cena. —Me levanté también—. Está oscuro. Te acompaño.

—No hace falta.

—Sí que hace.

Sabía que no le serviría de nada protestar. Si estaba oscuro, nunca dejaba que una mujer fuera sola a ningún sitio.

Cuando llegamos a la casa, me dio un abrazo rápido.

—Piénsate lo de venir mañana. A las nueve. Voy a preparar tostadas francesas, sé que te encantan.

Gemí un poco.

—¿Con azúcar moreno y plátano? Eres cruel.

Se rio y me pellizcó la mejilla.

—Soy lista. Hasta mañana, tal vez.

—Tal vez.

—Buenas noches.

Esperé a que entrase en casa y cerrase la puerta antes de emprender el regreso. Mientras caminaba entre los árboles, me acordé de Margot al caerse del sauce esa mañana y sacudí la cabeza. Ahora que la conocía mejor, me sorprendía que hubiera sido capaz de subir. «Sí que tenía ganas de verme». Sonreí y me pregunté qué habría pensado al mirarme. ¿Le habría gustado lo que vio? Luego me pregunté qué habría pensado cuando me tiré al suelo después de que la rama se rompiera.

«Creerá que estoy como una cabra, pero ¿qué más da? Me importa una mierda lo que piense de mí, de la granja o del beso».

Pero no dejaba de pensar en ella. En besarla, tocarla y conocerla mejor. ¿Era solo una niña rica malcriada a la que le gustaba salirse con la suya o era algo más? ¿Le gustaba de verdad o solo quería tontear con el chico del establo, por así decirlo? ¿Pensaba que era un capullo por apartarla así? ¿Qué habría pasado si no lo hubiera hecho?

«Da igual. Ella da igual. En unos días habrá vuelto a Detroit, a su hogar, y no tendrás que volver a verla».

Noté un pinchazo en el pecho.

No volvería a verla, a menos que fuera a la reunión del día siguiente.

«No. Si la vuelves a ver, habrá problemas».

Es posible. Pero si la veía y conseguía controlar mi temperamento y el deseo, me demostraría, nos demostraría a los dos, que lo de ayer no volvería a pasar. Me sentaría al otro lado de la mesa, la miraría a los ojos y me obligaría a no sentir nada.

Seguía siendo un soldado.

Podía hacerlo. Tenía que hacerlo.

Capítulo catorce

Margot

Me desconcertó ver a Jack cuando llegué a casa de Pete y Georgia. Estaba sentado en la mesa de la cocina con una taza de café. Se le veía algo cansado, pero estaba tan guapo y *sexy* como siempre. Me fijé en cómo la camiseta le apretaba los músculos de los brazos. Se me secó la boca y se me humedecieron las braguitas. Empecé a recordar cómo me habían rodeado esos brazos el día anterior en el establo. Nos miramos y los dos apartamos la mirada de inmediato.

Nerviosa, contemplé a los demás. ¿Se notaba lo incómodos que nos sentíamos?

—Buenos días, Margot —saludó Georgia mientras colocaba en la mesa una enorme bandeja de cristal con algo que tenía una pinta increíble y olía de maravilla—. Espero que tengas hambre.

—Pues sí. Qué buena pinta.

Se me aceleró el corazón y me alejé de la mesa para dejar el bolso en una esquina mientras intentaba tranquilizarme. Era una reunión de trabajo y yo una profesional. Me portaría como tal. «Venga, Margot. Esto es lo tuyo. Elegante pase lo que pase». Respiré hondo y volví a la mesa.

—Siéntate aquí —dijo Georgia y señaló la silla enfrente de Jack.

Perfecto.

Me senté y me alisé la falda. Me acicalé el pelo. Me toqué el collar.

El collar por el que había pasado su lengua hacía menos de veinticuatro

horas. Me arriesgué a levantar la mirada y lo pillé observando cómo pasaba los dedos por las perlas. Sentí un cosquilleo en el estómago.

¿En serio? ¿Ahora llegaban las mariposas? ¡No era un buen momento!
«Pues deja de mirarlo».

Pero era imposible. Cuando levanté la vista otra vez, nuestras miradas se cruzaron. Me observaba con dureza y la mandíbula en tensión. Se le marcaban las venas del cuello. Parecía enfadado conmigo. Tragó saliva. Se estiró en la silla y enderezó los hombros.

¿Qué mosca le había picado? ¿Qué le había hecho?
«Ignóralo».

De repente, los ojos se me humedecieron y tuve que parpadear para contener las lágrimas. Sus ojos se suavizaron durante un instante y sus labios se entreabrieron justo antes de volverse a juntar. ¡Madre mía! Estaba fuera de control. ¿Quería besarme o darme un puñetazo?

«Finge que no está aquí y punto».

No fue fácil. Ni siquiera habló, pero sentía su furiosa mirada sobre mí todo el tiempo. Era tan consciente de su presencia como si hubiera estado sentada en su regazo. Pero mantuve la compostura y una sonrisa de despreocupación en la cara, alabé la comida, me tomé el café y charlé con Pete y Georgia sobre Nueva York. Por dentro, sin embargo, estaba hecha un flan.

—¡Está buenísimo! ¿Son tostadas francesas?

«No te sonrojes, por favor, no te sonrojes».

—Me pasas la leche, ¿por favor?

«Mierda, ¿he gritado demasiado?».

—¡Me encanta ese restaurante! Hacen un *brunch* maravilloso.

«Dios mío, qué brazos. Son enormes».

Cuando acabamos de desayunar y la mesa estuvo recogida, me concentré en sacar el cuaderno de la mochila y preparar lo que iba a decir. «No lo mires. ¿Qué más da si te mira como si no supiera si arrancarte la ropa o la cabeza? Total, esto le da igual. Céntrate en lo que tienes que decir. Puedes hacerlo». Cuando todos se sentaron, empecé a hablar.

Había esbozado una estrategia de tres frentes para dar a conocer la marca y aumentar los ingresos. El primero abarcaba lo básico: crear un logo,

remodelar la web, abrir cuentas en las redes sociales y encontrar a alguien que se encargase de ellas.

—Os he apuntado el contacto de un par de diseñadores gráficos que conozco, pero os animo a buscar a alguien de aquí —dije.

Brad comentó un par de nombres, Pete me hizo alguna pregunta y tomó notas y Georgia me sonrió mientras acunaba a Cooper. Jack solo me fulminaba con la mirada, cruzado de brazos.

«Tú a lo tuyo, ignóralo».

El segundo frente consistía en crear contenido: trabajar duro para atraer a clientes potenciales y conseguir que la gente hablara de ellos.

—No me refiero a anuncios que cuenten lo buenos que sois, sino fotos e historias sobre lo que hacéis aquí. Lo bueno y lo malo. Enseñad verduras con formas raras, contad esa vez que intentasteis ser apicultores y salió mal, ¡cualquier cosa! ¡Reconoced que la primera vez que hicisteis una tarta fue un desastre! La gente se siente identificada con esas cosas. Conseguid que sientan algo, que se rían y que tengan curiosidad. No va de vosotros, sino de ellos.

Jack bufó.

—Me encanta —dijo Georgia y lo fulminó con la mirada—. Y me gusta escribir.

—Genial. —Le sonreí, agradecida—. Haced que os conozcan. Sed reales, divertidos, visibles. Que asocien la marca con vosotros para que se cree una conexión humana.

—¿Todos tenemos que ser visibles? —Brad frunció el ceño.

Me encogí de hombros.

—Si no queréis, no. Pero el concepto de granja familiar es más potente si toda la familia se implica. Además, es la Granja de los hermanos Valentini. —Noté que miraban a Jack, pero yo evité hacerlo.

—Me gusta la fotografía —dijo Brad—. Y a mi hija Olivia también. ¿Y si hacemos fotos para la web?

Chasquéé los dedos.

—¡Qué gran idea! Sería perfecto. Tu hija también podría tener su propio rincón, un pequeño blog donde escribiera cosas para niños y les enseñara de qué va eso de la comida orgánica.

—Podemos incluir algunas recetas sencillas. También le gusta cocinar —

añadió Georgia—. Es fantástico, Margot.

Jack crujió los nudillos.

—Pasemos a lo siguiente. —Esta vez lo miré, desafiante—. Hablemos de agroturismo. Muchas granjas pequeñas lo hacen para sacar algo de dinero extra.

Explicué el concepto y a todos menos a Jack les pareció bien.

—No podemos celebrar bodas aquí. No hay sitio.

Aunque fuera para llevarme la contraria, me alegré de que por fin dijera algo y no siguiera en silencio y cabreado.

—Celebremos la tuya —le recordó Pete.

—Fue una excepción.

—Es cierto que el espacio es un problema —dijo Georgia—. Para su boda, hubo que alquilar una carpa. ¿Los clientes tendrían que hacer lo mismo en cada ocasión?

Jack gruñó.

—¿Tendremos que aguantar a gente molestando cada fin de semana para montar una carpa? ¿Además de las furgonetas del *catering* y los baños portátiles? Paso.

Intenté ayudar. Los baños portátiles tampoco eran de mi agrado.

—¿Qué tal una estructura semipermanente para este tipo de eventos? Se podría invertir en una carpa que estuviera montada todo el verano.

—No es mala idea —dijo Pete, entusiasmado, y se ganó una mirada de odio de Jack—. No hace falta contratar ningún *catering*. —Se enderezó en la silla—. Nosotros nos encargaremos. Pero hace falta una licencia.

Georgia asintió con tristeza.

—Hay que pasar una inspección y una cocina doméstica no servirá.

Lo medité un momento.

—Cuando os imagináis vuestro restaurante, ¿dónde está? ¿Algún sitio cercano?

Pete y Georgia se miraron y él habló despacio:

—Habíamos pensado en comprar la vieja casa del otro lado de la calle. Lleva años vacía y en la propiedad hay sitio de sobra para montar una carpa, incluso un granero, para eventos grandes.

—¿La casa de los Oliver? —Jack parecía sorprendido—. Se os caería el

techo encima. ¡Está en ruinas!

—Pero las casas antiguas tienen construcciones sólidas —apuntó Brad—. Es una buena casa. No sabía que os interesaba. Mi oficina gestiona la propiedad.

—No es más que una idea que ya habíamos descartado —dijo Georgia—. Ahora no podemos permitirnoslo.

—Pero podría funcionar —dije y me imaginé un comedor íntimo en una sala de techos altos—. Habría que instalar una cocina nueva, pero...

—Esto es absurdo. ¿Sabéis lo que cuesta una cocina profesional? ¡Por no mencionar el precio de la casa! —rugió Jack—. Además, nada garantiza que la gente vaya a querer casarse aquí.

—Tú lo hiciste —espeté.

Si las miradas matasen, no habría sobrevivido a aquella.

—Porque soy de aquí. Es mi hogar y significa algo para mí. Lo que los demás buscan son salones elegantes con mármol y cristal, no una carpa al lado de un establo.

—Tranquilízate. Vale la pena considerarlo —dijo Pete—. Solo estamos hablando.

—Lo que hacéis es intentar cambiar las cosas y convertir la granja en algo que nunca tuvo intención de ser, ¡y os importa una mierda lo que opine al respecto! —Se levantó y la silla chirrió contra el suelo—. Adelante, haced una web bonita y poneos a sacar fotos si os ha convencido de que esas gilipolces valen para algo, pero no sabe una mierda de esta granja ni de esta familia. ¿Cuánto lleva aquí? ¿Dos días? No puedes aparecer de repente en un sitio y meter las narices en la vida de los demás como si nada. —Me miró y entendí el verdadero problema.

Pete también se levantó.

—¡Discúlpate ahora mismo! Es una invitada en esta casa y no tienes derecho a tratarla así.

A Jack se le ensombreció el gesto y apretó los puños. En su expresión se enfrentaban la rabia y la vergüenza, pero su postura decía «vete a la mierda, no voy a rectificar». No se disculparía. En vez de eso, se dio la vuelta y se marchó dando un portazo.

Ahora yo también estaba cabreada y no me hacía falta lanzarle ningún

panecillo, me sobraban palabras que dedicarle.

—Si me disculpáis —dije a los demás y me apresuré a perseguirlo.

—¡Oye! —le grité con los tacones clavados en el césped—. ¡Quiero hablar contigo!

Ni siquiera se dio la vuelta. Eché a correr.

—¡He dicho que pares!

Lo alcancé cuando llegaba al camino del bosque y lo agarré del brazo.

Se dio la vuelta echo una furia y se soltó de mi mano.

—No me apetece hablar contigo. Déjame en paz.

—¿Qué problema tienes?

Sus ojos estaban tristes.

—Tú eres el problema. Sales de la nada con tus bonitas ideas, tu ropa cara, tu pelo brillante y tus ojos azules y todos te adoran nada más verte. No lo aguanto. Todo lo que tiene que ver contigo me toca las narices. Déjame en paz de una vez. —Se volvió y echó a andar de nuevo.

—¡Vuelve aquí! —grité—. ¡No he terminado!

Ni siquiera me miró, sino que siguió avanzando entre los árboles en dirección a su cabaña.

¡Mierda, joder! Ahogué el grito que me subía por la garganta y me tiré del pelo. ¡Me sacaba de quicio! ¡Era un cabezota irracional! ¿Por qué no entendía que su familia no quería arruinar su sueño, que solo querían mejorarlo? Y yo no intentaba joderlo, solo hacía mi trabajo. Venir aquí no había sido idea mía, ¡ellos me habían contratado!

¿Qué eran esas tonterías sobre mi pelo y mis ojos? ¿Qué quería, que me pusiera una bolsa en la cabeza? ¡No era culpa mía si se sentía atraído por mí! ¿Acaso creía que yo estaba encantada con sentirme atraída por él? ¡Para nada! ¡Ojalá no lo hubiera conocido nunca! Echando humo, lo observé desaparecer entre los árboles.

«Tranquilízate, Margot, recomponte».

Respiré hondo un par de veces y eché a andar de vuelta a la casa mientras buscaba una manera de explicar lo que acababa de hacer. Últimamente había perdido el juicio.

¿Qué me pasaba?

Al parecer, los demás miembros de la familia estaban mucho más avergonzados que yo e hicieron todo lo posible por disculparse por el comportamiento de Jack, asegurarme que les encantaban mis ideas y suplicarme que no me tomase a pecho lo que había dicho.

Me disculpé por salir corriendo, les prometí que estaba bien y les pedí que me llamasen en unos días, cuando hubieran sopesado todas las propuestas.

—Tengo unos días de vacaciones, así que voy a estar tirada en una hamaca todo el tiempo —dije y esperé que la sonrisa que esboqué no pareciera demasiado falsa.

Georgia se me acercó e insistió en que me llevase lo que había sobrado de la comida.

—Por favor, cógelo —dijo y me pasó un recipiente de plástico—. Me sentiré mejor.

—No tienes por qué sentirte mal.

—En realidad, sí. —Se encogió de hombros, abatida—. Anoche fui a ver a Jack y le supliqué que viniera a la reunión. Creí que mantendría la mente abierta.

—¿En serio? —«Te podría haber dicho que eso no pasaría».

—Sí. No siempre es tan malo, pero... —Suspiró y cerró los ojos—. No sé qué es, pero le pasa algo. Aunque no nos lo quiere contar.

—Es un hueso duro de roer, lo reconozco. —Y no pensaba perder el tiempo intentándolo. Parecía un hombre adulto, pero tenía el temperamento de un niño malcriado y cabezota—. Gracias por las sobras. El desayuno estaba delicioso.

Volví a la villa con intención de ponerme el bañador, guardar en una bolsa la crema solar, una toalla y un libro y tumbarme en la playa el resto del día. Me lo había ganado. Leería, nadaría y me relajaría, sin perder ni un minuto más pensando en Jack Valentini.

Al menos, lo intenté.

Me puse el bañador, me eché crema solar y me senté en la toalla a leer, pero me quedé mirando la misma página mientras lo maldecía y el enfado me consumía.

¡Era un imbécil! ¿Cómo se atrevía a tratarme así? ¿Cómo se atrevía a soltar tanta bilis después de que ayer me pasara el día intentando complacerlo? Y después de besarnos, ¡de besarme! Había conseguido contenerme y tener las manos quietas todo el día. Fue cosa suya, no mía. Aparté el libro, me crucé de brazos y fruncí el ceño debajo de la pámela.

«Eso es lo que le pasa. Está cabreado consigo mismo y la toma conmigo. No tiene nada que ver con celebrar bodas en la granja. No soporta que le atraiga una niña rica malcriada de ciudad que siempre consigue lo que quiere. Incluso aunque mis ideas le parezcan una mierda, no tiene derecho a tratarme así».

Ni siquiera un baño en el agua helada del lago Huron me bajó los humos. Me debía una disculpa y escuchar lo que tenía que decirle. La antigua Margot lo habría dejado correr y habría puesto la otra mejilla, pero la nueva Margot había tomado las riendas y no se contenía. Decía lo que pensaba, lanzaba panecillos y se hacía valer.

Así que después de pasar toda la mañana muriéndome de ganas de explicarle a Jack Valentini lo que pensaba de él (y toda la tarde con una botella de vino mientras me comía las sobras del desayuno de Georgia), me duché para quitarme la arena y el protector solar, me vestí y salí al oscuro exterior en dirección a su casa para cantarle las cuarenta.

Capítulo quince

Jack

Estaba tumbado en el sofá, regodeándome en la miseria, cuando escuché que alguien se acercaba a la cabaña. Con los nervios a flor de piel, me erguí y escuché. A través de las ventanas abiertas escuché una voz. Una voz de mujer.

Al principio se oía muy bajo, como si murmurase para sí misma, pero a medida que se acercaba, se escuchaba más alto.

—Así que vete a la mierda, capullo. Nunca había estado tan enfadada con nadie. ¿Cómo te atreves a hablarme así después de lo que hiciste ayer? Debería darte vergüenza.

Margot.

¿Venía a echarme la bronca?

Si era así, me lo merecía. Me había pasado de la raya, pero es que me había puesto de los nervios. Había intentado con todas mis fuerzas mirarla y no sentir nada, pero había sido imposible. Todo en ella me volvía loco. El pelo rubio, los ojos azules, la piel pálida, el collar de perlas, las manos gráciles. No le veía las piernas desde el otro lado de la mesa, pero me volvía loco solo de imaginarlas. Y había otras cosas que no eran físicas. La cadencia de su voz, la emoción con la que sonreía, la confianza en sí misma y en sus ideas, el interés real que sentía por la granja. No me había dedicado más que un par de miradas nerviosas al principio, pero por lo demás parecía que mi presencia no la afectaba en absoluto. Y, mientras tanto, yo a punto de perder la cabeza.

Así que lo había pagado con ella, con todos. Quise hacerles sentir culpables por cargarse mi sueño, aunque solo intentaran hacerlo crecer. ¡Mierda! Es que no quería que nada cambiase. No quería convertir la granja en algo nuevo y diferente. Yo no quería convertirme en alguien nuevo y diferente. A Margot nunca le habían negado nada, no entendía lo que se siente al perder el control de lo que te importa. ¡Ninguno de ellos lo entendía! No se trataba de celebrar o no bodas en la granja. Es que de pronto toda mi vida se me escapaba entre los dedos y no sabía cómo retenerla.

Suspiré y cerré los ojos mientras se acercaba.

Pero no debería haberla tratado así. Lo que sentía no era culpa suya. Además, ella ignoraba que formaba parte de lo que me hacía ser tan inestable. Le debía una disculpa, pero después me mantendría alejado.

Abrí la puerta antes de que llamase y se quedó con la boca abierta, sorprendida. Yo también me sorprendí de lo distinta que estaba. Tenía el pelo mojado y llevaba un vestido veraniego de flores, pero nada de maquillaje ni joyas. Se me aceleró el corazón. Estaba preciosa.

Preciosa y muy cabreada.

Cerró la boca de golpe y entrecerró los ojos.

—Tengo un par de cosas que decirte.

—Adelante.

Salí con ella al porche y cerré la puerta para que la gata no se escapara. Se merecía que la dejara desahogarse. ¿Qué me iba a decir que no me hubiera dicho ya a mí mismo?

Puso las manos en las caderas y, después, me hundió un dedo en el pecho.

—No eres agradable.

Estuve a punto de sonreír.

—Ah, ¿no?

—No. No sé qué tienes contra mí, pero no he venido a amargarte la vida, he venido a trabajar. Lamento lo de ayer tanto como tú, pero no te da derecho a portarte como un capullo.

—Tienes razón. Lo siento.

—Y eres... —Parpadeó, confundida—. ¿Qué?

—Lo siento. Es verdad, fui un capullo y no te lo merecías.

Miró a los lados y después volvió a mirarme a mí.

—¿Ya está? ¿No vas a discutir?

—¿Has venido buscando pelea?

Resopló.

—No sé. Sí.

—Pues no voy a pelear. Me he portado como un imbécil, no hay más que hablar.

Metí las manos en los bolsillos y retrocedí un poco. Margot a la luz del día, dulce y dicharachera, ya era bastante tentadora, pero en la oscuridad, airada y con ganas de pelea, era un auténtico peligro.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó.

—Es difícil de explicar.

—¿Era una venganza por espiarte?

—No.

Se mordió el labio.

—¿Y eso de que mi pelo brillante y mis ojos azules te tocan las narices? ¿Por qué me dijiste que yo era el problema?

—No lo eres, no quería decir eso. —«El problema es cómo me siento cuando estás cerca».

No parecía muy convencida.

—¿Y lo que pasó ayer en el establo? ¿Vamos a hablar de ello?

Me encogí de hombros.

—Fue un error.

Puso los ojos en blanco.

—No me digas.

—Entonces, ¿para qué preguntas?

Frunció el ceño.

—No lo sé. Porque me confundes. Nunca sé a qué atenerme contigo. Primero me besas y después, me gritas. Esta mañana te portas como un capullo y ahora te disculpas. —Se palmeó la frente—. No te entiendo.

—No hace falta. ¿No te vas pronto? —«Por favor, di que sí. No puedo seguir así, voy a explotar».

—En unos diez días.

De puta madre. No sabía si aguantaría.

De repente, se llevó las manos a la cara.

—Por Dios, ¿qué hago aquí? He perdido la cabeza. Eres un cliente. —
Salió del porche y empezó a alejarse por el camino.

—¡Espera! —Era un alivio que se marchara, pero no iba a dejar que fuera sola—. Te acompañaré al coche.

—No he venido en coche —gritó y se metió entre los árboles.

Sentí una presión en el pecho y aceleré para alcanzarla.

—¡Para! ¡Deja que te lleve! No deberías andar sola de noche.

—Estoy bien.

—Oye. —La alcancé, la agarré por los hombros y le di la vuelta—. No voy a dejar que andes cerca de esa autopista en la oscuridad, ¿entendido?

La luz de la luna que se colaba entre las copas de los árboles era suficiente para ver cómo le brillaban los ojos con lágrimas de rabia.

—Suéltame.

—No.

Intenté arrastrarla de vuelta a la cabaña, pero se resistió.

—¡No! —bramé y la agarré por los brazos para acercarla—. No puedo.
Sin pensarlo, la besé.

Se removió un instante y pensé que seguía intentando escapar, pero cuando la solté, me rodeó con los brazos.

Le metí las manos por debajo del vestido y la agarré por los muslos para levantarla del suelo. Me rodeó la cintura con las piernas y enredó los dedos en mi pelo, clavándome las uñas en la cabeza. Sentí un escalofrío en los brazos. Me gustaba que volvieran a tocarme así, a desearme. Había olvidado lo que se sentía y en mi interior se encendió un fuego que llevaba años dormido. Me acarició la lengua con la suya, me besó la mandíbula, la frente y el cuello y me tembló todo el cuerpo de deseo. Me moría de ganas de estar dentro de ella y rodearme de su calor. Dejé de pensar y me dediqué solo a sentir.

Me aparté del camino y la empotré contra el tronco de un árbol. Presioné el bulto de mis vaqueros entre sus piernas y balanceé las caderas para rozarnos. Usó las piernas para acercarme más. A medida que pasaban los minutos, nuestras respiraciones se volvían más pesadas y el deseo crecía.

—Sí —susurró—. Por favor, lo quiero.

En apenas unos segundos, nos deshicimos de la ropa. La agarré por las

nalgas y ella apoyó los brazos en mis hombros cuando empecé a deslizarme en su interior.

—Dios —gimió cuando la moví para encajarla sobre mi polla—. Quiero, pero no sé si puedo.

—Vas a poder —le dije.

Cerró los ojos cuando la penetré hasta lo más hondo. Estaba húmeda y estrecha. Ladeó la cabeza.

—Es tan grande que duele.

—¿Quieres que pare? —«No digas que sí, no digas que sí».

Abrió los ojos y me miró.

—A la mierda. Quiero hacerlo. No sé por qué te deseo tanto, pero no lo puedo evitar.

Me bastaba con eso. Porque lo necesitaba. Necesitaba sentir esa cercanía con alguien, oírla gemir y suspirar y sentir el calor y la suavidad de su cuerpo. Necesitaba descargar la tensión que llevaba dentro tan desesperadamente que se me nublaba la vista.

Volví a empujarla contra el árbol y la embestí con fuerza una y otra vez. Gritaba cada vez que llegaba hasta el fondo, tan alto que le tapé la boca con la mano para que nadie la escuchara y pensara que un animal estaba atacando a alguien.

Estaba fuera de mí, perdí el control por completo y me dejé llevar por el deseo.

Jadeó contra mi mano para coger aire, con los ojos muy abiertos y la mirada salvaje. Me acarició los dedos con la lengua y cuando le metí el pulgar en la boca, lo chupó, lo lamió y lo mordió. Cada músculo de mi cuerpo estaba en tensión y hormigueaba, no iba a aguantar mucho más. Volví a colocar las dos manos en su culo y me concentré en ser menos egoísta. La sujeté con fuerza contra mi cuerpo y flexioné mis caderas para ofrecerle el mejor ángulo, frotando la base de mi polla contra su clítoris. También lo echaba de menos: hacer que una mujer se corriera y sentir esa oleada de poder y placer.

—Sí, así, Dios —gritó con los ojos cerrados—. No pares, por favor.

Apoyó la cabeza en mi hombro y me hundió los dientes en la piel. Con una mano me agarraba el pelo y con la otra aferraba mi bíceps. Se le tensaron las piernas, todo su cuerpo se puso rígido y la llevé al límite, usando las manos

para moverla en círculos sobre mi polla. Su sexo se estremeció, apretándose una y otra vez, y perdí el control.

Gruñí con los dientes apretados y dejé que el orgasmo me arrollase con una fuerza brutal. La follé como un animal, con pasión, como si la odiase y la amase a la vez, como un hombre guiado solo por el instinto y no la razón o las emociones.

Cuando me corrí, lo hice dentro de ella y con violencia, mientras seguía con el rostro escondido en mi cuello. Entonces, todo se quedó en silencio.

Me tambaleé hacia atrás, agotado y algo aturdido, y me dejé caer sobre las rodillas, con Margot aún agarrada a mí. Gritó y se me aferró al cuello como una niña pequeña, haciéndome caer de espaldas al suelo.

Y me reí.

Capítulo dieciséis

Margot

Acabé a horcajadas sobre él, con las rodillas en el suelo y los brazos alrededor de su cuello.

Se estaba riendo.

Se reía.

Sonreí. «¿Esto hacía falta? ¿Un orgasmo?».

Hablando de orgasmos, todavía temblaba del que me acababa de provocar. Nunca había sentido nada parecido, tan profundo e intenso que no pude ni moverme mientras ocurría. ¡Y había pasado tan deprisa! Por lo general, tenía que concentrarme un montón para correrme durante el sexo y tenían que cumplirse ciertas condiciones previas para que me relajara lo suficiente. Necesitaba oscuridad total, sábanas suaves y privacidad absoluta. Tampoco me gustaba estar encima porque veía la cara de orgasmo del hombre, que no solía ser nada digna. Además, me sentía muy expuesta.

Con Jack, me había golpeado como un rayo.

Empecé a procesar lo que acababa de pasar. Un granjero acababa de follarme contra un árbol. Sin condón.

Madre mía.

No sabía dónde estaban las sandalias. Me había follado de tal manera que me había olvidado de las Jack Rogers. Y la corteza del árbol seguramente habría destrozado la espalda del vestido de Lilly Pulitzer.

«Qué más da, ha sido increíble. Duro, frenético, sucio».

No era mi estilo, pero me había encantado.

Me incorporé apoyando las manos en su pecho y lo miré desde arriba. Estaba muy distinto. Había poca luz, pero noté cómo se le había relajado el gesto, ya no fruncía el ceño ni tensaba la mandíbula. Su boca, que parecía incluso más sensual, esbozaba una media sonrisa.

—¿Esa era la pelea que querías? —preguntó.

Sonreí avergonzada.

—No exactamente.

—Estabas muy enfadada.

—Sigo enfadada.

Volvió a reír y sentí un cosquilleo en los dedos de los pies. Me encantaba ese sonido, profundo, cálido y gratificante.

—Pero también avergonzada —reconocí.

—¿De qué te avergüenzas? Yo lo empecé. —Algo de la tensión volvió a su rostro—. ¿Estás bien?

—Sí.

—No hemos usado nada.

Apreté los labios.

—No, pero no pasa nada.

Tomaba la píldora, aunque era la primera vez que lo hacía sin condón.

«No pienses en eso».

O con un cliente.

«En eso tampoco».

—Vale. —Respiró hondo y su pecho se elevó bajo mis palmas. Sus manos seguían en mis caderas—. Joder, Margot, lo siento. No sé qué me ha pasado.

—No lo sientas. —Empecé a levantarme, consciente de que el ambiente iba a enrarecerse—. De verdad. Ha pasado y punto.

Me ayudó a levantarme y a encontrar los zapatos y, mientras yo me subía las braguitas (las llevaba colgando de un tobillo), él se puso los vaqueros. Se pasó una mano por el pelo oscuro.

—He perdido el control. Hacía mucho tiempo.

—¿Cuánto? —pregunté antes de pensármelo—. Perdona, no tienes que contármelo.

—Desde Steph.

Abrí la boca.

—¿Tanto? ¿Tres años? Vaya. Pensaba que iba a ganarte, pero en mi caso solo hace algo más de un año.

Aunque nunca había hecho nada parecido a esto. Ni siquiera había echado de menos el sexo, la verdad.

—También es mucho tiempo.

Me encogí de hombros.

—Así se explica. Nos hacía falta desfogarnos.

Asintió y metió las manos en los bolsillos.

—Supongo.

Nos quedamos un rato en silencio, solo se oía el canto de los grillos. El corazón me latía más deprisa de lo que me gustaría mientras lo miraba en la penumbra, consciente de que había sido la primera desde su mujer. Me estaba afectando, ojalá lo hubiera sabido. Habría intentado que fuera más bonito o algo, habría gritado menos. No lo habría mordido.

La primera desde su mujer.

Eso significaba algo especial para mí.

Aunque no sabía qué hacer.

—Bueno —dije, acelerada, como si fuese a dar por terminada una reunión—. Lo mejor será fingir que no ha pasado.

Asintió.

—Estoy de acuerdo.

—Fue un momento de locura alimentado por la frustración acumulada —sugerí. Tenía que archivar lo que había pasado en algún rincón del cerebro para sacármelo del corazón.

—Exacto.

Sonreí, aunque no me sentía feliz.

—Ahora que la locura ya ha pasado, será mejor que me vaya.

—Por favor, deja que te lleve. —Hablaba tranquilo y con tono serio—. Si no lo hago no pegaré ojo, aunque tampoco es que duerma mucho.

—¿Te cuesta dormir?

—Sí.

No era mucha información, pero era algo personal y agradecí la confesión. Sin embargo, eché un vistazo a la casa de Pete y Georgia y dudé.

—¿Qué pasa si alguien nos ve? Se preguntarán qué pasa.

—Es tarde. Pete se va a la cama temprano y Georgia trabaja esta noche.

Asentí.

—Vale, está bien.

—Tengo que ir a por las llaves, ¿me acompañas?

—Claro.

Caminamos hasta la cabaña en silencio. Jack seguía con las manos en los bolsillos y yo me crucé de brazos. Pensé en pedirle que me dejara ir al baño para asearme un poco, pero no me pareció bien, así que esperé en el porche y luego volvimos sobre nuestros pasos entre los árboles, en dirección a la casa de Pete y Georgia.

Una vez en la entrada, Jack me abrió la puerta de la camioneta y subí. Se sentó en el asiento del conductor mientras yo intentaba estirar el bajo del vestido todo lo posible. Pensé en preguntarle si tenía un pañuelo, pero no parecía el tipo de hombre que lleva uno encima.

—¿Qué haces? —Me miró extrañado.

—No quiero manchar el asiento —dije y me sonrojé. No me gustaba dar tantos detalles.

Se rio y arrancó el motor.

—No te preocupes, de verdad. ¿A dónde te llevo?

Le di indicaciones y pasamos en silencio los dos minutos que duró el trayecto. Menos mal, porque cuanto más me hablaba con ese tono dulce y serio, sonreía, se reía o me demostraba que debajo de tanta rudeza se escondía un caballero, más me gustaba.

No quería que me gustara.

Cuando aparcó junto a la villa, abrí la puerta.

—Gracias por traerme.

—Margot, espera. —Puso la mano en mi pierna—. No te vayas aún.

«Mejor que no me toques, Jack».

—¿Qué pasa?

—Que no me gusten tus ideas para la granja no es nada personal. Es evidente que eres buena en lo que haces.

—Gracias.

Apartó la mano y se frotó la barbilla.

—Es que no quiero que nada cambie.

—¿Aunque los cambios sean a mejor? ¿Aunque consigan que ganéis más dinero y hagan felices a los demás?

No respondió, pero el ceño fruncido y el gesto de cabezonería regresaron.

Suspiré, empujé la puerta para abrirla y bajé de la camioneta.

—Buenas noches, Jack, gracias por traerme.

Cerré la puerta y caminé hasta la casa. Esperó a que entrase antes de marcharse.

Otro gesto de cortesía.

Maldito sea.

Más tarde, tumbada en la cama, escuchaba las olas a través de las ventanas e intentaba procesar lo que había pasado. La disculpa de Jack. Cómo había reconocido que no se había portado bien y que había sido injusto conmigo. La inesperada insistencia en llevarme a casa. La sorpresa del primer beso, el momento en el que me había agarrado por los brazos, su frustración convertida en pasión de repente.

«Vas a poder».

Sentí un hormigueo en el estómago al recordar cómo se había deslizado dentro de mí, tan adentro que me había dolido. Nunca había experimentado nada igual, la forma en que esa punzada se había convertido en algo agradable. ¿Cómo era posible que el dolor y el placer se combinaran así? ¿Cómo era posible que dos sensaciones opuestas se hubieran fusionado dentro de mi cuerpo hasta el punto de no saber distinguir dónde terminaba el dolor y dónde empezaba el placer? ¿Cuál era cuál?

Había gritado, jadeado, gemido y lo había arañado como un animal. Algo en mí que no sabía ni que existía se había despertado, un deseo irrefrenable que no me dejaba pensar en otra cosa. Me había hecho olvidar que estábamos al aire libre, que no había ninguna relación entre nosotros y que no había privacidad. No me había preocupado de lo alto que gritaba ni avergonzado de mi deseo, ni pensado que las señoritas bien educadas no deberían mostrar tan abiertamente que disfrutaban del sexo. Seguro que era la primera Thurber en

follarme a un granjero en un bosque.

Había disfrutado de cada minuto. Incluso de su cara de orgasmo.

¿El sexo con Jack sería siempre así? ¿La desesperación y la locura se debían a que hubiera pasado tanto tiempo para los dos o siempre sería tan rudo y agresivo?

«Nunca lo sabrás, ¿queda claro?».

De pronto, la antigua Margot apareció sin ser bienvenida.

«Acordasteis que era cosa de una sola vez. Olvídalo».

Fruncí el ceño, esperando que la nueva Margot replicase y defendiese mi derecho a tener otro orgasmo devastador, pero la muy zorra no dijo nada.

«¿Lo ves? Está de acuerdo conmigo. No existe ningún universo en que lo vuestro sea posible. No es el capullo que pensabas, de acuerdo, pero las razones para olvidarlo siguen ahí, por no mencionar que te ha dejado claro más de una vez que se muere de ganas de que te largues. Acaba el trabajo que has venido a hacer y vuelve a donde tienes que estar».

Suspiré, me tumbé boca abajo y cerré los ojos. La antigua Margot tenía razón. En diez días, volvería al mundo real y todo esto no sería más que una historia alocada de la que acordarme y reírme.

O llorar. Una de dos.

Capítulo diecisiete

Jack

Me tumbé en la cama a esperar que la culpa me asaltase y los fantasmas me atormentasen. Esperé a que llegasen el arrepentimiento, las lágrimas y el sabor amargo en la boca. Todo lo que me era familiar en las noches en vela.

Pero no pasó. Hasta Bridget Jones se acurrucó a mi lado, ronroneando. ¿No se daba cuenta de que era una persona horrible?

«¡Venga ya!», pensé, cabreado. Alguien tenía que gritarme por lo que había hecho y hacer que me sintiera mal. Exigirme una explicación. «Dios, házmelo pagar, no merezco salir impune».

Pero Dios no respondió.

En su lugar, escuché la voz de Margot en la cabeza. «No sé por qué te deseo tanto, pero no lo puedo evitar».

Que existiera una química tan innegable entre una guapa y sofisticada niña pija de ciudad y un tío bruto de pueblo como yo me resultaba un misterio. ¿De dónde salía? ¿Por qué me afectaba tanto? Me volvía loco no poder parar de pensar en ella. Recé para que lo que había pasado fuera suficiente para sacarla de mi cabeza.

Seguramente, ella ya me hubiera sacado de la suya. No había tardado ni un segundo en decidir que sería mejor fingir que nada había ocurrido. No es que no estuviera de acuerdo, no quería que nadie de la familia se enterase y no me interesaba empezar ninguna relación. No podía.

Mi corazón siempre le pertenecería a otra mujer. Le había hecho una

promesa a Steph y pensaba cumplirla. No solo eso, quería ser un hombre del que se sintiera orgullosa. Quería honrar su memoria.

Pensar en cómo conseguirlo me mantuvo despierto toda la noche.

Por la mañana, después de comprobar que los animales estaban bien, fui a tomar un café a casa de Pete y Georgia. Podría haberlo tomado en la cabaña, pero les debía una disculpa y quería quitarme ese peso de encima.

Llamé a la puerta antes de entrar.

—Buenos días.

Georgia me miró por encima del hombro desde la mesa de la cocina, donde le daba el desayuno a Cooper.

—Buenos días. —Ni su tono de voz ni su expresión eran muy acogedores.

Me lo esperaba.

—¿Está Pete?

—Está fuera.

—¿Puedo tomar un café?

—Adelante.

Me serví una taza, le acaricié el pelo a Cooper y salí a la entrada, donde Pete le cambiaba el aceite al todoterreno.

—Hola —saludé.

Apenas me miró.

—Hola.

—¿Has acabado?

—La verdad es que no.

—¿Te tomas un descanso?

—¿Para qué?

—Tengo que decirles algo y me gustaría decíroslo a los dos a la vez.

Se rio, aunque fue una risa apagada.

—Creo que ayer ya dijiste bastante.

Respiré hondo y me contuve para no replicar.

—Ayer me equivoqué y me gustaría disculparme.

—Deberías disculparte con Margot.

—Ya lo he hecho.

Me miró sorprendido, con una mano sobre los ojos para protegerse del sol.

—¿En serio?

—Sí.

Volvió a concentrarse en el filtro de aceite y se quedó callado unos segundos.

—Entro en cinco minutos.

—Gracias.

Volví a la cocina, me senté delante de Cooper y me dediqué a poner muecas para hacerlo reír. Su risa era lo que más me gustaba del mundo.

—Jack, intento que coma —se quejó Georgia, aunque sonreía—. Me lo pones difícil.

—Yo me encargo. Tómate un café. —Rodeé la mesa y le di un empujoncito para que me dejara sentarme en su lugar—. Cooper se lo va a comer todo, ¿a que sí, coleguita?

—¡Conejita! —dijo feliz.

—He dicho «coleguita». Venga, abre la puerta del establo, que llega el caballito.

Hice los mejores trucos de caballos, motos y aviones para que abriera la boca y cuando Pete entró, ya había conseguido que se comiera el resto de las tortitas de arándanos.

—No está mal —dijo Georgia mientras recogía el platito de plástico y le limpiaba la boca y las manos con una servilleta—. Gracias.

—No hay de qué. Si quieres, luego lo llevo al parque.

—Sería genial.

Lo bajó al suelo y me reí cuando salió disparado y calló de morros en el pasillo. Luego se levantó como si nada. Los niños estaban hechos de otra pasta.

—¿Podéis dedicarme un momento?

Georgia asintió y se sentó delante de mí. Pete trajo una silla y se colocó a su lado.

—¿Y bien? —preguntó y se llevó el café a los labios.

—Quiero disculparme por lo de ayer. Me porté fatal desde el principio y le falté al respeto a una invitada en vuestra casa. Lo siento.

—¿Ya le has pedido disculpas? —Pete parecía no acabar de creérselo.

Asentí.

—Sí. Anoche.

Se miraron.

—¿Anoche? ¿Dónde?

«Cuidado».

—En la cabaña. Vino a hablar de la reunión y me disculpé por haber sido un capullo. Intenté explicarme. —«Luego la follé hasta que perdió los zapatos».

—¿Qué le explicaste? —preguntó Pete.

—Que sé que es buena en lo suyo, pero que me cuesta hacer cambios en la granja que no formaban parte de la idea original.

—Pero sus ideas solo son un añadido a la tuya —dijo—. Nadie quiere quitarte la granja ni que dejes de hacer lo que te gusta y se te da bien. Este sitio es tu sueño. Lo sabemos.

Fruncí los labios y me obligué a decir lo siguiente.

—Vosotros también os merecéis cumplir vuestro sueño, así que no me interpondré.

Se quedaron callados un instante.

—¿Hablas en serio? —preguntó Pete.

—Sí. —Suspiré—. Anoche estuve pensando. Si la situación fuera diferente y Steph estuviera aquí en mi lugar, os animaría a intentarlo.

Georgia sonrió con los ojos llorosos.

—Es cierto, seguro que lo haría.

—La mejor forma de honrar su memoria es hacer lo que ella haría.

Pete se aclaró la garganta.

—Gracias, Jack.

—No prometo que vaya a decir que sí a todo —me apresuré a añadir—, y no quiero que nada interfiera con lo que hago, pero estoy dispuesto a hablar de la idea del restaurante y considerar comprar la casa de los Oliver. Si es imposible, pensaré en buscar un sitio donde montar una tienda o un granero para bodas, o lo que sea. Pero el trabajo duro será cosa vuestra. Tendréis que

convencerme de que no es una idea horrible.

Georgia chilló y se levantó de un salto para rodear la mesa y abrazarme. Me besó el cuello y me apretó tanto que casi me ahoga, pero me sentí bien. En el fondo, sospechaba que no nos podríamos permitir comprar la casa de los Oliver y seguía sin hacerme gracia lo de que un montón de extraños se paseasen por mi granja, pero lo que Margot había dicho anoche me había calado hondo. «¿Aunque los cambios sean a mejor? ¿Aunque consigan que ganéis más dinero y hagan felices a los demás?».

Lo cierto es que me daba igual si la granja cambiaba o no. Nunca sería feliz, no después de lo que había pasado. Pero si ellos podían, no se lo iba a impedir. No tenían que sufrir por mis pecados.

—Llamaré a Brad —dijo Pete—. A ver si puede mandarnos algo de información de la casa de los Oliver.

—Vuelvo al trabajo. Gracias por el café.

Me levanté y dejé la taza en el fregadero antes de salir por la puerta trasera. Unos segundos después, Pete me llamó.

—Espera un momento. —Corrió para alcanzarme—. Gracias. Georgia está loca de alegría.

Me encogí de hombros y metí las manos en los bolsillos.

—Espero que salga bien.

—¿A qué se debe el cambio de parecer? —preguntó mientras se recolocaba la gorra—. Siento curiosidad.

—No sé.

—¿Has echado un polvo o algo?

Puse los ojos en blanco, pero sentí un pinchazo en la entrepierna.

—Por Dios, Pete.

—Bueno, bueno, solo preguntaba. —Levantó las manos—. Estás distinto, es todo. Más relajado de lo que te he visto en mucho tiempo.

—Pues deja de tocarme las narices antes de que me tense otra vez —dije y seguí caminando.

La verdad es que me sentía relajado. Una sensación de alivio, incluso de paz, había apaciguado la tensión de mi mente y de mi cuerpo. Me sentía más ligero al caminar. No me pesaban los hombros. No tenía la necesidad de apretar los puños.

Sin embargo, no sabía si se debía al sexo, a las conclusiones a las que había llegado por la noche o al haberme disculpado. Todavía no me había sentido culpable por acostarme con Margot, lo que me sorprendía. Me había sentido peor después de besarla. No sé por qué, pero había sido algo más personal. Follar en el bosque se parecía más a un desahogo.

Al menos, eso me decía a mí mismo.

Me sentiría aliviado de verdad en nueve días, cuando Margot se marchase por fin.

Capítulo dieciocho

Margot

A la mañana siguiente estaba de los nervios, inquieta por haber tomado demasiado café y agotada de no dormir. También había pasado demasiado tiempo pensando en Jack y eso me angustiaba. No me sentía bien.

Pasé la mañana poniéndome al día con las cuentas de otros clientes, pero me costaba concentrarme. Me distraía sin parar por el calor entre las piernas, las punzadas en el estómago y el recuerdo de estar encaramada a su cintura.

«¡Ya basta! ¡Como si no hubiera pasado!».

Después de comer, salí a pasear por la playa para ver si un poco de ejercicio y vitamina D me ayudaban a despejarme.

No sirvió de nada.

Intenté dormir la siesta, pero fue un desastre. Me quedé tumbada recordando cada detalle del cuerpo desnudo de Jack (menos mal que lo había visto bien desde el árbol) y reviviendo cada segundo de «El polvo que nunca pasó».

Irritada, me levanté y cogí el móvil. Me apetecía hablarlo con alguien, pero dudé antes de llamar a Jaime porque le había dicho que no iba a tirarme a un cliente y se supone que quería fingir que no lo había hecho. Contárselo no me ayudaría.

«Puedo llamar a Claire», pensé. Aunque tendría que contárselo todo desde el principio, porque no sabía nada de Jack.

Me vibró el móvil en la mano. «Llamada entrante de: Mamá».

Hice una mueca. Mi madre era la última persona con la que me apetecía hablar, pero respondí como una buena hija.

—¿Diga?

—Hola, Margot, soy tu madre.

No importaba las veces que le dijera que no tenía que anunciarse, siempre lo hacía.

—Hola, mamá. ¿Qué tal?

—Bien. He estado jugando al tenis y ahora voy a comer con la tía Dodie.

—Suenan bien. —En su mundo las cosas nunca cambiaban.

—Así que no tengo mucho tiempo para hablar —dijo, como si no me hubiera llamado ella—, pero quería decirte que puedes volver a casa cuando quieras. Pillaron a Tripp in fraganti con una camarera del club de campo. En el vestuario masculino, nada menos. Me cuesta comprender que alguna mujer quiera meterse ahí.

Me quedé con la boca abierta.

—¿Hablas en serio?

—Sí, es de lo único que habla todo el mundo. Mimi Jewett está fuera de sí. En mi opinión, se lo merece por cómo habló de ti y del incidente.

—Ya.

—Bueno, no sé qué planes tienes, pero vuelve para la gala de la Sociedad Histórica a finales de mes. Somos los anfitriones y es importante para la campaña de papá.

—¿Cuál es el tema?

—Gatsby.

—¿Otra vez?

—A la gente le gustan las tradiciones, cariño.

Suspiré. Era imposible discutir con Muffy en lo respectivo a tradiciones. Gobernaban su vida. La mía también, casi siempre.

—Allí estaré. Adiós, mamá.

Dejé el teléfono y miré el lago por la ventana. Así que gracias a Tripp (¡menudo idiota!) podía volver a aparecer por casa. Aunque ya hubiera pagado la villa para otros nueve días, sabía que quedarme más de lo necesario era una mala idea.

Porque cuanto más pensaba en Jack Valentini, más quería verlo y

conocerlo mejor. Volver a besarlo y tocarlo. Sentirlo dentro de mí y que me susurrara en la oscuridad. Descubrir por qué teníamos tanta química. ¿Sería verdad eso de que las personalidades opuestas se atraen? ¿O era algo más?

Suspiré y me rendí, no iba a averiguarlo. Admití la verdad: «Es imposible que esto funcione. Debería irme».

Ordené la casa, hice las maletas y llamé a Georgia para explicarle que, debido a una emergencia familiar, me iba antes de lo planeado, pero que estaría disponible por teléfono o por Skype, o por cualquier otro medio que quisiera usar para seguir en contacto. Me dio las gracias por haber venido y prometió llamarme en cuanto tuvieran oportunidad de decidirse.

También llamé a Ann, la dueña de la villa, y le expliqué que me marchaba antes de lo previsto, pero que entendía que no me devolviera el dinero.

—Siento oír eso. Te enviaré el cheque de la fianza por correo.

—Gracias. Voy a salir ya, así que dejaré la llave en la encimera.

—No pensarás irte esta noche, ¿no? —dijo—. Mejor espera a mañana, se avecina una gran tormenta.

Fruncí el ceño y miré por la ventana, no parecía que fuera a llover. A lo mejor Ann era como mi madre y se alarmaba por la más mínima brisa. Pero mi coche era viejo y los limpiaparabrisas no funcionaban muy bien. Podía esperar una noche más.

—Supongo que esperaré a mañana.

—Será lo mejor, querida. Mándame un mensaje cuando te vayas, por favor.

—Por supuesto. Gracias.

Me esperaba una noche sola y sin comida en la nevera, así que salí a dar un paseo por el pueblo, comer algo y tomar una copa de vino. Antes de salir, pensé en coger un paraguas, pero no encontré ninguno en la casa. Bueno. El cielo seguía relativamente despejado, la superficie del lago estaba tranquila y solo había una ligera brisa. Además, no iba a estar mucho tiempo fuera.

Caminé hasta el pueblo, orgullosa de acordarme del camino, y elegí a propósito un restaurante diferente al de hacía dos noches, donde me había encontrado a Jack. Estaba junto al agua y lleno hasta los topes y a la encargada

no parecía hacerle gracia montar una mesa de una sola persona.

—Me sentaré en la barra —dije—. No me importa.

Me miró agradecida.

—Perfecto. Es por ahí, en la otra sala.

En cuanto entré, lo vi. Quise darme la vuelta y marcharme, pero él también me vio. Estaba sentado en la barra con una cerveza y se volvió en cuanto entré, como si supiera que estaba allí. Nuestras miradas se cruzaron y dejó la cerveza despacio. Se me aceleró el pulso.

«Mierda. ¿Ahora qué?».

Capítulo diecinueve

Jack

«Como si nunca hubiera pasado».

Es lo que se supone que debía pensar, pero verla me pilló con la guardia baja y me quedé embobado con la cerveza en la mano.

Había elegido este sitio a propósito porque la última vez me la había encontrado en The Anchor y quería evitarla. Pero había estado todo el rato pensando en ella, hasta que la había visto reflejada en el espejo de detrás de la barra, como si la hubiera invocado. Eché un vistazo por encima del hombro para asegurarme de que era real. Lo era.

Real y preciosa, y venía directa hacia mí con una sonrisa sorprendida.

—Vaya, hola. Parece que hemos pensado lo mismo.

«Finge que nunca has tenido esas piernas abrazadas a la cintura».

—Hola. ¿Qué tal?

—Bien. Iba a pedir una mesa —explicó y señaló hacia el comedor—, pero no tenían muchas ganas de sentar a una persona sola.

«Finge que esas manos nunca te han agarrado del pelo».

—Ya. Está bastante lleno.

—¿Hay sitio para una más en la barra?

«Finge que no te corriste dentro de ella con tanta fuerza que te temblaron las rodillas». Me recuperé lo justo para mirar alrededor y darme cuenta de que la silla que tenía al lado estaba vacía. Mierda.

Al verme dudar se puso nerviosa.

—Me marcho mañana, ya he vaciado la nevera de la casa, así que...

—¿Mañana? Pensaba que ibas a quedarte más.

Si se marchaba mañana, todo iría bien. Tal vez.

—Iba a hacerlo, pero mi madre ha llamado esta tarde y parece que tenemos asuntos familiares que tratar. —Agitó la mano en el aire—. Da igual, no quiero aburrirte. En fin, que me voy mañana, así que es mi última noche.

—Ah. —Me tranquilicé un poco y asentí en dirección a la silla vacía. Solo tenía que guardar la compostura. Una conversación informal. Sin tocarla—. No hay nadie aquí. Si no sigues enfadada conmigo, puedes sentarte.

Se rio, se dejó caer en el asiento y colocó el bolso a los pies.

—No estoy enfadada. Te disculpaste. Podemos ser amigos.

—Amigos, ¿eh? —La miré de reojo—. No sé cómo ser amigo de una chica de ciudad.

Sonrió.

—Si yo puedo llevarme bien con un granjero sabelotodo y gallito, tú puedes lidiar con una dulce chiquilla de ciudad como yo.

—Dulce, ja.

Di un trago a la cerveza y ella me miró la boca todo el proceso. Joder.

—¿Qué quiere tomar? —le preguntó el camarero.

—Eh... —Se sonrojó un poco al darse cuenta de lo que hacía—. ¿Me trae la carta de vinos? Y la de comida, por favor.

Mientras elegía lo que iba a beber y comer, la estudié con disimulo. Llevaba las sandalias de anoche, unos pantalones cortos rosas que hacían que sus piernas parecieran todavía más largas y una blusa blanca. Llevaba el pelo suelto y ondulado y tuve que controlarme para no inclinarme a olerlo.

—¿Ya has cenado? —me preguntó.

—Sí. En casa. Solo he venido a despejarme un rato. De vez en cuando tengo que obligarme a hacerlo.

Asintió.

—Lo entiendo.

—¿Vives sola? —pregunté, más atrevido ahora que iba a marcharse. No pasaría nada por conocerla un poco.

—Sí. —Agitó el vino de la copa—. Pero mi familia vive cerca, aunque no

tanto como la tuya —dijo con una sonrisa.

—Sí que vivimos cerca, a veces demasiado. —Le devolví la sonrisa y levanté la cerveza—. Pero me gusta poder ver tanto a mi sobrino, es adorable. Hoy lo he llevado al parque.

Se llevó una mano al pecho.

—Ay. ¿De verdad?

—Sí, le encanta. Luego nunca quiere irse.

—Qué monada. Se te da muy bien, me han dicho que haces magia.

Nos miramos a los ojos.

—Magia, ¿eh?

Se sonrojó más.

Le miré los labios y mis pensamientos entraron en terreno peligroso. «Sería tan fácil besarla ahora mismo». Se me tensó todo el cuerpo y agarré la cerveza.

No podía. Estábamos en público, era un pueblo pequeño y las noticias volaban. Seguro que ya había rumores por habernos sentado juntos. Me bebí lo que me quedaba de cerveza y dejé pasar el momento. Ella se aclaró la garganta antes de dar un sorbo a su copa.

«Di algo, imbécil».

—Te alegrará saber que he pedido perdón a Pete y Georgia. Les he dicho que estoy dispuesto a considerar sus ideas. Tus ideas.

Jadeó y dejó la copa en la barra.

—¿De verdad? Es genial, seguro que se han alegrado.

—Mucho.

Ladeó la cabeza.

—¿A qué se debe el cambio de parecer?

Sopesé la respuesta un momento.

—Anoche me puse a pensar. Algunas de las cosas que me dijiste se me quedaron grabadas.

—¿En serio? —Se enderezó en el asiento y se le iluminó la cara—. ¿Qué dije?

—Que los cambios harían felices a los demás. No quiero ser el responsable de que no cumplan sus sueños. —Observé la etiqueta de la botella vacía para no mirarla—. También pensé en lo que habría hecho Steph si

hubiera estado en mi lugar.

—Vaya.

Seguí concentrado en la botella, inclinándola a un lado y a otro.

—Sé que los apoyaría. No era nada egoísta.

Margot dio otro sorbo a su copa y dijo:

—Háblame de ella.

Parpadeé. ¿En serio? ¿Quería saber más sobre mi esposa muerta? Me parecía raro después de lo que había pasado la noche anterior. Además, nunca nadie me preguntaba por Steph.

—¿Qué quieres saber?

Se encogió de hombros y sonrió.

—Cualquier cosa. Sé que era bajita y muy mona y que adoraba sus botas, pero ¿cómo era por dentro?

Respiré hondo y busqué palabras que le hicieran justicia.

—Peleona. Enérgica. Muy inteligente. La aceptaron en tres facultades de Medicina, con becas en todas.

—¡Vaya! No sabía que era médico.

—No lo era. No llegó a estudiar Medicina, cambió de idea. —Algo por lo que sus padres siempre me habían echado la culpa, aunque no lo dijeran abiertamente.

—Cuéntame más. —Dio otro sorbo.

—Era una cabezota. Si se le metía algo entre ceja y ceja, era imposible hacer que cambiara de opinión. Ninguno consiguió convencerla de que fuera a la facultad.

—Habría otra cosa que desearía más —apuntó Margot.

—Supongo. —Me encogí de hombros y me sentí culpable otra vez—. A mí. La granja.

—¿Te sientes mal por ello?

Me froté la nuca.

—A veces. Pero me convenció de que era lo que quería. Y cuando quería algo, nunca se rendía, le daba igual lo que pensarán los demás. No se detenía ante nada.

—Me cae bien.

—A todo el mundo le caía bien.

Me sonrió con tristeza.

—¿Salisteis en el instituto?

—No. Era dos años más joven que yo y no la soportaba. Nos conocíamos desde niños, eso sí. Y sabía que estaba colgada por mí, pero yo nunca la miré de esa manera hasta que terminé el instituto.

—¿Fuiste a la universidad?

Asentí cuando el camarero me ofreció otra cerveza.

—Un año, pero no era para mí. No me gustaba estar encerrado en una clase. Me aburría y me agobiaba. Después del 11S me alisté en el ejército.

—¿De verdad? —preguntó, como si nunca hubiese escuchado nada parecido—. ¿Cuánto tiempo estuviste?

—Ocho años.

—Vaya. ¿Y te esperó? —Abrió los ojos como platos.

Asentí y sonreí al recordar cómo había insistido en que me esperaría, aunque le hubiera pedido que no lo hiciera.

—Así es. Juró que lo haría y lo hizo. Fue a la universidad mientras estuve fuera, pero mantuvimos el contacto y nos veíamos siempre que podíamos.

—¿Os casasteis cuando volviste?

Asentí y di un trago a la nueva cerveza.

—Después de que mi padre muriera. Hace unos cinco años.

Apoyó el codo en la barra y la barbilla en la mano.

—Cuéntame cómo se lo pediste.

Sonreí al recordarlo.

—La verdad es que fue ella quien me lo pidió.

Levantó la cabeza de pronto y separó los labios sorprendida.

—¡Ni hablar! ¿En serio?

—En serio. Sabía que estábamos hechos el uno para el otro y que a mí no me iban las formalidades. Se lo habría pedido en el gallinero o algo así.

Margot puso los ojos en blanco.

—Qué obsesión con el gallinero. Menos mal que ella era un poco más romántica.

—¿El gallinero no te parece romántico? —Me abofeteé en la mejilla—. Me dejas de piedra.

—Para nada. —Me dio un codazo—. Bueno, sigue.

—¿Con qué?

—¡La proposición! —Me golpeó el hombro y puso los ojos en blanco—. ¡Qué va a ser!

—Ah, ya. —Pero me distraje porque seguía con la mano en mi hombro—. Me lo pidió en la cabaña. Me trajo el desayuno a la cama el día de mi cumpleaños con una nota en la bandeja en la que ponía: «Cásate conmigo».

Se llevó la mano al corazón y me miró con ojos melancólicos.

—Qué bonito.

Sentí calor al recordar todo lo que había pasado después. Le dije que sí, por supuesto, y prometí quererla y cuidarla para siempre, igual que ella había cuidado de mí. Pasamos todo el día haciendo el amor, en la cama, en el suelo, en la ducha, en la cocina. Con ella me sentía seguro y confiado. Echaba de menos tener a alguien a quien cuidar.

—Lo fue.

—¿Fue tu primer amor?

Dudé antes de responder.

Era un poco raro hablar de esto con Margot, pero también era agradable. Mientras siguiéramos hablando de Steph y nuestro matrimonio, estaba a salvo de pensar en otras cosas mucho menos decentes.

—Sí. Fui el típico adolescente, un idiota que pasaba de todo vínculo emocional. Pero cuando me alisté, no me quedó otra que reconsiderar lo que me importaba en la vida. Me di cuenta de lo que tenía con ella. Cuando volví... —Hice una pausa. Me ponía nervioso revelar demasiado sobre mí, pero en el fondo sentaba bien. «Piensa solo en Steph»—. Me costó adaptarme y, después de perder a mi padre, fue aún peor. Ella me ayudó a mejorar.

—Tuvo que ser muy especial —dijo en voz baja.

—Lo era. Me salvó la vida, no me cabe duda. —Di un trago largo—. Pero yo no supe salvar la suya.

Se le ensombreció el gesto y apartó la mirada hacia la copa de vino.

Gruñí y dejé la botella en la barra.

—Mierda, perdona, Margot. No quería descargar todo esto contigo.

—No pasa nada —dijo y me tocó la mano—. Me alegra que lo hagas. Siento si te has puesto triste por mis preguntas.

—No te disculpes. Me alegro de que hayas preguntado, ¿sabes? —Me

froté la barba y deseé haberla arreglado un poco—. Nadie lo hace. Nadie habla de ella delante de mí.

—Les preocupará que duela demasiado.

—Supongo. Pero prefiero hablar de ella que de mí. —La miré y me di cuenta de que había monopolizado toda la conversación—. La verdad es que no me apetece hablar de nada. Prefiero escuchar. Cuéntame algo de ti.

Sonrió.

—¿Qué quieres saber?

Lo medité un segundo.

—Háblame del caballo que tuviste de niña.

Se le iluminó la mirada y me habló de Sirope, el purasangre que había tenido desde los ocho años hasta que se había marchado a la universidad. Cuando se le llenaron los ojos de lágrimas, se disculpó avergonzada por ponerse así por un caballo, pero le dije que no tenía de qué avergonzarse, que entendía el vínculo que se crea entre las personas y los animales.

Me habló de su familia, de la carrera política de su padre y la empresa que había fundado con su amiga.

—¿Siempre has querido dedicarte a la publicidad? —pregunté.

—La verdad es que no. —Sonrió—. Quería ser trabajadora social, pero Muffy se negó en rotundo.

La miré extrañado.

—¿Muffy?

—Es el apodo de mi madre. Verás, todas las primogénitas de su familia, los Thurber, se llaman Margaret o de alguna forma similar, y su segundo nombre es el apellido de soltera de sus madres. Pobre del que intente desafiar la tradición.

—¿De verdad?

—Sí. Se pueden elegir nombres tradicionales, como Margaret o Marjorie, o las variantes francesas Margot o Marguerite. También está la opción de cambiar un poco la ortografía, como «Margret», pero ni se te ocurra elegir algo cursi y estadounidense como Maisie, Maggie o Greta. Al menos, no lo pongas en la partida de nacimiento. Mi prima Mamie llamó a su hija Marley y la bisabuela Thurber murió sin volver a dirigirle la palabra.

—Vamos a ver. —Levanté la mano—. Mamie y Muffy valen, pero ¿Marley

no?

Se rio, con las mejillas sonrojadas después de dos copas de vino.

—Mamie y Muffy solo son apodos, no aparecen en las partidas de nacimiento. Todas tenemos uno, sino sería un lío. Además, a los blancos, anglosajones y protestantes les encantan los apodos.

Apoyé el brazo en la barra.

—¿Cuál es el tuyo?

Se llevó las manos a la boca y se le escapó una carcajada. Era una risa femenina y traviesa y me provocó una oleada de calor de cintura para abajo.

—Venga, suéltalo —dije, incapaz de no sonreír.

Dejó caer las manos sobre el regazo e intentó aparentar seriedad.

—Gogo.

—¿Gogo? —me carcajeé y me recosté en el asiento—. ¿En serio?

—Me temo que sí. —Me dedicó una mirada cálida, llena de asombro y afecto.

Dejé de reír y la miré del mismo modo. Me encantaba que se riera de sí misma. «Si las cosas fueran distintas...». Me aclaré la garganta.

—Así que Muffy se negó a que fueras trabajadora social.

—Sí, sus palabras textuales fueron: «Déjate de tonterías, Margot. Las Thurber van a Vassar y estudian Literatura». —Se encogió de hombros—. Así que eso hice.

—¿La decisión te hizo feliz?

—Supongo. Nunca lo he pensado. Acabé la carrera, volví a casa y empecé a trabajar para mi padre. Y punto.

—¿Te gustaba el trabajo?

—La verdad es que sí. —Lo meditó un momento—. Gran parte consistía en recaudar fondos de ayuda y organizar eventos benéficos. Era bonito saber que lo que hacía ayudaba a otras personas.

—¿Cómo se lo tomaron tus padres cuando decidiste fundar tu propia empresa?

Soltó una risita.

—Se quedaron bastante perplejos con todo lo que hice el año pasado: rompí con mi novio, me apunté a yoga, dejé de trabajar para papá, fundé Shine PR...

—¿Yoga? —Arqueeé una ceja.

Sacudió la cabeza.

—No era lo mío.

—¿Y lo del novio?

—Seguimos separados. Y así nos vamos a quedar.

El camarero le trajo la cena y ella se colocó la servilleta en el regazo.

—¿Qué pasó? Déjame adivinar, ¿Muffy no lo aprobaba?

Dudó y jugueteó con el tenedor encima del plato de pescado.

—Es una larga historia. Dejémoslo en que hemos pasado página. Quiero algo mejor.

—¿Como qué? ¿Qué busca Margot Thurber Lewiston en un hombre? —Le tomaba el pelo, pero lo cierto es que sentía curiosidad—. ¿Unos cuantos ceros en la cuenta bancaria? ¿Un Rolls Royce? ¿Una casa en los Hamptons?

—No —dijo—. No soy tan superficial y pretenciosa, aunque te cueste creerlo.

—¿Y bien? —apremié—. ¿Entonces qué?

Se llevó el tenedor a la boca y masticó mientras lo meditaba.

—La verdad es que no lo sé —dijo por fin—. Sigo intentando descubrirlo.

—Lo entiendo.

—Quiero casarme y formar una familia. Lo cierto es que pensé que ya tendría una a estas alturas. —Se calló y sacudió la cabeza—. Me equivocaba.

—La vida está llena de sorpresas. —Intenté no parecer amargado.

Me miró.

—¿Y tú? ¿Crees que volverás a casarte?

—No —dije y hablaba en serio—. Lo que tenía era único. Solo ocurre una vez en la vida.

—Lo entiendo.

Hablamos un rato más de la granja, nuestras familias y los sitios que habíamos visitado. Ella prefería las grandes ciudades y yo los pueblos pequeños, pero estuvimos de acuerdo en que la isla Mackinac era preciosa, perfecta para una escapada de verano. Cuanto más hablábamos, más fácil era. Margot había crecido en un mundo diferente al mío, pero no era una estirada. Y era preciosa. Incluso mientras comía y bebía era elegante. Me fascinaban detalles como la curva de su muñeca, la rectitud de su espalda o el arco de su

pie. Tenía ese tipo de belleza innata. La piel blanca, los labios perfectos y los enormes ojos azules eran un añadido. Por no hablar de su cuerpo, con las piernas interminables, la cintura estrecha y las tetas pequeñas, pero redondas y llamativas.

¿Cómo serían? Anoche no las había visto. ¿Serían más pálidas que su cara? ¿Cómo tendría los pezones? ¿De color rosa claro como el algodón de azúcar? ¿Oscuros como una frambuesa o una cereza? Mientras parloteaba sobre la isla de Mackinac, se me empezó a poner dura al imaginarme lamiéndole la piel de vainilla hasta llegar a las cerezas que la coronaban. «Casi puedo sentir las y saborearlas».

Joder, ¿por qué no lo hice anoche? ¿Por qué me había dado tanta prisa en terminar, como un adolescente con miedo a que nos pillaran? Ojalá me hubiera tomado mi tiempo. Apenas la había tocado. Bajé la mirada hacia la servilleta de su regazo.

—¿Jack?

—¿Qué? —Levanté la vista con brusquedad y me miró divertida.

—¿Quieres otra cerveza? —Señaló con la cabeza al camarero, que esperaba al otro lado de la barra.

—Ah, perdona. —No sabía qué hacer. Me lo estaba pasando bien y no recordaba la última vez que había disfrutado así de nada. Sin embargo, cuanto más tiempo pasaba con ella, más me atraía—. No debería.

—Venga, si te tomas otra, yo también. Luego nos iremos cada uno por su lado y te librarás de mí para siempre.

Sacudí la cabeza.

—No soportas que te digan que no, ¿eh?

Sonrió con picardía y se le iluminó la mirada.

A veces me pregunto si fue esa sonrisa lo que me atrapó.

Capítulo veinte

Margot

Había pensado que fingir que no había pasado nada iba a ser raro, que me costaría entablar conversación con él. Había pensado que preguntarle por su mujer sería caminar por terreno seguro y que escucharle hablar de ella me recordaría que había una línea que no podía cruzar.

Pero me lo pasé bien. Estuve a gusto.

Y fue peligroso. Extremadamente peligroso.

Al principio había resultado incómodo, no tenía claro cómo actuar, pero luego me había invitado a sentarme, había bromeado y, al final, sonreído. Y reído. Su risa me hacía muy feliz. Me daban ganas de empaparme en ella, como un cerdo en el fango.

Estaba muy guapo, tanto que me costaba dejar de mirarlo. Me encantaba cómo se le rizaba el pelo y me había fijado en que tenía algunas canas. Me encantaba la forma de su boca y un par de veces tuve que obligarme a apartar la mirada cuando bebía de su cerveza. Me encantaba cómo se arremangaba las mangas de la camisa y dejaba a la vista sus brazos musculosos y bronceados. Hasta se había puesto un reloj, con una gran esfera azul marino y una correa de cuero con los remates en blanco.

También llevaba el anillo de casado. Cuando mencionó a Steph, aproveché la oportunidad para preguntar por ella, aunque no me esperaba que se abriera tanto. Creo que él también se sorprendió de lo mucho que contó, pero me gustó que se sintiera cómodo y confiara en mí.

El problema es que no sirvió para que dejara de gustarme, sino todo lo contrario. Después de escucharle hablar de su historia de amor, me sentí aún más fascinada. Tenía delante a un exsoldado enorme, musculoso y duro de pelar hablando de su primer amor, de lo agradecido que estaba por haberla tenido y de cómo ella lo había salvado. Cuando dijo que ojalá la hubiera salvado a ella, se me partió el corazón y mis sentimientos por él se volvieron más profundos.

A lo mejor, si no me hubiera preguntado por mi caballo o sentido curiosidad por mi familia, si no me hubiera contado que se alistó después del 11S o hablado con tanto cariño de su sobrino, si no se hubiera reído alegremente de mi apodo, entonces, a lo mejor, no habría pasado nada.

En vez de eso, acabé por desearlo de nuevo y lamenté que las circunstancias lo convirtieran en una mala idea.

Intenté no flirtear, no tocarlo y fingir de verdad que nada había pasado, pero para cuando pagó la cuenta, después de insistir en invitarme a la cena, los dos estábamos medio borrachos y se nos habían olvidado las normas.

—Bueno, Magallanes —se burló cuando me equivoqué de camino al buscar la salida, mientras me ponía las manos en los hombros y me hacía girar—. Ninguno de los dos debería conducir esta noche, así que te acompañaré a la villa y después volveré a casa.

—¡No tienes que acompañarme!

Levantó la mano.

—Si no te ayudo, eres capaz de aparecer en Deckerville.

Me reí.

—¿Qué pasa con la camioneta?

—No le pasará nada. Mierda. —Un trueno retumbó cuando salimos a la calle. Había mucha humedad en el aire y se percibía un cierto olor metálico, pero todavía no llovía—. Mejor que nos demos prisa.

Me costó seguirle el paso y, después de caminar una manzana, ya estaba sin aliento.

—Más despacio —jadeé y luego me reí—. Eres rápido para todo.

Gruñó y me cogió de la mano para cruzar la calle, como un padre con su hija.

—Lo de anoche no es representativo de mis habilidades sexuales.

—Oye, que no me quejo —dije y tropecé con el bordillo.

Me sujetó por los codos y sentí una corriente eléctrica cuando nos tocamos. Creo que él también lo sintió, porque se apartó de inmediato en cuanto recuperé el equilibrio y se alejó un poco.

—Cuidado.

—Además, nunca pasó. —Me mordí el labio para no reír.

—Cierto, nunca.

—Ni en un árbol.

—Ni en un coche.

—Ni de noche.

—No pasó aquí, ni allá.

—Aquí, allá o más allá.

Un relámpago cruzó el cielo, me agarró del brazo y echó a correr, arrastrándome a su lado. Pero seguía riendo.

Yo también me reía, tanto que me costaba respirar. Que Jack fuera capaz de recitar un poema de Dr. Seuss me parecía hilarante. ¿Se lo leería a Cooper?

—Ay, tengo que ir al baño —gemí mientras intentaba correr con las sandalias y apretar las piernas sin matarme—. Quién me mandaría beber la cuarta copa de vino. ¡Es culpa tuya! —Lo señalé con el dedo.

—A mí no me mires, «si te tomas otra, yo también», ¿recuerdas? Si te lo haces encima, no me eches la culpa. Esta vez no tengo un baño que ofrecerte.

Gruñí.

—Qué vergüenza.

—Ya, eres un desastre. —Miró a ambos lados y cruzamos otra calle.

—Lo sé, lo soy.

—Pues sí. Mírate. Fea, no muy lista, sin estudios, incapaz de trabajar en una granja, una mirona pervertida y con un problema grave de incontinencia.

—Eso me ha dolido. —Puse una mueca.

—También eres lenta —se quejó, tirando de mí.

—No soy un buen partido, ¿eh?

Empezaron a caer las primeras gotas de lluvia mientras me arrastraba por el camino hasta la villa.

—Bueno, no lo sé. —Llegamos a la puerta y nos quedamos uno delante del otro mientras la lluvia caía con más fuerza—. Tienes algunas cosas buenas.

—¿Cuáles?

Entre nosotros el aire era casi eléctrico. Estaba tan cerca que percibía su olor y sentía su aliento en la boca. «Bésame, por favor».

Me acarició el pelo y me acunó la cabeza con la mano.

—Tienes los ojos preciosos.

—Gracias.

—Y los labios. —Un relámpago le iluminó la cara un instante antes de dar paso al trueno.

—Gracias. —Me temblaba la voz.

—Si las cosas fueran distintas... —Cerró los ojos mientras la lluvia repicaba sobre los canalones de metal—. Si yo fuera diferente.

—No quiero que lo seas.

Me puse de puntillas y levanté la barbilla, con los ojos cerrados, esperando que me besara.

Pero en vez de hacerlo en los labios, me besó en la frente.

—Adiós, Margot.

Un segundo después, corría bajo la lluvia y se alejaba de mí.

Me quedé descolocada, con el estómago en un puño, las manos temblando y la lluvia empapándome el pelo y la ropa. «Se ha ido. Se acabó».

Decepcionada, entré en la casa y cerré la puerta. Se me formó un nudo en la garganta e intenté tragármelo. «¿Qué esperabas? Es quien es y tú eres quien eres, nunca funcionaría».

Fui al baño y me lavé las manos mientras conversaba con la voz de mi cabeza. «Ya sé que no funcionaría, pero lo hemos pasado tan bien que pensaba que quizá...».

«No, nada de quizá».

Suspiré, encendí la lámpara de la habitación y me quedé junto a la ventana mirando el lago. Llovía a mares y temblé cuando otro relámpago iluminó el cielo. La lámpara titiló y me pregunté qué haría si se fuera la luz.

Me sobresalté al escuchar tres golpes secos en la puerta. Dudé un momento, luego fui hasta allí. ¿Sería él?

Abrí la puerta y allí estaba, empapado, respirando con dificultad y con el cuerpo en tensión.

En un parpadeo, nos lanzamos el uno sobre el otro.

Nuestras bocas chocaron y él enredó las manos en mi pelo, mientras con la lengua me separaba los labios. Le acaricié el pecho mojado y rodeé su cuello con los brazos. «¡Ha vuelto!».

Retrocedimos sin dejar de besarnos y cerró la puerta de una patada. Casi desesperados, nos deshicimos de la ropa. Me peleé con los botones de su camisa hasta que conseguí bajársela por los hombros. Se separó de mí apenas un segundo para quitarme la blusa mientras le soltaba la bragueta de los vaqueros y metía la mano dentro. Los dos gruñimos cuando le rodeé la erección con los dedos. Estaba caliente, dura y creció todavía más al acariciarla. Me desabrochó los pantalones cortos y metió las manos en la parte trasera para agarrarme el culo.

Otra vez esa sensación. La desesperación por tocarlo, arañarlo, lamerlo y morderlo. Quería tenerlo dentro, lo necesitaba.

Una parte de mí se moría por saber por qué había cambiado de opinión, pero no pensaba pararme a preguntarlo. Ninguno de sus actos sugería que no lo tuviera claro: el movimiento de su lengua, la fuerza de sus manos, las estocadas de su pene entre mis dedos. La fuerza de su deseo avivaba el mío, porque era consciente de lo que le había costado dar la vuelta, reconocer que era imposible ignorar la electricidad que había entre los dos y darnos otra oportunidad para hacerla arder.

El viento golpeaba las ventanas mientras nos deshacíamos de los zapatos, los pantalones y la ropa interior para después dejarnos caer sobre la alfombra. Se colocó sobre mí y me tumbé sobre la espalda, con sus caderas entre las piernas. Dejó de besarme por primera vez desde que entramos y nos miramos. Un rayo nos iluminó, seguido del estallido de un trueno que hizo temblar el suelo. Se fue la luz y nos quedamos a oscuras.

Jack levantó la vista como un resorte hacia la esquina donde estaba la lámpara y se puso tenso. Recordé cómo se había tirado al suelo al romperse la rama en la que estaba subida.

—Eh. —Puse las manos en sus mejillas y lo obligué a mirarme—. No pasa nada. —Lo besé en los labios, en las mejillas, en la frente y otra vez en los labios—. No ha pasado nada, quédate conmigo.

Sus labios se precipitaron sobre los míos y metió una mano bajo mi ropa, por la espalda. Me arqueé para que pudiera desabrocharme el sujetador. En cuanto lo lanzó a un lado, acercó la boca a mis pechos, los besó, los lamió, los

chupó y los acarició con las manos. Le clavé los dedos en el pelo y apreté los puños cuando se metió un pezón en la boca y lo lamió. Sentía un calor palpitante entre las piernas y suspiré de placer cuando deslizó un dedo dentro de mí, luego dos. Mientras su boca bajaba por mis costillas y estómago, balanceé mis caderas contra su mano para que penetrase más. Movié el pulgar con cuidado sobre mi clítoris, en círculos lentos y rítmicos que me hacían estremecer.

Siguió bajando hasta tener la cabeza entre mis piernas. Cerré los ojos y contuve el aliento. Nadie me había hecho aquello en años.

Después de lo que me pareció una eternidad, me recorrió con la lengua de arriba abajo, despacio, sin dejar de mover los dedos dentro de mí. Gemí más alto de lo que pretendía y me mordí el labio. Cuando volvió a hacerlo y se entretuvo sobre el clítoris con la punta de la lengua, grité sin contenerme. Me apoyé sobre los codos para mirar su pelo oscuro entre mis pálidos muslos. ¿Era un sueño?

—Me moría por probarte. —Su voz sonaba grave y ronca y me costó escucharle por el ruido de la tormenta—. Iba de camino a casa, calado hasta los huesos, decidido a olvidarme de ti, pero no dejaba de pensar en saborearte.

—Me alegra que hayas vuelto —susurré—. No quería que te fueras.

—Sabes tan dulce como pareces. —Siguió con lo que hacía, despacio, deteniéndose a dibujar círculos con la lengua en una espiral de lujoso placer—. Como las fresas en junio. —Me dio un par de toquecitos con la punta en el clítoris—. Las cerezas en julio. —Lo chupó—. Melocotones en agosto.

—Dios, consigues que la fruta suene *sexy*.

—Es por ti. —Ladeó la cabeza para mover la lengua desde otro ángulo—. Todo es por ti.

Quería decirle que no, no podía ser. Quería pedirle que me tocara, que me dejase probarlo y volverlo loco como él estaba haciendo conmigo, pero era incapaz de hablar ni de moverme. Apenas conseguía respirar. Me llevó hasta el límite, hasta que no pude más y me dejé ir, con su lengua entre las piernas haciéndome palpar.

Quería sentir su peso sobre mi cuerpo, así que lo agarré por los hombros e intenté tirar de él. Se tomó su tiempo y se entretuvo entre mis muslos como si fuera su postre favorito y no quisiera que le quitasen el plato, aunque ya

estuviera vacío.

—Ven aquí —pedí—. Por favor.

A regañadientes, se arrastró por mi cuerpo dejando un rastro de besos calientes y húmedos por mi estómago, entre mis pechos y por mi garganta, hasta que apoyó los codos a ambos lados de mis hombros. Metí la mano entre los dos y coloqué la punta de su erección entre mis piernas, la froté sobre mi clítoris y la empujé dentro de mí. Todo mi cuerpo vibraba de deseo.

Levantó las caderas y salió de mi interior.

—No lo había planeado. No tengo nada.

—No hay ningún problema.

—¿Segura?

Asentí.

—Por favor, quiero volver a sentirte.

—¿Dónde? —Resbaló dentro de mí, despacio y controlado.

Sonreí, traviesa, y llevé las manos a su culo para acercarlo.

—Tan dentro que duela —le susurré al oído—. Quiero me hagas pedazos. Que me destroces. Que me dejes el cuerpo marcado.

—No me digas eso.

Jadeé cuando dio un empujón con fuerza y sentí una punzada que me hizo saltar.

—Dios, me encanta cómo te mueves. Como si me desearas tanto que no supieras contenerme.

—No puedo. No importa cuánto lo intente, y créeme que lo he intentado. —Aceleró el ritmo y rotó las caderas sobre las mías—. Pero no puedo sacarte de mi cabeza.

No hablamos más porque su boca asaltó la mía y dejamos que el deseo tomara el control. Le clavé las uñas en la espalda y le mordí el labio inferior, le tiré del pelo, jadeé, gemí y grité. El placer me recorría todos los rincones del cuerpo, incansable. Cuando me volví a correr, grité su nombre y mi cuerpo tembló contra el suyo. Le clavé los dedos en el culo. Me sentía salvaje, poderosa, desinhibida, libre para decir, hacer y sentir lo que quisiera.

Cuando las oleadas del orgasmo pasaron, Jack salió de mí y me dio la vuelta.

—Ponte de rodillas.

Con el corazón latiéndome con fuerza, me apoyé sobre las rodillas y las manos y puse una mueca de dolor cuando me agarró el pelo. Me levantó la cabeza mientras empujaba dentro de mí. «Sí». Me agarró por las caderas para que no me moviera mientras me follaba tan fuerte que se escuchaba cómo nuestros cuerpos chocaban. «Joder, sí». Se corrió rápido, el cuerpo se le puso rígido, se le escapó un gruñido y se descargó una y otra vez dentro de mí. «Sí».

Me soltó y se dejó caer hacia adelante, apoyando las manos sobre las mías. Reposó la frente en la parte posterior de mi cabeza. Sentí su aliento cálido y suave en el cuello mientras la lluvia seguía golpeando el techo. Ninguno de los dos habló.

Después, me rodeó el estómago con un brazo y me acercó a él.

Se me formó un nudo en la garganta. Quería decirle muchas cosas. Quería decirle que había sido el mejor sexo de mi vida. Quería preguntarle si estaba bien y saber si había aliviado algo de su dolor. Quería que supiera que yo también deseaba que las cosas fueran diferentes y que nunca me arrepentiría de esto, que nunca lo olvidaría ni dejaría de preguntarme lo que podría haber sido.

Abrí la boca, pero se me adelantó.

—No te vayas mañana —pidió y tensó el brazo con el que me abrazaba—. Por favor, no te vayas.

Capítulo veintiuno

Jack

Su cuerpo se tensó. Contuvo el aliento.

Tragó saliva.

—¿Quieres que me quede? ¿Seguro?

—Sí. —Salí de ella y le di la vuelta para tumbarla sobre la espalda. La forma en que me miró me provocó una punzada en el pecho—. Si quieres.

—Jack. —Llevó las manos a mi cara y me acarició las mejillas con los pulgares—. Claro que quiero.

Sonreí como si me hubiera quitado un gran peso de encima.

—Genial.

—Aunque sé que es complicado.

—Es cierto. —No iba a mentirle—. No puedo prometerte nada.

—No quiero promesas —se apresuró a decir—. Ni condiciones, ni ponerle nombre a esto, ni saber cómo termina. Me gusta estar contigo y ya está.

Le besé las palmas.

—Gracias.

Sonrió y me recorrió los hombros con las manos.

—Tiene gracia. Es la primera vez que me permito hacer lo que me apetece sin preguntarme cómo encajará en el plan preestablecido de mi vida. Sin preocuparme de qué haría una Thurber.

Me hizo reír.

—Imagino que Muffy no lo aprobaría.

Soltó una risita y sacudió la cabeza.

—Seguramente no. Pero me da igual. —Se le iluminó la cara—. Quiero quedarme aquí unos días y pasarlo bien.

—Yo también.

Sin embargo, para mí «aquí» no era un lugar físico, sino un estado mental que me permitía disfrutar del tiempo con Margot sin la sensación de que debía disculparme por ello ni que era una traición. Sin culpa. Un lugar que había encontrado mientras volvía corriendo a casa bajo la lluvia, al darme cuenta de que podía elegir entre pasar otra noche sin dormir mientras me torturaba al pensar en ella o permitirme un pequeño descanso de la soledad.

Es posible que para Margot fuera lo mismo, un respiro de las expectativas y las normas que dirigían su vida, una oportunidad para dar rienda suelta a su lado menos correcto y ensuciarse las manos. Me encargaría de ayudarla.

Pero es todo lo que era, un descanso, un alivio pasajero. Cualquier otra cosa no entraba en las posibilidades.

—A saber cuándo volverá la luz. —Salió del baño con una vela, todavía desnuda. Me encantaba verla así—. ¿Funcionará en la cabaña?

—Ni idea. —No me emocionaba pasar la noche a oscuras. ¿Tenía velas en casa? Intenté recordarlo mientras me abotonaba la camisa.

—¿Sigue lloviendo? —Nos callamos para escuchar. El aguacero no había acabado.

—Sí. —Fruncí el ceño y busqué los calcetines, que seguramente seguirían mojados. Mierda, odiaba los calcetines mojados.

—¿Quieres quedarte a pasar la noche?

La miré y dudé. Una cosa era el sexo, pero pasar la noche con otra me parecía demasiado. Tumbarme con ella en la cama. Verla dormir. Despertar a su lado. «Pero quiero. Por una vez, no pasará nada».

—Sin presiones. —Se me acercó con la cara iluminada por la vela que llevaba en la mano—. Pero si quieres, estás invitado. Me angustia que vuelvas

a casa en esta oscuridad absoluta.

Nos miramos y me pregunté si estaría pensando en la autopista. Aquella noche también llovía. Por un segundo me entraron ganas de tentar a la suerte. ¿Me llevaría el castigo que merecía?

—Tú no me dejaste volver a casa caminando de noche, ¿recuerdas?

La preocupación con que me miraba era real y me conmovió.

—Lo recuerdo.

—Pues quédate. —Dejó la vela en la mesa y me abrazó por la cintura—. Por mí. Sé que eres un soldado fuerte que no teme a la oscuridad, pero yo lo pasaría muy mal aquí sola.

Sonreí y la abracé. «No te haces una idea». Apoyó la mejilla en mi pecho y le besé la cabeza. Hasta su pelo olía dulce. «Una noche entera rodeado de su olor y escuchando su respiración. Una noche sin estar solo».

—Vale, me quedaré.

—Genial. —Dio un par de saltitos de felicidad—. Me encanta salirme con la mía.

Le pellizqué el culo.

—Eres una malcriada. ¿Me has engañado?

—Es posible.

—Le venderías hielo a un esquimal. Deberías dedicarte a la política.

—No, gracias. Aunque se me daba bien recaudar fondos, o al menos conseguir que gente muy rica firmase cheques para una buena causa.

—No me cabe duda.

Bostezó y la estreché.

—¿Estás cansada?

—Un poco. Me has dejado sin fuerzas. O habrá sido el vino.

—Voy a adjudicarme el mérito.

Me miró y sonrió.

—Sin duda has sido tú.

Entró en el baño a lavarse los dientes y se llevó la vela, pero dejó la puerta abierta para que no me quedase a oscuras y encontrase el camino hasta el dormitorio. Cuando salió, ya me había quitado la ropa y metido en la cama.

Dejó la vela en la mesita, se tumbó a mi lado y la apagó. Nos quedamos tumbados un rato. La lluvia ya no era tan intensa y el olor a humo de la vela

impregnaba el aire. Los dos estábamos boca arriba, sin tocarnos.

—¿Se te hace raro? —preguntó.

La miré.

—¿El qué?

—Estar en la cama con otra persona.

Miré al techo y puse las manos detrás de la cabeza.

—Sí.

Se tumbó de lado para mirarme y apoyó la mejilla en la mano.

—Me alegro de que no me mientas y digas que no.

La miré otra vez.

—Nunca voy a mentirte, Margot. Te lo prometo.

—Vale. —Habló con voz queda—. Mientras me lavaba los dientes he pensado que no debería haberte presionado para que te quedaras. No me di cuenta de que sería raro para ti. Lo siento.

—Oye, ven aquí. —Estiré el brazo y la acerqué, encajándola en mi cuerpo. Tenía la piel caliente y suave y olía a vainilla. La polla me dio una sacudida—. Me he quedado porque quiero estar contigo esta noche. Sí, es la primera vez que duermo con alguien que no sea Steph desde hace mucho y es algo extraño, pero no es incómodo.

—Vale. —Me besó el pecho y apoyó el brazo en mi estómago—. Ya que somos sinceros, debo decirte que me encanta tu pecho.

Sonreí

—No me digas.

—Sí.

Me acarició la piel con los labios y me recorrió las costillas con la mano.

—Desde que te conocí.

Lo medité un segundo.

—¿En la cocina?

—Sí. Eras un cascarrabias y un borde, pero tenías un cuerpo espectacular con el que podrías partirme en dos, y parecías dispuesto a hacerlo. —Con las yemas de los dedos me rozó los pezones y se me puso tan dura que levantó las sábanas.

—Creo que lo estaba.

Mierda, había pasado al otro pezón con la lengua. Sentí calor por todo el

cuerpo.

—Todavía estás a tiempo de hacerlo. —Lo pellizcó con los dedos y jadeé. Era una de esas cosas que nunca pides, pero te encantan. Bajó las manos por mi estómago—. Nunca había visto un cuerpo como el tuyo. Tan duro y musculoso. —Me arañó sin demasiada fuerza los abdominales, que se tensaron—. Me fascina lo fuerte que eres. Pienso en todo lo que podrías hacerme.

«Sigue», pensé. «No dejes de hablar».

Me agarró la polla, dura ya del todo y palpitante.

—Y esto —dijo en voz baja—. Cuando te vi en el muelle, mojado y completamente desnudo, no podía apartar la mirada. —Empezó a mover la mano arriba y abajo en un ritmo lento y se incorporó para susurrarme al oído—. Se me ocurrieron muchas ideas que no había tenido nunca.

—¿Como cuáles?

—Quería ver cómo se te ponía dura, tocarte y saborearte.

—Joder —jadeé mientras le acariciaba un pecho con una mano y colocaba la otra mano bajo su espalda.

—Me porté muy mal —susurró—. Quería que te tocaras y me pillaras mirándote para que me castigaras.

—¿Sí? ¿Y cómo lo hacía?

Le pellizqué un pezón lo bastante fuerte para que soltara un gritito y le deslicé un dedo por la raja del culo. Se puso rígida.

—La verdad es que no lo sé. No llegué tan lejos.

—Da igual. No te habrías ni acercado a la realidad.

—Cuéntamelo —suplicó—. Quiero oírlo.

—No. Que sea una sorpresa.

Sonrió despacio.

—Me parece bien.

En un movimiento rápido, la tumbé sobre la espalda, le sujeté las muñecas sobre la cabeza y me senté sobre ella para que no se moviera.

—No siempre juego limpio.

La sonrisa desapareció.

Pero le brillaron los ojos.

Cuando por fin quedamos satisfechos, una hazaña nada fácil, pues Margot tenía un apetito sexual casi tan sorprendente como el mío propio, nos desplomamos sobre las sábanas con los cuerpos enredados, su cabeza sobre mi pecho, un brazo y una pierna sobre mí. Le abracé por los hombros y la besé en la cabeza.

—¿Estás bien? —preguntó—. No sé si te gusta dormir abrazado.

—Estoy bien.

—Buenas noches —murmuró ya medio dormida.

—Buenas noches.

Se quedó dormida en pocos segundos. Su respiración se acompasó y se le relajó el cuerpo. Me quedé despierto un rato, escuchando la lluvia, asombrado de ella, de esta noche y de mí mismo. Volver no había sido una decisión fácil, ni tampoco meterme en la cama con una mujer que no era mi esposa.

Pero todo lo demás sí había sido muy fácil. Hablar con ella, tocarla, escucharla, el sexo con ella. ¿Por qué? ¿Por qué me sentía tan cómodo con alguien que solo conocía de hacía unos días y era tan distinta a mí? No parecía real.

«Pues que sea un sueño, no lo analices. No le busques un sentido que no existe».

Cerré los ojos, feliz en aquel paraíso temporal donde nadie me juzgaría, a ninguno de los dos, por querer lo que queríamos.

Por primera vez en años, me dormí a oscuras.

Y dormí toda la noche.

Capítulo veintidós

Margot

El colchón se movió y abrí los ojos de mala gana. Parpadeé. La luz pálida de la mañana iluminó a Jack sentado en la cama, vestido y con el pelo hecho un desastre.

Sonreí.

—Hola.

—Hola. Tengo que irme.

—¿Los animales te echan de menos?

Me revolvió el pelo.

—Sí. Además, tengo que recoger la camioneta.

—Es verdad. ¿Qué hora es?

—Poco más de las seis.

Recordé la conversación de anoche mientras poco a poco recuperaba la consciencia.

—Tengo que decirles que no me voy hoy.

—Esperaba que todavía quisieras quedarte. ¿Cuánto tiempo tienes?

Lo pensé un momento.

—¿A qué estamos hoy?

—Miércoles. Veinte.

—Hasta el veintiocho. Ocho días.

Cuando había pensado en pasar esos ocho días evitándole me habían

parecido eternos, pero ahora se me hacían cortos.

—Perfecto. —Se inclinó y me besó la mejilla—. No te levantes, ya me voy. Luego nos vemos, ¿vale?

—Vale.

Cuando escuché la puerta cerrarse, intenté volver a dormir, pero no pude. ¿Cómo habían cambiado tanto las cosas en veinticuatro horas? Si no lo hubiera visto al despertarme, habría creído que lo había soñado todo.

Me tumbé boca arriba, estiré brazos y piernas y doblé los dedos de los pies. Me dolían partes del cuerpo inesperadas, como la espalda, los brazos y el cuello. También me dolían otras que sí esperaba. Joder, ¡qué manera de follar! Menuda lengua, era un maestro. Había tenido cuatro orgasmos, ¡cuatro! Más que en los últimos seis meses de relación con Tripp.

Necesitaba contárselo a alguien.

El móvil seguía en el bolso desde anoche, así que era probable que no tuviera batería. ¿Habría vuelto la luz? Salté de la cama desnuda, salí al salón, cogí el móvil y el cargador, volví y lo enchufé junto a la cama. Tardó un minuto, pero vibró y empezó a cargarse. En cuanto se encendió, llamé a Jaime.

—¿Diga? —Parecía nerviosa.

—Soy yo.

—¿Estás bien?

—Sí, claro. ¿Por qué?

—Porque no son ni las siete.

—¡Dios, lo siento! No lo he pensado.

—¿Qué haces despierta? ¿No se supone que estás de vacaciones?

—Sí, pero no puedo dormir por lo que pasó anoche.

—¿Qué pasó anoche?

—¡Tuve cuatro orgasmos! ¡Uno, dos, tres, cuatro!

Dio un grito ahogado.

—Vale, dame un minuto, voy al salón.

—Pero quiero oírlo. —Escuché protestar a Quinn.

—De eso nada, monada, largo. —Hubo una pausa y algunas respiraciones apagadas antes de que volviera a hablar—. Vale, adelante. Cuéntamelo todo.

—Vale, pero antes... —Me mordí el labio—. Promete que no vas a enfadarte.

Suspiró.

—Vamos a fingir que el orgasmo cuádruple no ha sido con un cliente. ¿Te parece?

—Buena idea.

Le conté todo lo que había pasado desde la última vez que habíamos hablado. El desastre de la reunión (gruñó), el sexo en el bosque (jadeó) y todo lo de anoche (suspiró).

—Qué pasada, Gogo. Me alegro por ti. También estoy alucinando un poco.

—Créeme, yo también.

Y ni siquiera le conté algunas de las cosas más impactantes: los moratones de mi cuerpo, las marcas de mordiscos y arañazos en su piel, la forma en que le había suplicado que fuera duro. Cómo había usado su tamaño y su fuerza para someterme. La necesidad de explorar un lado desconocido de mí misma. Su necesidad de perder el control sin miedo. Para hacer algo así se necesitaba confianza y, de alguna manera, la habíamos conseguido en muy poco tiempo.

Creo que era lo más sorprendente de todo.

—¿Y ahora qué? —preguntó—. ¿Vas a volver a verlo?

—Eso espero. Cuando se ha ido, ha dicho que nos veríamos luego.

—¿Por qué se ha marchado tan temprano? —Se rio—. ¿Es escapista como yo?

—Ja, ja. No, tenía que ir a dar de comer a los animales, me parece.

—Se me olvida que es granjero. Te estás tirando a un granjero.

—Lo sé, y está muy bueno —dije totalmente en serio—. No sé si todos serán así, pero las mujeres tienen que empezar a pasarse por los mercados agrícolas por si acaso.

—Avisaré a Claire.

—¡Hazlo! ¿En qué anda esta semana?

—Pues buscando casa. Esta tarde voy a acompañarla a ver una.

—¿No ha habido más citas con el jugador de *hockey*?

—No que yo sepa. Esta noche me pondrá al día.

—Es cierto, es noche de chicas. —Me sentí un poco triste por perdérmelo—. Siento no estar allí.

Se rio a carcajadas.

—No, que va, no mientas. Yo tampoco lo sentiría.

Sonreí.

—Es verdad, no lo siento.

—Promete contarnos todos los detalles cuando vuelvas y te perdonaremos.

—Palabra de *scout*.

Suspiró.

—Tengo que ducharme. Mantenme informada de la parte de trabajo. Seguiré fingiendo que no te tiras a un cliente.

La culpa me hizo sentir un poco mal.

—¿Necesitas que haga algo mientras estoy aquí?

—No, no te preocupes. Lo tengo controlado. Descansa unos días.

—Eres la mejor. —Le lancé un beso sonoro—. Adiós.

—Hasta pronto.

Colgué y me quedé sentada mientras decidía si estaba lo bastante cansada para volverme a dormir. Pero estaba desvelada, como si me hubiera tomado seis tazas de café y un tazón de cereales con un toque de cocaína. ¿De dónde salía tanta energía? No había dormido más de seis horas y estaba acostumbrada a ocho. Me pregunté si Jack estaría cansado o si sentiría el mismo chute de adrenalina que yo. ¿Habría dormido bien? Me había dicho que le costaba bastante. ¿Estar en mi cama se lo habría puesto más difícil o más fácil? Parecía contento cuando se había ido.

Tenía demasiada energía para quedarme en la cama dándole vueltas a la cabeza, así que me levanté, me puse unos vaqueros y una camiseta y decidí acercarme a la granja a echarle una mano. O al menos ofrecerme a ello.

Me reí al ponerme las botas, que seguían llenas de barro del otro día. Si hace un año, o hace un mes, me hubieran dicho que iba a pasar las vacaciones en una granja, los habría tomado por locos.

Pero todo había cambiado.

Bueno, casi todo.

Todavía llevaba el collar de perlas.

Había amanecido y no hacía demasiado calor, así que fui caminando. No llovía, pero el cielo estaba nublado y el aire era húmedo. De camino a la

autopista, llamé a Ann y me sorprendió que respondiera tan temprano.

—Vaya, ¡hola! Pensaba dejarte un mensaje para decir que al final no me marchó.

—¡Genial! —dijo—. Me alegro mucho. ¿Sobreviviste al apagón de anoche?

—Sin problemas. Encendí una vela y pasé una noche de lo más agradable. —«¿Te cuento lo del orgasmo cuádruple?».

—Me alegra oírlo. Disfruta del resto de la estancia y avísame si necesitas algo.

—Lo haré. Gracias.

Crucé la autopista hacia la granja de los Valentini y encontré a Georgia en el porche con una taza de café.

—¡Buenos días! —me llamó agitando la mano.

—Buenos días. —Le devolví el saludo y caminé hasta ella.

—Te he visto cruzar. ¿Qué haces aquí tan temprano? —Sonrió por encima de la taza.

Mierda, ¿qué iba a decir? Me sonrojé antes de que se me ocurriera algo.

—Iba a preguntarle a Jack si quería que le volviera a echar una mano. — Señalé hacia el lago por encima del hombro—. No hace un día de playa.

—No mucho. —Parecía divertida—. ¿Jack sabe que has venido?

—No. —Metí las manos en los bolsillos—. Sospecho que me habría dicho que me ahorrara la molestia, no creo que el otro día le sirviera de mucho.

Se rio.

—Una mano extra siempre es de agradecer. ¿Quieres tomar un café primero? Si no sabe que vienes, no te echará de menos, ¿no?

—Cierto. —Sonreí, aunque estaba ansiosa por verlo—. Gracias, me apetece un café.

La seguí al interior de la casa y hasta la cocina. Cooper estaba sentado en el suelo jugando con unos bloques de plástico.

Le revolví el pelo.

—Hola, monada.

—¿Leche y azúcar? —preguntó Georgia mientras me servía una taza.

—Sí, por favor.

Me senté frente a la encimera y ella me pasó una taza de café caliente, la

jarra de leche y el azucarero.

—Aquí tienes. Hazlo a tu gusto.

Eché leche hasta que pasó del negro al beige y di un sorbo.

—Perfecto. Gracias.

Con la taza en las manos, apoyó los codos en la barra y me sonrió como un gato que acecha a un canario.

«Sospecha algo».

Me sonrojé otra vez y traté de disimular con la taza.

—No se me da bien guardar secretos —soltó de pronto.

—Ah.

—Además, la curiosidad me está matando. —Dejó la taza en la mesa y se incorporó—. Anoche al volver del trabajo vi que el coche de Jack no estaba. Lo he visto llegar esta mañana. Me pregunto dónde habrá pasado la noche.

La forma en que me miró me dio a entender que se hacía una idea.

Me removí incómoda en el asiento y aparté la mirada.

—Eh, bueno. No debería... —¡Mierda! No habíamos pensado en qué decir. ¿Jack quería mantener lo nuestro en secreto para su familia?

—No pasa nada. —Levantó una mano—. No tienes que contarme ningún detalle. Pero ayer cuando volvió y se disculpó, tanto Pete como yo lo notamos algo distinto. Estaba más relajado y dispuesto a escuchar. Menos malhumorado y cabezota.

—Interesante. —Me hice la loca mientras bebía.

—Pues sí. Mucho. —Sonrió mientras jugueteaba con la taza—. Pete le preguntó directamente si había echado un polvo.

Me atraganté con el café.

—¿Y qué dijo? —pregunté cuando dejé de toser.

—Ni lo confirmó ni lo desmintió.

Me llevé la taza a los labios de nuevo y me esforcé por no cambiar la expresión.

Sonreía de oreja a oreja.

—Cambiemos de tema.

—Sí, mejor.

—¿Te ha contado las buenas noticias? Vamos a poner en marcha la idea del *catering* y el restaurante o, al menos, a ver qué opciones tenemos.

—¡Qué bien! —dije.

—Estoy emocionada. He pensado que una vez la web esté terminada, podría escribir sobre el proyecto.

—¡Genial! Es justo el tipo de historia que debéis compartir.

—Brad va a llamarnos hoy a ver si podemos visitar la casa esta tarde. — Puso una mueca—. Pero los miércoles vamos al mercado agrícola de Frankenmuth de tres a siete, así que no sé si podrá ser. Tal vez tengamos que esperar.

—¿No puede ir nadie más al mercado?

Se encogió de hombros.

—A Jack no le va mucho, no desde que...

La puerta de la cocina se abrió y apareció Jack. Se me aceleró el pulso. Me temblaron brazos y piernas y me revolotearon mariposas en el estómago. Sonreí sin contenerme al verle el pelo. Como no hacía sol no se había puesto la gorra, así que pude ver que seguía hecho un desastre de anoche. «Por mis manos».

Crucé las piernas.

—Hola —saludó con una media sonrisa—. ¿Qué haces aquí?

Le sonreí.

—He venido a ver si querías que te echara una mano.

—Ah. He venido a por un café.

Señaló la cafetera, pero no se movió, se quedó donde estaba, mirándome con una sonrisita.

Georgia alternaba la mirada entre los dos.

—¿Te preparo una taza?

—Ya lo hago yo. —Echó a andar hacia el armario, pero vio a Cooper y se agachó para cogerlo en brazos—. ¡Hola, colega!

—¡Paque! —dijo el pequeño cuando lo tuvo en el regazo.

—¿Quieres ir al parque otra vez? —bromeó Jack—. ¿No te cansas del parque?

—Nunca —dijo Georgia—. Pero nada de helado cuando lo lledes. Anoche no quiso cenar.

Jack dejó a Cooper en el suelo y le pellizcó la nariz.

—No te preocupes, coleguita, nos lo comeremos a escondidas. Para eso

están los tíos.

Georgia lo golpeó en el hombro al pasar hacia la cafetera.

—Le contaba a Margot que Brad va a intentar enseñarnos hoy la casa de los Oliver.

Jack masculló algo ininteligible mientras se servía el café y su cuñada puso los ojos en blanco.

—Pero hay un problema, porque hoy tienen mercado en no sé dónde — dije.

—Frankenmuth. —Georgia se volvió hacia Jack—. De tres a siete.

—¿Por qué no vamos nosotros? —solté de pronto—. Nunca he estado en un mercado agrícola y me encantaría ver cómo es.

Jack se dio la vuelta y se apoyó en la encimera.

—Paso. No es lo mío.

—¿Por qué no?

—Hay gente —refunfuñó.

—Por el amor de Dios, pues claro, se llaman «clientes» —dijo Georgia—. ¡Me parece una gran idea! Deberías ir.

Se llevó la taza a la boca y farfulló algo antes de beber.

—¿Por favor? —Dejé la taza en la mesa, junté las manos y le dediqué mi mejor sonrisa—. Seré buena.

Suspiró y me miró con los ojos entrecerrados, pero se estaba aguantando la sonrisa.

—¿También voy a tener que comprarte un helado?

Aplaudí.

—¡Yupi! ¡Helado!

—Genial, gracias —dijo Georgia—. Os lo confirmo cuando me llame Brad.

—¡Vamos a prepararlo! —respondí, emocionada—. Pase lo que pase, iremos.

—Ah, ¿sí? —Georgia miró a su cuñado—. ¿Te parece bien?

—Sí. —Se bebió el resto del café y dejó la taza en el fregadero—. Mejor me marcho ya si solo voy a trabajar medio día. ¿Está todo preparado para esta tarde?

—No, pero me pondré ahora mismo a lavar y empaquetar las cosas. Que

Margot me ayude a preparar las mesas y los carteles, así le enseñaré cómo hay que colocar las cosas. Solo tendrás que meterlo en la camioneta.

—Por supuesto —dije—. Lo que necesites.

—Vale. —Jack me miró—. ¿Quieres ayudarme antes a recoger los huevos?

Arrugué la nariz.

—¿Es necesario?

—Sí.

—Divertíos —nos animó Georgia y levantó los pulgares en mi dirección sin que Jack la viera mientras abría la puerta.

De camino al gallinero, mis botas se hundieron en el barro, el olor a estiércol me asaltó las fosas nasales y sentí de nuevo ansiedad por tener que meter la mano debajo de una gallina enfurruñada. Pero el corazón me latía emocionado al pensar en el día que me esperaba.

Capítulo veintitrés

Jack

En cuanto rodeamos el granero y ya no se nos veía desde la casa, cogí a Margot de la mano, le di la vuelta y la besé. Lanzamos los brazos al cuello del otro y nos acercamos, como si llevásemos sin vernos mucho más que unas pocas horas. Olía como anoche, a vainilla y a sexo.

«Joder, eso me pone».

No había pensado en otra cosa desde que la había dejado en la cama. No me concentraba, me movía despacio y me quedaba embobado mirando al infinito en vez de ponerme a trabajar de una maldita vez.

—¿Qué cojones te pasa? —me había preguntado Pete hacía una hora, cuando me había encontrado atontado en medio del establo con una cuerda en las manos. «Nada, pensaba en atar con esto a la dulce señorita que trabaja para nosotros. Luego vendarle los ojos y follarle la boca. Lo normal».

Cuando la vi en la cocina casi se me para el corazón, algo con lo que no contaba. ¿Cuánto hacía de la última vez que me había sentido feliz de ver a alguien? Estaba guapa, con el pelo recogido, sin maquillaje y con una camiseta blanca básica. Acabaría el día hecha un desastre, pero no creo que le importara.

—Guau —dijo, recuperando el aliento—. ¿Esto por ayudarte con los huevos?

—No, es que me alegro de verte. Y por lo bien que dormí anoche. Se le iluminó la cara.

—Iba a preguntártelo. Decías que no dormías muy bien.

—Normalmente no, pero anoche sí.

No quería darle muchas vueltas, solo disfrutar de la sensación de estar descansado. Evité pensar en el porqué que había detrás, porque tendría que responder a preguntas que no quería hacerme.

—Me alegro mucho. —Se puso de puntillas.

La besé otra vez, esta vez más despacio. Quería alargar el momento todo lo posible, pero cuando las manos ya no me aguantaban quietas y la entrepierna empezó a abultarse, decidí que era mejor parar.

—Me apetece mucho más esto que trabajar, pero deberíamos acabar las tareas antes de irnos.

Sonrió.

—Soy toda tuya. Ponme a trabajar.

Margot seguía siendo un desastre en lo relativo a recoger huevos («Pero no puedo quitarle ese en el que está sentada, parece muy personal, creo que quiere quedárselo»), pero se acordaba de casi todo lo que le había enseñado el otro día y se movía más rápido.

Después de aquello, fui con Pete a comprobar la valla y Margot se quedó con Georgia preparando las cosas para el mercado. Hacía años que no iba a uno y siempre lo había hecho con Steph, que hacía que fuera menos insoportable. Esperaba que Margot se acordase de todas las indicaciones de Georgia.

Antes del mediodía, cargamos todo en la camioneta, incluida una cesta de pícnic que Georgia nos había preparado para comer, y nos marchamos a Frankenmuth.

—¿Qué música te gusta? —le pregunté mientras conducía.

Empezaba a salir el sol entre las nubes y parecía que haría buen tiempo, lo que siempre era de agradecer.

—Cualquier cosa.

—¿Cualquier cosa? —Busqué la radio para ver qué emisoras sintonizaba—. Veamos qué hay, pero la camioneta es vieja y carece por completo de florituras, no como un Mercedes.

Me pinchó en las costillas.

—Mi Mercedes es de 1972. Por aquel entonces no había muchas opciones

entre las que elegir.

—Cierto. Además, ¿quién las necesita? —Encendí la radio y bajé las ventanillas, el aire acondicionado no funcionaba—. La voz rasgada de Hank Williams en una vieja camioneta Chevy, conduciendo por una carretera secundaria y con el pelo al viento. —Le di un golpecito en la pierna—. No se puede ser más *country*.

Se rio y echó la cabeza atrás.

—¡Yija!

Me reí también. Hacía muchísimo que no me sentía tan bien.

Llegamos al pabellón cerca de la una y media, encontramos nuestro puesto y descargamos la camioneta. Margot se encargó de gran parte del trabajo más pesado, se limpió el sudor de la frente con el antebrazo y empezó a colocarlo todo una vez acabamos.

—Déjame a mí —le dije cuando una de las mesas plegables se resistía a abrirse.

Se enderezó, se apartó un mechón de la cara con un soplido y me fulminó con la mirada.

—No soy una inútil. Sé abrir una mesa plegable.

—Vale, como quieras. —Me di la vuelta para que no me viera sonreír y empecé a desempaquetar la balanza.

Cuando los manteles estuvieron puestos y los productos colocados exactamente como nos había indicado Georgia, Margot se levantó y lo miró con ojo crítico.

—Ojalá tuviéramos diferentes niveles en la mesa. Y más profundidad.

Fruncí el ceño.

—¿Profundidad?

—Sí. Me encantan las cestas de diferentes tamaños del suelo y los barriles, pero las mesas quedan algo sosas, les falta algo. —Se frotó la barbilla con dos dedos—. Hay que rehacer el cartel cuando tengáis el logotipo nuevo y deberíamos ponerlo delante. Me gustaría que fuera moderno y clásico a la vez. A la moda, pero auténtico.

—¿Qué más da eso? ¿No debería ser la calidad del producto lo que atraiga a los clientes?

Me sonrió con condescendencia.

—Eso consigue que vuelvan. Pero mira cuántos puestos hay. ¿Cómo vamos a destacar? La gente toma decisiones basadas en la primera impresión en menos de un segundo. Hay que captar su atención con algo que sea impactante, especial.

Me rasqué la cabeza, no tenía ni idea de cómo hacer eso, pero si alguien era impactante y especial, era Margot.

Rodeó las mesas y cogió su bolso.

—Ahora vuelvo.

—¿A dónde vas? ¿No quieres comer antes de abrir?

—Dame diez minutos —gritó por encima del hombro y salió disparada.

Volvió en cinco minutos con macetas de hierbas y flores de diferentes alturas, las colocó en la mesa y lo reorganizó todo. Retrocedió para observar su obra y asintió.

—Mejor. Además, la albahaca huele muy bien. Cuando hayamos vendido algunas cosas, pondré las cajas vacías al fondo de la mesa para colocar encima las cajitas más pequeñas y que se vean bien, pero por ahora, sirve.

Levanté una ceja.

—Estás al mando. ¿Comemos?

—Sí, por favor. Me muero de hambre.

Almorzamos junto al puesto y dimos buena cuenta de los sándwiches, los pepinillos y las galletas que Georgia nos había preparado.

—Espero que vean la casa hoy —dijo Margot mientras saboreaba una galleta.

Destapé la botella de agua y di un trago.

Me dio una patada.

—¡Oye! ¿Tú no?

—Supongo.

Chasqueó la lengua.

—Eres un aguafiestas. Yo me alegro por ellos. ¡Es su sueño!

—Ya lo sé —reconocí de mala gana—. No me emociona la idea de que compren esa ruina de casa, pero me parece bien si les hace felices.

—Eso es porque debajo de tanta rudeza y cabezonería se esconde un tierno corazoncito. —Me miró divertida—. Reconócelo, en el fondo eres un blando.

Puse una mueca.

—No me gusta cómo suena eso.

—No te preocupes, granjero enfadica, tu secreto está a salvo conmigo. —Me palmeó la pierna—. No le contaré a nadie lo dulce que eres en realidad.

Me incliné para susurrarle al oído.

—Y yo no le contaré a nadie lo pervertida que eres en realidad.

Jadeó y se rio.

—Más te vale.

—¿Jack?

Miré a la mujer que había hablado y, durante cinco segundos aterradores, creí haber visto un fantasma. Joder.

—Suzanne.

Me enderecé en la silla y me alejé un poco de Margot.

—Me había parecido que eras tú. He visto el cartel y esperaba encontrarme con Pete y Georgia. —La hermana pequeña de Steph miró a Margot y después a mí—. Hacía mucho que no venías por aquí.

—Ya, normalmente no me encargo de esto.

Joder, cuantos más años pasaban, más se parecía a su hermana mayor. El mismo tono de piel, la misma altura y constitución, hasta tenían la misma voz. Se llevaban tres años, así que Suzanne acababa de cumplir treinta, la edad que tenía Steph cuando murió.

—Anda, ven aquí, grandullón. —Abrió los brazos y me levanté. Rodeé las mesas para darle un abrazo algo incómodo. Se puso de puntillas, igual que solía hacer Steph para rodearme con los brazos y el estómago me dio un vuelco—. Me alegro de verte.

—Lo mismo digo —mentí.

La solté y me apresuré a volver detrás del puesto. Al menos no olía como su hermana. Suzanne llevaba un perfume de flores y Steph jamás habría usado nada parecido.

—Hola, soy Margot Lewiston. —Margot se levantó con una sonrisa y le tendió la mano a Suzanne.

¿Dudó antes de aceptarla? A lo mejor fueron imaginaciones mías. Estaba

algo aturdido y empezaba a sudar.

—Suzanne Reischling. —Le estrechó la mano a Margot y, aunque llevaba gafas de sol y no le veía los ojos, estoy bastante seguro de que la repasó de arriba abajo.

—Encantada de conocerte —dijo Margot.

—Igualmente. —Suzanne retiró la mano—. ¿Trabajas en la granja?

Margot se rio.

—Algo así. Me han contratado para ayudarles con la publicidad. Relaciones públicas, redes sociales, marca y esas cosas.

—Interesante. —Suzanne se cruzó de brazos—. ¿Eres de por aquí?

—No, soy de Grosse Pointe, al norte de Detroit.

—Sé dónde está.

Suzanne actuaba con tanta frialdad que me hizo recobrar la cordura.

—Margot va a pasar con nosotros una semana para conocer mejor el negocio —dije. Me sentí extraño al querer defenderla.

—Sí. Hoy he venido para ver cómo era esto. Nunca había estado en un mercado agrícola. —La sonrisa de Margot seguía siendo sincera y su tono amistoso. Se balanceaba sobre los talones con las manos en los bolsillos—. Estoy emocionada.

—Qué mona —dijo Suzanne, cortante.

—¿Y tú? ¿Has venido con tu madre? —Me volví hacia Margot—. La señora Reischling a veces vende jaleas, mermeladas caseras y productos de panadería en los mercados. —Otro motivo por el que evitaba venir. Nunca había llegado a decirme nada, pero sé que me culpaba por lo que pasó. ¿Cómo no hacerlo? ¿No tenía ganas de gritarme? Sabía lo que me diría: «Si no fuera por ti, ahora sería médica, estaría casada con otro médico, viviría en una preciosa casa y estaría esperando un bebé».

Tendría razón en todo.

—Pues sí, he venido con mamá. Le encantaría verte. ¿Quieres pasarte a saludar?

Miré a Margot de reojo. ¿Sabía quién era Suzanne? Si así era, lo disimulaba bien. Se le daba genial mantener la calma y morderse la lengua. «Podría aprender de ella».

—Quizá más tarde. Ahora tenemos que acabar de prepararlo todo.

—Vale. Que no se te olvide. Seguimos siendo tu familia, ¿no? —Sonó como una acusación.

—Claro.

Metí las manos en los bolsillos y esperé que no quisiera volver a abrazarme.

Sonrió con la boca de Steph y me dio un escalofrío.

—Pues luego nos vemos.

Sin siquiera mirar a Margot, se marchó.

Cuando estuvo lo bastante lejos, suspiré y me dejé caer en la silla. Cogí la botella de agua y di un trago largo.

Margot se sentó también en el borde de la silla.

—¿La hermana de Steph? —preguntó con tacto.

—Sí.

Asintió.

—Eso pensaba. Se parecen mucho.

—Sí.

—Tiene que ser duro.

Me encogí de hombros.

—La verdad es que Steph era muy distinta a su hermana.

—¿Y eso?

—Personalidades diferentes, intereses diferentes. —La miré—. Ella nunca te habría tratado así.

Esbozó una sonrisa triste.

—Me ha dado la sensación de que no le hace mucha gracia verme aquí contigo.

—Ya. Porque solía venir con Steph.

Margot ladeó la cabeza.

—Entonces es comprensible que haya reaccionado así.

—Puede. Sigue sin estar bien. —Suspiré y cerré los ojos un segundo—. Cuando Steph estaba viva, a su familia yo ni siquiera le caía bien.

—¿De verdad? —Margot sonó sorprendida de veras—. ¿Por qué?

Me encogí de hombros.

—Creían que merecía algo mejor que quedarse en el pueblo y casarse

conmigo. Joder, es verdad, se lo merecía, se lo dije un millón de veces. — Enfadado, bebí otro trago de agua. Ojalá fuera *whisky*.

—Me cuesta creerlo.

—No sé por qué —espeté—. Ya has visto lo capullo que puedo llegar a ser.

—Eres un buen hombre, Jack. Sí, a veces te enfadas y explotas. Si te presionan, contraatacas. A veces eres un capullo, me consta. —Suavizó el tono—. También te disculpas cuando debes y tratas a la gente y a los animales con cariño y amabilidad. Hasta tratas la suciedad con cariño y amabilidad.

Casi sonreí y me vio.

—Además —dijo y se inclinó para susurrar—. Sabes usar las manos y la lengua y la tienes enorme. ¿Qué más se podría pedir?

De mala gana, me permití sonreír un poco y sacudí la cabeza. ¿Creía de verdad que tener la polla grande compensaba todo lo que no podía ofrecer? ¿Margot, de todas las personas?

—Veamos: estabilidad, seguridad financiera, un buen coche, una buena casa, joyas caras...

—Tú mismo dijiste que todo eso le daba igual.

—Pero a ti no. —No sé por qué lo dije. ¿Por qué comparaba a Steph con Margot?—. Mierda. Da igual, no he dicho nada.

—No, escucha. —Puso la mano en mi pierna—. No te equivocas. Me importan esas cosas. Nunca me han faltado, ni nada que se pueda comprar con dinero. Pero ¿sabes qué?

«Somos tan diferentes».

—¿Qué?

—A mi vida le falta algo.

La miré.

—¿Como qué? ¿Qué puede faltarte cuando tienes todo lo que puedes pedir?

Puso los ojos en blanco.

—Siento decepcionarte, pero no venden felicidad en Bloomingdale. Mucha gente rica es desgraciada y mucha gente pobre es feliz.

—Supongo.

—¿Erais ricos Steph y tú?

Bufé.

—No.

—Pero erais felices.

—Sí, lo éramos. Demasiado.

Ladeó la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

Mierda, ¿por qué había dicho eso? Una cosa era liberar la tensión sexual, pero no quería contarle todo sobre mí.

—Nada, da igual.

—Lo has dicho por algo. Cuéntamelo.

Suspiré y el peso que no había sentido en todo el día se instaló en mis hombros.

—La felicidad que teníamos no iba a durar.

—¿Por qué no?

—Porque era demasiado bueno para ser verdad. No me lo merecía. —«Cierra la puta boca, Valentini. ¿Te has vuelto loco?».

Se me quedó mirando un rato.

—¿Por qué no?

—Mierda, Margot. ¿Lo dejamos, por favor? No me apetece hablar de ello. No lo entenderías, no tiene nada que ver contigo. —«No quiero empezar a contarte estas cosas. No puedo».

—Pero...

—¿Que lo dejes, joder! ¡Mi vida con Steph no es asunto tuyo!

Estaba a punto de perder los nervios y cuando eso pasaba, acostumbraba a soltar gilipolleces de las que luego me arrepentía, así que me levanté como un resorte y me largué.

No sabía a dónde iba, solo quería alejarme un rato. Pasé junto a otros vendedores cegado por el enfado, atravesé un *parking* público y seguí andando calle abajo.

Joder, ¿por qué tenía que meter las narices? Había estado de buen humor todo el día. Feliz, incluso. ¿Por qué había tenido que arruinarlo insistiendo en meter el dedo en la herida? Que me la tirase no significaba que tuviera derecho a preguntarme por mis sentimientos. En lo nuestro no había sentimientos, ¡era solo sexo! No había necesidad de complicar las cosas

hablando del pasado, de lo que nos hacía daño o lo que nos faltaba en la vida. Empezar a hacer eso significaría que la relación iba a convertirse en algo más, algo que yo no quería y que ella no necesitaba.

Respiré hondo un par de veces, me detuve y me llevé las manos a la nuca. Esperé a recuperar la calma y a que se me pasara el mal humor.

Después de unos minutos, me tranquilicé.

Y me avergoncé de mí mismo.

Era yo el que había hablado demasiado. ¿Por qué siempre me iba de la lengua cuando estaba con ella? No sé por qué no me callaba. Otra vez me había enfadado conmigo mismo y lo había pagado con ella. ¿Cuándo aprendería que discutir con los que intentaban ayudarme al final me hacía sentir peor? Margot no sabía lo culpable que me sentía por la muerte de Steph ni que me creía responsable. Y no pensaba contárselo, era una carga que no tenía por qué soportar. Se suponía que lo nuestro era algo pasajero y sin complicaciones. Además, sería una traición. Una cosa era el sexo, pero no iba a dejar que nuestra conexión pasara más allá de lo físico.

Ser amigos, vale, pero el romanticismo era demasiado y la intimidad no era una opción. Cuanto menos supiera, mejor.

Debía tener más cuidado. Por el bien de los dos.

De vuelta a la parada, paré a comprarle unas flores. No sabía cuáles le gustaban, así que elegí un pequeño ramo de hortensias azules porque el color me recordaba a sus ojos. Estaban envueltas en un papel marrón atado con un cordel. Eran bonitas, pero cuando la vi sentada sola junto a la mesa, triste y nerviosa, me sentí fatal y quise haberle comprado un ramo mucho más grande.

Me acerqué al puesto y me agaché junto a su silla.

—Hola.

—Hola. —Se miraba las manos sobre el regazo.

—Son para ti. —Le di las flores—. Lo siento.

Miró el ramo y después a mí. Respiró.

—Yo también.

—No tienes nada por lo que disculparte.

—Sí, sí tengo. —Sacudió la cabeza—. No debería haberte presionado para que hablaras. Nunca he perdido a nadie como tú, no sé cómo es. Nunca he querido a nadie como tú. —Me miró a los ojos—. No soy nadie para darte consejos, no te culpo por enfadarte.

—No me he enfadado contigo. Sé que lo ha parecido —añadí cuando me miró con duda—, pero te prometo que no. Me he enfadado conmigo y lo he pagado contigo. Lo siento.

—Disculpas aceptadas. —Sonrió y olió las flores—. Me encantan las hortensias. Gracias.

—Me impresiona que sepas lo que son.

Le brillaron los ojos por encima del ramo.

—Muy gracioso.

—Hacen juego con tus ojos, por eso las he elegido.

Bajó el ramo y me miró sorprendida, con las mejillas sonrojadas. Abrió la boca como si quisiera decir algo, pero la cerró de nuevo.

La miré y el corazón me latió más rápido de lo que me gustaría, así que comprobé el reloj. Eran casi las tres.

—Está a punto de abrir. ¿Lista?

—Sí. —Sonrió, dejó el ramo con cuidado debajo de la mesa y se levantó—. ¿Qué tengo que hacer?

—No dejes que se vayan sin comprar algo. —Me estiré y me crujieron las articulaciones.

Ensanchó la sonrisa.

—Pan comido. Le vendería hielo a un esquimal, ¿no?

—Exacto —dije—. Cuento con ello.

Levantó los pulgares en mi dirección cuando se acercó un pequeño grupo de gente. Me quedé mirando cómo los encandilaba. Sonreía y les daba la mano al presentarse. Después chocábamos los cinco cuando se marchaban con una bolsa llena de huevos y verduras.

La escena se repitió una y otra vez.

Lo llevaba en la sangre. La gente se sentía atraída por ella. La escuchaban y hablaban. No me extrañaba que se le diera tan bien su trabajo, era preciosa, dulce y sincera. La gente quería complacerla. Además, se notaba que había investigado sobre agricultura sostenible y los beneficios de la comida

orgánica. Me sorprendió incluso a mí con lo que sabía, sobre todo por haberlo aprendido en tan poco tiempo. Era lista. ¿De verdad hacía todo esto gratis?

—Me encanta —le dije—. Solo tengo que quedarme aquí y guardar el dinero mientras haces todo el trabajo.

—No seas tonto, esto no es nada. Tú haces el trabajo duro al cultivarlo. No sé cómo no había pensado nunca de dónde viene lo que como o lo que lleva. —Parpadeó—. Me fascina lo que haces. Además, ¡es divertido!

Se volvió hacia un grupo de nuevos clientes y no me resistí a agarrarla por la cintura por detrás.

—Cuidado, chica de ciudad, o no querré que te vayas.

Se rio cuando la solté.

Lo que me daba miedo era que solo bromeaba a medias.

Capítulo veinticuatro

Margot

Cuando el mercado cerró y terminamos de cargar la camioneta, Jack se ofreció a llevarme a cenar para agradecerme el trabajo. Le dije que no hacía falta, que me lo había pasado muy bien, pero insistió. Creo que todavía se sentía culpable por la pequeña discusión, aunque no había vuelto a mencionarlo.

Yo me sentía algo culpable. Solo había querido asegurarle que era lo bastante bueno para Steph y que merecía ser feliz, pero no debería haberlo presionar tanto, me había pedido que parase. Era muy triste, ¿por qué creía que no merecía ser feliz? Nunca había oído a nadie hablar así de sí mismo. Me daba lástima.

Al marcharse enfadado, me habían entrado ganas de llorar. Prácticamente lo había obligado a venir al mercado, algo que solía hacer con su esposa, y se había encontrado con su hermana, lo que había desenterrado recuerdos dolorosos. Luego, encima, había empeorado las cosas al meter las narices donde no debía.

Me había comportado como una imbécil y había soltado la frasecita de que «¡el dinero no compra la felicidad!».

¿Cómo se me ocurría comparar mi situación con su trágica historia? Lo mío seguramente no era más que aburrimiento. Era una malcriada, mira que quejarme de que «a mi vida le faltaba algo». Nunca me había faltado nada. ¡Me entraban ganas de darme un guantazo! Había quedado como una

caprichosa delante de Jack, que se había esforzado toda la vida y lo había pasado mal. No tenía ni idea de lo que era eso.

La disculpa había sido muy dulce. Tripp me regalaba flores cuando discutíamos, pero siempre pedía que me las llevaran a casa. Aunque apreciaba el gesto y la galantería como cualquier mujer, la forma en que Jack me había traído el ramo mientras se echaba la culpa por todo había sido mucho más personal y bonita. Cómo se había agachado y me había dado las flores. Al decirme que las había elegido porque hacían juego con mis ojos, el corazón me había dado un vuelco.

Jack me importaba, aunque todavía no sabía hasta qué punto.

No fue a saludar a la madre de Steph y no me quejé. Me gustaban los detalles sociales, pero después de cómo Suzanne se había portado conmigo, no me pareció que le debiera ningún favor. Le había hecho sentir incómodo cuando podría haber sido amable. Después de todo, yo no era ninguna amenaza para la memoria de su hermana. Solo quería hacerlo sonreír, reír y sentirse bien, aunque fuera un rato.

—Conozco un sitio que te gustará —dijo cuando salimos del aparcamiento.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque en el menú tienen embutidos, tablas de quesos y cócteles artesanales. —Levantó el meñique—. *Très chic*.

Le golpeé la mano para que la bajase.

—No hagas eso. Me vale cualquier cosa. Y no me parece que vayamos vestidos para un sitio «chic». —Me señalé la camiseta—. Estoy pegajosa y sudada. Doy asco.

—No darías asco ni en tu peor día.

Sonreí.

—Gracias. ¿Seguro que podemos ir así?

—Seguro. Aquí no hay muchos sitios con código de vestimenta.

Elegimos una mesa en la terraza del restaurante y nos sentamos debajo de una cadena de luces de fiesta y un paraguas a rayas blancas y negras. Era una mesa para cuatro y me alegré cuando Jack se sentó a mi lado en vez de enfrente. Pedimos algo de beber: un Martini para mí y un *whisky* con hielo para él. Mientras preparaban las copas, miramos el menú y elegimos una tabla

de embutidos y quesos y otros platos pequeños para compartir.

Cuando llegaron las bebidas, el logo del posavasos me recordó algo que quería preguntarle.

—¿Cómo es una acelga cuando se recoge?

Me miró con una ceja arqueada.

—¿Por qué?

—Porque tengo que dibujar una. —Le di la vuelta a la servilleta y saqué un boli del bolso—. Enséñamelo. Dibuja tres.

Me miró extrañado, pero hizo lo que le pedí.

—¿Así?

—Perfecto. —Me mordí el labio y añadí un cartel por encima de las tres verduras, donde escribí: «*Acélgate* a la Granja de los hermanos Valentini». Nerviosa, se lo enseñé.

Gruñó, pero también sonrió.

—¿Qué es eso?

—Una idea para un logotipo. ¿No quedaría bien en los manteles y el cartel? También podemos hacer camisetas y bolsas de la compra. —Empezaba a emocionarme.

—¿Las acelgas somos Brad, Pete y yo?

Asentí, feliz.

—¡Les dibujaría caritas!

—Vas a acabar conmigo.

—Voy a convertirlos en una marca. —Me guardé la servilleta y el boli en el bolso—. Hoy se me han ocurrido muchísimas ideas.

—A mí también, pero ninguna tiene que ver con acelgas.

Nos miramos a los ojos y sentí una corriente eléctrica entre los dos.

«¡Todavía me desea!». El corazón se me aceleró. Desde el encuentro con Suzanne y la discusión de después tenía miedo de que la pasión se hubiera apagado un poco, pero seguía ahí.

Comimos deprisa.

En el coche, de vuelta a casa, le pregunté cuál era su comida favorita. Se me

había ocurrido la loca idea de cocinar para él, seguro que se reía.

—Supongo que un entrecot a la parrilla con patatas asadas dos veces y algunas verduras de nuestra huerta.

Uf, no sería fácil. Tendría que aprender a usar la parrilla. ¿Patatas asadas dos veces? No sabía ni qué era eso. ¿Para qué ibas a asar una patata dos veces? ¿No valía con una?

Me miró de reajo.

—¿Por qué preguntas? ¿Vas a cocinar para mí?

—No te emociones tanto. —Puse una mueca—. Me gustaría, pero no sé usar la parrilla de la villa.

—¿Por qué? ¿Es complicada?

—No lo sé. Le pregunté a la dueña cómo se encendía, pero empezó a hablar de carbón y acelerante. —Sacudí la cabeza—. Me pareció peligroso.

Soltó una carcajada. Nunca me iba a cansar de escuchar ese sonido, aunque fuera a mi costa.

—Has vivido en una burbuja.

—No tanto —me defendí.

—¿Segura? Juguemos a una cosa. —Se quedó en silencio con una sonrisa durante un largo rato—. Diré algo y, si no lo has hecho nunca, te quitas una prenda.

—¿Cómo? —dije, indignada—. Bueno, vale, pero si lo he hecho, te la quitas tú.

—Me parece bien.

—Adelante.

—Cambiar una rueda.

—¡Venga ya! —protesté—. Empieza con algo más fácil. ¿Quién hace eso?

—Mucha gente. Deberías aprender. Tienes un coche viejo, ¿qué vas a hacer si pinchas?

—Llamar a asistencia en carretera.

—¿Y si no llevas el móvil?

Suspiré.

—Una prenda —advirtió.

—Vale, vale. —Me quité una bota—. Siguiente.

—Echar gasolina sin ayuda.

—¡Ja! Eso lo he hecho. —Lo señalé—. Quítate algo.

Sonrió.

—Sujeta el volante.

Lo hice y él se quitó la camiseta. Se me hizo la boca agua. Incluso en la oscuridad de la camioneta se le marcaban los músculos de los brazos y las líneas del estómago.

Volvió a coger el volante.

—Trabajar de camarera.

—Mierda. —Me quité la otra bota—. Nunca he tenido un trabajo de verano. Viajábamos al extranjero.

A Jack le pareció muy gracioso.

—Venga, una fácil. Desatascar un baño.

Fuera un calcetín.

—Cortar el césped.

El otro.

—Fumar un porro.

Adiós a la camiseta.

—Dormir en una tienda de campaña.

Me quité los vaqueros. Sonreía como un idiota.

—Me lo estoy pasando en grande.

—Más vale que no nos paren —dije, cruzada de brazos.

—A lo mejor paro yo.

Sentí un cosquilleo en los dedos de los pies.

—Pelearse.

Lo pensé un segundo.

—¿Qué clase de pelea?

—Una pelea. Con puñetazos.

—Puñetazos, ¿eh? ¿Panecillos no?

—¿Perdón? —me miró de reojo—. ¿Qué dices?

Rompí a reír.

—El cabrón de mi ex se presentó en mi casa a las dos de la mañana hace un par de semanas y me pidió matrimonio. Ahora me cuesta creerlo, pero la verdad es que me lo planteé de verdad. La noche siguiente, apareció con la

tonta de su novia en la gala benéfica de la campaña de mi padre y la chica llevaba el mismo anillo de diamantes con el que se me había declarado a mí. Había ido directo de mi casa a la suya.

—Menudo imbécil.

—Pues sí. Luego me enteré de que su padre le había dicho que, si no dejaba de hacer el imbécil y se tomaba la vida en serio, le cortarían el grifo, así que decidió que casarse era la mejor forma de parecer serio. Necesitaba la herencia para pagar deudas de juego.

—Joder. —Jack sacudió la cabeza—. Veo que tener dinero no lo arregla todo.

—Para nada. En fin, esa noche estaba tan cabreada que empecé a gritarle y lanzarle panecillos.

Me miró.

—¿Panecillos? ¿No se te ocurrió nada mejor? ¿No tenías un jarrón a mano? En las películas los ricos siempre lanzan jarrones.

Le di un golpe en el brazo.

—Volqué uno, si te vale. ¡Ah! También incendié un mantel sin querer.

Sacudió la cabeza, pero sonreía.

—¿Le diste, al menos?

—Una o dos veces.

—¿Cuántos panecillos lanzaste?

Me encogí de hombros.

—Puede que una docena.

Ensancho la sonrisa.

—Un caso perdido. Y no cuenta como una pelea.

Suspiré y me desabroché el sujetador. Lo sujeté con los brazos hasta que eché un vistazo. Íbamos por una carretera rural mal iluminada y no nos habíamos cruzado con ningún coche, pero seguía sin estar segura. Sé lo que diría mi madre: «Las Thurber no se desnudan en vehículos en marcha».

—Venga, chica de ciudad. No seas tímida.

Lo dejé caer y adopté una postura *sexy*.

—¿Contento?

Me echó una mirada rápida y frunció el ceño.

—Mierda. No lo había pensado bien. No sabré conducir contigo desnuda.

—¡Ja! Haberlo pensado antes.

Un segundo después ralentizó la marcha y dio un volantazo para meter la camioneta por un camino de tierra entre dos terrenos de cultivo. Apagó el motor y todo se quedó a oscuras y en silencio.

—Ven aquí.

No me dio tiempo a moverme, me cogió y me sentó en su regazo a horcajadas. Nos besamos mientras me acariciaba la espalda con las manos. Me agarró el culo y me apretó contra el bulto de sus vaqueros. Balanceé las caderas y se me humedeció la ropa interior.

Recorrí con las manos su pecho, brazos y abdominales, embriagada por su olor.

Estaba excitada por el momento, esa locura espontánea, seguramente ilegal y sin duda poco aconsejable en la propiedad de alguien. Podrían vernos. Podrían pillarnos y nos meteríamos en un lío.

Nunca me había metido en líos.

—La tengo durísima.

Flexionó las caderas y las levantó del asiento.

—Me encanta. —Palabras que nunca había pronunciado antes se me escapaban sin pensarlo, sin aliento—. Quiero que me folles. Aquí y ahora. — Agarré su cinturón.

En un momento, me quité las braguitas y él se bajó los vaqueros lo justo para liberar su miembro. Me encajé sobre él, mirándolo a los ojos mientras me agarraba la cintura.

Me sentía poderosa y carnal. Nunca había sido tan consciente de mi cuerpo ni había sentido tanto deseo. Nunca había experimentado un ansia así, hasta el punto de que anhelaba el sexo con él tanto como beber, comer o dormir.

Cuando llegó hasta el fondo, me quedé quieta un momento para disfrutar la sensación de estar llena.

Abrió los ojos.

—¿Sexo en el coche?

Sonreí y empecé a moverme.

—Nunca.

—Genial. Soy un pionero.

Acercó las manos y la boca a mis pechos mientras me movía sobre él. Me

arqueé de placer y jadeé cuando sentí sus dedos, su lengua y sus dientes en la piel.

No estaba acostumbrada a estar encima, pero mi cuerpo sabía perfectamente qué hacer, cómo moverse y retorcerse para frotar mi clítoris con la base de su pene y arquearse para sentirlo en el punto exacto. Cuando alcancé el éxtasis, fue algo incomparable. El orgasmo fue profundo y devastador, los músculos de mi sexo se contrajeron y me convulsioné mientras el mundo se ponía patas arriba un instante.

—Dios, te siento —susurró en mi pecho—. Siento cómo te corres y me vuelve loco.

—Ahora quiero sentirte yo —dije a duras penas.

Tomó el control, me agarró las caderas y me movió arriba y abajo mientras me embestía. Luego aceleró el ritmo y me sujetó con fuerza contra su cuerpo, moviéndome de un lado a otro y provocando que el clítoris empezara a palpitarme de nuevo.

—Córrete otra vez.

Joder, me encantaba que me diera órdenes así, con la voz tan dura como la polla.

—Sí —jadeé y dejé que me moviera como si mi cuerpo fuera suyo. Me entregué por completo—. Haz que me corra.

Fue casi mágico. Sabía perfectamente lo que hacía, mi cuerpo pedía y el suyo respondía. Su cuerpo ordenaba y el mío obedecía. Llegamos al orgasmo a la vez en una espiral de placer. Cuando nos abrazamos entre risas, maldiciones y besos mientras recobrábamos el aliento, algo en mí comenzó a liberarse.

Tuve una ligera sensación de malestar mientras me vestía y volvíamos a la carretera. Pero ¿qué era? El sexo había sido increíble, era cada vez mejor. Me sentía cada vez más cómoda dejando que el instinto tomara el control y sentía más placer al entregarme a él y dejarle que hiciera conmigo lo que quisiera. ¿Me preocupaba que no sintiera lo mismo?

No, no era eso. Él disfrutaba tanto como yo, era evidente por cómo hablaba, cómo me miraba y cómo se movía. Juntos nos sentíamos libres. Como

si saber que la relación sería temporal nos diera permiso para ser tan salvajes como nos apeteciera. No había preocupaciones ni complicaciones.

Pero teníamos fecha de caducidad. En una semana, todo terminaría.

Lo miré y el estómago me dio un vuelco.

¿Y si no quería que acabase?

Capítulo veinticinco

Jack

Mientras conducía por la autopista en la oscuridad, mantuve los ojos en la carretera, pero tenía la cabeza en otra parte. Las preguntas que había querido ignorar aquella mañana me asaltaban ahora implacables.

¿Por qué era todo tan fácil con ella? ¿Por qué el sexo era tan bueno? ¿Por qué me sentía tan bien a su lado? ¿Qué tenía Margot Lewiston, una niña rica de ciudad que no sabía ni encender una parrilla, que me atraía tanto? ¿Por qué al mirarla sentía una necesidad insaciable de poseerla?

El sexo con Steph siempre había sido fantástico, pero no como esto. Odiaba hacer comparaciones porque las dos eran muy diferentes y no era que el sexo con Margot fuera mejor, pero satisfacía algo distinto dentro de mí. El sexo con Steph era apasionado porque nos queríamos, nos entendíamos y cuidábamos el uno del otro. Era una forma física de expresar lo que sentíamos. Habíamos pasado por mucho juntos y quería protegerla y hacerla feliz, incluso al hacer el amor. Nunca se me ocurrió siquiera ser brusco con ella, tirarle del pelo o dejarle marcas en el cuerpo. Nunca me costó mantener el control, porque nunca sentí que lo estuviera perdiendo.

El sexo con Margot también era apasionado, pero de una forma totalmente distinta. Si estar con Steph era como sumergirse en un hermoso mar azul, estar con Margot era como tirarse de cabeza a las cataratas del Niágara. Era agitado y turbulento, lleno de pánico y desesperación. En cualquier momento podían entrecruzarse el placer y el dolor, el miedo y el desahogo, la tranquilidad y el

caos. Tenía que luchar por el control, para dominarla y combatir la sensación de impotencia. Afortunadamente, a ella también le gustaba esa dinámica. Que no la tratara como si fuera delicada y frágil, y, cuando le daba órdenes, obedecía.

Me encantaban las contradicciones entre la Margot que todos conocían y la persona que era conmigo. Me volvía loco cuando me susurraba palabras sucias, me arañaba, me mordía y gemía y jadeaba como un animal.

A lo mejor era por eso, a lo mejor era tan bueno porque teníamos libertad para ser alguien que no éramos con nadie más. O tal vez era por la corta duración de lo nuestro, como lo que se dice de que el sexo en vacaciones es mejor que el sexo de cada día. Es posible que hubiera conseguido dormir a su lado porque, por primera vez en años, me había olvidado por un segundo del dolor. No había nada malo en ello, ¿no? Solo era temporal. Volvería en cuanto ella se fuera. De momento, disfrutaría del presente. Con ella.

La miré y la vi morderse el pulgar.

—Estás muy seria. ¿Te preocupa qué será lo siguiente que haga para desinhibirte?

Sonrió y me miró de reojo.

—¿Debería?

—Sin duda.

—¿Látigos y cadenas?

—Ja. Qué más quisieras. Nos vamos de acampada.

Le desapareció la sonrisa.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

—¿De acampada en plan dormir en el suelo, en mitad del bosque? — preguntó, como si no entendiera del todo el concepto.

—Eso es. ¿Estás asustada? —La pinché con el dedo en el costado.

—¡Sí! ¡En el suelo hay bichos asquerosos! ¡Y no hay baños en el bosque! ¡Ni servicio de habitaciones! ¡Ni camas!

Me reí.

—No.

—En el bosque hay animales —susurró, como si no quisiera que la oyeran llegar.

—Nena, el único animal que te tiene que preocupar soy yo. —La miré. Su expresión era una mezcla de alegría y terror.

—¿No podemos ir a un hotelito de por aquí?

—¿Qué tiene eso de divertido? —Giré hacia la entrada de la casa de Pete y Georgia—. No, quiero que experimentes una acampada de verdad. ¿Eres capaz de pasar una noche sin lujos?

Aparqué y la miré.

—¿Una noche? —preguntó, nerviosa.

—Una noche.

Lo meditó y se enderezó.

—Vale. Puedo soportarlo una noche. Y tú —añadió— puedes soportar una gala benéfica de etiqueta con temática de Gatsby para la Sociedad Histórica.

—¿Etiqueta? —Fingí pensar—. No creo que tenga nada así.

—Solo necesitas un esmoquin.

—Ya, seguro que no tengo ninguno.

Me palmeó el brazo.

—Yo me encargo de todo.

—Ni hablar. No pienso ir a ninguna gala.

—¿Tienes miedo de que te tire un panecillo? —Levantó la mano y fingió que apuntaba.

Me reí y abrí la puerta del conductor.

—La verdad es que me encantaría ver eso.

Salió de la camioneta y la rodeó para alcanzarme en la parte de atrás. Empezamos a descargar.

—Por favor, será divertido.

—No te lo crees ni tú.

Se rio.

—La verdad es que no. Pero acampar tampoco me lo parece. —Caminamos en la oscuridad hacia el cobertizo, con los brazos cargados de cajas vacías—. La verdad es que sí creo que nos divertiríamos en la gala.

—¿Y eso por qué?

—Creo que nos divertiríamos en cualquier parte.

Sonreí y me pregunté quién se sentiría más fuera de lugar: ¿Margot en un saco de dormir o yo vestido de esmoquin? Además, solo me sentía cómodo

pasando este tiempo con ella porque lo que había entre nosotros acabaría cuando se fuera. No quería hacer promesas que alargasen más la relación.

—Lo siento, Margot, pero no.

Suspiró.

—No es justo. Tengo que salir de mi zona de confort por ti, pero ¿tú no haces lo mismo por mí?

—Vas a salir de tu zona de confort por ti. Voy a enseñarte técnicas de supervivencia muy valiosas. Cómo encender una cerilla, por ejemplo.

—¿Cuándo?

—Veamos. Hoy es miércoles y mañana voy a cuidar de Cooper. ¿Qué tal el viernes?

—Hecho. ¿Qué me pongo para ir de acampada?

Me reí mientras abría la puerta del cobertizo. Me la imaginé engalanada de pies a cabeza con algún tipo de equipo de acampada, todo blanco.

—No. Puedes ponerte cualquier cosa. O nada.

—¡Hola! Ya habéis vuelto.

Me sobresalté y casi tiré al suelo todo lo que llevaba. Los músculos se me tensaron. Georgia se acercaba a nosotros y no había pretendido asustarnos, pero me costó un segundo volver a respirar con normalidad.

—Hola, Georgia —la saludó Margot, aunque me miraba a mí.

—¿Cómo ha ido? —preguntó con las manos en los bolsillos.

Seguía con el corazón acelerado cuando entré en el cobertizo y empecé a apilar cajas.

—Muy bien —dijo Margot—. Me lo he pasado de maravilla.

Sentí su mano en la espalda, un roce breve y tranquilizador. No dijo nada, ni siquiera me miró, pero entendí lo que hacía y se lo agradecí.

—¿No me digas? —Georgia se rio cuando salimos.

—Sí. Y se me han ocurrido un montón de ideas para la granja.

Georgia nos siguió de vuelta a la camioneta.

—Margot ha estado increíble —dije—. Lo hemos vendido todo.

—¿De verdad? ¡Qué pasada!

—¿Visteis la casa? —preguntó Margot.

Georgia sacudió la cabeza.

—Mañana a las 10. ¿Quieres venir?

—¡Me encantaría! —Margot me miró—. A no ser que me necesites para algo.

Joder, era adorable. Le sonreí.

—No, te doy el día libre.

Llegamos junto a la camioneta y Georgia echó un vistazo a la parte de atrás.

—¿De verdad lo habéis vendido todo?

—Ha sido cosa de Margot —dije—. Te lo juro. Es como si tuviera una sonrisa mágica, nadie le dice que no.

Margot sonrió.

—Muy amable, pero solo he vendido lo que vosotros habéis cultivado. Esa es la auténtica magia.

Georgia nos miró por encima del hombro y sentí calor en las mejillas. ¿Por qué había dicho eso de su sonrisa? Seguro que ahora sospechaba algo.

—Venga, vamos a acabar de guardarlo todo.

Traté de sonar formal, pero sabía que la mente de mi cuñada ya se había puesto en marcha. Se quedó callada todo el tiempo que tardamos en descargar la camioneta y Georgia nunca se calla.

—Buen trabajo los dos —dijo cuando terminamos—. Y gracias otra vez por ir al mercado hoy. Me marchó. Jack, ¿sigue en pie lo de hacer de niño mañana?

Asentí.

—Por supuesto.

—Genial, gracias. ¡Buenas noches!

—Buenas noches, Georgia —se despidió Margot. Cuando nos quedamos solos, me miró—. Lo sabe.

—Eso parece.

—¿No te preocupa?

Me froté la nuca y lo medité. No me importaba que Georgia lo supiera, pero no quería que se lo contara a mis hermanos. No me dejarían en paz. Lo echarían a perder. Pero no era problema de Margot.

—No, da igual. Georgia me entiende.

Asintió.

—Lo parece.

Nos quedamos allí un rato mientras los grillos cantaban y el viento crujía entre los abedules cercanos. Los ruidos solitarios de la noche. «Pero no quiero estar solo esta noche. Es más, no quiero que se vaya».

—Bueno.

Me acerqué un paso.

Sonrió.

—Bueno.

—¿Qué te apetece hacer?

—¿La verdad? Necesito una ducha.

Levanté una ceja.

—Qué coincidencia.

Miré la bañera perplejo.

—¿Un baño de burbujas? ¿En serio? Creo que hará treinta años que no me doy uno.

Habíamos pasado por la cabaña a recoger ropa limpia, Margot me había esperado en el porche y luego habíamos ido a la villa. La bañera rebosaba agua caliente y burbujas.

Se rio.

—Pues ya tocaba. ¿Cuántos años tienes?

—Treinta y tres. ¿Tú?

—Cumplo treinta el mes que viene.

—¿Y todavía te das baños de burbujas?

—Siempre que puedo. Nunca viajo sin espuma para el baño. —Respiró hondo con los ojos cerrados—. ¿No huele de maravilla?

Inhalé el olor a lavanda.

—Reconozco que sí.

—¿Lo ves? De vez en cuando un poco de lujo sienta bien. —Se la veía satisfecha.

Nos quitamos la ropa y Margot se metió en la bañera. Yo me quedé mirando.

—Es imposible que entremos los dos.

—Ya verás que sí.

Se acurrucó al fondo de la bañera y palmeó las burbujas.

—Ven a jugar.

Conseguí meterme sin caerme y pasamos los cinco minutos siguientes lavándonos y enjuagándonos con un gel de ducha que también había traído de su casa. Oía muy bien, como su piel, pero no me resistí a tomarle un poco el pelo.

—Mañana voy a oler como una chica. ¿Qué tienen de malo las pastillas de jabón normales?

Frunció el ceño.

—Son malas para la piel.

—Ah.

Me enjaboné el pelo con el gel y me miró como si hubiera matado a alguien.

—¡Jack! ¡Eso no es champú!

—¿Qué más da? Hace espuma. Seguro que limpia igual.

Alcanzó una botella que había en la cornisa de la bañera.

—Aclara eso. Déjame a mí.

Puse los ojos en blanco, pero la dejé lavarme el pelo con el champú pijo que ni siquiera formaba tanta espuma como el barato sin marca que había en mi ducha. Se lo dije.

Suspiró con paciencia y me masajé la cabeza.

—Porque tu champú barato está lleno de químicos llamados sulfatos que hacen la espuma. La verdad, me sorprendes. Te preocupas por evitar los productos químicos dañinos en todo lo que comes y cultivas, pero no prestas atención a lo que llevan los productos para la piel y el pelo.

No contesté, estaba muy relajado con sus dedos en la cabeza. Todos los nervios de mi cuerpo se destensaron y mi polla empezó a hincharse. Creo que gemí.

—Vale, date la vuelta y echa la cabeza hacia atrás.

Tuve que levantarme para hacer lo que me pedía y soltó una risita.

—¿Qué pasa?

—Tu... —Me señaló el pene, totalmente erecto y cubierto de burbujitas

blancas—. Se ve muy graciosa.

Puse las manos en las caderas.

—Margot, puedes decir polla. Pero no digas que es graciosa.

—Perdona —dijo y se carcajeó sin control—. Es que nunca te habría imaginado de esta guisa. Desnudo en mi bañera cubierto de burbujas de lavanda y con media erección. Ay, por favor. —Sacudió la cabeza y trató de recuperar la compostura mientras la miraba desde arriba.

—Me voy a acordar de esto cuando estemos en el bosque. —Me di la vuelta, volví a sentarme e incliné la cabeza.

—¡No! Lo siento, no me tortures en el bosque. —Usó una taza para echarme agua en la cabeza y aclarar el champú—. Vale, ahora levántate.

—¿Para que te rías otra vez? —Pero me levanté y me volví hacia ella, aunque esta vez me aseguré de que no hubiera ninguna burbuja en mi entrepierna.

—No. —Se puso de rodillas y deslizó las manos por mis piernas—. Perdona. —Me besó el muslo derecho—. Tu polla no es graciosa. —Me besó el izquierdo—. Es muy seria. —Me besó la punta del pene, que saltó como un resorte como si quisiera devolverle el beso—. Es perfecta.

Contuve el aliento cuando sentí su lengua, en caricias suaves y dulces que hicieron que se me retorcieran las entrañas y se me tensaran las piernas. La tuve dura del todo en cuestión de segundos mientras la lamía de abajo arriba. Joder, había pasado mucho tiempo.

Bajé la vista. Me miró y sonrió, con una sonrisa traviesa que era mi perdición.

—Es mi turno.

—¿Tu turno de qué? —conseguí preguntar mientras me agarraba con la mano para acercársela a la boca.

—De probarte. —Paseó la lengua por la punta—. De volverte loco. —Se metió el glande en los labios y succionó—. De hacer que te corras con mi boca.

Gemí cuando sus labios se movieron y la mitad de mi polla desapareció dentro de su boca antes de retroceder. Lo hizo una y otra vez, sin chupar demasiado fuerte, ni moverse demasiado rápido, ni emitir ningún sonido.

Su lengua era increíble y tenía la boca caliente y húmeda. Me encantaba

que usara las manos para acariciarme donde sus labios no llegaban, pero era la mamada más cortés que me habían hecho nunca.

Al contrario de cómo se movía durante la penetración, ahora parecía tener miedo de hacerme daño. A lo mejor tenía miedo de hacerse daño. Dudo que una chica como Margot hiciera mamadas a menudo. A lo mejor ni le gustaba y solo lo hacía para complacerme.

«Mierda, ¿ahora qué hago?».

Enredé las manos en su pelo y me obligué a mantener el control y a contenerme, aunque el instinto quisiera tomar la iniciativa.

«¡No seas capullo! ¡Deja que lleve las riendas! Que le guste el sexo duro no significa que quiera ahogarse con tu polla. Mierda, ahora no saco esa imagen de la cabeza, tengo que calmarme».

Le solté la cabeza, miré al techo y conté hasta diez.

Se dio cuenta de lo que hacía.

—Jack —habló, arrastrando las letras—. ¿Te estás reprimiendo conmigo?

La miré y sus ojos azules me miraron acusadores mientras me acariciaba la punta del pene con los labios. Tenía la piel mojada y los pezones duros. Joder, era preciosa. Y dulce. ¿Por qué cojones quería ahogarla con la polla? ¿Era un animal?

—No quiero hacerte daño.

—No lo harás.

—No sabes lo que tengo ganas de hacerte.

—Dímelo.

Gruñí. No era capaz de decirle que no.

—Enséñame. —Se sonrojó y puso las manos en mis muslos—. No tengo mucha experiencia, pero quiero aprender. Quiero darte placer, dime cómo. Dime lo que quieres.

Tragué saliva. La agarré del pelo.

—Abre la boca. —Separó los labios y la metí dentro, lo más hondo que pude—. Quiero que tengas la boca tan llena con mi polla que no puedas respirar.

Dio un respingo cuando llegué a la garganta y creí que se apartaría.

Pero no lo hizo. Puso los dedos otra vez en la base y me miró, expectante.

—Buena chica. Ahora escucha. Deja de ser tan correcta. Usa las manos, sé

sucia. Haz ruido. Olvídate de ser la reina del baile y chúpamela como la zorra que se mete bajo las gradas con el capitán del equipo. ¿Entendido?

Lo entendió. De maravilla. Parecía una estrella porno.

A los pocos minutos, me corrí tan fuerte que vi las estrellas en el techo del baño y pensé que iba a entrar en órbita. Se tragó hasta la última gota.

—Bueno —dijo, respirando con dificultad—. ¿He sido lo bastante zorra?

La levanté por los brazos para sentarme en el borde de la bañera, luego me arrodillé y le abrí las piernas.

—Joder, y tanto. —Metí la cabeza entre sus muslos y pasé la lengua por su clítoris—. Pero ahora me toca a mí.

Capítulo veintiséis

Jack

—Háblame de tus tatuajes.

Las manos de Margot acariciaron la tinta de mi costado y me provocaron un escalofrío en la columna. Debíamos de llevar en la bañera cerca de una hora, ya no había burbujas y el agua apenas estaba caliente. Pero no me apetecía salir. «Hoy no llueve. No tengo excusas para quedarme».

—Son golondrinas —dije.

—¿Puedo verlas?

Me volví para darle la espalda.

—Tienes dos. —Las recorrió con los dedos.

—Dos misiones.

—Ah. ¿Te dieron suerte?

Cerré los ojos. Escuché disparos. Ví cuerpos en el suelo. Olí la sangre.

Tragué saliva y alejé los horribles recuerdos de la cabeza. «Ya no estás allí. Piensa en el presente».

—Me los hice al volver.

—¿Así que son más bien el símbolo de un viaje terminado que un amuleto de la suerte?

—Algo así.

—¿Te alegras de haberlo hecho? De alistarte.

—Me lo he preguntado mucho. Creo que sí. Si tuviera que hacerlo otra

vez, sé que volvería a alistarme cuando lo hice.

—Eres la primera persona de mi edad que conozco que ha estado en el ejército.

La miré por encima del hombro.

—¿En serio?

—Sí, creo que alguien de mi promoción del instituto fue a la Academia Naval, pero nunca he conocido personalmente a un soldado de verdad, aparte de algún veterano de la Segunda Guerra Mundial.

—Joder. —Su vida había sido muy diferente de la mía. Muchísimo.

Me besó en el hombro.

—Nunca había conocido a nadie tan valiente.

Bufé, pero me gustó el cumplido.

—Gracias.

—Ni a nadie que haya trabajado tan duro o que sepa tanto de cosas que desconozco.

—Ni a nadie que se ensucie las manos durante el día tanto como yo. Seguro que la mayoría de los hombres que conoces van al trabajo en traje, llevan zapatos elegantes y se cortan el pelo con regularidad. —«Y tienen barcos, clubes de golf y carteras de acciones». Era difícil no compararse.

—Oye. —Me dio un golpecito con el dedo en la espalda—. Me gusta que te ensucies las manos.

No acababa de creerla.

—¿De verdad?

—Sí. Te hace diferente de los tíos que conozco. Como los tatuajes. —Suspiró, me rodeó el cuello con los brazos y se recostó en la bañera, llevándome con ella—. Yo no tengo ninguno.

Apoyé la espalda en su pecho y la cabeza en la curva de su cuello. Se me fue toda la tensión de los músculos. «Ojalá nunca tuviera que salir de esta bañera».

—Ya lo suponía.

—¿Y eso por qué?

—No me pareces el tipo de chica que lleva tatuajes.

—No lo soy —reconoció—. Tienes razón. La verdad es que me encantan, pero me parecen algo prohibido y exótico. Algo para gente más valiente que

yo.

—¿Tienes miedo de que duela?

—No, más bien del qué dirán.

—Que les den a los demás.

Suspiró otra vez.

—A Muffy le daría un ataque.

—No, seguro que no.

—Tal vez no, pero pensaría que me he vuelto loca.

—Allá ella. No te pases la vida preocupada por lo que piensen los demás. Ese miedo es como una jaula, te atraparé para siempre si no tienes cuidado.

Pasó un rato en silencio. Luego preguntó:

—¿Tú de qué tienes miedo?

No respondí, porque sabía que contaría demasiado.

Ella era demasiado amable, demasiado dulce, demasiado cálida. Sería muy fácil decir cosas que no necesitaba oír y egoísta por mi parte contarle algo solo para compartir la carga de mis verdades. Intentaría convencerme de que no era el monstruo que creía ser, como Steph.

«Pero me gustaría».

—Supongo que a nada. —Me apretó—. Eres un soldado fuerte y grandote. Sin miedo a nada.

Hablé sin pensar.

—Tengo miedo de convertirme en alguien irreconocible.

Una pausa.

—¿A qué te refieres?

—Nada, olvídalo —me apresuré a decir.

¿Qué cojones hacía? Intenté levantarme, pero me sujetó y me rodeó con las piernas.

—¿Qué te haría irreconocible?

Suspiré y me rendí, solo un poco. Solo esta vez.

—Olvidar.

—¿El qué?

—El pasado.

—No tienes que olvidarlo, siempre será parte de ti. Pero no tienes que

dejar que te encadene y te impida seguir adelante.

«Sí, sí tengo». No lo sabía, no lo entendía.

—Oye. —Me apretó otra vez—. Habla conmigo.

Dios mío, me moría de ganas. Quería abrirme y contarle todos mis secretos. Quería reconocer la culpa. Abrir mis heridas y dejarlas sangrar delante de ella.

La tentación me superó.

—El accidente fue culpa mía.

—No entiendo.

Intenté tragar, pero no pude.

—El accidente de Steph.

—¿De qué hablas? Tú no conducías, tú no la atropellaste.

—No, pero hubo otro coche. —Me fallaba la voz y me temblaba el cuerpo—. Hace años, en Iraq.

Margot empezó a acariciarme el pecho despacio, formando círculos.

—Te escucho.

Tenía la garganta seca, pero seguí hablando.

—Cruzaba el país con mi unidad y paramos a descansar. Entre tres montamos un puesto de control en la carretera. Se usaban muchos coches como bombas, así que teníamos que comprobar todos los vehículos antes de dejarlos pasar a la zona donde descansaban los soldados.

Tembló, como si esperase lo que iba a pasar. Me besó en la cabeza.

—Pusimos carteles en farsi para indicar a los conductores que se detuvieran y, si alguno no lo hacía, disparábamos algunos tiros de advertencia a seiscientos metros. Rara vez los coches intentaban cruzar, a menos que llevaran un explosivo. Pero una noche... —Me detuve. Una voz en mi cabeza me gritaba que me callase, pero no podía. Hablar aliviaba la presión que llevaba dentro. Tenía que sacarlo todo.

—¿Una noche alguien no paró? —aventuró—. ¿Había una bomba en el coche?

Sacudí la cabeza y me tragué el sollozo que me subió por la garganta.

—No. Puede que el conductor creyera que los disparos de aviso venían desde detrás, porque aceleró en cuanto los escuchó. Así que disparé directamente al vehículo. Ni lo pensé.

—Pues claro que no —dijo con voz firme—. Nadie te culparía. Hiciste tu trabajo. Protegiste a la gente.

—Ni siquiera vi quién estaba en el coche hasta que amaneció y tuvimos que cambiar de posición.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Margot se quedó inmóvil.

—¿Y?

—Era una mujer. Y había niños en el asiento de atrás.

—Dios mío.

—Tres. —Se me quebró la voz y las lágrimas manaron de entre mis párpados cerrados.

—Jack. —La voz de Margot también sonaba llorosa. Me abrazó con fuerza —. Tuvo que ser horrible.

Respiré y me recompuse.

—No lo fue. Apenas lo procesé. En aquel momento, me sentí orgulloso de hacer lo que debía. —Las palabras me sabían amargas—. Después, cuando volví a casa, lo que había hecho me golpeó de lleno. Estaba destrozado. No hablaba con nadie, no me sentía a salvo, no me sentía normal. Pasaba cada minuto esperando un castigo. Era imposible que lo que había hecho no tuviera consecuencias. Quería un castigo. Casi me lo busqué.

Me abrazó más fuerte y noté cómo le temblaba el cuerpo por los sollozos. Me besó los hombros, la cabeza y el cuello. Me acarició el estómago y el pecho con las manos, como si quisiera asegurarme que seguía conmigo.

—Lo siento. Me alegro de que volvieras. No hiciste nada malo.

No me merecía su compasión ni sus lágrimas.

—¿Sabes cuántas pesadillas he tenido con aquella mujer? —Con el pulgar y el índice me apreté los ojos—. La tengo justo delante y le suplico que pare, pero no lo hace. Me despierto temblando y gritando.

—¿Todavía tienes pesadillas?

—A veces. Durante un tiempo estuve mejor, después de ir al médico. Empecé a medicarme para olvidar lo que soñaba. Ya no tenía miedo de dormir, pero lo dejé después del accidente de Steph.

—¿Por qué?

—Porque fue culpa mía —confesé la verdad que me atormentaba, las palabras que me perseguían—. «Y al que hiera a su prójimo, se le pagará con

la misma moneda».

—No, te equivocas. —Sollozó y se incorporó—. Tus actos salvaron vidas y no tuvieron nada que ver con el accidente de Steph. No eres responsable.

Cerré los ojos.

—Es la única forma de que tenga sentido.

—Una tragedia así no tiene sentido. Nunca.

—A veces sueño que estoy en el puesto de control y Steph es la que conduce —susurré—. En mi subconsciente, las dos cosas están relacionadas para siempre.

Me acunó con cariño y habló entre sollozos.

—No era Steph. Fue el amor de tu vida y nunca le harías daño. La hiciste feliz.

—Eso quería, con todas mis fuerzas.

—Lo hiciste. Si estuviera aquí ahora, sé que te diría lo mismo. No fue culpa tuya.

Tenía razón, Steph habría dicho lo mismo. En mi cabeza, lo había hecho un millón de veces. Pero no podía creerla.

—Se enfadaría contigo por culparte —añadió—. Querría que te perdonases y que volvieras a ser feliz. ¿No lo crees?

«Pues claro que sí. Pondría los brazos en jarras y me echaría la bronca como antes». Pero perdonarme significaría permitirme seguir adelante y ser feliz, y no lo merecía. Nunca volvería a cometer ese error.

—No puedo.

Me acunó de nuevo, abrazándome, y se apretó contra mí. Cuando habló, suavizó la voz.

—¿Alguna vez se lo has dicho a alguien?

Dudé.

—Steph y mi psicólogo sabían lo de Iraq. Pero nunca le había contado a nadie que me siento responsable de su muerte.

Se tomó un momento para procesarlo, los dos lo hicimos. Acababa de compartir con ella una parte de mí que no conocía nadie más. No sé por qué confiaba tanto en ella, pero así era. De nuevo, me convencí de que se debía a que su presencia en mi vida solo era temporal. Con ella podía ser yo mismo porque, al final, se marcharía.

—Ojalá pudiera ayudarte —dijo.

Suspiré. Ya lo había soltado. No me sentía mejor ni más esperanzado, pero sí menos solo. Puse las manos sobre las suyas en mi pecho.

—Estás aquí. Me escuchas. Eso ayuda.

—Estoy aquí. Me alegro de que me lo hayas contado.

—Yo también.

Lo decía de verdad. Al principio no había querido revelarle demasiado de mí, pero hacía mucho tiempo que no me sentía lo bastante cómodo con nadie para contarle mis secretos.

Suspiró y se recostó en la bañera.

—¿Quieres oír algo patético?

—Claro.

—El motivo por el que acepté este trabajo fue porque mi madre me hizo salir de la ciudad después del incidente de los panecillos.

Giré el cuello para verle la cara.

—¿Cómo?

—Es la verdad. Tenía que marcharme hasta que se acabaran los rumores.

—Madre mía. ¿Y ya se han acabado?

—Sí. Me llamó ayer para decirme que podía volver.

—¿Por eso ibas a marcharte?

—Sí.

Menos mal que no lo había hecho.

—Pero sigues aquí.

—Sigo aquí —susurró.

La besé y me acarició la mandíbula. Tenía los labios calientes y suaves y sabían a lavanda. Lo único que me apetecía era que ese beso durase para siempre, atraparle en una bola de cristal donde no me atormentasen los recuerdos ni el futuro que no podía ser.

Lo deseaba tanto que no me quedé a pasar la noche.

Capítulo veintisiete

Margot

A la mañana siguiente, llegué a casa de Pete y Georgia justo antes de las diez. No había dormido bien, así que cuando salí me sentía algo atontada, pero el sol me sentó bien. Respiré hondo y esperé que el aire fresco me reanimase, ya que las tres tazas de café no habían tenido ningún efecto, pero en cambio capté el olor a estiércol en el aire y arrugué la nariz. ¿Era fertilizante? ¿Cómo se acostumbraban al olor los que vivían cerca de una granja? «Una cosa que no voy a echar de menos cuando vuelva a casa».

Pero había otras que sí echaría de menos, como estar con Jack. Las últimas veinticuatro horas habían sido fantásticas. Algo había cambiado entre nosotros. Lo que compartíamos ya no parecía una aventura sin importancia. Me sentía conectada a él. Protectora. Orgullosa. Fascinada por cómo me hacía sentir.

Me estaba enamorando muy rápido, tanto que todo a mi alrededor parecía borroso.

Era inconcebible. ¡Ni siquiera estábamos saliendo! Siempre me había costado bastante tiempo empezar a sentir algo por alguien y esos sentimientos derivaban de los momentos que pasábamos juntos disfrutando de intereses comunes, no de la atracción física. ¡Por el amor de Dios, había tardado seis meses en acostarme con Tripp! Tampoco había tenido nunca un lío de una sola noche, mucho menos un maratón de sexo con alguien que no fuera mi novio. ¡Nunca había tenido un maratón de sexo y punto!

Lo de anoche había sido una locura. Todavía le escuchaba pedirme que me portase como una zorra, ¿era horrible que me hubiera gustado tanto? ¿Cómo había sabido que era justo eso lo que necesitaba? Permiso para actuar así, con las luces encendidas, mientras él miraba. Eso era lo que me había puesto nerviosa. Hasta entonces siempre lo habíamos hecho a oscuras, así que dejarme llevar no me había costado tanto. Pero en esa ocasión me había entrado el miedo escénico, sobre todo porque no tenía mucha experiencia con el sexo oral. Pero quería hacerlo por él. Quería que disfrutara de todas las maneras posibles.

Y lo que me hizo a mí... Dejé de caminar y me puse una mano en el estómago mientras recuperaba el aliento.

Todo era distinto con Jack. Ahora sabía a qué se refería Jaime cuando hablaba de esa «conexión física que pone el mundo del revés». Desde que la había probado, no quería soltarla.

Tampoco era solo algo físico. Ya no. Anoche se había abierto conmigo, había compartido algo que no le había contado a nadie más, había llorado delante de mí y se había mostrado vulnerable. Solo quería abrazarlo, besarlo y llorar por él. Quería que se sintiera mejor, hacerlo feliz.

Pero ¿cómo?

Quería que se quedara otra vez a pasar la noche, sobre todo porque me había dicho que la noche anterior había dormido bien, pero no quise presionarlo. Le había preguntado, él había dicho que no y yo no había insistido más. Me había contado tantas cosas que no me sorprendía que quisiera estar a solas para procesarlo. Empezaba a entenderlo y a no forzarlo: explotaba y se alejaba cuando me acercaba demasiado, casi como un caballo asustadizo.

Así que le había dado un beso de buenas noches, me había despedido y me había metido en la cama, abrazada a la almohada que él había usado la noche anterior. Había tardado horas en quedarme dormida y me había dedicado a revivir cada minuto del día. Mantener los sentimientos bajo control no había sido fácil y me echaba a llorar cada vez que pensaba en lo que me había contado.

Por la mañana, no me había quedado otra que reconocer lo evidente: sentía algo por él y no quería que lo nuestro acabara.

Quería encontrar la manera de que funcionase.

¿Acaso era imposible? La gente tenía relaciones a distancia

constantemente. Además, ¡dos horas no eran nada! La mayor parte del tiempo podía trabajar desde cualquier lugar y este pueblo me gustaba. No tenía tiendas de diseño, restaurantes de tres estrellas o salones de belleza glamurosos, pero la calle principal era encantadora, en la playa solía haber poca gente y las granjas eran preciosas. ¡Podría volver a montar! El otro día con los caballos había recordado cuánto lo echaba de menos.

Mientras esperaba a que el tráfico se redujera para poder cruzar, me acordé de que había un problema mayor que la distancia: Jack no quería volver a casarse. No creía que pudiera volver a enamorarse. No quería pasar página. Una parte de mí pensaba que estaba loca por pensar en el matrimonio con un hombre al que conocía desde hacía menos de una semana, pero la otra insistía en ello.

Todo había sido muy intenso entre nosotros en solo cinco días. ¿Y si empezábamos a salir y las cosas seguían bien? ¿Quería invertir tiempo, energía y sentimientos en alguien que al final no quería lo mismo que yo? Tenía casi treinta años, no quería esperar tanto para formar una familia. Si no había ninguna posibilidad, ¿qué sentido tenía intentarlo?

Crucé los dos carriles a toda prisa y seguí avanzando por el camino de acceso a la casa de Pete y Georgia. Me acordé del anillo de boda de Jack y escuché su voz en mi cabeza.

«Lo que tenía era único. Solo ocurre una vez en la vida».

El corazón me dio un vuelco. ¿Cómo iba a discutirle eso?

Jack tenía razón sobre la casa de los Oliver, le hacía falta mucho trabajo, incluso un tejado nuevo, pero Brad también estaba en lo cierto. Como todas las buenas antigüedades, tenía una estructura sólida bajo las capas de polvo, moho, papel pintado que se caía a trozos, pintura descascarillada, alfombras malolientes y putrefacción. Llevaría tiempo, dinero, paciencia y mucho cariño, pero se podía restaurar.

Georgia estaba fuera de sí en el camino de vuelta.

—Lo sabía. Sabía que me encantaría. —Brad y Pete iban delante, con Cooper en brazos de su padre.

Le sonreí.

—Tiene buena pinta. Sería fácil tirar la pared de atrás y agrandar la cocina.

—Pete y yo hemos hablado de convertirlo en una posada, además de un restaurante —dijo.

—¡Qué gran idea! Tiene sentido si vais a celebrar bodas.

—Exacto. Si tiramos la pared para agrandar la cocina, en el piso de arriba podríamos montar una vivienda para nosotros, así dejaríamos los cinco dormitorios de la casa para los huéspedes.

Su entusiasmo era contagioso y me recargó de energía.

—¡Qué bien, Georgia! Suena genial. Imagínalo decorado, quedaría precioso.

—¡Lo sé! —Se le iluminó la mirada—. Camas antiguas, una enorme mesa en el comedor, platos *vintage* y cubertería de plata. —Luego suspiró—. Pero es mucho dinero, que no tenemos.

—¿Y si vendéis la casa? —pregunté.

Georgia sacudió la cabeza.

—Ni hablar. Lleva una eternidad en la familia. Además, está hipotecada con la granja, que pertenece a partes iguales a Pete, Brad y Jack. El dinero que sacásemos habría que dividirlo entre los tres.

—¿Jack se mudaría si os macharais? —Me pregunté dónde estaría trabajando y si había pensado en lo de anoche tanto como yo—. A lo mejor podría compraros vuestra parte.

—No creo. No tiene el dinero y le encanta la puñetera cabaña.

—Si tuviera la oportunidad, sería lógico que quisiera irse. ¿No es muy doloroso vivir ahí? —En cuanto lo dije, me di cuenta de que daba igual, quedarse en la cabaña era una de las maneras en que se castigaba a sí mismo.

—Sí. —Suspiró. Cuando llegamos al camino de la entrada, los demás ya estaban dentro—. Es frustrante a veces. La forma en que se niega a pasar página. Elige ser desdichado y no sé por qué.

Aparté la vista al suelo. Yo sí lo sabía, pero Jack había confiado en mí y no iba a traicionarle.

—Las cosas de Steph siguen en el armario.

Jadeé y la miré. Ese detalle no lo había mencionado.

—Vaya.

Sacudió la cabeza.

—Me he ofrecido a llevármelas cientos de veces, pero no deja que nadie las toque.

—Qué triste. —Me llevé la mano al corazón—. ¿Cómo puede vivir así?

—Dice que es lo que quiere. Si intentamos ayudarle, se pone a la defensiva.

—Eso es cierto —admití y me acordé de lo que había pasado en el mercado—. Pero cuesta no intentarlo una vez lo conoces y ves lo triste que está. Te dan ganas de ayudarle.

Georgia me miró un instante.

—Sí, te diré una cosa. Desde que llegaste, está distinto. Lo veo mejor.

—¿Yo?

Puso los ojos en blanco.

—Sí. Anoche cuando volvisteis erais como dos adolescentes encaprichados. No me tomes por tonta y me digas que no hay nada.

—¿Qué podría haber? —Quise hacerme la inocente, pero no fui nada persuasiva.

Se rio.

—No sé qué tenéis exactamente, pero nunca ha dicho que mi sonrisa es mágica. No le había visto así en años. Es una pena que vivas tan lejos.

—Ya. —Fruncí el ceño y jugueteé con la trenza que me caía por el hombro—. Tampoco creo que importase. Nunca sale con nadie, ¿no?

—Nunca.

—Y el otro día me dijo que no volvería a casarse. No quiere una familia.

—Sí, a nosotros nos dice lo mismo siempre que le sugerimos que intente conocer a alguien. Es triste, sería un padre increíble y aún es joven.

Suspiré y dejé caer las manos. Intenté disimular la decepción con una mentira.

—Bueno, tampoco soy su tipo, ni él el mío.

—Nunca se sabe —dijo sin darle importancia—. Creo que haríais buena pareja. Y los polos opuestos se atraen. A lo mejor consigues que cambie de opinión.

Sonreí. Los polos opuestos se atraen, es cierto, pero la atracción no era el problema. Teníamos de sobra. El problema era que estaba surgiendo algo más.

Nos íbamos acercando. Empezaba a sentir con el corazón y no solo con el cuerpo.

Pero él no estaba interesado en mi corazón.

Hablé un rato más con Georgia sobre estrategias de marketing y gestión de redes sociales. Me alegró saber que habían contactado con un diseñador web y le habían comentado lo que querían. Me volvió a pedir que le enviase una factura, pero me negué.

—Vais a necesitar hasta el último centavo para comprar esa casa —le dije—. Considerálo una donación para la causa.

Me abrazó y entramos en la casa para comentar las opciones con Pete y Brad. Había supuesto que Jack acabaría formando parte del debate, pero no había venido a ver la casa. Esperaba que fuera razonable ante la idea de comprarla.

También esperaba verlo. No habíamos hecho planes, pero había guardado mi número antes de irse anoche. A lo mejor me llamaba.

Mientras tanto, no quería estar sin hacer nada porque me dedicaría a darle vueltas a la cabeza. Me puse a investigar algunas de mis ideas para el puesto del mercado y después conduje hasta la tienda de artesanía más cercana para comprar materiales. También pasé por el supermercado y compré ingredientes frescos para los próximos días. Cuando pasé frente a las patatas, me pregunté otra vez qué sería eso de asarlas dos veces y me prometí buscarlo más tarde. A lo mejor me apuntaba a clases de cocina, eso sí que sería salir de mi zona de confort.

«Aprender a cocinar. Volver a montar». Empecé una lista mental de cosas que quería hacer para mejorar mi vida y ser más feliz. «Dejar de obsesionarme con los treinta. Involucrarme en el movimiento de la justicia alimentaria».

Comí un sándwich de mermelada y mantequilla de cacahuete y después pasé gran parte de la tarde trabajando en proyectos para el puesto del mercado y pensando soluciones para el problema de dinero de Pete y Georgia. ¿Un pequeño préstamo para empresas? Pero no sabía nada del proceso que había que seguir, ya que nunca había necesitado pedir uno.

Estaba escribiendo una lista de precios en una pizarra cuando el móvil vibró con un mensaje entrante.

Hola. Soy Jack. ¿Quieres venir al parque con Cooper y conmigo?

Lo leí y sonreí como una idiota.

Claro. ¿A qué hora?

¿En veinte minutos?

Me venía perfecto, así me daría tiempo a terminar lo que estaba haciendo.

¡Nos vemos allí!

Dejé el móvil y empecé a tararear mientras terminaba la lista, luego la levanté para asegurarme de que la letra era legible y no estaba torcida. Una vez satisfecha, lo aparté todo, fui al baño, me lavé los dientes y me retoqué el maquillaje. En el último momento, decidí quitarme el pintalabios y me puse solo un bálsamo de miel. Era más natural y sabía mejor.

De camino al parque me sentía infinitamente más ligera que por la mañana. Nada había cambiado desde entonces, pero la perspectiva de vernos me bastaba para emocionarme. Cuando lo vi jugando con Cooper en un columpio, las mariposas de mi estómago hicieron piruetas. «No quiero perder esta sensación», pensé mientras cruzaba el parque para llegar hasta ellos.

Levantó la vista cuando me acerqué y la sonrisa que me dedicó hizo que me temblaran las piernas.

—Hola.

—Hola.

Miró hacia atrás.

—¿No vienes de la villa?

Hice una mueca.

—Sí, pero me he pasado una manzana, por eso he llegado desde el otro lado. Iba distraída.

Se rio y sacudió la cabeza.

—Está como a tres calles. Nadie más sería capaz de perderse.

—Ya lo sé.

Dejé que se burlase de mí todo lo que quisiera mientras pudiera seguir mirando cómo columpiaba a su sobrino. Llevaba una camiseta negra ajustada que dejaba a la vista sus músculos y unos vaqueros apretados que le quedaban de maravilla. Las gafas de aviador y la gorra le daban un aspecto más arreglado, muy militar. Me volvía loca.

—¿Te has enterado de lo de la casa? —pregunté.

Masculló algo entre dientes y bufó.

—Me lo tomaré como un sí.

—Me he enterado. ¿Se les ha ocurrido la locura de abrir un motel?

Puse los ojos en blanco.

—Por el amor de Dios, no es un motel, es una posada.

—Lo que sea. No me interpondré, aunque no se me ocurre cómo van a conseguir el dinero.

—Lo mismo dijo Georgia. ¿No podrían conseguir un préstamo para empresas?

—Lo pueden intentar. —No sonaba muy convencido.

—Ojalá hubiera alguna forma de ayudar —dije, decaída.

Debía de ser horrible tener tus sueños al alcance de la mano y no poder permitírtelos. Me habían malcriado toda la vida. No es que me hubiese dedicado a gastarme el dinero en frivolidades, pero no sabía lo que era tener que dejar pasar algo que quería de verdad por no poder pagarlo.

—Eres muy amable, pero se les ocurrirá algo. Se nos ocurrirá algo.

—Bueno, ¿hoy te toca cuidar de Cooper? —Le revolví los rizos al pequeño cuando pasó en el columpio a mi lado.

—Sí. Pete y Georgia trabajan.

—¿Qué vais a hacer?

—Cenar helado, comprar un montón de caramelos y ver la tele hasta que se duerma. —Me sonrió—. Cosas típicas de tío.

—Suena divertido.

—¿Te apuntas?

El corazón se me aceleró.

—Me encantaría.

Pasamos otra hora en el parque y me sorprendió lo bueno que era Jack con Cooper. Bajó por el tobogán con él, lo subió en el tiovivo y lo ayudó a trepar en la pirámide. Cuando Cooper se cayó y se raspó la rodilla, Jack lo curó, le secó las lágrimas y lo abrazó. Cuando llegó el momento de irse y el pequeño insistió en bajar una vez más por el tobogán, Jack le echó una carrera para ver quién llegaba antes. De camino a la heladería, Jack se subió al niño sobre los hombros y sostuvo sus manitas todo el rato.

Más tarde, le observé preparar la cena para Cooper y darle cada bocado con una cuchara. A la hora del baño, intercambiamos una mirada divertida cuando empezó a llenar la bañera. Lo bañó con cuidado de no mojarle los ojos al enjuagar el champú. Le puso un pañal y un pijama limpios cuando estuvo cansado, le cepilló los ricitos de bebé y se los peinó en una adorable imitación de su propio pelo.

—Así —dijo—. Igual que el tío Jack.

Solo podía pensar en que debería ser padre.

Cuando llegó el momento de apagar la luz y dormirlo, le dije que lo esperaba abajo. Le di las buenas noches a Cooper y bajé a la cocina.

Cuando entré, escuché a Cooper protestar y decir «mamá» y luego la voz de Jack por el vigilabebés.

—Venga, coleguita, es hora de dormir. Vamos a por tu conejita.

Sonreí y me quedé embobada mirando la diminuta pantalla. Jack cogió algo de la cuna y acunó a Cooper sobre el pecho.

—¿Te apetece un poco de música? Vale. —Salió de la vista y a los pocos segundos los sollozos de Cooper pararon. Entonces, le escuché cantar.

Se oía muy bajo y me incliné hacia el monitor para oírlo mejor. Al principio no reconocí la canción, algo de un chotacabras, pero después de un par de versos, me llevé la mano a la boca y el corazón se me aceleró. Era la canción de Hank Williams que habíamos escuchado el día anterior en la camioneta de camino al mercado. También había cantado entonces. Tenía una voz bonita, profunda y melódica, algo rasgada.

Se me puso la piel de gallina y me llevé la mano al corazón, sorprendida de que el pecho no se me hubiera derretido. Nunca había escuchado nada tan dulce.

Se me formó un nudo en la garganta.

«Dame la oportunidad de hacerte feliz, Jack. Deja que lo intente».

Capítulo veintiocho

Jack

Me levanté con cuidado de no despertarlo. Maldije el suelo de madera cuando crujió bajo mis pies e intenté evitar los lugares que sabía que harían ruido mientras me acercaba a la cuna. Lo tumbé boca arriba, me besé las yemas de los dedos y le acaricié la frente. Después salí de puntillas de la habitación.

Margot estaba sentada en la cocina con una mano en el pecho. Cuando me vio, aplaudió. Parecía a punto de echarse a llorar.

—Mierda. Se me olvidó apagar el vigilabebés, ¿a que sí?

—No puedo hablar, estoy demasiado emocionada.

Gruñí, me acerqué a la nevera y saqué una cerveza. Lo único que quería era tocarla (y otras cosas), pero no me parecía bien hacerlo en casa de Pete y Georgia, así que necesitaba entretenerme con algo.

—No te preocupes, tu secreto está a salvo conmigo. No le diré a nadie lo adorable que eres.

Puse los ojos en blanco y abrí el botellín para dar un trago.

—Más te vale. ¿Quieres una?

—No, gracias.

—¿Una copa de vino?

Dudó.

—No me parece bien beber el vino de Pete y Georgia.

—¿Por qué? Les hemos hecho de canguro gratis.

Saqué una botella del botellero sobre la nevera y se la enseñé.

—¿Esta te vale?

—Pinta muy bien. Gracias.

Descorché la botella y le serví una copa.

—¿Tienes hambre? Pensaba pedir una pizza.

—Una pizza suena de maravilla.

Sonrió y eso sí fue maravilloso. Su pelo en esa larga trenza rubia era maravilloso. La forma en que sostenía la copa de vino era maravillosa. Cómo me había besado el hombro anoche y me había dicho que era la persona más valiente que conocía había sido maravilloso. La pizza era solo una masa con salsa y queso. Ni siquiera sabía tan bien como ella.

Me había pasado toda la noche despierto pensando en ella. En nosotros. Había pensado que me sentiría bien por no haber cedido a la necesidad de volver a quedarme en su casa y haber sido lo bastante fuerte para resistirme a la tentación, pero en cambio me había sentido devastado. Inquieto. Solo. Antes, esos sentimientos me provocaban cierto consuelo, pero anoche no.

Anoche solo la eché de menos.

Pensé en los días que habíamos pasado juntos, la forma en que me hacía reír, la forma en que me escuchaba. Me preguntaba cuándo la volvería a ver, qué llevaría puesto, qué haríamos. Había lugares a los que quería llevarla, cosas que quería mostrarle, canciones que quería que escuchara, comidas que quería que probara. Había curvas en su cuerpo que quería besar, palabras sucias que quería susurrarle, cosas que quería hacerle. Pero yo también quería escucharla. Quería conocer sus sueños, sus esperanzas, sus recuerdos. Pero no tenía tiempo. Una semana y se acabaría.

Decidí no malgastar ni un segundo más. Porque cuando se marchara, se acabaría. Dormiría solo otra vez todas las noches el resto de mi vida. Sufriría por mis pecados. La soledad sería aún peor después de haber tenido estos días y noches con ella, por lo que, en cierto modo, se convertiría en parte del castigo.

Un amigo del ejército me había prestado una vez un ejemplar de *El profeta*, de Khalil Gibran, y me había fascinado tanto que había comprado una copia a la vuelta. Pensaba mucho en una frase en particular: «Cuanto más profundo cave el dolor en vuestro corazón, más alegría podréis contener». En

aquel momento, me había dado esperanza.

Después, comprendí que lo contrario también era posible. Cuanto mayor fuera la alegría, mayor sería el dolor al perderla.

Y la pérdida era ineludible.

Después de cenar, saqué una baraja de cartas y enseñé a Margot a jugar al *gin rummy*. Al contrario que en la recolección de huevos, con las cartas aprendió muy rápido y mejoró deprisa. Algunas veces mi mente se escapaba lejos e imaginaba lo agradable que sería tenerla cerca durante el invierno, cuando las noches fueran largas y frías y no hubiera mucho que hacer aparte de encender un fuego y jugar a las cartas o acurrucarse en el sofá y ver una película. Me reprendí.

«No. Se marcha la semana que viene. Es lo mejor».

Si Pete y Georgia se sorprendieron de verla ahí cuando llegaron a casa, no dijeron nada. Charlamos un rato, luego nos despedimos y salimos por la puerta de atrás.

—Ven aquí.

Tiré de ella hacia las sombras detrás de la casa, lejos de las ventanas, y la besé. Me rodeó el cuello con los brazos y la levanté del suelo. Sus labios eran como la lluvia después de una sequía.

—¿Te estabas reservando esto? —preguntó cuando la dejé respirar.

La bajé al suelo.

—Sí. Temía que si empezaba dentro, no fuera capaz de parar.

—No pares, por favor —susurró.

Se puso de puntillas y me besó el cuello. Sentir su lengua en la piel me provocó una descarga de lujuria directa a la polla, como si mi cuerpo supiera que el tiempo que teníamos juntos se acababa. Llevó una mano a mi entrepierna y me acarició la erección por encima de los vaqueros mientras me succionaba el lóbulo de la oreja y me lamía el cuello hasta el hombro, donde me mordió.

—Joder.

La agarré del brazo y crucé casi corriendo el patio iluminado por la luna.

Ni siquiera pensé dónde iba, necesitaba que nos quedásemos a solas antes de correrme en los pantalones como un adolescente.

Corrimos entre los árboles hasta la cabaña y subimos a trompicones los escalones del porche. Hasta que abrí la puerta y la empujé dentro a la oscuridad de la sala no fui consciente de que la había llevado a un lugar lleno de recuerdos. Me quedé paralizado, con los dedos aún rodeándole la muñeca. ¿Podría hacerlo?

—Oye —dijo en voz baja—. No pasa nada.

Me giré para mirarla, el corazón me iba a toda velocidad.

—Mierda —susurré.

Me puso la mano en la mejilla.

—No pasa nada. Lo entiendo.

—Margot, lo siento.

—No tienes por qué. Sé que es duro.

Respiré hondo, la agarré por las muñecas y apoyé la frente en la suya.

—No debería serlo tanto. Te deseo muchísimo.

—Y yo a ti. —Tenía la voz compungida.

Estaba tan oscuro que no se veía nada, pero escuchaba su respiración, cómo hinchaba y vaciaba el pecho. Sentía su piel caliente bajo mis manos. Oía su pelo, un olor que me evocaba recuerdos de la noche anterior. Al cabo de unos segundos, tenía la boca en su garganta. Necesitaba probarla.

—Jack —susurró—. No tenemos por qué...

—No quiero estar solo esta noche —dije—. Estoy harto de estar solo.

—No tienes que estarlo. —Enredó los dedos en mi pelo y me besó por toda la cara—. No te dejaré.

Las palabras sonaron una y otra vez en mi cabeza. Cuando nos arrancamos la ropa y caímos al suelo de rodillas. «No te dejaré». Cuando la tumbé con cuidado en la alfombra y me coloqué sobre ella. «No te dejaré». Cuando pasé las manos, los labios y la lengua por sus pechos, sus costillas y su estómago. «No te dejaré». Cuando la embestí, a un ritmo lento y profundo, mientras se agarraba a mi cuello.

«No te dejaré».

¿Cómo sería? ¿Cómo me sentiría si me liberase de la culpa, del dolor y del miedo? ¿Si mirase hacia el futuro y no al pasado? ¿Cómo sería volver a

ser feliz, creer que me lo merecía, pensar que iba a durar?

Luché contra la semilla de esperanza que empezaba a crecer dentro de mí, pero las raíces ya eran fuertes y profundas.

Algo que llevaba mucho tiempo dormido en mi interior estaba despertando y se fortalecía con su presencia, su confianza y su comprensión. La idea de que sintiera algo por mí. La esperanza de ser perdonado. La promesa de una nueva vida. Un nuevo comienzo. Un nuevo amor.

«No. Esto no es amor. Ni absolución ni perdón. Es algo temporal, una tirita en una herida. Pronto me la quitaré y volverá a sangrar».

Me sentía dividido. Una parte de mí se moría por tener esa segunda oportunidad de querer a alguien y dejar que me quisieran, mientras que la otra me exigía que cumpliera en soledad la penitencia que yo mismo me había impuesto.

Desesperado por recuperar el control, me concentré en el calor y la fricción de los cuerpos, su voz al gritar mi nombre y sus uñas al arañarme la espalda. Me concentré en hacer que se corriera y la embestí como sabía que le gustaba mientras le susurraba obscenidades al oído. Fui rudo y sucio, como siempre.

Pero esta vez era diferente. ¿Cómo no iba a serlo? Se lo había contado todo. Me había mostrado vulnerable delante de ella como con nadie más. Ahora lo sabía todo de mí, mis secretos, mi sufrimiento y mis cicatrices.

Y todavía me deseaba.

Me desmoronaba.

Frenético, luché contra el orgasmo, aterrado de que corremos juntos fortaleciera nuestra química y nos acercase más. Pero me abrazó muy fuerte, como si nunca fuera a soltarme, se movió para que entrase en ella hasta el fondo y gritó sin control. La tenía tan dura que no podía contenerme, no podía aguantar, mi fuerza de voluntad no estaba a la altura de mis sentimientos.

«No me dejes», pensé mientras me vaciaba en su cuerpo tembloroso y el corazón me latía con fuerza. «No me sueltes. Quiero sentirme vivo».

Cuando nuestros cuerpos dejaron de moverse y recuperamos el aire, abrí los ojos y comprendí lo que había hecho.

La había dejado entrar y acercarse. Me había permitido volver a sentir.

Peor, había traído a otra mujer a este lugar sagrado. Había roto una

promesa e incumplido un voto.

No tenía ningún derecho.

La esperanza que había sentido momentos antes estalló en mil pedazos bajo el peso de la vergüenza.

Me obligué a dejar de justificarme y aceptar la verdad.

Tenía que acabar con esto. Esa misma noche.

No dije nada mientras nos vestíamos. Sentía un peso en el pecho que me aplastaba y tenía un nudo en la garganta.

—¿Puedo ir al baño? —preguntó con timidez.

—Claro. —Mi voz ya estaba tensa.

Mientras esperaba a que saliera, me senté en el sofá en la oscuridad y me fustigué por dejar que hubiera llegado tan lejos. «Nunca debería haberla tocado. Nunca debería haberle pedido que se quedara».

Ahora tenía que conseguir que se marchara y solo se me ocurría una manera de conseguirlo: levantar muros y portarme como un capullo. Rechazarla. Hacerle daño. «Conseguir que me odie tanto como yo».

Salió del baño y dejó la luz encendida. Se sentó a mi lado en el sofá, pero sin tocarme.

—¿Estás bien?

«Mierda, Margot. No seas buena conmigo ahora».

—Sí.

—Ha sido intenso.

Me encogí de hombros. Se me retorció el estómago.

—¿No te lo ha parecido? —Me miró, intentando adivinar qué se me pasaba por la cabeza.

—No mucho.

Se hundió en el sofá.

—*Ah*. Habrá sido solo cosa mía.

—Supongo.

No tuve valor de mirarla a los ojos, así que le miré las rodillas, apretadas y con las manos encima. Algún día, un ricachón idiota con un fondo fiduciario

y un Porsche le pondría un enorme diamante en el dedo. Tendría la gran boda de sus sueños, seguida de una lujosa luna de miel. Después, le compraría una mansión, que llenarían de preciosos críos que irían a colegios privados y la llamarían «mami». Tendría todo lo que deseaba. «Estará donde debe estar y será feliz».

Me miré el anillo de casado. «Y yo seguiré aquí».

—Jack, ¿qué ocurre? Sé que te pasa algo.

—Nada. —Me levanté—. Te llevo a casa.

Cogí las llaves de la encimera y caminé hasta la puerta principal, así que no le quedó más opción que seguirme. Cerré cuando salió y bajé los escalones del porche, pero me agarró del brazo.

—Oye, espera un momento.

Me puse rígido y la miré.

—¿Qué?

—¿Estás enfadado conmigo?

—No. —«Estoy enfadado conmigo».

—¿Estás enfadado porque lo hemos hecho aquí? —Dejó caer la mano—. No teníamos por qué hacerlo. Te dije que lo entendía.

—No es eso.

—Pues es algo. —Se puso las manos en las caderas—. Estás de mal humor, pero ha sido totalmente repentino. Hace una hora no me quitabas las manos de encima y ahora no quieres ni mirarme. Dime qué he hecho.

—No has hecho nada —espeté.

—Pues dime qué piensas. Dime qué ha pasado. ¡Dime algo! —Se le quebró la voz—. No puedes apartarme así.

—¡Claro que puedo! —grité, furioso. Había bajado la guardia y la había dejado acercarse demasiado—. Soy así, es lo que hay. Por eso nunca deberíamos haber empezado nada.

Se le hundieron los hombros. Sabía que, si la miraba a los ojos, los encontraría llenos de lágrimas.

—No eres así. Sé que no.

Levanté otra barrera.

—¿Crees que porque hemos follado un par de veces me conoces? Pues no. Solo era sexo.

Sacudió la cabeza, incrédula.

—¿Por qué haces esto?

—Porque ya es hora. —Me temblaban las manos—. Los dos sabíamos que no iba a durar, mejor acabarlo ya.

—¿Por qué no puede durar? No vivo tan lejos y... —Hizo una pausa para coger aire. Supe que no querría oír lo siguiente que iba a decir y tenía razón—. Siento algo por ti. No quiero que termine.

Tenía que ser despiadado. Arrancar la tirita.

—Pero yo sí.

Empezó a llorar.

—¿No sientes nada por mí? ¿Estos días no han significado nada para ti?

Me encogí de hombros y se llevó las manos al estómago como si la hubiera golpeado. Se lo creyó muy rápido. Joder, fue una tortura.

—Mierda —sollozó y bajó corriendo las escaleras—. Qué equivocada estaba contigo.

Me maldije y la seguí entre los árboles. Pasamos junto al lugar donde habíamos estado juntos por primera vez y cruzamos el patio de Pete y Georgia. Miró al rincón donde la había besado apasionadamente hacía solo un par de horas y quise darle un puñetazo a algo. «No te equivocabas conmigo, pero no sé enfrentarme a lo que siento por ti. No tengo dónde poner estos sentimientos, no encajan dentro de mí ni en la vida que tengo que vivir. ¡No tengo elección! ¿No lo ves?».

Ni siquiera intentó irse a pie, así de bien me conocía, lo que fue como otro puñetazo en el estómago, sino que se metió directamente en la camioneta, con un portazo tan fuerte que pensé que la arrancararía.

Avancé despacio, como si el aire que me rodeaba fuera barro, me senté al volante y arranqué el motor. Se sentó lo más lejos posible, con los brazos cruzados, las piernas juntas y la mandíbula en tensión. Era una locura, hacía una hora había estado dentro de ella. Nunca volvería a sentir eso.

Mis muros empezaron a tambalearse.

—Margot, escucha...

—No, ni lo intentes. No digas mi nombre, no me hables. Ni me mires.

Suspiré, puse la marcha atrás y salí de la entrada. Debería sentirme aliviado porque ya no llorase y no me lo fuera a poner más difícil, porque

volviera a su bonito mundo y se olvidara de mi existencia.
Era lo que quería, ¿no?

Capítulo veintinueve

Margot

El camino hasta la villa fue una tortura. No me creía lo que acababa de pasar. La cabeza me daba vueltas.

«Solo era sexo».

¿Seguro?

Pero había esperado tres años. Él había venido a buscarme. Él me había pedido que me quedara. Se había confesado conmigo y me había contado sus secretos más íntimos. ¡No era solo sexo! ¿Qué coño acababa de pasar? Me dolía la cabeza de buscar una explicación.

¿Solo había fingido ser un buen tío? ¿El verdadero Jack Valentini era así de gilipollas? ¿Toda la semana no había sido más que una gran farsa para bajarme las bragas? Me costaba creerlo, pero estaba hecha un lío. Hacía apenas un par de horas, estábamos riendo, nos besábamos y charlábamos.

¿Qué había cambiado? ¿Todos los hombres eran unos capullos manipuladores? No quería creer que Jack fuera como Tripp.

A lo mejor hacerlo en la cabaña había sido demasiado. Tal vez lo veía como una traición y se había sentido culpable por disfrutarlo. A pesar de sus palabras, lo de esta noche había sido diferente. Intenso, real y abrumador. Algo bueno. Yo lo había sentido y sé que él también.

Lo miré de reojo. Tenía la postura tensa de siempre y la expresión de cabezonería habitual. Pero había algo más. Con la mano derecha tamborileaba sobre su muslo. Nunca le había visto ese gesto. Algo le inquietaba. Algo le

hacía sentir nervioso, incluso asustado.

«Eso es».

Lo entendí de pronto. Su mayor miedo: dejar atrás el pasado.

«A lo mejor ha empezado a pasar página y le da pánico».

De pronto me sentí algo más triste que enfadada. ¿Por qué se torturaba así? ¿Por qué no se perdonaba? ¿Por qué no me dejaba ayudarlo? ¿Por qué estaba tan decidido a sufrir? Después de todo lo que me había contado, ¿creía que no me daría cuenta de lo que pasaba?

Quería sacudirle. Abrazarle. Gritarle. Suplicarle. Insultarle hasta que reconociera la verdad, que sentía algo por mí.

Pero ¿de qué serviría? Nunca lo reconocería. Lo cierto era que si lo presionaba solo conseguiría alejarlo más. Era inútil. Hasta que tomase la decisión consciente de seguir adelante, no había nada que hacer. Pero si los últimos días no habían bastado para convencerlo, tenía que enfrentarme a la idea de que tal vez nunca ocurriera. Parpadeé para contener las lágrimas cuando entramos en el camino de la villa. Tenía agarrada la manilla antes de que la camioneta se detuviese.

—Margot.

Me quedé quieta. No quise mirarlo.

—Quiero que sepas... —Le costó encontrar las palabras—. Lo he pasado bien contigo.

—Madre mía. —Ahora sí lo miré. Esas palabras me habían sentado como una bofetada—. ¿Lo dices en serio? ¿Eso es lo que tienes que decirme?

Levantó la barbilla.

—¿Qué quieres que diga?

—¡La verdad! —grité y me maldije por no aguantar las lágrimas. ¿Desde cuándo era tan sensible?—. Sientes algo por mí, pero te asusta.

—No me digas lo que siento —dijo, enfadado, y se removió en el asiento—. No tienes ni idea de lo que es ser yo.

—Es verdad, no lo sé. Pero sé que eliges ser así. Cerrado. Amargado. Solitario. —Me limpié la nariz con la parte posterior de la muñeca y suavicé la voz—. No tendría por qué ser así. Podríamos estar juntos si te permitieras pasar página.

Fue a decir algo, pero se detuvo. Apretó el puño derecho.

—La noche que te pedí que te quedaras dijiste que no querías promesas.

—¡Y no las quiero! No te pido ninguna promesa, solo una oportunidad. Eso es todo.

El corazón me latía a mil por hora mientras esperaba a que sopesara mis palabras frente a sus convicciones equivocadas. Le temblaron los labios y los cerró de golpe. Arrugó la frente. Abrió y cerró los dedos. Luchaba consigo mismo, la tentación de ceder contra la fuerza de su conciencia culpable. ¿Cuál ganaría? Cruzamos la mirada y, por un segundo, creí que me elegiría a mí.

Pero no lo hizo. Apartó la mirada.

—No tengo ninguna oportunidad que darté.

Devastada, bajé de la camioneta y corrí hacia el interior de la casa hecha un mar de lágrimas. Cerré la puerta, entré en el dormitorio y me tiré sobre la cama. Abracé la almohada con la que había dormido el otro día y lloré durante horas.

Lloré por Jack, por la vida que vivía y la vida que desperdiciaba. Lloré por mí, por no ser suficiente para que cambiase de opinión. Lloré por tener que volver a casa y olvidar que lo había conocido, que nos habíamos besado y tocado.

Lloré por lo que nunca sería, por la oportunidad que dejábamos pasar.

Capítulo treinta

Margot

Estuve toda la noche despierta. Incluso cuando me quedé sin lágrimas, seguí dándole vueltas a cientos de preguntas. ¿Era culpa mía? ¿Le había presionado demasiado? ¿Había precipitado las cosas? ¿Me había imaginado lo que había entre nosotros? ¿Estaba loca por disgustarme tanto por alguien a quien acababa de conocer? ¿El buen sexo me había nublado el juicio?

Después me asaltaron los «tal vez». Tal vez había idealizado la fantasía del granjero *sexy*. Tal vez solo me había atraído porque era lo contrario a Tripp. Tal vez la aventura solo había sido una forma de rebelarme contra las reglas de las Thurber. Tal vez volvería a casa y me daría cuenta de que nunca habría encajado en mi vida ni yo en la suya, y que era mejor que las cosas terminaran así.

También me obsesioné con los «y si».

¿Y si había venido por una razón? ¿Y si él era lo que me faltaba en la vida? ¿Y si no me rendía? ¿Y si me necesitaba para curarse? ¿Y si no volvía a conocer a nadie que me hiciera sentir así? ¿Y si estábamos destinados a estar juntos?

La angustia mental y emocional me superó. Quería irme a casa y sentir que formaba parte de algo.

A las seis de la mañana hice las maletas, le dejé un mensaje a la propietaria y la llave en la encimera y me marché.

Durante el viaje de dos horas, me tragué un café asqueroso de gasolinera y

me torturé una y otra vez con sus palabras de rechazo. Fue como revivir la ruptura con Tripp. ¿Qué me pasaba? ¿Por qué nadie me quería? ¿Era imposible quererme? ¿La idea de un futuro conmigo era tan terrible? ¿Oía mal? Me oí las axilas.

El desodorante funcionaba, así que tenía que ser otra cosa. Cuando llegué a casa, estaba convencida de que yo en general era despreciable.

Dejé las maletas en la puerta y fui directa al dormitorio. Cambié la blusa y los pantalones cortos por el pijama y me metí en la cama. Había bebido demasiado café en el trayecto, así que dormir fue imposible. Me quedé tumbada, cada vez más abatida, hasta que decidí levantarme y llamar a Jaime.

—¡Hola! —saludó—. ¿Qué tal la vida en la granja? ¿Ya has tenido tu cuádruple orgasmo matutino?

—Nada más lejos de la realidad. Ya no estoy en la granja.

Me imaginé el amanecer en el lago, el sol brillando sobre los caballos en el pasto, creando sombras detrás del granero perfectas para besarse. ¿Jack estaría despierto? ¿Habría dormido? ¿Estaría trabajando y recordando las veces que le había ayudado?

—¿Qué ha pasado? Pareces triste.

—Lo estoy. —Cerré los ojos—. No debería, pero lo estoy.

—¿Quieres hablar de ello?

—Sí. ¿Dónde está Claire? ¿Podemos quedar a comer?

—Mierda, no puedo. Y Claire va a ver casas esta tarde. ¿Y si nos tomamos algo después del trabajo? ¿Sobre las seis?

—¿Dónde?

—¿Qué tal en Marais? Echarás de menos los Martinis de lujo.

—No mucho —mascullé.

—Pues sí que estás mal. Avisaré a Claire.

—Vale. ¿Me haces un favor?

—Lo que necesites.

—Llama a Georgia Valentini y dile que he tenido que irme de repente, pero que la llamaré mañana. Te mando su contacto. —Ahora no soportaría hablar con ella.

—Hecho. Ve a darte un masaje o algo. Hazte la manicura. ¡Ve a la peluquería! Eso siempre te anima.

—Estaré bien. A lo mejor es solo cansancio. —No era del todo mentira—. Me echaré una siesta, nos vemos después.

Colgamos y le mandé por mensaje el número de Georgia antes de tirar el móvil a un lado. No me apetecía un masaje ni una manicura ni tampoco ir a la peluquería. Nada de eso me haría sentir mejor. De hecho, hacía que me sintiera superficial y vanidosa por ser el tipo de persona que disfrutaba a menudo de esos lujos. ¿Por qué no aprovechaba mis recursos para cosas más importantes? ¿Qué hacía con mi vida? ¿Cómo contribuía al bien común? ¡Millones de personas vivían en la pobreza y yo no hacía nada para ayudarlas! ¡Era normal que nadie me quisiera!

Me hice un ovillo, con las rodillas abrazadas en el pecho.

—Soy una persona horrible e inútil —gemí contra la almohada—. No tengo ningún propósito en la vida.

Al final me entró hambre, así que bajé a buscar algo de comer, pero el contenido de la nevera me deprimió: queso con aspecto sospechoso, leche caducada, un bote de pepinillos, limones pochos y varios envases extraños de comida para llevar. En el congelador solo había cubitos de hielo, una botella de ginebra y un par de platos preparados, pruebas de mi triste soltería y mi ineptitud para la cocina.

—Esta es mi vida —dije a la nubes de aire frío—. Ginebra, soledad y comida precocinada. —Parecía el título de una canción *country*.

Encontré una caja de galletas saladas en la despensa, que había debido de sobrar de una fiesta de 2014, y me las comí sentada en el suelo de la cocina. Estaban duras y no sabían a nada. Olí el queso y decidí que no estaba tan desesperada, así que me comí el bote de pepinillos. Después, volví a la cama y me tapé con las mantas hasta quedarme dormida.

Hacia las cinco, me despertó el móvil. «Llamada entrante de: Georgia Valentini». Me mordí el labio inferior y dudé si contestar. ¿Sería capaz de fingir alegría para engañarla? La antigua Margot ni se lo habría pensado. ¿Seguía por aquí?

Intenté invocarla.

—¿Diga?

—Hola, Margot, iba a dejarte un mensaje, no creía que fueras a contestar. Tu socia me ha llamado hace un rato y me ha dicho que has tenido una emergencia familiar. Espero que todo esté bien. —Sonaba preocupada y me

sentí culpable por mentir.

—Sí, al final no era nada grave.

«Solo una crisis existencial».

—Me alegro. Quería darte las gracias por venir hasta aquí y ayudarnos tanto. Investigaste y viniste de lo más preparada, te molestaste en conocernos e hiciste un trabajo impecable.

—Gracias.

—Y nos inspiraste para poner en marcha nuestro sueño del restaurante. Aunque no consigamos la casa de los Oliver, no vamos a rendirnos.

—Me alegro. ¿Alguna novedad con la casa?

—Nada esperanzador —dijo—. Pero vamos a preparar un presupuesto de lo que costaría renovarla y Brad nos va a ayudar a idear un plan para conseguir un préstamo.

—Cruzaré los dedos.

—Gracias. —Hizo una pausa—. Espero no pasarme de la raya si te pregunto si estás bien. Suenas rara.

Suspiré.

—Estoy bien. Lo estaré.

Se rio con simpatía.

—No suena muy convincente.

—Es solo que me he hecho ilusiones con algo que no debería.

—Lo entiendo. —Pasamos unos segundos en silencio—. Él también está triste.

—Lo dudo.

—¿Por qué? —Parecía sorprendida de verdad.

—Porque fue él quien puso fin a todo. No quería estar conmigo. No lo bastante.

Suspiró, exasperada.

—Sí que quiere. Lo noto. Pero es muy cabezota.

—Da igual —dije—. Se acabó, como él quería.

—Lo siento, Margot. Ojalá las cosas fueran diferentes.

—Ya, lo sé. —Necesitaba colgar antes de empezar a llorar otra vez—.

Adiós.

Se despidió y colgamos. Me puse un brazo sobre los ojos y me pregunté

cómo sabría que Jack estaba triste. ¿Habría estado taciturno en el desayuno? ¿Habría sido borde? ¿Le habría gritado? La idea me cabreó. ¿Cómo se atrevía a pagarlo con los demás! ¡Todo era culpa suya!

Enfadada y deprimida, me metí en el baño y me miré en el espejo. Tenía el pelo hecho un desastre, la cara hinchada, los ojos rojos y ojeras.

—A la porra —le dije al reflejo—. Así es como soy. Si a alguien no le gusta, que le den.

Me recogí el pelo en una coleta, me puse unos vaqueros, la camiseta de la universidad, unos calcetines y unas zapatillas de deporte. No me apetecía ser la antigua Margot, ¿para qué parecerme a ella?

El Mercedes no pegaba mucho con mi nueva imagen, pero ya pensaría en eso al día siguiente.

—¡Joder! —Jaime me miró alucinada—. Estás distinta.

Había llegado al bar la primera y estaba sentada en uno de los sofás de terciopelo. Mis amigas acababan de llegar.

—Me siento diferente —dije—. ¿Por qué no parecerlo?

—No, por nada —dijo con falsa alegría y una mirada de reojo a Claire—. ¿Nos cuentas qué te pasa?

—He llegado a la conclusión de que mi vida no tiene sentido.

—¿Qué narices, Margot? —preguntó Claire con el ceño fruncido—. Claro que lo tiene. ¿Por qué dices eso?

—Porque es verdad —dije. Me llevé el carísimo Martini a los labios. Después de pensármelo un buen rato, había decidido que una vida vacía no era una excusa para beber cualquier cosa—. No contribuyo a la sociedad de ninguna manera significativa. El mundo está lleno de cosas horribles como el hambre y la pobreza, las enfermedades y las vejaciones, y no hago nada para ayudar. Viviré, moriré y la humanidad no habrá mejorado en nada.

—Madre mía —dijo Jaime mientras la camarera se acercaba—. Dame un minuto, necesito alcohol para esta conversación. —Pidieron las copas y volvieron—. A ver, ¿qué ha pasado?

No supe ni por dónde empezar.

—¿Es por el granjero? —Claire me miró con sorna—. Jaime me lo ha contado, pero pensaba que todo iba bien.

—Así era. —Di otro trago—. Pero debió de darse cuenta de que soy una niña pija malcriada que solo se preocupa de sí misma.

—Por el amor de Dios. —Jaime puso los ojos en blanco—. ¿Tengo que recordarte todos los trabajos que haces gratis mientras yo trato de que no quebreemos? Eres la persona más generosa que conozco.

Claire asintió.

—Siempre vas a galas benéficas y te ofreces como voluntaria. ¡No sé de dónde sacas el tiempo!

—Tu familia es rica, sí —concedió Jaime—, pero hay una razón por la que existe un edificio Lewiston en el hospital y una galería Thurber en el museo. Porque donáis mucho de lo que tenéis.

—¿Te acuerdas del año pasado, cuando quisimos recaudar fondos en mi colegio para aquella familia que lo había perdido todo en un incendio? —añadió Claire—. Fuiste la primera en firmar un cheque y sé de buena tinta que fue el más grande de todos.

—Son actos totalmente impersonales —me quejé—. No siento que haya hecho nada más que firmar cheques. He vivido en una burbuja, no sé cómo cortar el césped, cambiar una rueda o hacer una hamburguesa.

—¿Qué tiene eso que ver? Eres una buena persona, Margot. —Jaime me puso la mano en la muñeca desde el otro lado de la mesa—. Eres cariñosa, lista, divertida, talentosa y preciosa.

Arqueé una ceja.

—Sí, vale, hoy vas hecha un desastre —reconoció—, pero cualquier otro día eres lo que muchas aspiran a ser.

—¿Entonces por qué no me quiere? —Cerré los ojos y contuve las lágrimas—. ¿Por qué nadie me quiere?

—Madre mía. Más vale que no te refieras a Tripp —dijo Jaime—. Ya perdiste mucho tiempo con él. En lo que respecta a Jack, no lo sé, cielo. —Suavizó la voz—. A lo mejor no estaba listo. A lo mejor no ha superado todavía lo de su esposa.

—Supongo. Puede ser. Pero no me lo pareció. —Me mordí el labio—. Me habló de cuánto la quería y está claro que perderla le partió el corazón, pero

nunca dijo nada como «nunca la olvidaré». —Me hundí en el asiento—. Sí dijo que nunca se volvería a casar.

—¿Por qué no? —preguntó Claire.

Suspiré.

—Dijo que lo que tenían era único y que solo ocurre una vez en la vida.

—A lo mejor está loco. —Claire me apretó el brazo—. Porque no se me ocurre ningún otro motivo por el que un hombre no quisiera estar contigo.

—Él no quiere. —Suspiré y me llevé la copa a los labios—. No puedo olvidarlo. Sentía algo por él.

—¿Tan pronto? —preguntó Jaime mientras la camarera dejaba las bebidas en la mesa.

—Sí. Al principio creía que era solo una conexión física. —Tuve un escalofrío y me acordé de la noche en que me había confesado sus fantasmas—. Pero también había sentimientos. Era agradable, al menos para mí.

—¿Y por qué lo cortó? —preguntó Claire.

—La verdad es que no me dio ninguna razón. Ayer pasamos un día genial y luego... —Bajé la voz—. Lo hicimos en el suelo del salón de su casa, donde había vivido con su mujer, y fue muy intenso. Justo después, puso fin a todo. Dijo que nunca deberíamos haber empezado.

—Ajá. Se asustó. —Jaime parecía segura—. Es lo que hacía yo, antes de Quinn. Mientras solo hubiera sexo, todo iba bien, pero cuando surgía la más mínima posibilidad de un vínculo real, salía por patas.

—Incluso lo intentaste con Quinn —recordó Claire y Jaime asintió.

—Cierto. Y yo no tengo tantos problemas como Jack. A lo mejor solo necesita tiempo y distancia. Ver las cosas con perspectiva. Conmigo funcionó.

—Puede ser —accedí—. Pero nos dijimos cosas bastante feas anoche. Le pedí directamente que me diera una oportunidad y dijo que no.

—No te rindas. A lo mejor te sorprende. —Jaime dio un trago de su copa—. Y si no, que le den, él se lo pierde, porque eres maravillosa.

—Y fuerte. —Claire me apretó el brazo otra vez—. Eres una de las mujeres más fuertes que conozco.

—No lo soy —dije; me sentía un fraude—. Me he pasado la vida haciendo lo que se supone que debe hacer una Thurber. He actuado como la hija perfecta, obediente y debutante en sociedad. No se me ocurre ninguna decisión

que haya tomado por mí misma de la que estar orgullosa ni ningún riesgo que haya corrido.

—A mí sí —apuntó Jaime—. Dejaste el trabajo y montaste Shine PR conmigo. Eso fue un riesgo.

—No tanto. —No iba a dejar que me convencieran de que valía la pena como persona—. Nunca iba a quedarme sin dinero.

—Cuando Tripp dijo que no quería casarse el año pasado, le dejaste. Y le dijiste que no cuando se te declaró, aunque una parte de ti quería decir que sí —añadió Claire—. Eso tampoco fue fácil.

—No quería casarme con ese imbécil —rebatí—. Solo me gustó el anillo, lo que me convierte en una persona superficial.

—Deberías estar muy orgullosa de haberle tirado los panecillos. Yo lo estoy. —Jaime sacudió la cabeza—. Ojalá lo hubiera visto.

Me permití esbozar un amago de sonrisa.

—Creo que sí estoy un poco orgullosa de eso.

—¿Lo ves? Y estás a tiempo de hacer cambios en tu vida. No tienes que ser lo que no quieras —añadió—. Si quieres dejar Shine, dímelo. Nos las apañaremos.

—No, no quiero irme. Me gusta mi trabajo. Me gusta ayudar a los demás a cumplir sus sueños. —Suspiré y me bebí lo que quedaba de Martini—. No es que no me guste mi vida. Quiero a mi familia y a mis amigos y me encanta mi trabajo. Mentiría si dijera que Margot Thurber Lewiston tiene una vida difícil. No me falta nada, ¿no? ¿Es egoísta querer algo más?

—Margot, no pasa nada por querer a alguien con quien compartir tu vida —dijo Claire—. Nadie cree que seas egoísta por querer enamorarte y que te correspondan.

El nudo en la garganta apareció de nuevo.

—Sí que quiero. Aunque parezca una locura, creía que Jack podría haber sido esa persona. Me frustra y me entristece que él no lo viera así.

Me miraron con compasión.

—Ojalá supiera qué más decirte —comentó Jaime—. Pero el amor es complicado. Cuando lo buscas, sabe cómo esconderse. Cuando no, sale de la nada y se te tira encima.

—A mí me lo vas a contar —dijo Claire y dio un sorbo a su copa—. A lo

mejor es eso lo que hacemos mal, Gogo. Lo buscamos.

Sacudí la cabeza.

—Lo siento, chicas. Soy una aguafiestas y he monopolizado toda la conversación. He sufrido un desengaño, lo superaré. —Esboqué una sonrisa no muy segura—. La verdad es que mientras estaba allí, empecé una lista de cosas que quiero hacer.

—¿Como una lista de deseos? —Jaime se comió una de las aceitunas del Martini.

—No, más bien una lista de cosas para tener una vida más plena y más divertida.

Claire sonrió.

—¿Qué has puesto?

—Dejar de tener miedo a los treinta. Montar a caballo. Aprender a cocinar. Involucrarme en el movimiento de la justicia alimentaria. Hacerme un tatuaje. —Salió de la nada, pero, en cuanto lo dije, supe que era verdad.

—Madre mía —repitió Jaime por tercera vez—. Eres una Margot completamente nueva. ¿Qué te ha pasado en ese pueblo?

—No es solo por eso —dije—. Ha sido una semana intensa, es cierto, pero si me paro a pensar en el último año, creo que hace tiempo que empecé a cambiar.

Jaime asintió y levantó la copa.

—Por una vida más plena y más divertida.

Claire y yo la imitamos y brindamos. Me sentí un poco mejor y agradecida a mis amigas, pero el corazón todavía me dolía.

A lo mejor lo haría siempre.

Capítulo treinta y uno

Jack

A la mañana siguiente de romper con Margot, el día amaneció soleado y cálido. Me cabreó. Quería que el tiempo fuera en sintonía con mi mal humor. Acabé las tareas de la mañana despacio, con el cuerpo cansado y aletargado. No trabajé con orgullo. No me sentí satisfecho ni contento. No tenía esperanza de disfrutar de nada en todo el día.

Me sentía vacío.

Me había pasado la noche odiándome por lo que había hecho, pero no tenía alternativa. Desde el principio había sabido que no podía ser. Daba igual que ella estuviera dispuesta a intentarlo, no podía dejarla. Se merecía a alguien sin heridas ni fantasmas, alguien perfecto, como ella. No debería malgastar el tiempo conmigo. Estaba demasiado dañado, demasiado herido.

Pero podría haberla querido. Habría sido muy fácil.

Si fuera otra persona, si mi vida hubiera sido diferente y la hubiera conocido antes, ¿cómo habría sido esa vida? ¿Nos habríamos casado? ¿Tendríamos hijos? Los imaginé: un bebé con rizos como Cooper y una niña rubia de ojos azules.

Tragué saliva. Imaginé cómo sería acostarlos por la noche, leerles un cuento, ceder a sus súplicas de cantar otra canción, darles otro beso, otro abrazo. Después pasaría el resto de la noche con Margot, compartiendo nuestros pensamientos, nuestros cuerpos y nuestros sueños.

La habría cuidado como se merece. Éramos diferentes, pero nos habríamos

complementado bien. Encajaríamos como dos piezas de un puzle. Ella era inteligente y se le daban bien los negocios, yo tenía fuerza física y sentido común. Ella tenía un don con la gente, yo con la naturaleza. Yo sabía cultivar y ella vender. Era suave donde yo era áspero, elocuente donde a mí se me trababa la lengua, abierta cuando yo era distante.

«Podría haberla querido».

Protegido. Hecho feliz. Podría haber hecho por ella las cosas que no sabía hacer, enseñarle cómo hacerlas y mostrarle cosas que nunca hubiera visto. Ella sería mi conexión con el mundo y el refugio que necesitaba. También me habría enseñado cosas; sabía de arte, literatura e historia. Esas cosas a las que nunca había prestado atención, pero que quería aprender.

«Podría haberla querido. Haber dejado que me quisiera. Haber sido padre. Haber sido feliz».

En vez de eso, estaba solo. Al menos había sido una elección propia.

No quería ir a ver a Georgia y Pete esa mañana, porque preguntarían por Margot, pero me había quedado sin café y la cafeína me hacía mucha falta. En cuanto entré, dejé claro que no estaba de humor para charlar.

—Buenos días, Jack —saludó Georgia. Le estaba dando de comer a Cooper en la mesa.

Mascullé una especie de saludo, fui hasta la cafetera y me serví una taza. Incluso la cocina me recordaba a Margot. Si cerraba los ojos, la veía sentada en la mesa, bebiendo vino y riendo mientras jugábamos a las cartas. «Esta podría haber sido nuestra casa».

—¿Te pasa algo? —preguntó.

—Nada. «Le daría de comer a nuestro hijo en esa mesa».

—¿Margot y tú habéis ido ya a montar?

—No. —«Iríamos a montar a menudo».

—Hoy hace buen día para ello.

—No tengo tiempo —espeté, pero tenía razón. Habría sido un día perfecto. «Hoy íbamos a ir de acampada».

Me miró y arqueó las cejas.

—Vale, solo era una idea.

Me bebí el café de un trago y, cuando me quemé la garganta, me regocijé en el dolor. Me pregunté si Margot estaría dormida, si se habría marchado o si seguiría por aquí. Esperaba que se hubiera ido, porque no sería capaz de mantenerme alejado si sabía que estaba cerca. Y tenía que hacerlo.

—¿Iréis al mercado mañana? El otro día lo pasó muy bien.

—No.

Georgia se me quedó mirando otra vez.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí —mentí.

No dejaba de pensar en ella. Fuera a donde fuera en la granja, todo me recordaba a ella: el gallinero, el establo, el bosque, el lago, la cabaña... Fui a la ferretería y juro por Dios que incluso la camioneta olía a ella. Siguiendo un impulso, pasé por la villa, pero me juré que no llamaría a la puerta. Solo quería comprobar si su coche seguía allí.

No estaba, pero había una camioneta. Mientras pasaba por delante, una mujer salió de la puerta principal con lo que parecía un cubo lleno de productos de limpieza. «Se ha ido».

Me enfadé por decepcionarme. Me molestó el peso que se instaló en mis hombros y me asustó la punzada de dolor que noté en el pecho.

¿Qué cojones? Era lo mejor. No la quería por aquí, sería demasiado tentador. Quería que se fuera del pueblo y de mi vida.

Más tarde, llevé a Cooper al parque, a ver si así conseguía que mi ánimo mejorara, pero eso también me recordó a Margot. Joder, ¿no iba a sacármela nunca de la cabeza? ¡Había hecho lo correcto! ¿Cuándo me recompensarían con un poco de paz mental?

Por la noche estaba tan agotado que me dormí temprano, pero desperté a las dos de la madrugada a causa de una pesadilla, gritando y temblando, con las sábanas empapadas en sudor. Me senté. El corazón me latía con fuerza y sentía tirantez en el pecho. Alterado, busqué algún peligro en la habitación, pero no había nada.

Cuando los latidos se ralentizaron, saqué las piernas por un lado de la cama y me quedé sentado para recuperar el aliento mientras maldecía al subconsciente por atacarme así.

Un rato después, cambié las sábanas de la cama. Pensé en las manos de Margot agarrándolas, dejándolas retorcidas y arrugadas a un lado. Nos imaginé abrazados debajo de ellas. Volví a la cama y me quedé despierto, mirando al techo. Me pregunté si volvería a verla. Si alguna vez sería capaz de olvidarla. Si ella me echaría de menos tanto como yo a ella.

Si alguna vez dejaría de preguntarme lo que podría haber sido.

Después de sentirme una mierda durante unos días, me derrumbé y la llamé.

Era de madrugada, lo que me hacía quedar como un capullo aún mayor, pero no soportaba otro segundo sin oír su voz. Había cogido por costumbre mirar su foto en la web de Shine PR y me estaba volviendo loco. Quería que esos ojos azules me mirasen a mí. Quería verla sonreír para mí. Quería tener su pelo entre los dedos, hacerla reír, tocarla, besarla.

Más que eso, quería que me hiciera sentir como solo ella sabía. Quería el corazón a mil, el estómago tenso, esas sensaciones que me hacían sentir vivo y lleno de energía. Quería sentirme deseado. Lo anhelaba.

Pero era imposible. Nunca querría verme a menos que me disculpara y reconociera mi error, pero no podía. Daba igual lo mucho que deseara que las cosas fueran diferentes, no lo eran. Nuestra historia no era un cuento de hadas. La bestia no se convertiría en príncipe y ella merecía uno.

Pero no soportaba otro minuto sin ella. La necesitaba.

Di vueltas junto a la cama mientras escuchaba el tono de llamada. «Por favor, contesta, por favor», supliqué en silencio. El buzón de voz me valdría, porque al menos podría oírla, pero prefería hablar con ella. Quería sentirla cerca otra vez.

No respondió enseguida y empecé a perder la esperanza. «¿Por qué te iba a responder, gilipollas?». Pero entonces dejó de sonar y la oí respirar. Se me puso la piel de gallina.

—Hola —saludé con voz queda.

—Hola.

—No estaba seguro de si lo cogerías.

—Casi no lo hago. —Parecía cansada y me pregunté si la habría

despertado. Se me aceleró el corazón al imaginarla entre las sábanas.

—¿Estabas dormida?

—No.

—Me alegro. Verás... —Mierda. Ahora que la tenía al teléfono, no se me ocurría qué decir—. Siento llamar tan tarde.

—No pasa nada.

—Bueno, ¿cómo estás? —«Mierda, soy gilipollas».

—Bien. ¿Y tú?

No estaba bien. Se notaba. Y yo tampoco.

—Bien.

Sobrevino un silencio incómodo en el que no se me ocurrió nada que decir, pero sí diez cosas que quería decir y no podía, como «te echo tanto de menos que me cuesta respirar».

—¿Seguro que estás bien?

—No —reconocí.

—Yo tampoco.

—Me muero por verte —solté—. Te echo de menos.

—Y yo a ti. —Hizo una pausa—. ¿Significa esto que has cambiado de idea?

Quería decir que sí, pero no fui capaz.

—No.

—Entonces no puedo verte. No sería bueno para ninguno.

—Por favor —supliqué antes de pensarlo—. Te necesito.

—No. Voy a colgar. Esto me hace daño.

—¡No, espera! —Me entró el pánico y levanté una mano como si pudiera verme—. Por favor, no cuelgues. Te echo muchísimo de menos, joder. Solo pienso en ti.

Al principio no dijo nada, después la oí sollozar.

—¿Por qué me haces esto? Intento olvidarte.

Se me rompió el corazón por los dos.

—Lo siento. Sé que no debería llamarte, pero... —Me pasé la mano por el pelo, frustrado—. Estoy hecho un lío. No sé qué hacer.

—¿Qué quieres hacer?

Suspiré y me senté en la cama. Lo que quería era fácil.

—Quiero volver a sentirme vivo. —Se me formó un nudo en la garganta—. Como me sentía contigo.

Los sollozos se convirtieron en llanto. Era una tortura saber que podía hacer que parase, pero no me salían las palabras, algo las retenía. ¿Miedo? ¿Culpa? ¿Vergüenza? ¿Todo lo anterior?

—Jack —gimió—. No puedo con esto. Quiero estar contigo, pero no si no estás listo para pasar página. No sé lo que necesitas para hacerlo, pero debes descubrirlo tú.

Tenía razón, claro. Era cosa mía encontrar la manera de salir del pozo de soledad al que me había lanzado. Pero me sentía paralizado, encadenado al pasado y me parecía imposible liberarme, aunque fuera por ella.

Poco después, se despidió en un susurro.

Maldije, tiré el teléfono a un lado y me incliné hacia delante, con los codos en las rodillas y la cabeza entre las manos. En vez de sentirme mejor, me sentía peor. Triste y enfadado.

Una cosa era lo que quería y otra de lo que era capaz.

¿Por qué no lo entendía?

Capítulo treinta y dos

Margot

Si había hecho algún progreso para olvidar a Jack en los últimos días, la llamada de teléfono los fulminó.

¿Por qué me hacía esto?

¿Por qué se lo hacía a sí mismo?

Supe por su voz, frágil y abatida, que estaba destrozado. Lo que me dijo me hizo pedazos el corazón. «Te echo de menos. Me muero por verte. Quiero volver a sentirme vivo». Saber que los dos queríamos estar juntos, pero que era demasiado cabezota para admitirlo era una agonía. Nunca había tenido tantas ganas de abrazar a alguien y tirarle un panecillo a la vez. ¿Necesitaría más tiempo?

¿Cuánto? ¿Cuánto estaba dispuesta a esperar? Pasado cierto punto, sería patético seguir aferrada a alguien que nunca querría lo mismo que yo.

Tenía que superarlo. Recuperarme, sacudirme el polvo y volver a intentarlo con alguien que no estuviera decidido a quedarse solo para siempre. Alguien que quisiera estar conmigo. Alguien que reconociera que la química que teníamos no era algo que pasara todos los días.

Me empecé a enfadar.

«Es un idiota por no ver lo que podríamos ser». Sentada en la cama, saqué un pañuelo de la caja de la mesita de noche. «Es un idiota por ser cobarde cuando necesito que sea valiente. Por ser un cabezota cuando lo que quiere es ceder». Me soné la nariz, tiré el pañuelo al suelo y saqué otro.

«Espero que lo estés pasando aún peor que yo, Jack Valentini. Porque es culpa tuya. Nunca te presioné. Nunca te metí prisa. Solo me impliqué, pero tú estabas demasiado asustado para implicarte también. ¡Que te den! Merezco algo mejor».

Cuando por fin me dormí, tenía la nariz en carne viva, los ojos hinchados y me dolía la cabeza, pero decidí no perder más tiempo llorando por Jack. Sí, era triste que creyera que no merecía que lo quisieran debido a su pasado, pero era su elección.

«Mucha gente ni siquiera tiene la oportunidad de tomar esa decisión. Nunca llegan a experimentar lo que nosotros hemos vivido. Eres un idiota por dejarlo escapar».

El domingo, a medida que pasaban las horas, estaba cada vez más cabreada. Quise mantenerme ocupada para no pensar en Jack, así que hice la colada, limpié la nevera, reorganicé los armarios de la cocina y el baño e hice la compra. Me mantuve ocupada, pero no conseguí sacármelo de la cabeza. La ropa que había usado en la granja me recordaba a él. La comida y las bebidas me recordaban a él. El gel de burbujas y el champú me recordaban a él. La puñetera sección de productos ecológicos del supermercado me recordaba a él.

Por la tarde fui a la librería y compré algunos libros de cocina para principiantes. Esa noche intenté preparar pollo al limón para cenar. Me salió bastante bien y me dio un subidón de confianza, pero me sentí un poco sola celebrando mi primer triunfo culinario sin nadie.

Estaba metida en la cama leyendo una novela romántica que había comprado en la librería (una que había escogido por el argumento y no porque el tipo de la portada se pareciera a Jack, lo juro) cuando me sonó el móvil.

«Llamada entrante de: Jack Valentini».

Me negué a contestar, pero siguió sonando.

—Vete a la mierda —bufé, pero la cabeza me daba vueltas. Me moría por escuchar su voz.

¿Y si había cambiado de opinión? ¿Y si llamaba para disculparse? ¿Y si se había dado cuenta de que merecíamos intentarlo?

Cogí el móvil, respiré hondo para calmarme, convoqué a la antigua Margot y respondí.

—Hola.

—Hola. —Tenía la voz rota, como mi tranquilidad cuando oí su voz—. ¿Qué tal?

«Sé fuerte. Nada de lágrimas».

—Bien —respondí con frialdad.

—Me alegro.

Silencio. Se me acabó la paciencia.

—¿Qué quieres?

—Solo oír tu voz.

Cerré los ojos y tragué saliva. No llamaba para disculparse. ¡Idiota!

—¿Por qué? ¿Para torturarte?

—Supongo.

—No voy a jugar a esto. —Me falló la voz—. Si quieres ahogarte en tu propio dolor, adelante, pero no voy a ayudarte. Duele demasiado.

—Lo siento. Nunca quise hacerte daño. Ojalá fuera otra persona.

Me mordí el labio con tanta fuerza que casi lo hago sangrar.

—¡No quiero que seas otra persona! ¿Es que no lo ves?

—Eso dices ahora, pero no sabes cómo es estar conmigo. —Habló con la voz más tensa. Hasta pareció enfadado.

—¡Porque no me dejas descubrirlo! ¡Eres un cobarde! ¡Ni siquiera sé qué te da tanto miedo! Solo sé que desperdicias la oportunidad de ser feliz y me la arrebatas a mí.

—¡Te ahorro el sufrimiento! —espetó.

—¡Te lo ahorras a ti! Pasar página sería difícil, lo sé. Costaría trabajo. —Suavicé la voz—. Pero estaría ahí para ayudarte. ¿No quieres intentarlo?

Silencio.

—Nunca serías feliz conmigo.

Suspiré y volví a mostrar mis sentimientos, con la esperanza de que no volviera a pisotearlos.

—Dame la oportunidad de demostrar que te equivocas. No volveré a pedirte.

—No puedo —susurró—. Quiero, pero no puedo.

Perdí la batalla contra las lágrimas y lloré.

—Pues despídete, Jack, porque lo nuestro se acaba aquí.

—Margot, por favor.

—¡Cuelga! —grité—. Quiero que quede claro que eres tú el que huye. Eres tú el que cree que no podría quererme.

—Sé que podría quererte —dijo sin dudar, con la voz devastada—. Pero no lo merezco.

Me recompuse y me obligué a mantener la calma.

—Entonces despídete y cuelga.

Contuve el aliento y me aferré a una mínima brizna de esperanza de que dijera algo que no fuera un adiós.

Pero no lo hizo.

Capítulo treinta y tres

Jack

Las palabras de Margot dolieron. La verdad siempre lo hace.

«Eres un cobarde. Te lo ahorras a ti. Desperdicias la oportunidad de ser feliz».

Era un cobarde. Y un imbécil. Y un capullo. Sabía que volver a llamarla estaba mal, pero me sentía solo y deprimido y no pensaba con claridad. Sufría y quería sentirme mejor. Ella era la única que me hacía sentir mejor, por eso la había llamado.

La lógica de un niño.

No la culpé por enfadarse ni insultarme. Parte de mí esperaba que lo hiciera, era un auténtico desastre. Estaba muy cabreado conmigo mismo. ¿Qué derecho tenía a llamarla, decirle esas cosas y hacerle daño otra vez? Solo pensaba en mi dolor, pero el suyo también era real. Se le notaba en la voz. Me había repetido mil veces los últimos días que mi sufrimiento era el precio a pagar por dejar que las cosas llegaran tan lejos, pero no había pensado en el precio que pagaría ella. Me destrozaba saber que lo estaba pasando casi tan mal como yo. ¿Creía de verdad que había puesto fin a lo nuestro porque no podría quererla? ¡Era justo al contrario!

Me tumbé en la cama y me cubrí la cara con las manos. ¿Qué iba a hacer? No podía vivir así, dividido entre el pasado y el futuro, entre dos vidas y dos versiones de mí mismo.

Era como tener delante un cruce de caminos. Uno de ellos no tenía salida,

daba vueltas en una espiral eterna de soledad y tristeza. El otro seguía adelante y, aunque no se veía el final, ofrecía la posibilidad de volver a ser feliz.

Pero ¿cómo sentir que merecía esa segunda oportunidad?

Hacía un par de noches, Georgia me había invitado a cenar en su casa. Acepté, agradecido de escapar de la soledad y el silencio de la cabaña. Brad y Olivia también vinieron y, después de cenar, salimos al patio, donde mis hermanos se subieron a la cama elástica con los niños.

Georgia y yo nos sentamos en las mecedoras del porche con un *whisky* con hielo cada uno y miramos a Pete intentar hacer una voltereta.

—Se va a partir la crisma —dije, divertido.

—Calla, no digas eso. —Me miró—. Es agradable oírte reír. Has estado bastante alicaído esta semana.

Bebí un sorbo.

—Ya.

—Supongo que no servirá de nada preguntar, pero lo haré de todas maneras. ¿Quieres hablarlo?

En la cama elástica, mis hermanos saltaban, reían y les hacían fotos a sus hijos en el aire. «Eso es lo que quiero. Dios, me encantaría tenerlo».

—Os envidio —dije.

De reojo, la vi asentir.

—Lo entiendo.

—Pensé que algún día viviría en esta casa y tendría una familia.

—No es demasiado tarde.

—¿Segura?

—Claro que no.

Lo medité un momento y me insté a ser valiente.

—¿Puedo contarte algo?

—Claro.

—Últimamente pienso mucho en todos los que sirvieron conmigo y no volvieron. Hombres más fuertes, más valientes y más listos que yo. A veces

me pregunto por qué yo sobreviví y ellos no. ¿Para qué?

Me miró, pero no dijo nada.

—Antes creía que era por Steph, por nuestra futura familia, pero cuando murió, las cosas dejaron de tener sentido.

—¿No crees que puedas volver a enamorarte? Todavía estás a tiempo de formar una familia.

Dudé.

—Antes creía que no.

—¿Y ahora?

Respiré hondo y la miré a los ojos.

—Ahora está Margot.

Sonrió y se le iluminó la mirada.

—¿Qué te detiene?

—Muchas cosas. —Me quedé mirando los cubitos de hielo del vaso—. La he cagado, Georgia.

—Lo sé.

Sentí una punzada en el pecho.

—¿Has hablado con ella?

Hizo una pausa antes de responder, como si no quisiera traicionar la confianza de Margot.

—Sí.

—Cuando digo que la he cagado no bromeo. Le he hecho daño.

—Pide perdón.

Hacía que pareciera fácil.

—¿Y si me dice que no?

—¿Y si te dice que sí?

—Se merece algo mucho mejor. Alguien con dinero, un coche caro...

—Quiere estar contigo. Créeme.

La miré a los ojos y confesé:

—Tengo miedo.

—Ya lo sé. Y será duro, pero valdrá la pena, estoy segura. Incluso si Margot no es la indicada, tienes que hacerlo por ti. Ya es hora.

Asentí y procesé las palabras.

—Mañana hará tres años.

—Lo sé —dijo en voz baja y con ojos llorosos—. Pero Steph sería la primera en decirte que no estás honrando su memoria al negarte a pasar página. —Me tocó el brazo—. La has usado para castigarte. Es hora de dejarla ir. Sé que duele, pero es así.

Se me cerró la garganta y aparté la vista antes de empezar a llorar yo también.

Al día siguiente, fui al cementerio. Me senté delante de su tumba, como siempre, e imaginé a Steph a mi lado. Me concentré en recordar su voz.

—Hola. Quiero hablar contigo.

«¿Qué pasa?».

Se me formó un nudo en la garganta.

—Es difícil.

«Cuéntame».

Tragué.

—He conocido a alguien.

«Eso es bueno».

—¿Lo es?

«¿Por qué no iba a serlo?».

—Porque me hace dudar de mí mismo y volver a plantearme cosas que ya tenía decididas.

«¿Como qué?».

—Como empezar una relación, darme permiso para enamorarme de nuevo, pasar mi vida junto a alguien, en vez de estar solo.

«Parece serio. ¿Cómo es?».

—Es insoportable. Una pija malcriada. Una sabelotodo de ciudad.

Su risa resonó entre las lápidas.

«Alguien que te planta cara, ¿eh?».

—Le encanta intentarlo. —Suspiré—. También es buena, lista y preciosa. Me hace reír.

«¿Sientes algo por ella?».

—Sí, pero no sé si quiero.

«¿Por qué no?».

—Para empezar, me vuelve loco que no se parezca en nada a ti. Me siento culpable, como si te traicionase al enamorarme de alguien que es todo lo contrario a lo que eras.

«No me traicionas, Jack. Quiero que pases página y seas feliz».

Empecé a llorar y me apreté los párpados con el pulgar y el índice.

—Yo también quiero ser feliz. Pero no sé cómo conseguirlo y no sentirme mal por ello.

«Lo primero, tienes que volver a terapia. Ya es hora de reconocer que lo dejaste porque te ayudaba y no querías mejorar».

Parpadeé. Nunca lo había pensado así. Me convencí de que había dejado de ir porque era demasiado doloroso hablar de lo que sentía. ¿Tenía Steph razón? ¿Dejar la terapia había sido otra forma de castigarme y sabotear la posibilidad de recuperarme?

«Sabes que llevo razón. También tienes que vaciar la cabaña. Saca mi ropa de ahí. Tira todas mis cosas. Quita mis fotos de las paredes. Mejor aún, múdate. Es parte de la prisión en la que te has encerrado a ti mismo y también a mí».

Fue como un puñetazo en el estómago.

—¿Cómo?

«Ya me has oído. Tienes que dejarme ir».

Se me puso la piel de gallina y sentí un escalofrío en el cuello.

—Pero...

«Sin excusas. Si me querías...».

—Sabes que sí. Más que a nada. Fuiste el amor de mi vida, Steph.

«Fui el amor de tu vida de entonces. Fui tu primer amor, pero no el último».

La brisa susurró entre los árboles cercanos mientras procesaba sus palabras y dejaba que disolvieran las últimas dudas. Steph me estaba liberando y tenía que hacer lo mismo por ella. Me quitó un peso de encima.

—Tienes razón.

«Claro que la tengo. Quiero pedirte una cosa más: llama a esa mujer y

llévala a cenar. La pobre estará hecha un despojo pensando por qué eres tan idiota. Dile que lo entiendo. A mí también me sacabas de quicio».

—Lo siento, Steph. Por todo.

«Lo sé. Te perdono. ¿Estás preparado?».

Asentí.

—Creo que sí. Sigo teniendo miedo, pero sé lo que debo hacer.

«Bien. Vive la vida que mereces. Tienes mucho amor que dar, Jack Valentini. No lo olvides».

—Vale —susurré y sentí un escalofrío—. Gracias, Steph. Eres un ángel.

Esperé una respuesta, pero no llegó. Se había ido. Estuve tan seguro de su ausencia como segundos antes de su presencia. De alguna manera, supe que no volvería.

Me besé las yemas de los dedos, toqué la parte de arriba de la tumba y me despedí.

Más tarde, esa noche, entré en la habitación de la cabaña y miré alrededor. Estaba igual que siempre, pero notaba algo distinto. Por primera vez, la vi como Steph había dicho: una prisión. Estaba en todas partes. Su ropa en el armario, sus libros en los estantes, su champú en la ducha, nuestras fotos en la pared. Pero no era para recordarla, era un castigo. Una sentencia de confinamiento solitario de por vida.

Sin embargo, había traído a Margot aquí. La había besado y tocado y, cuando se había ofrecido a parar, había sido yo el que había insistido en seguir. La deseaba más que mantener la santidad de este lugar.

¿Me perdonaría? ¿Seguiría queriendo esa oportunidad? La imaginé y no sentí ningún nudo en el estómago. Quería volver a ser feliz. Por primera vez en años, me parecía posible.

Eché un vistazo a mi mano izquierda, donde seguía llevando el anillo de casado. Me lo quité, lo miré un segundo y lo dejé en el cajón de la mesita. Al principio, se me revolvió el estómago, pero respiré hondo y me tranquilicé.

Ya era hora.

La semana siguiente hice cuatro llamadas importantes. Una al psicólogo, que se alegró de saber de mí y me programó una cita para unos días después. La segunda, a Georgia, que se ofreció encantada a ayudarme a sacar las cosas de Steph de la cabaña. La tercera fue al buzón de voz de Suzanne Reischling. Le dejé un mensaje diciendo que por fin iba a vaciar la cabaña y le dije que me llamara si quería venir una noche y ver si había algo que quisiera. La cuarta llamada fue a Brad, quería hablar con él por si había algo que pudiera hacer para ayudar a Pete y Georgia a comprar esa casa. Lo más lógico sería comprarles la casa y vivir allí, sobre todo porque ya planeaba mudarme de la cabaña, porque encerraba demasiados recuerdos. Además, quería tener un sitio en el que me sintiera cómodo al invitar a Margot.

Brad se mostró encantado de quedar y se emocionó con la idea de que también pudiera comprarle su parte.

—Hablaré con el banco —dijo—. Les explicaré la situación, estudiaré las cifras y lo hablaremos a lo largo de la semana.

—Perfecto —acepté—. Pero no digas nada a Pete y Georgia todavía. No quiero darles esperanzas antes de saber nada seguro.

La primera sesión de terapia fue dolorosa, pero me prometí que sería sincero. Por primera vez, le conté cómo me sentía de verdad por la muerte de Steph y la conexión que había establecido con el incidente de Iraq. Le expliqué que esa culpa me había impedido pasar página. Aunque no me alivió la conciencia del todo, sí me dio algunas estrategias para gestionar las emociones y lidiar con la culpa. También me instó a volver a tomar los medicamentos para dormir.

También me habló de una sesión de terapia grupal semanal para veteranos que organizaba desde el año pasado y empecé a acudir. Oír a otros hablar de cómo se sentían, contar sus historias y reconocer que luchaban contra la culpa y la ansiedad me ayudó a ver que no estaba solo. A veces ni siquiera hablaba en esas sesiones, pero me ayudaban.

Vaciar la cabaña fue más difícil. Lo superé con la ayuda de Pete y Georgia,

recordando el deseo de Steph de ser liberada, y viendo a Cooper jugar con Bridget Jones mientras trabajábamos. Pero no fue fácil ni rápido. Trabajamos el miércoles por la noche y durante todo el jueves. Hubo momentos en los que me emocioné, momentos en los que lloré y momentos en los que tuve que salir a tomar aire. Aun así, no dudé. Sabía que era lo correcto.

El jueves por la noche, Suzanne vino y se le empañaron los ojos al ver las bolsas y las cajas en el salón.

—Lo has hecho de verdad —dijo con una mano en el corazón.

—Tenía que hacerlo —murmuré, pero con firmeza.

Repasó la habitación.

—También has quitado las fotos. ¿Por qué?

—Porque hacía que fuera demasiado difícil pasar página.

La miré a los ojos y esta vez no se pareció tanto a Steph. Menos mal.

—Ah. —Pasó los dedos por una de las cajas—. ¿Vas a pasar página con aquella rubia?

—No es asunto tuyo.

—Perdona —dijo, abatida—. Es una semana dura.

Suavicé el tono, comprensivo.

—Lo sé. Pero no quería que nos sentásemos a llorarla. Querría que celebrásemos su vida siguiendo adelante con las nuestras.

Asintió con tristeza.

—Mi madre lo quiere todo, pero no se sentía capaz de venir.

—Te ayudaré a cargarlo. Tengo el todoterreno fuera, lo usaremos para llevar las cosas hasta tu coche.

—Vale. —Cerró los ojos y suspiró—. Siento lo que he dicho. Tienes razón. Steph quería que siguiéramos adelante. Es que la echo de menos y ayuda pensar que tú también.

—Disculpa aceptada. Es normal echarla de menos, yo también lo hago. Pero he tardado mucho en llegar a este punto y sé que estaría orgullosa.

—Estoy segura de que sí. —Sollozó y luego se rio entre lágrimas—. Era mucho mejor persona que yo.

Tres semanas después de que se marchara, estaba listo para disculparme con Margot y pedirle otra oportunidad, pero no sabía cómo. Una disculpa por teléfono no sería lo mismo que en persona. Quería mirarla a los ojos y reconocer mi error. Arriesgarlo todo. Si iba a hacerlo, tenía que ser cara a cara.

Pero ¿cómo? ¿Cómo iba a convencerla de vernos sin revelarle mis intenciones? Pasé todo el viernes dándole vueltas e intentando idear un plan original y romántico, pero lo original y romántico nunca había sido lo mío. Necesitaba ayuda.

Me tragué el orgullo y llamé a Georgia.

Sonrió.

—No sé qué deberías hacer, pero sé a quién se lo puedes preguntar. — Sacó el móvil de un cajón, pulsó la pantalla un par de veces y mi móvil vibró. Lo miré.

Me había enviado un contacto.

—¿Jaime Owen?

—Una amiga muy cercana de Margot y su socia. Llámala.

Fruncí el ceño. ¿Iba a implicar a otra mujer?

—No sé.

—Llámala. —Me apretó el brazo—. Estoy segura de que sabrá qué hacer.

Le dije que lo pensaría. Me quedé un rato a jugar con Cooper y después me marché a casa a pensar si hacer esa llamada. Seguramente Georgia tenía razón, pero me daba vergüenza. Una cosa era llamar a Margot y explicarme, pero llamar a la tal Jaime era otra muy distinta. A saber qué le habría contado Margot y lo que pensaría de mí.

«Eso es culpa tuya. Llama, imbécil».

Marqué el número mientras protestaba como un crío.

—¿Diga?

—Hola, ¿hablo con Jaime Owen?

—Sí, ¿en qué puedo ayudarle?

—Soy Jack Valentini.

—Ah.

«¿Ah? ¿Qué significa eso?».

—Soy amigo de...

—Sé quién eres.

No sonó borde, solo un poco distante, pero me lo esperaba. Seguramente estaría pensando en un montón de cosas que le gustaría gritarme, pero técnicamente seguía siendo un cliente.

No sabía cómo seguir.

—Georgia me dio tu número.

—¿Tienes alguna pregunta sobre vuestro contrato?

—No, no es eso. —Respiré hondo—. Quiero ver a Margot.

—¿Por qué?

—Para disculparme.

—¿Por qué no la llamas a ella?

—Porque no quiero hacerlo sin más. Quiero compensarla por cómo la he tratado y las cosas que he hecho.

—Le has hecho daño.

Cerré los ojos.

—Ya lo sé. Te habrá contado que fui un capullo integral, pero era la única manera de hacer que se fuera.

—¿Y querías que se fuera porque ya no te importaba?

—No, porque me importaba demasiado —solté, sin saber cómo iba a explicarlo. Pero me sorprendió.

—¡Lo sabía!

—¿Perdona?

—Sabía que eso era lo que pasaba. —De pronto, parecía muy feliz—. Empezaste a enamorarte de ella, así que pisaste el freno y espantaste a Margot para que las cosas no fueran a más. Pero no hablabas en serio.

—Sí —admití, fascinado. Me aparté el móvil de la cara y lo miré un segundo. ¿Era psíquica o algo?

—Tenías miedo —siguió—. Porque dejar que se acercara a ti significaba perder algo de ti mismo y no sabías si eras capaz.

—Dios —dije—. ¿Quién eres?

Se rio.

—Alguien que lo entiende. Bueno, ¿y ahora qué?

—Quiero verla. Sorprenderla de alguna manera, pero no sé cómo.

—Sorprenderla, ¿eh?

—Sí. Creo que tengo que ir a buscarla. Demostrarle que...

—¡Pues claro! —interrumpió—. ¿Qué haces mañana por la noche?

No tenía nada planeado, aparte de trabajar.

—Nada —reconocí, algo asustado.

—Perfecto. Margot irá a una fiesta en el IAD. Es una gala benéfica para abrir una nueva exhibición en la galería Lewiston.

—¿IAD? —No sabía lo que era.

—Instituto de las Artes de Detroit. Su familia dona un montón de dinero todos los años.

—Ah. —Por supuesto que sí. Me preparé para lo que venía a continuación—. ¿Y?

—¿Qué mejor manera de demostrarle que quieres ser parte de su vida que presentarte allí? Tengo una entrada, pero te la daré. No le diré nada.

—¿No hay ninguna situación menos incómoda en la que pueda verla? No se me dan bien las multitudes y no tengo ropa para la ocasión.

—¿Tienes un traje?

Hice una mueca.

—No. Supongo que tendré que comprar uno mañana, pero... ¿me quedará bien? ¿Y si hace falta arreglarlo?

Lo último que me apetecía era aparecer en una fiesta elegante con un traje que no me quedara bien. Ya estaría bastante incómodo con uno que fuera hecho a medida.

—Tengo contactos —dijo—. Déjame a mí. ¿Podemos vernos mañana en el centro?

Estaba claro que iba a pasar todo el día con esto, puede que dos días, así que necesitaría que Pete y Georgia me ayudasen en la granja, aunque seguro que lo harían encantados cuando supieran el motivo.

—Supongo.

—Genial. Luego te mando la dirección. ¿Necesitas un corte de pelo o algo? Puedo pedir hora.

Me pasé una mano por el pelo y fruncí el ceño.

—Supongo que sí. Gracias.

—No hay de qué. Me alegro de que hayas llamado, Jack. Has hecho lo correcto.

Le volví a dar las gracias y me despedí hasta el día siguiente. Cuando colgamos, llamé a Pete y Georgia y les pregunté si se encargarían de la granja un par de días. Georgia trabajaba el fin de semana, pero Pete dijo que no había problema, que siempre podía pedirle ayuda a Brad.

—Haces lo correcto —dijo, igual que Jaime—. Buena suerte.

—Gracias. La necesito.

Capítulo treinta y cuatro

Margot

Llevar una vida más plena y divertida era más fácil de decir que de hacer, sobre todo con el corazón roto.

Después de que Jack me rechazase por segunda vez, me juré que haría lo que le había pedido a él: pasar página. Sentía algo por mí, pero no estaba dispuesto a dejar atrás el pasado y no sabía si alguna vez lo estaría. Cada vez que lo pensaba, me entraban ganas de llorar, pero no podía salvarlo de sí mismo. Tenía que pensar en mí.

Me centré en la lista.

Me apunté a clases de cocina, vi algunos tutoriales en Internet, empecé a leer libros de cocina e hice una lista con lo que necesitaba comprar. Llené los armarios y los cajones de enseres y aparatos de cocina, empecé a hacer la compra con ojo crítico y a elegir alimentos locales y orgánicos siempre que podía. Dejé de salir tanto a comer fuera. Invité a mis amigas a probar mis recetas: pesto, *piccata*, patatas gratinadas. Cientos de veces estuve a punto de hacer una foto a los platos y enviársela a Jack para que viera lo que había progresado y se sintiera orgulloso.

Fui tres veces a montar a caballo y me decidí a comprarme uno. Echaba de menos esa relación. De nuevo, tuve que contenerme para no llamar a Jack y contarle lo emocionada que estaba, pues no conocía a nadie más que comprendiera ese vínculo entre caballo y jinete.

A través de un amigo, me uní a Fair Food Network, una asociación

benéfica dedicada a apoyar a los granjeros, a fortalecer los negocios locales y a mejorar el acceso a alimentos saludables. Uno de sus objetivos era aumentar la financiación de Double Up Food Bucks, un fondo para ayudar a las familias con ingresos bajos a elegir alimentos saludables y comprarlos de agricultores locales. Usé los contactos de mi familia para recaudar dinero y apoyo, y también me ofrecí como voluntaria para crear material publicitario con el que difundir el programa y mostrar a la gente los beneficios económicos que suponían llevar una alimentación saludable y comprar alimentos locales. También creé material para anunciar los días, lugares y horarios de los mercados locales. ¿Iba a acabar con la pobreza? No, pero el trabajo era gratificante y sentí que contribuía a un bien mayor.

Y me hice el tatuaje. Me inspiré en una de mis novelas favoritas, *El despertar*, de Kate Chopin. Al principio, solo iba a hacerme un pajarito en la espalda, un pequeño símbolo de mi propio despertar, pero me di cuenta de que nunca lo vería. Decidí hacérmelo en la parte interior del brazo y también me decidí por una frase en lugar de un símbolo. Así, el tatuaje sería más grande y más visible, ¿no era eso lo que quería? Ahora, cuando miraba hacia abajo, veía estas palabras entintadas en mi piel pálida:

«El pájaro que quiere remontarse
por encima del nivel ordinario
de la tradición y los prejuicios
debe tener las alas fuertes».

Cuatro líneas escritas en letra elegante que me recordaban que no debía dejar que el miedo a lo que los demás pensaran o esperaban de mí me limitara. Era una persona independiente que tomaba sus propias decisiones. La fuerza era una forma de belleza.

Por supuesto, Jack también me había inspirado, así que me moría por enseñárselo. Todas las noches repasaba cada momento que habíamos pasado juntos e intentaba encontrar el punto exacto en el que todo se había torcido, pero no lo encontraba. Éramos diferentes, pero de ahí nacía nuestra química. Todavía sentía una descarga cada vez que pensaba en él. Todavía deseaba sentir su piel y echaba de menos su voz y su risa. A veces, todavía lloraba cuando pensaba en su pasado.

Una vez, hablando con Georgia sobre las nuevas fotos familiares de la web, mencionó a Jack de pasada y dijo que estaba «esforzándose por mejorar». Aunque no dijo nada específico, volví a albergar esperanzas.

Pero cuando los días se convirtieron en semanas y seguía sin saber nada de él, se marchitaron.

Como esperaba, Muffy casi se desmaya al ver el tatuaje.

—Por el amor de Dios, ¿qué te has hecho? ¿Se quita?

—No quiero que se quite, madre. Me gusta.

Estábamos tomando un cóctel en la sala Rivera Court del IAD y empezó a mirar a todas partes frenética, mientras intentaba taparme como si fuera desnuda. La sala estaba llena de gente adinerada y bien vestida que bebía copas y escuchaba al cuarteto de cuerda, pero a solo una le resultaba escandaloso que llevara un tatuaje.

—Ya no te entiendo, Margot. Primero el incidente de los panecillos, después el trabajo de voluntaria en el albergue para indigentes y ahora un tatuaje. —Sacudió la cabeza—. ¿Quién eres?

—Tranquilízate, mamá. Deberías alegrarte por el tatuaje. ¿No querías que estudiara Literatura? *El despertar* es un clásico.

—Margot Thurber Lewiston, no tiene ninguna gracia. Tu comportamiento es errático.

—Ya te he explicado lo de los panecillos y me he disculpado mil veces. Soy voluntaria en el albergue porque me gusta ayudar a los demás. Solo invierto mi tiempo.

Muffy me miró como si estuviera loca.

—Ya donamos dinero a esos sitios para no tener que pasar tiempo en ellos. Suspiré. Era imposible explicárselo.

—Bueno, a mí no me importa ir. No tengo otra cosa que hacer.

—Preferiría que volvieras a tener citas.

Bebí un sorbo.

—No es tan fácil.

—Claro que sí, pero eres demasiado selectiva.

—¿Qué tiene eso de malo?

—Nada a la hora de contratar a un cocinero, un jardinero o una doncella. Pero encontrar al marido adecuado no debería ser tan complicado.

Apreté los dientes.

—No voy a conformarme, mamá. Quiero enamorarme.

—No seas ridícula. Todo el mundo se conforma en el matrimonio, Margot —dijo y puso los ojos en blanco, como si hubiera dicho una gran tontería.

—¿Incluso las Thurber?

—Sobre todo las Thurber. —Me volvió a mirar como si me faltara un tornillo—. Todas las Thurber que conozco se han conformado al casarse. El matrimonio no es cosa de amor. Se trata de unir a dos familias para crear una mejor. Es conservación y linaje. Tradición. —Bufó—. El amor es para los niños y los pobres.

Si no hubiera escuchado disparates de ese tipo toda mi vida, me habría horrorizado. Pero así era Muffy, no podía evitarlo. Seguramente, en su cabeza enamorarse era algo similar a montar una escena, indecoroso e indiscreto. Pero no tenía por qué seguir sus extraños ideales y, si tenía una hija, la educaría de forma diferente.

—Siento que lo veas así, madre, pero esta Thurber no se va a conformar. —Contestar a Muffy no era mucho, pero para mí era muy importante. Había tardado años en encontrar el valor para hacerlo—. Esperaré a encontrar lo que quiero.

—¿Y qué quieres? —Pareció ofenderse—. ¿Al príncipe de Gales?

—Para nada. No quiero ningún príncipe, madre. Solo quiero un hombre bueno y que...

Detrás de Muffy, alguien se acercaba hacia mí. Alto, oscuro y atractivo. Con un traje negro. Me arrebató la capacidad de hablar, pensar o incluso respirar.

Enrojecí y abrí la boca. Parpadeé. No era posible. ¿O sí? ¿Qué hacía aquí? Aturdida, me levanté y mi madre me agarró del brazo.

—Margot, ¿estás bien?

—No estoy segura —dije, todavía perpleja mientras veía cómo Jack se acercaba—. Estoy un poco mareada.

—¿Mareada? Nunca te mareabas antes de hacerte ese tatuaje —dijo y me

observó con suspicacia—. A lo mejor es venenoso.

—No es el tatuaje —dije—. Perdona un momento.

Me levanté y caminé hacia él. El corazón se me aceleró con cada paso. El corte del traje le resaltaba la complexión del torso y el pecho. Sus hombros parecían incluso más anchos. Se había cortado el pelo y lo llevaba peinado con algún producto, apartado de la cara. Estaba elegante y sofisticado.

Y muy nervioso.

Me entraron ganas de protegerlo. «Odia las multitudes. Odia arreglarse. Lo hace por mí».

Pero también seguía enfadada y albergaba dudas. ¿Otra vez iba a decirme que necesitaba verme? ¿Querría echar un polvo? ¿Castigarse? No iba a seguirle el juego.

Nos encontramos en el centro de la sala y nos quedamos muy cerca el uno del otro. Era un manojito de emociones y me costaba respirar. Alguien tiró una copa detrás de mí y el estrépito lo hizo levantar la vista, en tensión. Sentí una punzada de dolor al verlo tan ansioso y angustiado.

—Oye. —La compasión me llevó a darle la mano. Estaba enfadada, pero sabía que le resultaba muy difícil—. Mírame.

Relajó la expresión cuando volvió a centrarse en mí.

—Perdona.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a disculparme.

—¿Por qué? —Contuve el aliento.

—Por mentirte. Por echarte. Por ser un cobarde. —Sonrió—. Tenías razón. Tenía miedo de lo que sentía, de lo que significaba.

La esperanza estalló dentro de mí como fuegos artificiales.

—¿Qué significaba?

—Dejar atrás muchas cosas, el pasado, la culpa, el dolor, y darme permiso para pasar página. No estaba listo para sentirme así conmigo mismo. Si no te hubiera conocido, seguramente seguiría sin estarlo. —Recorrió la sala con la mirada y tragó saliva—. Quiero decirte muchas cosas, pero no me siento cómodo entre tanta gente.

—Salgamos de aquí.

Frunció el ceño.

—Me prometí que no lo haría. Si es importante para ti, lo es para mí.

—No hay nada que me importe más ahora mismo que escuchar lo que tengas que decir.

Suspiró aliviado.

—Vale.

—Yo también tengo un par de cosas que decir.

Volvió a tensarse.

—Sígueme. Encontraremos un lugar tranquilo donde sentarnos.

Salimos de la sala mientras el corazón me latía con fuerza en el pecho.

Caminamos de la mano a través de la pista de baile y las galerías en busca de un lugar adecuado. Encontramos una sala vacía con un banco en el centro y dejé que Jack me llevase hasta allí. Estaba poco iluminada para conservar las obras de arte y las paredes rojas le daban un aire cálido y romántico. Las mariposas de mi estómago estaban montando una fiesta y tuve que esforzarme por mantener la calma. Lo que decía sonaba bien, pero ¿estaba preparado de verdad?

No me soltó la mano cuando nos sentamos y miró nuestros dedos entrelazados.

—¿Te has hecho un tatuaje? —Me levantó el brazo para leer las palabras—. Es precioso. Me encanta.

—Gracias. A mí también.

—¿Qué te animó?

—Decidí que tenías razón. Ya era hora de dejar de preocuparme de lo que piensen los demás. Estaba cansada de tener miedo al qué dirán si hacía algo diferente.

Asintió despacio y me bajó el brazo para volver a cogerme la mano.

—¿Qué ha dicho Muffy?

—Cree que estoy loca.

Me miró a los ojos y los dos sonreímos. Algunas de mis dudas se disiparon. «Es tan agradable. Por favor, que sea real».

—Tiene gracia que hayas decidido que yo tenía razón en algo —dijo—.

Me he equivocado en casi todo. —Bajó la vista a nuestras manos y acarició el dorso de la mía con el pulgar—. Tenías razón. Aquella noche en la cabaña. — Me miró a los ojos—. Sentía algo por ti.

Me costaba respirar.

—Había empezado a sentir tantas cosas por ti que me asusté. Fue como si perdiera el control y me perdiera a mí mismo. Entré en pánico y pisé el freno. Intenté levantar un muro entre los dos, pero... —Se encogió de hombros—. Era demasiado tarde.

—¿Lo era?

—Sí. Lo que sentía no desapareció al alejarme de ti. No me sentí más fuerte ni más controlado cuando te fuiste. Una cosa era hacerme daño a mí mismo, pero hacértelo a ti me hizo sentir cruel y débil, como si hubiera aplastado algo frágil, pequeño y hermoso que no podía defenderse.

—Es exactamente lo que hiciste. —Tenía que saber cómo me había sentido—. Y lo único que podía hacer era mirar. Sentía algo por ti. Sentía que había algo entre nosotros. Pero ¿qué iba a hacer? Te pedí una oportunidad y me dijiste que no. ¡Dos veces!

Sentí un cosquilleo en la nariz y contuve las lágrimas.

Sacudió la cabeza y me miró afligido.

—Lo siento, Margot. Me odié por decir que no. Me moría por decir que sí. Te echaba de menos todo el tiempo. No dejaba de pensar en cómo me hacías sentir. Imaginé cómo sería una vida juntos y me fustigué por haber elegido quedarme solo. —Cerró los ojos un momento—. Al final me di cuenta de lo imbécil que había sido y lo equivocado que estaba al alejarme de ti. Quería darnos esa oportunidad. —Me agarró ambas manos y las apretó—. He venido con la esperanza de que sigas dispuesta a dármela.

Mis miedos empezaban a disiparse, pero tenía que preguntar.

—¿Qué me garantiza que ahora vas en serio? ¿Cómo sé que no vas a volver a entrar en pánico y levantar muros?

Me apretó la mano.

—No lo sabes. Es un riesgo que tendrás que asumir, pero te suplico que lo hagas.

Tragué el nudo que se me había formado en la garganta.

—¿Estás listo para pasar página?

Asintió y me miró a los ojos.

—Sí. Las últimas semanas he hecho bastantes progresos.

—¿Como cuáles?

—He vuelto a terapia, he vaciado la cabaña y me he despedido. —La última parte la dijo en voz más baja.

Supe a lo que se refería y sonreí entre lágrimas. Él también sonrió.

—Quiero empezar de cero, Margot. Y quiero hacerlo contigo. Dame una oportunidad.

—Jack —dije, abrumada—. Es todo lo que quiero. No voy a ser tu primer amor, pero...

—No. —Me puso un dedo en los labios—. No busco un primer amor. Busco el último.

Se inclinó y me besó. Fue un beso dulce, suave y pausado, pero también mucho más. Fue una disculpa, una promesa, un nuevo comienzo. Hablaba de pasar página, de seguir adelante, de enamorarse. Me estremecí y Jack me abrazó.

—¿Tienes frío?

—Para nada —dije, sintiendo una oleada de calidez en todo el cuerpo—. Ahora dime cómo me has encontrado.

Sonrió divertido.

—Tu amiga Jaime.

—¡Jaime! —grité—. ¡Dijo que no vendría porque estaba enferma!

—Me dio su entrada.

Sacudí la cabeza e intenté imaginarlo.

—¿La llamaste?

—Sí. Anoche. Buscaba la manera de sorprenderte y Georgia me dio su número.

Me reí y un cosquilleo me recorrió todo el cuerpo.

—¿Todo eso ha pasado en una noche? Y ha funcionado. Estoy sorprendida. Se me quedó mirando, sonriendo, casi un poco triste.

—Echaba de menos esa risa. Tenía miedo de no volver a oírla.

—La oirás siempre que quieras.

—Hay otra cosa que quería decirte. —Se aclaró la garganta—. Me mudo a la casa. Les he comprado su parte a Pete y Georgia para que puedan permitirse

la casa de los Oliver.

Chillé y me lancé a sus brazos. Olía de maravilla y me empapé de su olor.

—¡Es fantástico! Estoy orgullosa de ti.

Me abrazó.

—Gracias. No habría pasado de no ser por ti.

Sin querer separarme, me mantuve pegada a su pecho.

—Me parece que tenemos mucho que contarnos.

—Todo bueno.

—Pete y Georgia estarán eufóricos.

—Así es. Todo gracias a Brad. Dijo que esperaría un poco más a que le comprase también su parte y así poder hacer esto.

De mala gana, lo solté y volví a sentarme.

—Me alegro mucho por ti. Y por ellos. Lo de Brad también es genial.

Jack asintió.

—Por primera vez en años, respiro tranquilo. Como si tuviera algo por lo que vivir.

No dejaba de sonreír.

—No sabes lo feliz que me hace.

Me arrastró hasta su regazo y le rodeé el cuello con los brazos.

—Estás preciosa cuando estás feliz. Quiero verte sonreír así todos los días. —Frunció el ceño—. Aunque espero no tener que llevar traje para hacerlo.

Me reí.

—No te hace falta llevar nada para hacerlo, créeme. Y lo harás.

—Dalo por hecho —dijo—. Cuanto antes, mejor.

—No tan deprisa, vaquero. Ese traje te queda de miedo y quiero disfrutarlo bien antes de quitártelo, prenda por prenda. —Me incliné hacia atrás y disfruté de las vistas. Sentí un cosquilleo en la barriga—. Pensaba que no tenías traje.

—No lo tenía.

Levanté las cejas.

—¿Jaime?

—Y Quimm. Un tío majo. Sabe mucho de ropa. —Sacudió la cabeza—.

Básicamente, me limité a quedarme quieto mientras me vestían como a un muñeco.

—Lo han hecho bien. Cuando te vi entrar en la sala, casi me caigo redonda.

—Te habría cogido. —Me abrazó más fuerte—. Siempre te cogeré.

«Y yo a ti», pensé cuando nos besamos otra vez. «Ahora, déjate caer».

Capítulo treinta y cinco

Margot

No me apetecía quedarme mucho más en la fiesta, pero quería presentar a Jack a mi familia. Encontramos a mi padre charlando con algunos votantes en el Gran Salón. Le estrechó la mano a Jack con entusiasmo cuando supo que era dueño de una granja. Debió de pensar que le estaba ayudando a afianzar un nuevo donante al presentarlos, pero daba igual. Ya le explicaría que Jack no era ningún magnate y que era muy probable que no tuviera los mismos puntos de vista sobre la política agrícola que él, pero por ahora me bastaba con que se hubieran conocido.

Buck arqueó una ceja cuando le presenté a Jack como mi acompañante, supongo que porque no había traído a nadie a un evento de este tipo desde Tripp. Sin embargo, como el perfecto caballero que era, le estrechó la mano a Jack y le dio una palmada en la espalda como si fuera un viejo amigo del instituto. Cuando se enteró de que vivía cerca del lago Huron, hablaron un rato sobre la pesca en los Grandes Lagos, algo que a ambos les entusiasmaba. No importaba que, de niños, Jack hubiera trabajado en los barcos mientras que Buck se dedicaba a alquilarlos; era algo que tenían en común y me alegré por ello. Me despedí de Buck con una sonrisa de agradecimiento y pasamos a mi madre.

Muffy seguía donde la había dejado en la sala Rivera Court. Siempre cerca del bar, por supuesto.

—Madre, te presento a mi amigo, Jack Valentini. Jack, esta es mi madre,

Muffy Lewiston.

—Encantada. —Muffy le tendió la mano y Jack se la estrechó mientras ella lo escudriñaba—. ¿Valentini has dicho? Cielo santo, cuántas sílabas.

Puse los ojos en blanco. Muffy tenía una obsesión con las sílabas de los apellidos. Una o dos eran lo ideal, tres era aceptable si no acababa en vocal, pero cuatro, y además terminado en vocal, era demasiado.

—Eh, sí. —Jack me miró en busca de ayuda.

—Jack es el dueño de la Granja de los hermanos Valentini en Lexinton. Es donde estuve a principios de mes.

Muffy me miró como si hubiera dicho que tenía dos cabezas.

—¿Estuviste en una granja?

—Sí, en un trabajo de Shine. Te lo dije, madre.

Lo miró otra vez de arriba abajo.

—No parece un granjero.

—Lo mismo pensé cuando lo conocí. —Le dediqué una sonrisa breve—. ¿Nos disculpas? Nos marchamos ya.

—Por supuesto. —Se despidió con una inclinación de cabeza.

—Encantado de conocerla —dijo Jack—. Joder —exclamó cuando salimos de la sala—. Para ser tan pequeña, parece tener los huesos de acero.

Me reí mientras caminábamos hacia el botones.

—Es posible.

—¿Qué tal lo he hecho?

—De maravilla. ¿Estabas nervioso?

—Estoy sudando la gota gorda. Tenía la sensación de que todos me estaban mirando.

—Qué mono. —Le cogí el brazo y me lo pasé por los hombros—. No te preocupes. Estaban deslumbrados por tu aspecto y por tener una cara nueva por aquí. A estas fiestas siempre viene la misma gente.

—¿Seguro?

—Sí. —Le enseñamos la entrada al botones y esperamos a que nos trajera los coches. Me volví hacia Jack y le coloqué las solapas—. Gracias por venir esta noche, sé que no ha sido fácil.

—Es un mundo distinto al mío, desde luego.

—Como yo en el gallinero.

Se rio y me dio un beso rápido.

—Exacto. Sabes lo que significa, ¿no?

—¿Qué?

—Acampada.

Arrugué la nariz.

—Vale, pero esta noche no, ¿verdad?

Se rio otra vez. Nunca me cansaría de ese sonido.

—No, esta noche no. Esta noche tengo una *suite* de lujo en el MGM Grand —bromeó—. ¿Te gustaría venir?

—«*Suite* de lujo» son mis palabras favoritas del mundo. —Me abaniqué con la mano y susurré—: Hasta me he puesto cachonda.

—Perfecto. —Me acercó a él—. Porque tengo planes para ti.

Me estremecí.

—¿De qué tipo?

—De los que hacen que te corras toda la noche, grites mi nombre y me supliques que no pare.

Me flaquearon las piernas.

Esta vez me cogió para evitar que cayera.

El ascensor del MGM estaba abarrotado y Jack me pegó a su cuerpo.

—Cuánta gente —me susurró. Pensé que se refería a que había demasiada gente para sentirse cómodo, pero luego dijo—: ¿Crees que saben lo que te voy a hacer?

Me quedé de piedra y me sonrojé.

—¿Saben que en cuanto llegemos a la habitación voy a meter la lengua entre tus piernas?

Abrí la boca.

—¿Saben cuánto vas a gritar?

No podía respirar.

—¿Saben hasta dónde te la voy a meter?

Me temblaban las piernas.

—¿Sabes que ya la tengo dura solo de pensar en las formas en las que voy a follarte toda la noche?

«Madre de Dios». Me di la vuelta y le susurré al oído:

—Si llevara bragas, estarían empapadas.

Jadeó.

Diez segundos más tarde, las puertas se abrieron, me agarró del brazo y me sacó casi a rastras. Cruzó el pasillo tan rápido que estuve a punto de caerme y, en cuanto la puerta de la habitación se cerró tras nosotros, me empujó contra ella. Tiré el bolso al suelo.

Su boca asaltó la mía y me separó los labios con la lengua mientras usaba los dedos para subirme el vestido hasta las caderas. Gimió cuando se dio cuenta de que había dicho la verdad al pasar las manos por mi culo desnudo y subirlas por mis muslos. Le arranqué la chaqueta, olvidándome de lo de tomarme mi tiempo para desnudarlo y pensando solo en lo que había debajo de las capas de ropa elegante. Me moría por sentir su piel desnuda sobre la mía, que sus duros músculos duros se flexionaran sobre mí. Quería sentir su dominio, su fuerza y su tamaño.

Dejó que la chaqueta cayera al suelo y me peleé con el nudo de la corbata. Me costaba concentrarme porque tenía una mano entre mis piernas y su tacto me paralizaba. Deslizaba los dedos de arriba abajo por la abertura húmeda de mi vagina y me acariciaba en círculos el clítoris. Por fin conseguí deshacer el puñetero nudo cuando deslizó dos dedos dentro de mí, y me agarré a sus hombros, fusionando mi cuerpo contra el suyo.

—Quiero estar dentro de ti —me susurró con la voz grave e intensa. Empujó los dedos más adentro.

—Sí, por favor —gemí, moviéndome sobre su mano—. Hazlo.

Acaricié y apreté el bulto de sus pantalones, con ganas de arrancarle el precioso traje con los dientes como un lobo. Echaba de menos esta sensación, este lado salvaje. Dejar que tomara el control era un alivio, un placer y un subidón de energía mejor que ninguna otra cosa del mundo.

Se arrodilló y enterró la cara entre mis muslos. Su lengua dibujó círculos despacio en mi clítoris. Me temblaban las piernas y se colocó una sobre los hombros. Después la otra. Entonces se levantó, conmigo encima, y mi espalda se deslizó contra la puerta hasta que toqué el techo con las manos. ¡Dios, qué fuerte era! Me sujetó sobre los hombros, con las manos agarrando mi cintura,

mientras me succionaba el clítoris y lo presionaba con la lengua hasta que alcancé el éxtasis entre jadeos y convulsiones. Hice tanto ruido que estaba segura de que la gente del ascensor podía oírme, daba igual en qué piso estuvieran. Probablemente la gente del vestíbulo también y tal vez hasta los que seguían en el IAD.

Y sí, grité su nombre y supliqué más.

Me dejó en el suelo y me lancé sobre él como un ciclón, le arranqué la corbata y la camisa y le bajé los pantalones de un tirón. Después de quitarme los zapatos y el vestido, lo empujé hacia atrás, al interior de la habitación y encima de la cama, donde le quité el resto de la ropa. Me subí sobre él, me senté a horcajadas sobre sus caderas, le agarré la polla con la mano y froté la punta entre mis piernas.

—No sabes cuánto lo echaba de menos.

—Estás loca si crees que yo no —dijo y gimió cuando me deslicé sobre él. Llevó las manos a mis pechos y con los pulgares me apretó los pezones.

Me mordí el labio mientras me ensartaba hasta el fondo con su polla y empecé a balancear las caderas. Se incorporó y se metió un pezón erecto y duro en la boca mientras pellizcaba el otro con los dedos. Chupaba, mordía y me provocaba mientras elevaba las caderas para chocar con las mías. Los dos aceleramos el ritmo. Cuando dijo mi nombre, supe que le quedaba poco.

—Jack —susurré—. Ponte encima.

En apenas dos segundos, me dio la vuelta y se cernió sobre mí. «¡Sí, sí, sí!», pensé cuando su peso clavó mis caderas a la cama y su miembro llegó a lo más hondo de mí, mientras recorría con las manos los músculos de sus brazos, su pecho, su espalda y su culo. Me encantaba sentir su peso, el poder que ejercía sobre mí y la fuerza arrolladora de sus caderas. Me encantaba el gruñido de su voz, el sudor de su piel y la aspereza de sus manos en mi pelo. Me encantaba que hubiera venido a por mí, que me quisiera en su vida y que estuviera dispuesto a hacer cambios tan drásticos para tenerme.

Cuando toda la tensión de nuestros cuerpos se liberó entre convulsiones y espasmos que nos dejaron sin respiración, nos nublaron la vista y derribaron los últimos muros, supe que lo querría para siempre.

Lo curaría, lo haría feliz y lo adoraría. Creería en él, lo apoyaría y trabajaría con él. Sería amante, marido y padre. Y me quedaría con él el resto de mi vida.

Por el momento, disfrutaría la caída.

Epílogo

Jack

Me desperté antes de lo normal, pero no me sorprendió.

Era un día importante.

Me aseguré de que Margot seguía dormida y salí de la cama con cuidado de no hacer ningún ruido. Ni siquiera la besé en la mejilla por muchas ganas que tuviera; no quería arriesgarme a despertarla.

Rápido y en silencio, crucé el pasillo. Pasé por delante de la antigua habitación de Cooper y sonreí. Ahora estaba vacía y mi sobrino dormía en su cuarto de «niño grande» al otro lado de la calle, pero esperaba llenarla pronto con otra cuna y una mecedora. A lo mejor dentro de un año.

Se me aceleró el corazón, emocionado, mientras bajaba los escalones de uno en uno, con cuidado de no pisar ninguno de los que crujían. Conocía tan bien esta casa que me sentía de lo más cómodo. Cuando me mudé fuera de la cabaña, me preocupaba que se me hiciera demasiado grande. Pensaba que vivir aquí solo me resultaría abrumador y me recordaría que no tenía una familia propia para llenarla.

Pero no estuve solo mucho tiempo.

Durante algunos meses, Margot y yo seguimos la relación a distancia, pero en Acción de Gracias le pedí que se mudara. Se pasaba la mitad de la semana aquí, tenía ropa en el armario, cepillo de dientes en el baño y usaba una de las habitaciones como despacho.

Joder, si hasta tenía un caballo en el establo.

El tiempo que estaba aquí me encantaba y odiaba cuando se iba. Los días en que le daba un beso de buenos días siempre eran mejores y dormía mucho mejor cuando lo hacía abrazado a ella. Todavía tenía problemas de ansiedad y pesadillas de vez en cuando, pero Margot lo asumió con calma. Me tranquilizaba, era mi apoyo y mi paraíso. Me dejaba espacio cuando lo necesitaba y me presionaba cuando no. Me entendía. Me quería.

Y yo la quería.

Cerré la puerta de la cocina en silencio al salir y recordé el momento en que nos lo dijimos por primera vez, poco después de empezar a salir en serio. Había venido a ayudarme con la mudanza y, después de pasar el día limpiando, ordenando y desempaquetando, me dijo que tenía una sorpresa para mí.

Era un baño de burbujas.

Me reí mientras me desvestía y me ordenaba que me metiera en la bañera. Pero el aroma de las burbujas y la sensación de su piel mojada en las manos me trasladó a muchas noches atrás, cuando había confiado lo bastante en ella para contárselo todo.

Creo que una parte de mí ya lo sabía entonces.

Se recostó sobre mí, la rodeé con los brazos y me sentí abrumado por una sensación de paz, calidez y gratitud por estar vivo y feliz y tenerla conmigo.

—Te quiero —dije de repente.

Se quedó quieta y levantó la cabeza. Me miró a los ojos con seriedad.

—Jack —susurró.

—Nunca me ha sido fácil pronunciar esas palabras y seguro que no las digo tanto como debería, pero quiero que sepas lo que siento.

Se le empañaron los ojos.

—Lo sé. Yo también te quiero.

No pareció importarle que no lo dijera muy a menudo, aunque lo pensara y lo sintiera siempre. De hecho, me dijo que le gustaba que no fuera algo que desperdiciase sin más. Significaba más para ella cuando lo escuchaba, dijo, al saber que no me era fácil.

Puede que las palabras no lo fueran, pero el sentimiento era lo más sencillo del mundo. Solo había querido a otra mujer, y la conocía desde hacía tanto tiempo que no recordaba haberme enamorado de ella así, tan rápido, con

tanta pasión que lo había puesto todo del revés. Quise mucho a Steph, pero quería a Margot con una intensidad que me impresionaba. No sabía que era capaz de aquello.

Me hacía anhelar cosas: un anillo en su dedo, mi apellido en su permiso de conducir y una casa llena de niños.

Nunca sería rico, nunca podría darle todas las cosas con las que se había criado y nunca tendría una casa de vacaciones en L'Arbre Croche o un Mercedes Benz. Pero ya la conocía lo bastante para saber que no le importaban esas cosas tanto como le importaba yo. Como le importaba lo nuestro. Seguía siendo una chica de ciudad, incluso cuando llevaba vaqueros y botas, pero era mi chica de ciudad, y la quería con toda el alma. Sonreí cuando entré en el gallinero y me metí la mano en el bolsillo.

No me gustaban las sorpresas, pero a Margot sí.

Quería darle la sorpresa de su vida.

Margot

Me desperté y estiré el brazo para buscar a Jack. Me prometió que se quedaría en la cama hasta algo más tarde porque era un día especial: el aniversario del día que nos conocimos.

Nos reíamos al recordar aquel primer encuentro y cómo nos habíamos quedado mirando el uno a otro desde distintos extremos de la cocina, él malhumorado y borde, yo intentando parecer encantadora.

—¿Fue amor a primera vista? —nos preguntaban a veces.

—Ni de lejos —bromeaba Jack—. No la quería ver ni en pintura.

—Y yo no lo soportaba —decía—. Estaba sucio, sudado y era un maleducado.

Pero estábamos hechos el uno para el otro y no tardamos mucho en darnos cuenta, dadas las circunstancias. Había pasado una temporada yendo y viniendo, pero me emocioné cuando me pidió que me mudara. Al principio, la vida en la granja me había resultado demasiado abrumadora: los olores, los

madrugones, la lista interminable de tareas... Pero empecé a apreciar las cosas que ofrecía la vida en el campo. Me gustaban las mañanas tranquilas, la ausencia de tráfico, el encanto del pueblo, el amanecer en el lago y el atardecer sobre los árboles, los cielos llenos de estrellas por las noches. Cuando echaba de menos las tiendas, los bares, los salones de belleza o los restaurantes, bajaba a Detroit y quedaba con mis amigas. Pero me di cuenta de que no echaba mucho de menos la vida en la ciudad y me encantaba volver a estar rodeada de caballos.

Lo más duro había sido dejar a Jaime y Claire, y la noche de chicas semanal, pero las veía al menos una vez al mes y se alegraban por mí. Al principio, mantuve el trabajo en Shine, pero reduje las horas. Pasé mucho tiempo ayudando a Georgia con la nueva casa, preparándome para abrir el Hostal Rural Valentini y asegurándome de que toda la nueva publicidad saliera según lo planeado. Cuando el hostel abrió en mayo, dejé Shine y me dediqué por completo a las tareas de marketing de la granja y la posada. También me ofrecí como voluntaria en Fair Food Network, haciendo de enlace entre los agricultores y las familias de la región y ayudando a hacer correr la voz.

Nunca había sido más feliz, lo que desconcertó bastante a mis padres, pero, cuando mi padre ganó las elecciones, se centraron en su carrera política y me dieron un respiro.

Jack también parecía feliz y, desde que me había mudado, estábamos cada vez más compenetrados. Empecé a entender mejor sus cambios de humor y sus silencios y aprendí a manejar su ansiedad. Muy pocas veces tenía pesadillas, pero cuando las tenía, resultaban aterradoras y siempre deseaba hacer más por él, pero él me juraba que tenerme allí era suficiente. Me quería, lo sabía, aunque no lo dijera a menudo.

Me senté en la cama y miré alrededor. Había dejado las persianas bajadas, así que todavía estaba bastante oscuro en la habitación, pero el sol se filtraba por las rendijas. Eché un vistazo al reloj. Eran poco más de las ocho.

—¿Jack? —llamé.

Nada.

Era imposible que lo hubiera olvidado, lo habíamos hablado antes de irnos a dormir. No era propio de Jack romper una promesa. Me recosté de nuevo y esperé diez minutos, luego suspiré y aparté las sábanas. ¿A lo mejor había habido una emergencia enfrente?

Me puse unos vaqueros y una camiseta y bajé. La puerta principal estaba abierta, así que miré en el porche. No había nadie, aunque vi que la camioneta no estaba.

«¿Qué narices? ¿Se ha olvidado de que existo?».

Enfurrugada porque pasar la mañana en la cama ya no fuera posible, entré en la cocina. ¡Ni siquiera había hecho café!

Enfadada, eché agua en la cafetera y metí los granos, luego me crucé de brazos e hice un puchero mientras goteaba. La dichosa máquina tardó una eternidad, pero Jack era reacio a dejarme reemplazar cosas en la casa. No porque estuviera apegado a nada, sino porque le costaba mucho dejarme comprar cosas para su casa.

—Vivo aquí —le decía—. ¿No es mi casa también?

Siempre decía que sí, que claro que sí y me abrazaba con una disculpa. Hacía poco habíamos hablado largo y tendido sobre renovar la cocina y, al llegar al precio que supondría poner encimeras de mármol y suelos de baldosas, me puse firme.

—Mira. No trato de comprar tu amor. Solo quiero añadir un poco de lujo a nuestras vidas porque me gusta y me lo puedo permitir. Soy una malcriada, ¿vale? No me dejas comprarle su parte a Brad, así que por lo menos déjame comprar las puñeteras encimeras.

Se quejó, pero finalmente cedió. Un obrero vendría a tomar medidas esa misma semana. Estaba emocionada, me encantaba vivir aquí con Jack, pero extrañaba algunas cosas de mi antigua vida. Unos acabados de calidad en esta preciosa y antigua casa de campo solo iban a mejorarla. Lo camelaría para convencerlo. Se me daba bien.

El olor a café recién hecho me animó un poco y me giré para alcanzar una taza. Entonces reparé en la nota de la encimera.

He tenido que salir. Volveré pronto. ¿Puedes recoger los huevos?

Gruñí. No solo se le había olvidado la promesa, sino que me pedía que hiciera la tarea que menos me gustaba de toda la granja. No sé por qué, pero me incomodaba. Las gallinas me odiaban, lo sabía.

Pero me puse las botas, cogí la cesta y salí en dirección al gallinero.

Las gallinas cacarearon en cuanto entré.

—Ya, buenos días a vosotras también.

Miré en la primera caja, donde solo había un huevo. Metí la mano, lo saqué y lo puse en la cesta. En la segunda caja también había solo uno y, cuando fui a dejarlo junto al primero, me fijé en que tenía algo escrito.

«Eres preciosa».

Sonreí. Le di la vuelta al primero y ensanché la sonrisa.

«Buenos días».

Era la letra de Jack. Eché un vistazo para buscarlo, pero no estaba.

Fui a la tercera caja y saqué el huevo.

«¿Creías que lo había olvidado?».

Empecé a reír y se me aceleró el pulso. ¡Se había acordado! ¡Y se había esforzado por tener un gesto original y romántico!

Con una sonrisa, metí la mano en la siguiente caja y saqué el huevo.

«Te quiero».

El siguiente:

«Siempre lo haré».

Las manos me temblaban cuando llegué a la última caja.

«Date la vuelta».

Con un jadeo, obedecí.

Allí estaba, sobre una rodilla.

Se me paró el corazón.

Abrió el estuche y lo levantó. Había un anillo dentro. Parecía muy tranquilo y los ojos le brillaban.

—No digo que te merezca, Margot Thurber Lewiston, pero seguiré esforzándome mientras me lo permitas. Nunca he querido a nadie como te quiero a ti. Me has devuelto la felicidad, me devolviste a la vida y ahora quiero pasarla contigo. ¿Quieres casarte conmigo?

Me quedé quieta. Me temblaban las piernas mientras intentaba recuperar el control del cuerpo para hacer algo, moverme, hablar o respirar, lo que fuera. Se me cayeron algunas lágrimas.

—Sí —chillé, todavía sujetando la canasta.

—¿Vas a soltar los huevos, cariño? —preguntó con una sonrisa.

Asentí, coloqué el último huevo con cuidado en la cesta y la dejé en el

suelo. Luego me acerqué a Jack y le tendí la mano, sollozando. El anillo destacaba sobre un cojín de terciopelo negro de Tiffany, un precioso diamante redondo engastado en una banda de platino. Me tembló la mano al deslizarlo en mi dedo.

Pensaba que el anillo que Tripp había elegido era perfecto, pero este era mi anillo. Simple, pero elegante. Moderno y clásico a la vez. Era perfecto.

—Me encanta —sollocé sin poder evitarlo.

Se levantó y se rio.

—Me alegro. Por cómo lloras, no lo tenía claro.

Me lancé a sus brazos y me abrazó con fuerza, levantándome en volandas.

—Te quiero —me susurró al oído—. Quiero que dure para siempre.

—Yo también te quiero —respondí con la cara apoyada en su cuello. Tenía el corazón henchido de felicidad—. Para siempre.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a mucha gente. A Jaime y Charles Collins, por hablar abiertamente y con sinceridad sobre el TEPT y asuntos militares. A Amanda Williams Brown, por responder a mis preguntas de «chica de ciudad» sobre la vida en una granja. A Lindsay Way, por toda la información de Fair Food Network. A Cheryl Guernsey, por ser la mayor campeona de Jack día tras día. A Melissa Gaston, por todos sus esfuerzos para mantenerme organizada, cuerda y productiva. A Kayti, Laurelin y Sierra, por ser el mejor escuadrón de serpientes de la historia. A Jenn Watson, por ser una publicista, lectora y amiga extraordinaria. A Candi, Nina, Hilary y a todo el equipo de relaciones públicas de Social Butterfly por todo lo que hacéis. A Rebecca Friedman, agente y amiga, por sus consejos honestos y su apoyo. A Tamara Mataya, por las fantásticas ediciones que siempre me hacen sonreír. A Laura Foster Franks, Amanda Maria de AM to PM Book Services y Angie Owens por corregir con ojos de halcón. A Letitia Hasser, por una portada preciosa. A Joseph Cannata, por la grandiosa inspiración visual prestada. A Laurelin Paige, Lauren Blakely y Corinne Michaels, por sus sabios consejos. A Staci Hart, por sus increíbles comentarios y nuestras largas charlas. A Helena Hunting, por los buenos tiempos y el colorido dinero de juguete. A las Peen Queens por sus comentarios, risas e inspiración. A las Harlots, por vuestro amor y cariño. A los blogueros que comparten mi trabajo, me invitan a firmas y reseñan mis libros solo por el amor a la lectura. GRACIAS a todos mis lectores, por vuestro apoyo y vuestro entusiasmo. Sin vosotros, nada de esto sería posible.

Por último, gracias a mi marido y a mis hijas por vuestra paciencia, cariño y comprensión.

Sobre la autora



Melanie Harlow es una enamorada de los tacones, los martinis, el bacon y el color azul. Sus historias de amor son muy adictivas y están llenas de pasión, y sus protagonistas son muy cercanos y reales. Melanie escribe en su casa de Detroit, donde vive junto a su marido, sus dos hijas y el conejo más bonito de todo el planeta, Peaches.

Después de caer es la primera novela de Melanie Harlow que se publica en español y, además, es autora de *Man Candy*, la serie *Happy Crazy Love* y

la serie *Frenched*, entre otras obras. Gracias a sus libros, ha llegado a las listas de más vendidos del *USA Today*.

Gracias por comprar este ebook. Esperamos que hayas disfrutado de la lectura.

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.

